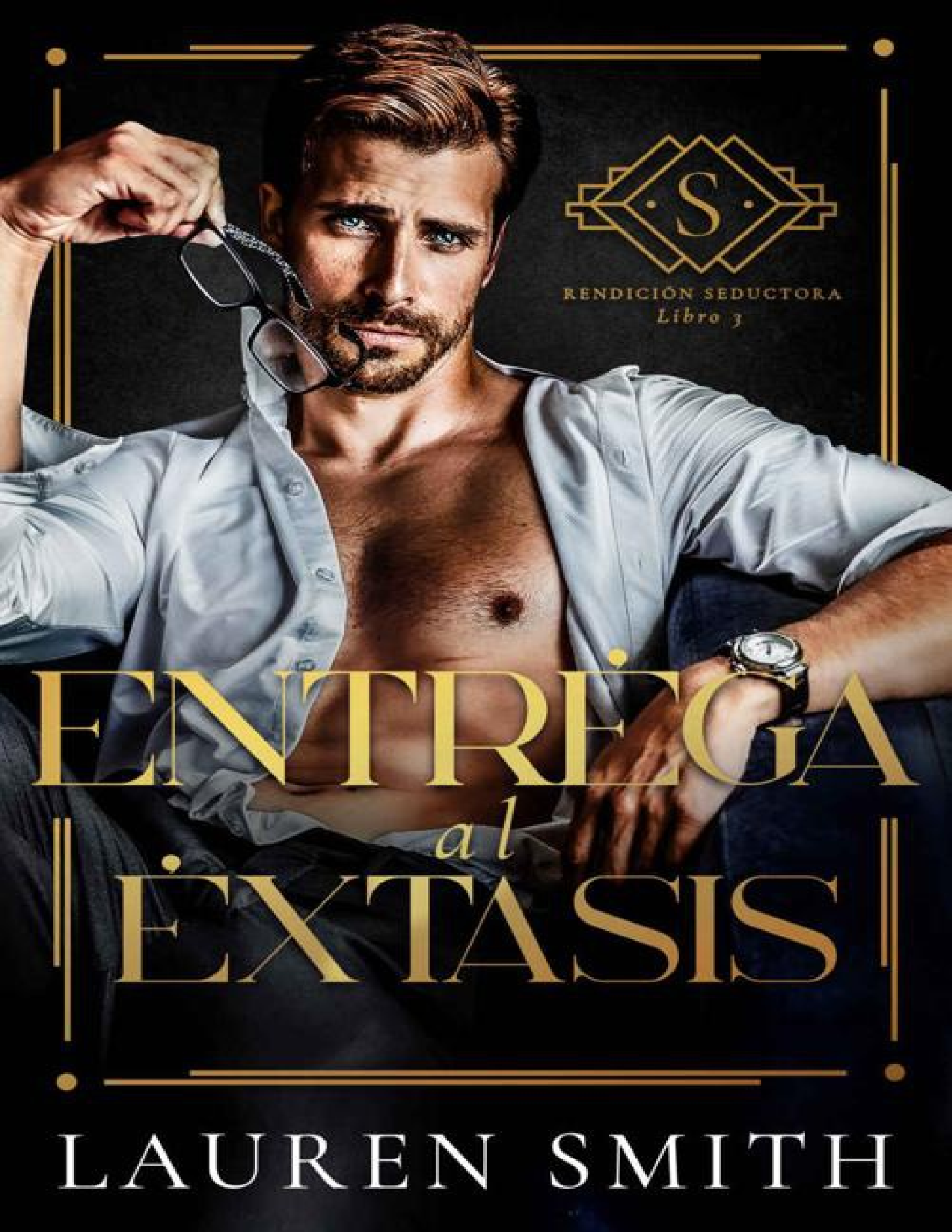

S
RENDICIÓN SEDUCTORA
Libro 3
ENTREGA
al
ÉXTASIS
LAUREN SMITH

ENTRÉGATE AL ÉXTASIS

RENDICIÓN SEDUCTORA

LIBRO III



LAUREN SMITH

Traducido por
L. M. GUTEZ

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo

Deseo Prohibido
Acerca del Autor

La presente es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos o bien son producto de la imaginación del autor o se emplean de manera figurada, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o escenarios, es mera coincidencia.

Copyright por Lauren Smith

Traducción hecha por L.M. Gutez

Copyright Traducción 2024

Todos los derechos reservados. De acuerdo con la Ley de Derechos de Autor de Estados Unidos de 1976, el escaneo, la transferencia y el intercambio electrónico de cualquiera de las partes de este libro sin el permiso del editor, representa un acto de piratería ilegal y un robo de la propiedad intelectual del autor. Si desea utilizar material de este libro (que no sea para fines de reseña), debe obtener un permiso previo por escrito poniéndose en contacto con el editor en lauren@laurensmithbooks.com. Gracias por su colaboración en la defensa de los derechos del autor.

El editor no es responsable de los sitios web (o de su contenido) que no sean de su propiedad.

ISBN: 978-1-962760-72-0 (edición libro electrónico)

ISBN: 978-1-962760-73-7 (edición papel)

CAPÍTULO 1



Llegará el día en que después de aprovechar el espacio, los vientos, la marea, la gravedad; aprovecharemos para dios las energías del amor. Y ese día por segunda vez en la historia del mundo, habremos descubierto el fuego.

—Teilhard de Chardin

"E*stá cordialmente invitado a la fiesta de compromiso de Hayden Thorne y Fenn Lockwood…"*

Con un jadeo lleno de dolor, Callie Taylor destrozó la costosa tarjeta color crema y parpadeó con fuerza para detener las gruesas lágrimas que empezaban a deslizarse por sus mejillas. Fenn, el hombre al que había amado toda su vida, se iba a casar con su amiga Hayden. Resultó demasiado difícil de procesar debido al repentino y estremecedor dolor en su pecho. Con la respiración entrecortada, echó un vistazo a su pequeño dormitorio, su último refugio en la amplia extensión de las tierras de su padre. El único lugar que realmente podía llamar suyo en el rancho The Broken Spur.

Su habitación estaba llena de lienzos, cuadernos de dibujo y paletas con manchas de pintura parcialmente secas. Durante años había pintado sus sueños, y esos sueños siempre habían incluido a Fenn. Pero todo su mundo en Walnut Springs, un pequeño pueblo de Colorado, había dado un giro radical hacía un mes tras el descubrimiento de la verdadera identidad de Fenn. Era el gemelo perdido de Emery Lockwood, heredero de una gran fortuna basada en la tecnología, que vivía en Long Island. Después de que Fenn averiguara quién era en realidad, Callie había sabido que lo perdería para siempre, pero el hecho de sostener en la mano el anuncio de su compromiso era la primera prueba de ello.

En el momento en que Wes Thorne, amigo de la infancia de Fenn y hermano de Hayden, había colocado la tarjeta de compromiso en sus manos, su sueño había muerto. El hombre del que estaba enamorada iba a casarse con otra persona. Y no con cualquiera, sino con Hayden Thorne. Al conocer a Hayden, la otra mujer le había agradado al instante como amiga. Una punzada de envidia la recorrió, ensombreciendo su corazón.

Me alegro por ellos… pero…

La repulsión llegó después, oprimiéndole el pecho como piedras invisibles. No debería estar celosa de Hayden, no cuando quería mucho a su amiga. Pero, ¿la idea de verla casada con Fenn?

No podía pensar en ello. Era horrible… Dejó que los trozos rotos se le cayeran de las manos y flotaran lentamente hasta el suelo de su dormitorio. Pequeñas manchas de huellas dactilares cubrían los trozos de la tarjeta, pues sus manos llenas de pintura habían rozado el costoso papel mientras lo hacía pedazos. Esos trozos de colores vibrantes yacían a sus pies en un collage irónico que sólo provocaba lágrimas frescas en las comisuras de sus ojos.

Unos pasos en la escalera llamaron su atención. ¿Su padre había subido a verla, o se trataba de Wes? Cuando Wes se había presentado en The Broken Spur hacía unos minutos con una carta de Fenn, Callie no había podido contenerse. Sin sospechar el maldito contenido de la carta, había ido directamente a su habitación a leerla. Demasiado ilusionada como para recibir una pizca de afecto de Fenn o cualquier señal de que pudiera echarla de menos durante su estancia en Long Island con su familia, había pasado de largo junto a su padre y Wes como si hubieran dejado de existir.

Dios, qué tonta soy. ¿Cómo pudo estar tan ciega como para no ver que, mientras Fenn descubría quién era en realidad, también estaba enamorándose de Hayden? Dios, hasta se *veían* bien juntos, ambos hermosos y perfectos: Fenn con su altura, su musculatura y su cabello dorado, Hayden con sus atrevidos mechones rojos y su cuerpo despampanante. Una oleada de náuseas invadió su estómago. *No soy más que la triste y pequeña hermana parásito de Fenn. Nunca tuve una oportunidad.* Ella le había abierto su corazón, le había ofrecido todo su ser y nunca se había contenido. ¿Y qué había conseguido? Un corazón roto. Y todo por su propia culpa.

Quienquiera que hubiera subido las escaleras ahora estaba llamando a la puerta de su habitación. *Contrólate,* se dijo, y se limpió las lágrimas con el dorso de las manos.

—¿Quién es? —gritó, desesperada por ocultar su dolor.

Su padre no podía verla así. Acababa de llegar del hospital tras el infarto sufrido hacía un mes, y verla sufrir no le haría ningún bien. Se suponía que él debía estar descansando, dejando que los nuevos trabajadores del rancho y de la construcción se encargaran de todo el trabajo pesado y las obras importantes. Pero Jim Taylor nunca entendería la idea de descansar.

—Callie, soy yo, Wes —la voz de Wes Thorne era suave al otro lado de la puerta, como si intentara ser amable. No era amable. Era un lobo, un depredador. Lo había descubierto después de verlo por primera vez, cuando él y su hermana, Hayden, habían aparecido en el rancho para informarle a Fenn de su verdadera identidad y llevárselo a casa, lejos de ella. Wes era la última persona a la que quería ver ahora.

—Vete —exclamó. Cuando no oyó pisadas, se acercó sigilosamente a la puerta de su dormitorio y la abrió ligeramente. Se encontró cara a cara con una camisa costosa y una corbata de seda inmaculadamente anudada. El hombre siempre parecía salido de un anuncio de la revista *Vanity Fair.* Subiendo la mirada por su pecho, vio su garganta, luego sus labios carnosos y, por último, sus ojos azul cobalto.

Wes, el presagio de su perdición, estaba allí de pie, con las cejas fruncidas por la preocupación mientras la miraba.

—¿Estás bien? Me pareció oír… —la estudió, probablemente viendo sus ojos rojos. Lo último que ella necesitaba era su compasión.

—Disculpa —lo empujó, escapando de su habitación y de su mirada penetrante mientras corría por las escaleras, con las lágrimas casi cegando su visión. Tenía que salir de aquí, alejarse de él, de su padre. Quería encontrar un lugar tranquilo y oscuro y hacerse un ovillo para curar sus heridas, no soportar una veintena de preguntas de hombres que no tenían ni idea de la situación que estaba viviendo. *Tengo que estar sola. Lo necesito.*

Llegó al final de las escaleras y atravesó el salón en el mismo momento en que su padre

apareció en la puerta de la cocina.

—Callie, cariño, ¿estás bien, cielo? Parece que has estado llorando —Jim empezó a acercársele, pero ella levantó una mano.

—Estoy bien, papá. Sólo necesito dar una vuelta a caballo, ¿vale? Volveré dentro de unas horas —y sin decirle nada más, salió corriendo al pequeño porche de su casa.

Aunque el aire fresco de las montañas de Colorado llegó a sus pulmones, no fue suficiente. Seguía sin poder respirar… Necesitaba espacio, distancia, claridad mental. Esperaba que tanto Wes como su padre la dejaran en paz. Con suerte, Wes se centraría en lo que siempre hacía. Los negocios. Si él se quedaba cerca de las nuevas cabañas que se estaban construyendo, ella podría evitarlo.

Había algo en él que la inquietaba. Muy reservado e intenso. A ella no le gustaba esa intensidad. Le aceleraba el pulso y las palmas de sus manos se llenaban de sudor. No como Fenn. Fenn era seguro, no la ponía nerviosa ni le aceleraba la respiración. Era demasiado confuso. Wes la hacía sentir como un gato de granja asustadizo.

Ahuyentó sus pensamientos y corrió hacia el establo, donde su cuarto de milla, Volt, estaba en su establo, comiendo avena alegremente. Esto era lo que necesitaba. Salir y cabalgar lejos de todo lo que la hería y confundía. Volt era rápido y la ayudaría a escapar. Desde niña, montar a caballo había sido su escape, una forma de liberarse de todo. En realidad, era culpa de su padre. Tras la muerte de su madre, cuando Callie sólo había tenido cuatro años, su padre le compró un pequeño poni para que tuviera algo a su cargo y aprendiera a montar. Desde entonces, la equitación había sido su cura para un corazón roto.

Callie le colocó la brida, la manta y la silla. Volt resopló y le rozó cariñosamente el hombro con el hocico mientras ella abrochaba la cincha y lo sacaba del establo. Ni siquiera esperó a salir del establo para montar.

Una vez a horcajadas sobre el caballo, lo pateó en los costados, chasqueando la lengua, y Volt se sacudió hacia adelante. Hizo que trotara para que entrara en calor. Él no tardó en coger el ritmo. Otra rápida patada y salió disparado a través del campo trasero, directo hacia las montañas. El viento le azotó el pelo en forma de dolorosas bofetadas, pero el dolor le sentó bien. Era un dolor en el que prefería concentrarse en lugar de la agonía abrasadora que sentía en el pecho.

Volt pareció percibir su necesidad de huir, y corrió a la velocidad de un relámpago en una tormenta de verano. Delante de ellos, las montañas arboladas estaban cubiertas con senderos de hierba verde brillante. Callie instó a Volt a galopar en paralelo al bosquecillo de álamos que bordeaba el extremo más alejado de la propiedad de su familia. Los troncos blancos parecían esbeltos fantasmas serpenteando el camino bajo la luz del sol moteada. Las brillantes hojas doradas le recordaron el color cadmio de la pintura que había estado mezclando en su paleta esta mañana. Esta *mañana*. Muchas cosas habían cambiado desde entonces.

Hacía unas horas había estado trabajando con pinturas acrílicas, explorando en realidad, ya que no tenía ni idea de cómo utilizar esa técnica en particular. Un lienzo parcialmente pintado, que representaba la caída de las hojas del álamo, iba a ser un regalo para Fenn Lockwood, para recordarle el hogar que había tenido en The Broken Spur. Y aunque ahora tenía una nueva vida en Long Island, The Broken Spur siempre formaría parte de él. Al menos, eso había esperado mientras se perdía en la creación del cuadro. Habían pasado veinticinco años desde la llegada de Fenn a Walnut Springs. Veinticinco años desde que Jim y Maggie habían acogido a Fenn como a un hijo. Todo un cuarto de siglo en el que Fenn no había sabido de la existencia de su verdadera familia a miles de kilómetros de distancia. Unos vínculos como ésos no desaparecían porque sí,

¿verdad? Aunque ella no pudiera ser el futuro de Fenn, sí formaba parte de su pasado, y se aferraba a ese pensamiento como a un salvavidas.

Todo en Fenn había sido perfecto. Alto, musculoso, rubio y de ojos color avellana, había sido su sueño vestido con unos Wranglers y una camisa a cuadros entallada, como un dios nacido para gobernar las tierras salvajes siglos atrás, antes de que el hombre invadiera el lugar. Un hombre fuerte, reservado e intenso que se preocupaba por todos los que lo rodeaban con tal profundidad de emociones que a veces la asustaba. Pero no podía mantenerse alejada.

Lo había seguido a todas partes, a todas sus competiciones de monta de toros, e incluso había sido su acompañante en el baile de fin de curso, ya que ella había tenido dieciocho años y se le había permitido llevar a una pareja mayor. Todas sus amigas se habían puesto celosas, pero esa noche, lo que más había deseado era que la besara. No lo había hecho, salvo un beso fraternal en la mejilla antes de mandarla a la cama. Ni una sola vez se había atrevido a decirle cuánto lo amaba, pero se lo había demostrado con cada aliento, cada mirada, cada acción posibles. Y eso ni siquiera había provocado que la mirara. ¿Habría importado si le hubiera dicho lo que sentía? *No. No habría importado. Porque él mira a Hayden de una manera que nunca me ha mirado.* Algunas verdades dolían. Terriblemente. Lo suficiente como para que, de pronto, tuviera problemas para recuperar la respiración tras un sollozo.

Y ahora se iba a casar. Con Hayden.

Su cara estaba llena de lágrimas. Ni siquiera estaba segura de si se debía al viento o a su corazón roto. Tirando de las riendas, frenó a Volt. Comenzó a trotar y luego a caminar.

—Tranquilo, chico —musitó y le acarició el cuello musculoso—. Siempre quieres esforzarte en exceso durante demasiado tiempo —era algo que ella también solía sentir en su interior. Una necesidad salvaje de sobrepasar sus propios límites hasta liberarse.

Volt sacudió la cabeza y su crin negra se agitó sobre su piel como si protestara por sus palabras, pero mantuvieron el ritmo pausado mientras avanzaban por la hilera de álamos, al tiempo que sus cascos hacían vibrar el tapiz de hojas de color amarillo intenso. Aún faltaban unos meses para que nevara, pero el lejano aroma del invierno era inconfundible. Algo en ese aroma la tranquilizaba. La nieve enterraba cosas. La nieve cubría cosas. Ocultaba cosas que debían borrarse o, al menos, olvidarse temporalmente.

¿Podía olvidarse de su corazón roto si yacía bajo una nevada prematura? Tal vez, pero eso no borraba el hecho de que tendría que ir a la fiesta de compromiso. Verlos sonreír, juntos, posando para las fotos, abrazados. Cosas que nunca podría hacer con Fenn.

El sinuoso sendero dorado por el que Volt ascendió, la condujo rápidamente a una pequeña colina donde grandes rocas grises cubrían la ladera. Callie tiró de las riendas y Volt se detuvo. Se bajó de su lomo y lo condujo hasta un bosquecillo. Después de pasarle las riendas por una rama baja y sólida de un árbol cercano, se acercó al afloramiento rocoso y trepó por una roca especialmente gruesa que alcanzaba su cintura y estaba parcialmente cubierta de musgo pálido. Su pierna colgaba por delante de la roca, mientras la otra se levantaba y apoyaba la barbilla en la rodilla.

Las nubes surcaban el cielo y sus sombras jugaban a perseguir las colinas danzantes y los valles repletos de árboles. Su padre le había mostrado este lugar tras la muerte de su madre. Los dos habían estado perdidos sin ella. La naturaleza se había convertido en la madre que ella había perdido. Su padre le había enseñado que una persona podía encontrar la paz aquí, bajo los cielos brillantes y los vientos cambiantes.

Se le escaparon algunas lágrimas, pero no las secó. Aquí no había nadie que la viera romperse en mil pedazos, sólo el viento, el cielo y las montañas, que guardarían su dolor secreto

todo el tiempo que necesitara.

Sabía que era una tonta por pensar que Fenn podría corresponder a sus sentimientos, pero no había podido evitar albergar esperanzas. Pero ahora estaba segura; no habría ningún momento de cuentos de hadas para ella, ninguna gran transformación. Sólo la vida en el rancho y tal vez un empleo en la ciudad, si no necesitaba trabajar con su padre.

Lo que necesito es encontrar la manera de seguir adelante. Aprender a vivir sin él.

Un torrente de recuerdos la envolvió, la forma en que Fenn solía abrazarla y pasarle una mano por el pelo, la forma en que la había subido a la cama a sus diez años después de quedarse dormida en el sofá. Cómo su olor natural se adhería a sus abrigos y ella solía ponérselos cuando él no estaba, sólo para sentirse cerca de él.

Qué tonta… amar tanto y perder tanto.

No podía permitir que volviera a ocurrir. No volvería a enamorarse. No volvería a exponer su alma con la esperanza de que alguien la viera tal como era. No había lugar para vacilaciones; no podía soportar este tipo de dolor de nuevo.

Estoy harta de los hombres, harta del amor, harta de todas esas tonterías románticas. No merece la pena tanto dolor. Callie no iba a dejar que su corazón la engañara para enamorarse de un hombre nunca más.

CAPÍTULO 2



El Gulfstream G150 se deslizaba en el aire, ascendiendo a gran altura en el cielo de última hora de la tarde. Las nubes sobre las montañas de Colorado eran densas y estaban pintadas de una gama de rojos como la mandarina y la granada. Wes se recostó en el mullido asiento de cuero blanco del jet privado de su familia y observó cómo las alas del avión surcaban los cielos.

Aún podía saborear a Callie, adictiva, dulce, tan jadeante e inocente. Todo su cuerpo había estado rígido por la pasión contenida hasta que se sentó en el avión. No debería haberla besado, no tan pronto, no cuando tendría que marcharse unos días antes de volver a verla.

Joder, la deseaba. De hecho, le dolía no tenerla cerca. ¿Le había pasado eso antes? No que él supiera. Dejó caer la cabeza contra el reposacabezas e intentó ordenar sus pensamientos. Sólo tenía que resistir un mes sin conseguir lo que quería ahora mismo.

Treinta días.

Treinta días eran suficientes para seducirla y conseguir que olvidara a Fenn. Su padre le había asegurado que tenía un pasaporte actualizado. Ella necesitaría un nuevo guardarropa y muchas otras cosas. Él llenaría sus días de aventura, pasión y arte. Le ofrecería el mundo y, a cambio, se la llevaría a la cama y conquistaría por fin esa extraña obsesión que sentía por ella.

Volvió a tocarse los labios, después de haberlo hecho varias veces en el trayecto de camino al aeropuerto. Besarla había hecho que volviera a *sentir*. Llevaba demasiado tiempo sin sentir nada. Había hecho todo lo posible por recuperar el más mínimo placer en su vida. Callie lo había cambiado todo.

Hacía un mes que había volado a Colorado para rescatar a su amigo de la infancia Fenn Lockwood —quien había desaparecido mucho tiempo atrás—, sólo para encontrarlo en la cama con su hermana. El encuentro inicial entre ellos después de veinticinco años pensando que Fenn estaba muerto no había ido bien, pues se habían peleado a puñetazos por Hayden. La pelea había tenido lugar en la tierra, en el exterior de una vieja caravana, y Jim Taylor se había acercado en coche y había disparado una escopeta sobre sus cabezas. Y entonces Wes levantó la mirada y *la* vio.

Una melena rubia como la miel, atacada juguetonamente por la brisa de la montaña con el propósito de crear un halo dorado alrededor de un rostro tan encantador que Wes se había olvidado de respirar. No era como ninguna de las modelos de las pasarelas de Milán o París. Era una cabeza más baja que él, con curvas impresionantes y un rostro de belleza clásica. Nariz ligeramente respingada, pestañas doradas, ojos verde avellana y labios rosa pálido. Labios que por fin había probado, y su imaginación no se había podido comparar con la realidad. Sí, había echado un vistazo a Callie Taylor, sabiendo que tendría que tenerla, poseerla en todos los sentidos porque ella lo había hecho sentir. La sangre aún vibraba en sus venas y el corazón le

latía frenéticamente al pensar en la persecución, la seducción y, por último, en los meses que planeaba dedicar a aprender los secretos de su cuerpo y su alma para que fuera totalmente suya.

Su móvil vibró en el bolsillo y lo sacó, preguntándose quién llamaría. *Corrine Vanderholt.*

Era un problema que debía resolver antes de introducir a Callie en su mundo. Como uno de los principales miembros del exclusivo club BDSM The Gilded Cuff, una de las ventajas era el lujo de tener a su disposición a casi cualquier sumisa. Casi todas las integrantes del club eran chicas de la alta sociedad, educadas en apariencia, con las que charlaba y bailaba en actos benéficos y galas ante la mirada poco alerta de la multitud. Pero en The Gilded Cuff, estas mujeres se desnudaban y se arrodillaban a sus pies, suplicando ser dominadas. Él siempre había accedido con gusto. Corrine, sin embargo, no era como las demás. El resto sabía que cualquier relación en el club terminaba fuera de las puertas, y así les gustaba a todos. Para Corrine, el club era un trampolín hacia el matrimonio, y Wes sabía que ella había puesto sus ojos en él. Era una tonta si pensaba que podía controlarlo. *Él* era el dominante.

Con una pequeña sonrisa, contestó al teléfono.

—Habla Thorne —dijo, sin reconocer que había visto su nombre en la pantalla.

—Wes, cariño, soy yo —murmuró Corrine con voz ronca.

Casi puso los ojos en blanco.

—Tengo muchas chicas que me llaman cariño, ¿cuál eres tú?

Se carcajeó al oír su siseo furioso otro lado del teléfono.

—Soy Corrine —su tono era cortante.

—Oh, Corrine, por supuesto. ¿Qué pasa? —se acomodó en la silla y apoyó los pies en el asiento de cuero de enfrente.

—Pensé que querrías estar encima de mí en el club esta noche —ella estaba forzando esa ronquera en su voz ahora, y él intentó no sonreír.

—Me temo que no es posible. Iré a París dentro de unos días y tengo que organizar el viaje —lo último que quería hacer era estar encima de Corrine. Eso significaba ser su dom y llevar a cabo una escena sexual con ella. La única mujer que quería era Callie.

—Cuando vuelvas, entonces —insistió ella.

—No. No voy a dominar a nadie en el club por un tiempo.

—¿Qué? —su voz era dura y fría. Él había arruinado sus planes.

—Hay muchos doms que estarán encantados de hacer escenas contigo. Ahora si me disculpas, tengo que irme —no esperó respuesta, simplemente colgó. Guardó el móvil en el bolsillo y reanudó su estudio de las nubes.

Todo en su vida iba a cambiar en poco tiempo. Una cosa era llevar a cabo una simple escena con una sumisa en un club, pero entrenar a una y hacerlo en su casa era un asunto completamente distinto. Callie tenía cualidades sumisas innatas, pero no era débil ni fácil de domar. Sería un proceso complicado seducirla e introducirla en su mundo sin asustarla. Quería que todo fuera perfecto, para él, pero también para ella.

Se merecía una seducción dulce y lenta. Él ya había ido demasiado rápido, se había arriesgado con ese beso en la caballeriza. Ella no estaba preparada para él ni para su estilo de vida. Si la seducía demasiado deprisa, saldría corriendo, como una potra indómita. No era que él quisiera someterla. No, eso nunca, pero Callie necesitaba ser domada, y él planeaba calmarla con pequeños toques, ligeras caricias, susurros suaves, todas las cosas que un amante magistral sabía emplear. Y Wes era el mejor. De todos los dominantes del club, él era el que mejor entendía el arte del BDSM. Podía leer a una sumisa y saber inmediatamente lo que necesitaba y dárselo. Era lo más gratificante y excitante de ser un dom, saber que tenía el poder de darle a una mujer lo

que necesitaba y satisfacer todos sus deseos y fantasías. Sería una mentira decir que la idea no lo excitaba. Le encantaba ejercer ese poder, saber que podía dar tanto placer a una mujer.

Callie era joven e inocente, y por mucho que su cuerpo deseara precipitarse a la cama con ella, el resto de él sentía que lo mejor era ir despacio. Ella había sufrido una ruptura en el corazón y eso necesitaría tiempo para curarse. Él sacaría a la mujer de su crisálida y vislumbraría la transformación a su propio ritmo natural.

Cuando su teléfono volvió a sonar, contestó con un gruñido de disgusto.

—¿Qué pasa, Corrine?

Una risita masculina lo hizo parpadear y mirar la pantalla del aparato.

—Sí, definitivamente no soy Corrine —dijo Royce Devereaux.

—Royce, ¿qué pasa? —espetó Wes.

Royce era uno de sus mejores amigos de la infancia, dominante también en The Gilded Cuff y profesor de paleontología en una universidad local de Weston, Long Island.

—Supongo que no te has enterado.

Wes se incorporó en su asiento.

—¿De qué se trata? ¿Les ha pasado algo a los gemelos? ¿A mi hermana? —la sangre empezó a latirle con fuerza en los oídos mientras viejos temores resurgían.

—No… Dios no. Todos están bien. Dios, Wes, sólo has estado fuera unos días. ¿Qué crees que pudo haber pasado en setenta y dos horas? —preguntó Royce con una risita.

Wes exhaló con evidente alivio. Después de todos los últimos acontecimientos, necesitaba descansar, relajarse. No más asesinos, explosiones ni villanos.

—Mientras no haya muertos ni moribundos, no me importa —dijo Wes—. Estoy de vacaciones, lejos de todo drama e incidentes que pongan en peligro mi vida.

Su amigo se rio.

—¿Te estás volviendo aburrido?

—Sabes que nunca soy tan aburrido —le recordó a Royce. Habían pasado demasiadas noches juntos en The Gilded Cuff como para que Royce dijera lo contrario.

—Sólo pensé que te interesaría saber que anoche robaron a los Morton.

Wes no vio la importancia de esto.

—¿Y esto me interesa porque…?

Royce suspiró de manera dramática.

—No fue un robo típico. Sólo se llevaron una cosa. Un cuadro.

Wes se enderezó en su asiento.

—¿Un cuadro? ¿Cuál?

Estaba íntimamente familiarizado con la colección privada de arte de los Morton. Había participado en la adquisición de la mayoría de las obras de su colección. Los Morton eran ricos, como su propia familia, pero a diferencia de sus padres, los Morton valoraban el arte y había sido un placer trabajar con ellos.

—Creo haber oído que era un Goya —dijo Royce.

¿Un Goya? Wes gruñó en voz baja. La obra más cara, valorada en cuatrocientos cincuenta mil dólares. Él había hecho la puja por los Morton en Sotheby's. Y ahora había desaparecido. Algo le oprimió el pecho, una pizca de dolor, seguida rápidamente de furia.

—¿Cómo se lo han llevado? Los Morton tienen un avanzado sistema de seguridad y su colección privada era bastante desconocida para el público en general. No es fácil llevarse algo como un cuadro.

—Sí, lo sé —Royce hizo una pausa—. Parece un trabajo profesional. El FBI lo está

investigando. Les dije que fueran a verte si tenían alguna pregunta sobre el cuadro.

Wes se pasó una mano por la mandíbula, frunciendo el ceño. Lo último que necesitaba era al FBI encima de él, no cuando quería centrarse por completo en Callie. Los federales siempre mataban su estado de ánimo.

—¿A qué hora llegarás a la isla? —preguntó Royce.

Wes consultó su reloj.

—Unas cinco horas, ¿por qué?

—Podríamos ir al club. Hay una dulce y pequeña sub con la que me encantaría compartir un rato…

—No, gracias —Wes se rio—. Tengo que ocuparme de unas cosas y, además, puede que no vaya al club durante un tiempo.

—¿Oh?

Wes no pasó por alto el interés en el tono de su amigo.

—Sí —no dio más detalles. Callie era su pequeño secreto. No quería compartirla con nadie, y menos con un encanto como Royce. No podía correr el riesgo de que ella encontrara a otro hombre más atractivo que él.

El tono de Royce se volvió serio.

—¿Esto tiene algo que ver con Callie Taylor?

¿Cómo conocía a Callie? Wes no contestó. Sabía que responder revelaría más. Era mejor actuar como si no tuviera información.

—Estaba cuidado a Jim y a su hija para Fenn. Se preocupa por ellos, ya que él y Hayden no volverán a Colorado hasta dentro de un mes o dos, al menos no hasta después de la fiesta de compromiso.

—¿Cuidando, eh? ¿Así es como lo llaman los chicos hoy en día? —su amigo soltó una risita —. Apuesto a que cuidaste a esa dulce vaquerita toda la noche.

—Pasé todo mi tiempo trabajando en las cabañas para Hayden. No hubo ninguna noche así, Royce. Vuelve a hacer un comentario como ese y te arrepentirás —prometió sombríamente.

—Admítelo. Deseas a esa chica. He oído a Hayden hablar de ella. Es joven y dulce. Todo lo que tus compañeras de cama habituales no son. ¿Estás teniendo una crisis de mediana edad o algo así?

Joder. Su amigo no sabía cuándo cerrar la maldita boca.

—Tengo treinta y tres años. Un hombre no tiene la crisis de la mediana edad hasta que está realmente en la mitad de su vida —replicó.

—Ajá —respondió Royce, casi calmándolo—. ¿Tu hermana sabe que tienes una habitación oscura?

—Mi hermana no sabe ni sabrá nunca sobre esa parte concreta de mi casa. La pregunta más importante es: ¿cómo entraste en ella? —Royce y él habían compartido mujeres en el club, incluso en casa de Royce, pero la habitación oscura de la casa de Wes… ése era su secreto, su lugar privado que nadie debía conocer. Una habitación que contenía sus cuadros más preciados y otras cosas demasiado valiosas para compartirlas con el resto del mundo. También tenía una cama y una cómoda con algunos juguetes sexuales bastante divertidos, pero aún no había conocido a ninguna mujer en la que confiara lo suficiente como para enseñarle la habitación. La llamaba la habitación oscura porque no aparecía en los planos de la mansión y, a menos que alguien supiera dónde estaba, nunca podría encontrarla. Royce lo había visto salir una vez, pero no lo había interrogado al respecto. Al parecer, el cabrón había estado esperando hasta poder entrar a echar un vistazo.

Se oyó un leve tintineo, como si algo metálico golpeara la madera al otro lado de la línea telefónica.

—Sabía que estabas fuera de la ciudad, así que Hans me está enseñando a forzar cerraduras. ¿Puedes creer que no sabía escuchar las cerraduras? Por cierto, estamos practicando en tu casa.

Wes murmuró algunas palabrotas en voz baja.

—¿Tú y el guardaespaldas de Emery Lockwood estáis en mi casa forzando mis cerraduras? —sabía que no debería haberle sorprendido.

Royce era salvaje e impredecible en el mejor de los casos, y esta era, con mucho, una de sus bromas más tranquilas. Lo que le divertía, a pesar de su enfado por la invasión de su habitación oscura, era que Royce estuviera con Hans Brummer. El guardaespaldas rondaba los cincuenta años y era uno de los hombres más peligrosos para Wes. Hans había pasado los últimos veinticinco años protegiendo a Emery Lockwood después de que éste y su gemelo, Fenn, fueran secuestrados a los ocho años. Ahora que los hombres que intentaron matar a los gemelos estaban muertos, Hans debía de estar lo bastante aburrido como para liberar sus talentos y, al parecer, estaba entrenando a Royce en todo tipo de actividades ilegales.

—Nunca se sabe cuándo será útil forzar una cerradura —respondió Royce, y el chasquido volvió a oírse.

—¿Para qué necesita un profesor de paleontología saber forzar cerraduras? —preguntó Wes mientras se quitaba el reloj Breitling de la muñeca y reajustaba la hora. Aún le quedaban unas horas de vuelo, pero le gustaba tener el reloj configurado.

Royce resopló.

—Bueno, veamos. Emery y Fenn fueron secuestrados. Emery casi voló en pedazos, Cody el chico maravilla de los hackers fue torturado por un asesino, Hans recibió un disparo en el pecho, tú casi fuiste incinerado en un coche bomba. Estoy aprendiendo técnicas de supervivencia con mi viejo amigo Hans.

Se oyó una profunda carcajada en el fondo y Wes supo que era Hans.

—¿Cómo has forzado mi sistema de seguridad?

—Un juego de niños. Acabamos de cambiar el claveado.

Wes suspiró. Eso significaba que tendría que llamar a alguien para que lo arreglara.

—¿No tienes trabajos que corregir?

—Para eso está mi ayudante —anunció Royce con orgullo, y Wes sólo pudo negar con la cabeza—. Kenzie va a estar ocupada durante el próximo mes leyendo todo y preparando los exámenes finales que le envié.

—Creía que habías entrado en conflicto con tu asistente.

—Sí, bueno, Kenzie es demasiado lista para su propio bien. Tiene suerte de ser mi asistente, o la llevaría al club y la ataría a un banco de azotes y le destrozaría el culo —el tono de Royce se volvió repentinamente ronco, y Wes sabía lo que el otro hombre estaba pensando.

—¿Y por qué no lo haces? —Wes se burló de su amigo.

—Oh no, de ninguna manera me voy a liar con una estudiante. Me gusta mi trabajo.

—Pero ella tiene más de dieciocho años, ¿verdad? Es una estudiante graduada. Es legal.

Royce gruñó suavemente.

—Legal tal vez, pero no es bueno que vaya en contra de la política de la escuela. No quiero ser *ese profesor*. Mis alumnos ya conocen mis hábitos en el club, y los porteros tienen que comprobar cuidadosamente los carnés para asegurarse de que no se escabulla nadie que no sea miembro de verdad. A veces me siento como un maldito animal en un zoo.

Su amigo hizo una pausa y añadió:

—Quizá yo también necesite una habitación oscura.

—Sal de ahí ahora mismo, Royce —le advirtió. Ese espacio era suyo, sólo suyo, y ni siquiera su mejor amigo podía entrar allí.

—Bien. Arruínanos la diversión —replicó Royce—. Llámame mañana por la mañana. Tenemos que visitar a los Morton.

—Bien, gracias —definitivamente tenía que ver a los Morton y asegurarse de que las otras piezas de su colección seguían a salvo. Lloraría la pérdida del Goya.

Volvió a guardar el móvil en el bolsillo y cerró los ojos, imaginándose en la habitación oscura. Su refugio, su consuelo. Quizá pronto podría enseñárselo a Callie, dejarla entrar en su santuario.

Treinta días.

Él tenía que conseguirlo. Era crucial que ella tuviera su tiempo para aceptar el compromiso de Fenn y seguir adelante. Y una vez que lo hiciera, él intervendría y la reclamaría.

CAPÍTULO 3



A las diez en punto de la mañana siguiente, Wes subió al Porsche Spyder de Royce, y pocos minutos después estaban atravesando la entrada principal de la mansión Morton. Wes llevaba su traje favorito, un Burberry gris claro de corte clásico y lana ligera, mientras que Royce había ido más informal con jeans y un jersey negro bajo un abrigo de cuero.

—¿El FBI sigue en la ciudad? —preguntó Wes a su amigo.

—Probablemente, pero no me he enterado. Seguro que los Morton lo sabrán.

Atravesaron las puertas negras coronadas con agujas doradas y se detuvieron en un camino circular ante una enorme mansión de estuco de estilo mediterráneo. Era una gran cerca que siempre impresionaba a Wes cada vez que la visitaba. La verdadera atracción eran las estatuas romanas que llenaban los jardines y la glorieta de piedra caliza donde cada primavera florecían glicinias de color amatista que cubrían la piedra y llenaban el aire con su intenso aroma. Era un espectáculo precioso a finales de primavera y principios de verano.

Wes llegó primero a la puerta y oprimió el pequeño timbre blanco incrustado en un marco dorado. Unos segundos después apareció un hombre vestido de negro. El mayordomo, el señor Clancy, saludó con la cabeza.

—Señor Thorne, señor Devereaux, por aquí, por favor —los condujo a uno de los salones del vestíbulo principal.

Los Morton, Jill y su marido Daniel, estaban sentados en un sofá de satén y hablaban en voz baja, con el rostro tenso. Rondaban los sesenta, pero ambos seguían siendo esbeltos y de aspecto casi atemporal. Eran una de las familias favoritas de la élite de la isla y se merecían toda esa atención. Los Morton, aunque ricos, no eran ostentosos y, como mecenas de las artes, invertían gran parte de su riqueza en la comunidad artística. Más de una vez, Wes había volado con ellos a Nueva York para ver una ópera o un ballet. También ofrecían piezas de su colección privada al Met para exposiciones temporales. Wes los admiraba, y admiraba a pocas personas en este mundo. Sólo deseaba que sus padres hubieran recibido lecciones de los Morton, en lugar de perderse en sus obsesiones por el poder social y el elitismo.

—Wes, querido muchacho —Jill se levantó y lo saludó, cogiendo sus manos entre las suyas y estrechándolas suavemente. Sus ojos azules, aunque algo apagados por la preocupación, seguían brillando. *Querido muchacho.* Era un hombre adulto, pero ella lo conocía desde que era un niño. El cariñoso gesto lo habría enfadado viniendo de cualquier otra persona, pero con ella solo pudo sonreír.

—Lo lamento, señora Morton. Royce me llamó con la noticia del Goya.

Daniel se avanzó y estrechó sus manos y las de Royce.

—Lo hemos pasado fatal —admitió Daniel, mostrando su leve acento británico. Se había

trasladado a Estados Unidos de joven y había hecho fortuna aquí, se había casado con Jill y se había hecho ciudadano estadounidense, pero llevaba el acento británico bajo la piel.

—Un minuto el Goya estaba allí y al siguiente ya no. Estábamos celebrando una fiesta y, en el lapso de dos horas, nos lo quitaron delante de las narices.

Wes pensó en ello detenidamente.

—¿Tenéis una lista de invitados que pueda ver?

—Sí —dijo Jill—. El FBI se llevó una copia y está entrevistando a todos los invitados, pero ya sabes cómo pueden ser estas fiestas…

Wes sabía muy bien con qué facilidad podían salir mal las cosas en las fiestas de la costa norte de Long Island. Hacía veinticinco años, unos gemelos de ocho años habían sido secuestrados en su propia cocina en medio de una fiesta de verano que sus padres estaban organizando. Al parecer, los secuestradores no habían tenido problemas para desaparecer en la noche sin ser vistos ni descubiertos. La seguridad no había cambiado mucho.

—¿Cómo supisteis que había desaparecido? ¿Royce dijo que había una falsificación en su lugar?

—Oh —Jill se sonrojó—. Era el marco. Era la única forma de saberlo. La madera tenía una pequeña fractura, de cuando Daniel lo dejó caer hace unas semanas. Se podía sentir, pero no se veía la grieta.

Jill cogió un marco de madera de la mesita junto al sofá.

—El FBI nos lo devolvió después de examinarlo en busca de huellas. Estaba limpio. Pero no es nuestro marco —Daniel deslizó un dedo índice por el borde de una de las esquinas—. Había una grieta, justo aquí. Sólo me percaté de ello porque el cuadro estaba ligeramente torcido y lo toqué para reajustarlo. Fue entonces cuando vi la ausencia de la rotura.

Se pasó una mano por el pelo canoso y suspiró.

Royce examinó el marco y se lo entregó a Wes. El marco medía ocho por diez, increíblemente pequeño para la mayoría de los estándares artísticos. Más bien como la *Mona Lisa*. Muchos cuadros famosos eran diminutos en comparación con las expectativas del público en general, pero este Goya en particular era aún más pequeño.

El Goya era un pequeño cuadro de una mujer contemplando un acantilado desde una terraza. No tenía la forma de su época oscura, que era su estilo más famoso, sino más bien la de los años en que pintaba retratos de miembros de la alta sociedad. La imagen de la mujer era extrañamente personal, como si Goya la hubiera conocido íntimamente, por la forma en que el viento jugueteaba con su pelo y sus faldas ondeaban sobre sus piernas, mostrando su esbelta figura. Wes sabía que la mujer del cuadro tenía una historia que contar y, cuando salió a subasta, se puso inmediatamente en contacto con los Morton. Habían querido comprarlo y él les había ayudado a conseguirlo.

Siguió estudiando el marco.

—¿Qué te parece, Wes? —Jill cogió el marco y lo dejó sobre la mesa.

Wes apretó los labios, pensativo. No era agente, ni policía, ni tenía conocimientos de investigación, pero sabía de arte. Y lo que era más importante, conocía el lado más sórdido del mundo del arte.

—Quienquiera que se haya llevado esto tendrá que contratar a alguien para que lo arregle y luego lo pondrá en el mercado negro, a menos que ya tenga un comprador concertado. Voy a investigar, pero también quiero una copia de vuestra lista de invitados y copias del vídeo de la galería de la colección.

Daniel asintió.

—Por supuesto, podemos conseguirte eso. Estamos esperando a que el FBI termine con las cintas y entonces te las enviaremos.

—Bien —Wes agradeció a la pareja y luego él y Royce se dirigieron a la puerta.

Wes se quedó mirando el coche. Había estado distraído en sus pensamientos cuando Royce lo había recogido como para percatarse del estado del Spyder. Estaba sucio y cubierto de salpicaduras de barro.

—¿Qué demonios has estado haciendo en mi ausencia?

Royce echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—No tienes ni idea, y desde luego no te lo voy a contar.

—Claro —Wes soltó una risita y se subió al asiento del copiloto. Su teléfono zumbó y cuando lo sacó vio que había un mensaje de Lilly Hargrave, una mujer que tenía una tienda de ropa y lencería de lujo en la ciudad.

—¿De vuelta a tu casa? —Royce se pasó una mano por el pelo antes de abrocharse el cinturón.

—En realidad, llévame a la ciudad. Lilly tiene algo para mí —Wes se abrochó el cinturón y no pudo evitar esbozar una sonrisa. El día había comenzado sombrío, pero las cosas estaban mejorando.

—¿Lilly? ¿Qué quieres con ella? Pensé que tú y ella habían terminado hace siglos —dijo Royce, el paleontólogo, escarbando en la fosilizada historia romántica de Wes intentando encontrar respuestas.

—Hemos terminado —le aseguró a su amigo—. Pero Lilly sigue siendo una amiga. Ha encargado algo para mí en París y quiero recogerlo inmediatamente.

—Vaya, qué misterioso estás hoy —Royce giró el volante y el Spyder salió disparado del camino de grava de los Morton hacia la carretera en dirección a la ciudad.

Wes ignoró la sutil burla de su amigo.

—¿Qué te parece esta situación del cuadro?

—¿A mí? —Royce se quedó callado un momento—. Dependiendo del nivel de acceso de los invitados, podríamos considerar a uno de los nuestros de la costa norte como posible ladrón. Por supuesto, un extraño pudo haber entrado en la casa durante la fiesta, pero me abstendré de hacer conjeturas hasta que vea las imágenes y la lista de invitados. ¿Y tú qué piensas?

Wes golpeó el alféizar de la ventanilla del acompañante con los dedos. No quería pensar que uno de los suyos fuera el responsable, pero la triste verdad era que podía ser muy posible.

—Creo que podemos tener un enemigo infiltrado, Royce —era hora de cazar.



CALLIE SE QUEDÓ MIRANDO EL GULFSTREAM G150 EN EL ASFALTO, CON LOS NUDILLOS BLANCOS sobre la pequeña bolsa de lona que contenía su ropa.

Jim soltó un suave silbido.

—Ese chico sí que sabe viajar con estilo. Menos mal, porque te mereces lo mejor, cariño —su padre la abrazó con un brazo y le besó la mejilla.

—Gracias, papá —susurró. Era raro pensar que se iría de Colorado por primera vez en su vida y que tendría que despedirse de su padre, al menos durante un mes.

—Estarás bien —dijo suavemente Jim—. Él cuidará bien de ti. Si no, le patearé el trasero.

Ella le devolvió el abrazo, debatiéndose entre las lágrimas y la risa.

Jim le sonrió y luego saludó con la mano a la figura distante que apareció en lo alto de la

escalera del avión.

Wes Thorne, vestido de negro y con un aspecto tan intimidante como siempre, devolvió el saludo a Jim. Callie desvió la mirada, con todo el cuerpo acalorado por la vergüenza. Sabía que tenía que tener la cara roja. La última vez que lo había visto, él la había besado despiadadamente en el almacén del establo. No era una experiencia que pudiera olvidar. De hecho, estaba grabada en su mente, como un faro llameante, seductor y aterrador a la vez. No había podido pasar un día sin pensar en ese beso y en cómo la había cambiado. La *había* cambiado, no podía discutirlo. No había podido quitárselo de la cabeza. El contacto de sus labios contra los suyos, el calor de su cuerpo y el anhelo secreto de saber más de lo que podía haber entre ellos. Y al mismo tiempo, se odiaba a sí misma por esa curiosidad y ese deseo.

—Vamos, Callie —el estruendoso barítono de su padre la hizo sobresaltarse al darse cuenta de que él ya estaba desapareciendo en el interior del avión, sin duda para echar un buen vistazo a lo que había dentro.

Wes bajó los escalones y se reunió con ella al final. Estuvo a punto de tropezar hacia atrás porque él se alzó sobre ella, haciéndola sentir vulnerable al instante.

—Hola, Callie —su nombre era exótico y parecía como si pronunciar su nombre tuviera un delicioso sabor en su lengua. Cuando ella pensó en su nombre, se le escapó rápidamente de los labios en un suspiro sin aliento.

Con una pequeña sacudida, Callie se obligó a recuperar el control.

—Señor Thorne, me alegro de verlo de nuevo. No era necesario que me llevara en avión a Nueva York. Podría haber volado en avión comercial sin problemas.

Los ojos azul de cobalto de Wes se entrecerraron.

—Callie, todo lo que hago tiene un propósito claro —su tono era casi frío, y ella juró sentir su gélido ardor. Por alguna razón, eso la enfureció.

—¿Todo lo que hace tiene un propósito claro? ¿A eso le llama besarme en el granero? ¿Qué propósito tenía? ¿Era todo parte de su plan para seducirme? —Callie dejó caer la bolsa a sus pies y le clavó un dedo en el pecho. En lugar de alejarse de ella, él se inclinó aún más.

—En efecto, tenía un propósito, y cuando estés preparada, te lo contaré —explicó en un tono sedoso que parecía más peligroso que sensual.

—No puede utilizarme, señor Thorne. No soy ese tipo de chica —le advirtió, no muy segura de cómo había podido hacerlo. Si se atrevía a tocarla de nuevo, ella podría perder la cabeza.

—Algún día me *suplicarás* que te utilice, Callie, y cuando llegue ese día, cederé a tus deseos y nos satisfaré a los dos —le rozó la mejilla con el dorso de los nudillos y ella se estremeció, sin apartarse. No se atrevería a besarla de nuevo, no mientras su padre estuviera cerca.

—Eso nunca ocurrirá —le recordó ella.

Un destello de algo oscuro y salvaje ensombreció sus ojos durante un breve instante antes de que él enmascarara su reacción con fría indiferencia.

—Ya veremos. Después de todo, tengo treinta días para hacerte cambiar de opinión.

Callie se mordió el labio inferior y se inclinó para coger su bolso.

—No seas tonta —murmuró Wes y se le adelantó. Enredó sus largos y elegantes dedos en las correas del bolso de lona y lo levantó. Luego le dio la espalda y subió las escaleras del avión, donde entregó la maleta a uno de los auxiliares. Wes se volvió y le tendió una mano mientras ella subía los escalones.

Callie reaccionó sin pensarlo y aceptó su ayuda. Cuando sus dedos se cerraron en torno a los suyos, ella no pudo evitar preguntarse si había aceptado un trato con el diablo. El brillo de aprobación en sus ojos la calentó por completo.

—Elige el asiento que quieras.

Tuvo que presionar su cuerpo contra él para entrar en la cabina. Siempre hacía eso, invadía su espacio y la volvía consciente de su dominio físico y su fuerza, y de lo pequeña y delicada que se sentía en comparación con él.

Su padre estaba en la parte trasera del avión acariciando uno de los asientos de cuero y sacudiendo la cabeza con una sonrisa.

—Hermoso avión, Wes —anunció Jim con evidente aprobación.

—Gracias, señor Taylor. Estoy de acuerdo. Ponte cómoda, Callie. Tenemos bebidas y comida a tu disposición. Solo tienes que pedírselo a Lindsay, la azafata —señaló con la cabeza a la mujer rubia de mediana edad que se estaba ocupando de su equipaje.

—¿Te importa si hablo contigo, Wes? —Jim se colocó en la puerta del avión y con un sutil movimiento de cabeza indicó que lo acompañara afuera. Wes miró a Callie antes de seguir a su padre escaleras abajo y desaparecer.

Ay no, espero que papá no amenace con pegarle un tiro. Callie sonrió con satisfacción. Tal vez lo que el hombre necesitaba era patearle el culo a Wes.

❧

WES SIGUIÓ A JIM POR LA PEQUEÑA ESCALERA QUE CONDUCÍA A LA PISTA. CUANDO AMBOS estuvieron lejos de la puerta abierta del avión, Jim se metió las manos en los bolsillos y estudió a Wes.

—Mi niña está sufriendo —observó.

—Sí —asintió Wes. La imagen de Callie de pie en su dormitorio, con la cara contorsionada por el dolor, su cuerpo temblando mientras se deshacía ante él… Fue un puñetazo en las tripas. La rabia que le producía pensar en ella amando a Fenn, un hombre que no la quería, se había desvanecido en un instante, y la necesidad de abrazarla, de consolarla, había dominado sus demás pensamientos. Ella despertaba en él los impulsos más extraños, y era condenadamente incómodo, pero si tenía que soportar sentirse desequilibrado con tal de tener a Callie en sus brazos, en su cama, lo aceptaría.

—Me agradas, Wes —el cumplido de Jim sonó más como una advertencia. Se acercó un paso más a Wes.

—El sentimiento es mutuo —dijo, sin saber qué responder. El viejo ranchero lo había engatusado, lo cual no era fácil.

—Bien. Ahora, ya que nos agradamos tanto, sería buena idea no hacer nada que ponga en peligro nuestra creciente amistad, ¿verdad? —los ojos del ranchero brillaban con picardía.

La pregunta pareció retórica y Wes no contestó.

—Sé que la deseas, muchacho. Y te diré esto. Es una mujer adulta, libre para vivir su vida, y yo quiero que lo haga —Jim rodó hacia atrás sobre los talones, con aire despreocupado y las manos aún metidas en los bolsillos.

—Por eso la llevaré a París. Es el mejor lugar para que viva, para que experimente una vida de aventuras y descubra quién es en realidad —no había querido dejar escapar esa última parte, pero lo hizo. Tal vez Jim no lo consideraría un romántico, porque ciertamente no lo era, pero sabía que eso era lo que Callie necesitaba más que cualquier otra cosa.

Los ojos de Jim se entrecerraron, pero sólo ligeramente.

—París es la ciudad del amor.

—Y del arte. Callie tiene talento. Tiene un don. Quiero que vea lo que podría llegar a ser si

se aplica y recibe la mejor instrucción —tenía la extraña necesidad de justificar por qué quería llevar a Callie a Francia. No todo se trataba de seducción. No era un villano empeñado en hacer suya a una doncella inocente. Bueno, sí que quería hacerla suya, pero quería que viera hasta dónde podía llevarla su talento si estaba dispuesta a explorar su pasión por ello.

—Bien. Suena como un viaje que ella disfrutaría. Mi niña nunca ha salido del estado de Colorado y necesita ver el mundo —metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña caja de cuero y se la entregó a Wes.

—¿Qué es esto? —abrió la caja y encontró un pequeño brazalete de conchas marinas y un papel doblado.

—Se lo iba a dar a Callie en su vigésimo primer cumpleaños, pero ahora es el mejor momento. Sabía que estaría disgustada por lo de Fenn. Este brazalete era de su madre. Se lo hice con conchas que recogimos en Venice Beach, donde fuimos de luna de miel. Fue el único viaje que nos pudimos permitir cuando nos casamos. Pertenece a Callie. Dáselo cuando creas que es el momento adecuado.

—Gracias —Wes guardó la caja de cuero en su bolsillo.

Jim esbozó una sonrisa repentina.

—Oh, sólo una cosa más —se inclinó hacia él, con un brillo amenazador y feroz en los ojos —. No importa dónde estés, si mi bebé resulta herida y es culpa tuya, un rifle Winchester funciona igual de bien en Francia que en Colorado y tengo el pasaporte actualizado.

Wes sonrió, devolviendo la advertencia en su propia expresión.

—Entendido.

Jim asintió e hizo un gesto con la mano hacia el avión.

—Ahora, vete, no querrás perder tu vuelo a Nueva York. Y recuerda, cuida de mi niña.

—No le faltará de nada —prometió. Era una promesa que pensaba cumplir.

Wes tiró de su corbata, con una sonrisa agridulce en los labios, asintió con la cabeza, se volvió hacia el avión y subió los escalones.

CALLIE PENSÓ BREVEMENTE EN SENTARSE EN UNO DE LOS ASIENTOS JUNTO A LA VENTANILLA Y utilizar el bolso y la mochila para poner distancia entre ella y Wes, pero decidió no hacerlo. Ya era mayorcita y podía lidiar con él. Además, no había mucho que él pudiera hacer para seducir a una mujer en un avión.

Había un gran televisor en la parte delantera de la cabina, junto al espacio que conducía a la cabina de mando y a la zona de azafatas. Callie dejó el bolso y la mochila junto a la fila de sillones de cuero y se sentó. El cuero cedió ante su peso, y tuvo que reprimir un suspiro de satisfacción ante la sensación de ocupar un asiento tan lujoso. Estudió el televisor durante un minuto antes de ver un pequeño armario de madera brillante debajo de él que parecía más bien parte de la pared. Callie se inclinó hacia delante y empujó una de las esquinas de la puerta; el pestillo de presión hizo clic y la puerta se abrió. Dentro había una gran colección de películas, un reproductor de Blu-ray y un par de mandos a distancia.

Películas. Le encantaban las películas. Su padre la llamaba cinéfila cuando se burlaba de ella, pero era cierto. Había algo mágico en la forma en que se presentaba una historia en la pantalla. Suponía que el cine le atraía porque ella era muy visual, y eso era como cuadros en movimiento, o arte danzante, a su modo de ver.

Inclinó la cabeza hacia la derecha para leer mejor los títulos en los lomos de las cajas y se

detuvo al llegar a una. *Laura.* Un clásico del cine negro de los años cuarenta sobre un detective de ciudad que se enamoraba de una bella mujer cuyo asesinato investiga. Era una de sus favoritas. Empezó a sacar el aparato, pero se detuvo y volvió a colocarlo en su sitio. No era su avión y debería preguntar a Wes antes de usar el reproductor.

Seguramente a Wes no le importaría, y ver una de sus películas favoritas la ayudaría a relajarse. Además, ¿qué sentido tenía viajar en un avión equipado con lo mejor de todo si no ibas a utilizarlo? Por otra parte, Wes le parecía un adicto al trabajo, y tal vez esa intensidad no le permitía holgazanear y ver una película en su avión privado.

Callie sintió una punzada de envidia al recordar con exactitud por qué Wes tenía este avión privado. Era especialista en arte y viajaba con frecuencia a Europa para consultar sobre obras a museos, casas de subastas y coleccionistas privados. Eso no sería trabajo para ella. Tener un trabajo así sería un sueño hecho realidad. Un sueño que, sin duda, nunca llegaría a vivir. A los veinte años, sabía que aún podía empezar la universidad, pero no había ahorrado y no sabría por dónde empezar el proceso de matricularse en una escuela de arte decente. La idea de averiguarlo todo y saber que abandonaría a su padre y el rancho le aterraba. Lo admitía, y se odiaba un poco a sí misma por sentir tanto miedo de algo que quería. Incluso si ganaba esta apuesta entre ella y Wes, y era capaz de ir a la escuela de arte con una beca, ¿qué pasaría si no era lo suficientemente buena para quedarse?

La ola de depresión que la golpeó la hizo hundirse en el sillón de cuero, con los hombros caídos. ¿Qué iba a hacer? No podía quedarse en el rancho para siempre, no cuando sabía que Fenn y Hayden volverían allí para vivir permanentemente. Había oído a su padre y a Fenn hablar de ello una noche por teléfono. Las cabañas de lujo eran el plan de Hayden y Fenn para salvar el rancho y crear un negocio que pudieran administrar al vivir allí. Y cuando volvieran a casa, el rancho se iba a sentir terriblemente abarrotado con ella como acompañante indeseada. No era estúpida. No había razón para torturarse o continuar dañando las heridas de su corazón.

—Tu padre dice que tiene que volver al rancho, pero que lo llames cuando lleguemos a Nueva York.

Callie se tensó y levantó la mirada para encontrarlo apoyado en la puerta de la cabina, observándola. Su pelo rojo había crecido un poco en el mes transcurrido desde que lo había visto. Era más largo, casi le llegaba a la punta de las orejas. De repente, ella sintió el impulso de deslizar los dedos por su pelo y comprobar si era tan suave como parecía. En lugar de eso, se acercó a la ventanilla del lado opuesto del avión y vio a su padre de pie en la pista. Él debió haberla visto porque levantó repentinamente una mano y la agitó en su dirección. Ella le devolvió el gesto y se le formó un nudo en la garganta mientras intentaba no salir corriendo hacia la puerta y bajar corriendo hacia él. Era la primera vez que abandonaba su casa y a su padre, y estaba muy aterrorizada.

—Él estará bien. Le dije que es mejor que se lo tome con calma mientras estés fuera, de lo contrario arruinará tu viaje haciendo que te preocupes —la mano de Wes se posó en su hombro con un suave contacto.

Frotándose los ojos irritados, se apartó de la ventanilla y él le permitió pasar a su lado para volver a su asiento. Callie se estremeció al percatarse de que había dejado abierta la puerta del armario con todas las películas expuestas.

—Puedes ver una película, si quieres —la voz de Wes era suave, divertida, y su tono casi dulce la sorprendió. Se quitó la chaqueta mientras hablaba, los gemelos y se arremangó. A excepción del rancho, esta era la ocasión en que ella lo había visto más relajado.

—Oh no, no podría…

—Tonterías —se giró hacia su izquierda, se arrodilló frente a ella de cara al mueble del televisor y eligió una película. *Laura.* La colocó en el reproductor de discos.

Callie lo miró fijamente. ¿Cómo demonios había sabido que esa película era la que ella quería ver? Pulsó «play» y encendió el televisor de pantalla plana. Se levantó y se dirigió a la zona de los asistentes, donde cogió un maletín y, sin siquiera pedir permiso, se sentó a su lado, sin mirarla. Se abrochó el cinturón de seguridad y buscó algunos papeles en el maletín antes de dejarlo en el suelo y reclinarse de nuevo, con el regazo cubierto de documentos. Dejó los gemelos en el reposabrazos y Callie los cogió, preocupada de que se cayeran al suelo. Sus superficies planas estaban grabadas con una letra T y una rama con espinas entrelazada alrededor de la base de la letra. Elegantes y atrevidas. Como él.

¿Wes tenía que hacer eso? ¿Sentarse a su lado cuando había otros asientos? Callie lo miró con los ojos entrecerrados, prácticamente sin creer lo que había hecho. Estaba segura de que lo hacía para molestarla.

—No tienes que sentarte ahí —casi susurró.

Él le dirigió una mirada diabólica y luego se inclinó hacia ella con aire de conspiración. Callie se acercó automáticamente, deseosa de oír lo que él planeaba decirle.

—Tengo que sentarme aquí, cariño. Estás acorralada, como a mí me gusta. Ese nerviosismo te acelera la respiración y me gusta saber qué piensas en lo cerca que estoy de ti.

Cuando él se reclinó en su asiento, Callie supo que su mandíbula rozaba el suelo mientras lo miraba boquiabierta. Entonces la irritación brotó bajo su piel. ¡Estaba jugando con ella! Con un gruñido de frustración, apartó el rostro de él y volvió a concentrarse en la pantalla del televisor.

El sonido de la película la distrajo momentáneamente y, cuando volvió a mirar en su dirección, Wes parecía sumido en su trabajo. Podía sentir el calor de su cuerpo. Un momento miraba la película y el otro lo miraba a él, fascinada e irritada. Estaba haciendo esto a propósito, para molestarla. La pregunta era: ¿por qué? Ella ni siquiera podía adivinarlo. Ni siquiera ese beso en el almacén había sido porque se sintiera atraído por ella. ¿Era parte de su intento de ganar la apuesta? Esa era la única explicación, y Callie seguía sin entender por qué estaba tan decidido a acostarse con ella.

A los hombres como él no les gustaban las chicas de pueblo como ella. Habría apostado todo a que le gustaban las chicas despampanantes, sofisticadas, mujeres que llevaran vestidos ajustados y tacones con tiras y que supieran reírse educadamente de cualquier cosa que él dijera. Callie no era así. Le gustaba ser salvaje, sentir la lluvia sobre la piel desnuda, acurrucarse en pijama en el sofá y ver películas antiguas. Sus ojos se desviaron hacia la pantalla, donde el detective estaba explorando la casa de la mujer muerta y se había detenido ante un cuadro de la encantadora mujer.

Sus pensamientos sobre Wes y sus segundas intenciones se desvanecieron momentáneamente mientras se perdía en la historia. Un hombre que se enamoraba de una mujer muerta simplemente por ver un cuadro al óleo… Callie suspiró. La mejor parte de la película era cuando el detective descubría que la mujer no estaba muerta, sino que una amiga suya había sido asesinada cuando el asesino la confundió con la heroína de la historia. Era una historia de amor disfrazada en un crudo thriller.

Mientras el detective de la pantalla empezaba a interrogar a los sospechosos, Callie levantó el reposabrazos de su derecha y aprovechó las dos sillas vacías que había junto a la ventana para estirar las piernas. Luego apoyó la cabeza en una mano. El peso de una mirada se posó sobre ella e intentó no mirar a su izquierda. Wes la estaba mirando. Finalmente, no pudo soportarlo más y miró hacia él. Su postura era la más relajada en la que lo había visto hasta ahora. Tenía las

piernas estiradas, los papeles guardados y apoyaba el codo izquierdo en el reposabrazos. Su barbilla descansaba en su mano mientras seguía mirándola. Como un león observando a una gacela pastando. Por ahora, contento de observar. Era sólo cuestión de tiempo que atacara. El corazón de Callie palpitaba frenéticamente y la sangre le latía con fuerza en los oídos. Estaba en serios problemas.

CAPÍTULO 4



No podía pensar con claridad mientras él la miraba así, pensativo y silencioso, pero intenso.

Callie se aclaró la garganta e intentó entablar conversación, aunque la película sonaba suavemente de fondo.

—¿Wes es el diminutivo de Wesley? —no sabía de dónde había sacado el valor para preguntárselo. Supuso que tenía que serlo, pero como él había dicho, no habían hablado antes, a menos que se tratara de su hermana o de Fenn.

Le tendió la mano con la palma hacia arriba y ella depositó los gemelos allí.

—Sí. Wesley. Es un nombre de familia. De mi abuelo.

—¿En serio? ¿Lo conociste? —Callie había sido demasiado joven para recordar a sus abuelos antes de que fallecieran.

Wes guardó los gemelos y sonrió. Era una sonrisa pequeña, pero muy cálida y casi dulce. En el poco tiempo que llevaba conociéndolo, nunca lo había visto tan cariñoso. Se pasó una mano por el pelo, despeinándolo, sin percatarse de que había formado un exquisito desastre en sus mechones, normalmente peinados hacia atrás. A Callie le gustó. Lo hacía más accesible, menos perfecto. Wes era demasiado perfecto.

—Mi abuelo es un viejo oso. Lo digo en el buen sentido. Es grande y brusco, pero un buen hombre. Solía fumar puros cubanos y beber coñac todos los viernes por la noche, y yo me escapaba de la cama para ir a su estudio. Nos sentábamos en dos sillones junto al fuego y me contaba cosas de los viejos tiempos. Sirvió en la marina durante la Segunda Guerra Mundial. Sus historias me hechizaban.

A Callie le encantó ver la mirada suave de Wes y el movimiento de sus labios mientras hablaba.

—Él parece ser un hombre maravilloso —replicó ella.

—Lo era. Fue él quien me enseñó a amar el arte —se inclinó hacia delante en su asiento y apoyó los codos en las rodillas—. ¿Cómo llegaste a amar tanto el arte? Cuando Hayden me enseñó por primera vez tus cuadros en el rancho, me quedé asombrado por el talento.

Callie tragó saliva y el calor inundó su rostro. ¿Creía que era talentosa? ¿La apuesta era algo serio para él? ¿Llevarla a la escuela de arte? Tenía que serlo. No creía que Wes fuera un hombre que no cumpliera sus promesas.

—No sé cómo empezó —admitió—. Cuando era pequeña, después de que mi madre muriera cuando yo tenía cuatro años, no dejaba de pensar que ojalá supiera cómo lucía ella era porque no lo recordaba. Así que empecé a encontrar las fotos de mi padre y a dibujarla tanto como podía. No quería olvidar su cara —nunca se lo había dicho a nadie. Era un secreto que había ocultado

incluso a su padre porque le parecía demasiado triste e importante al mismo tiempo, y no quería recordarle lo que él había perdido. Algunos amores dolían demasiado. Callie lo había aprendido por las malas.

—No puede haber verdadero arte sin dolor —la voz de Wes era suave, y la intensidad de su mirada se había suavizado—. Alguien que nunca ha vivido su vida nunca sabrá lo que la profundidad de los colores puede evocar en un lienzo, o cómo pintar una escena que conmueva hasta el más duro de los corazones.

—¿Incluso el tuyo? —bromeó ella sin pensar, y luego cerró la boca avergonzada.

Él se rio.

—Incluso el mío.

Wes pareció recuperarse y miró su reloj.

—Tenemos otro par de horas. La película casi ha terminado. ¿Quieres ver otra?

¿Casi ha terminado? Callie parpadeó. Se perdió su película favorita porque había estado en un torturante estado de distracción. Cada vez que él movía el cuerpo o le hablaba, ella era consciente de su propio cuerpo. Era extraña la forma en que no podía dejar de mirarlo, la manera en que él colocaba su cuerpo, estiraba las piernas o cruzaba los brazos.

—¿Y bien? ¿Qué dices? ¿Otra?

—Claro, pero tú elige esta vez, ya que parecías saber que quería ver *Laura* —tuvo que admitir que se moría de curiosidad, preguntándose qué elegiría él. La variedad de películas que había en el armario indicaba que Wes estaba interesado en muchas cosas, o tal vez eran las películas de su hermana, ya que Callie sabía que a Hayden le encantaban las películas.

Wes movió los dedos, observándola durante un largo momento, como si la elección de la película se encontrara en su rostro. Luego se levantó, se arrodilló junto al armario y seleccionó una. Utilizando su cuerpo para ocultarle la caja, Callie tuvo que esperar a que él pulsara el botón de reproducción para saber qué había elegido. Wes ocupó nuevamente su silla, pero metió la mano debajo del asiento y sacó una pequeña almohada.

—Ten, coge esto. Si quieres estirarte, puedes colocarla en el reposabrazos.

Ella cogió la almohada de manera vacilante, evaluando la fila de asientos en la que estaban. Si se tumbaba, acabaría cerca de su regazo. La idea despertó una oleada de deseo. ¿Cómo sería tener tanta intimidad con alguien como para poder hacer eso? Descansar cómodamente contra él y dormir. No podía imaginarlo. Ese era el precio de ser virgen. Y apestaba. Una vez, a sus quince años, había estado hasta tarde en la ciudad con Fenn, y él los había llevado a casa en su camioneta. Se había quedado dormida, con la cabeza apoyada en su hombro. Una profunda sensación de paz y calidez la invadió. Confiaba en él, lo amaba, y había sido maravilloso, excepto que eso sólo había sido importante para ella. No para Fenn.

—¿Qué ocurre? —la voz de Wes se abrió paso a través del dolor gris que se arrastraba en su pecho.

—¿Qué? —preguntó ella, con la voz un poco ronca mientras intentaba ocultar su dolor y la forma en que la ahogaba.

—Pareces… disgustada. No pretendía… —Wes se detuvo, con sus ojos azules tan oscuros que parecían casi ónix. Estaba claro, por el tic de su mandíbula, que le incomodaba la idea de molestarla. Algo se ablandó en su pecho hacia este hombre inquietante e intenso. Tal vez Wes no sabía que era arrogante y grosero y que pisoteaba a la gente. Probablemente estaba acostumbrado a que la gente se apartara cuando él pasaba. Bueno, él no la acobardaría, lo pretendiera o no, ni la asustaría.

Colocó la almohada en el reposabrazos, entre Wes y ella, y se puso cómoda. Los créditos

aparecieron en la pantalla y el sonido de una canción de amor familiar la hizo estremecerse. Cuando el título apareció, todo su cuerpo se paralizó y no pudo respirar durante un segundo.

Algo para recordar.

Wes había elegido esa película a propósito. Le estaba enviando un mensaje sobre la apuesta. El hombre era demasiado engreído, pero, por alguna razón, eso le provocó el deseo de reír.

La idea de tener una aventura con él, bueno, admitió que sería memorable. La certeza de ello la hizo temblar. Por mucho que quisiera creer que iba a ganar la apuesta, sabía que cada vez le iba a resultar más difícil luchar contra la fascinación y la atracción que sentía por él. ¿Podría acostarse con él sin comprometer su corazón? Eso era lo que la preocupaba más que cualquier apuesta. Un pequeño escalofrío la recorrió.

—¿Frío? —su voz era grave, un barítono retumbante que despertó extrañas sensaciones en su cuerpo que no quería sentir, no con él.

—Estoy bien —murmuró ella, presionando los brazos contra el pecho y frotando la mejilla contra la almohada. Le gustaba estar tumbada aquí. Casi podía dormirse así. Porque Wes estaba a sólo quince centímetros y ella estaba atenta a cada uno de sus movimientos.

Él permaneció inusualmente quieto, como si intentara no asustarla, pero aun así la perturbó estar así de cerca. Esa quietud depredadora que Callie había visto tan a menudo en la naturaleza, como un halcón posado en el poste de una valla, observando la hierba que había debajo, manteniéndose muy quieto mientras un ratón de campo cometía el tonto error de confiar en que su silencio y su quietud significaban que estaba a salvo.

❧

WES CONTUVO LA RESPIRACIÓN DURANTE UNOS LARGOS SEGUNDOS MIENTRAS VEÍA A CALLIE dormirse. La película continuó y él sonrió ante la pequeña broma. Tal vez era un poco dramático, pero sabía que ella había captado el mensaje. Iban a estar juntos y sería una aventura inolvidable para los dos.

Su sangre se calentó cuando ella le quitó la almohada y se acurrucó en los asientos como él había sugerido. Le complacía verla obedecer sus deseos. No deseaba doblegarla, sino enseñarle que podía guiarla y que ella lo disfrutaría. No quería controlar todas las facetas de su vida. Su objetivo consistía únicamente en controlarla en la cama, pero para que ella confiara en él en ese lugar, primero tendría que aprender a confiar en él fuera del dormitorio.

Su cuerpo se tensó cuando Callie se movió, acarició la almohada y exhaló un suave suspiro. La lujuria estalló en él como una explosión. Le encantó el sonido de ese suspiro, ansiaba oírlo una y otra vez mientras la poseía y le proporcionaba tanto placer como para que ella creyera que moriría.

Wes exhaló un suspiro y consultó su reloj, contando los segundos y minutos que faltaban para que decidiera que era seguro moverse. Deslizó una mano por debajo de la almohada y bajó con cuidado el reposabrazos para poder acomodar la almohada en su regazo, dándole a Callie un par de centímetros más para estirarse. Y consiguió lo que quería. A ella. Más cerca. Su mano se cernió sobre los ondulantes mechones dorados como la miel, con un cosquilleo en la piel por la necesidad de tocarla.

Sólo una pequeña caricia, prometió.

Su pelo era incluso más suave de lo que parecía y se maravilló de cómo se deslizaba como la seda bajo su mano. Le acarició el pelo. El impulso de conectar con ella, aunque fuera de una forma tan pequeña, era una necesidad profunda que no podía ignorar. Treinta días para

conquistarla poco a poco iban a ser un infierno para su control. Reclamarla no sería fácil, pero, de nuevo, todo lo que merecía la pena nunca era fácil de conseguir.

Wes había conseguido mucho más de lo que creía en muy poco tiempo. Por supuesto, estaba el hecho de saber que, una vez que bajaran del avión, las cosas podrían volver a ser como habían sido unos días atrás, y ella estaría pensando en su amigo Fenn con esos preciosos ojos llenos de lágrimas. Había puesto a ese hombre en un pedestal, y eso enfurecía a Wes. Era amigo de Fenn, pero eso no significaba que no pudiera enfadarse por su propia respuesta celosa a la forma en que Callie pensaba en él con dolor y anhelo. El problema era que ella era joven y no conocía su propio corazón ni sabía cómo amar, y tenía la ilusión de que amaba a Fenn.

La haré cambiar de opinión y le enseñaré todo lo que se ha estado perdiendo mientras estaba enamorada de ese jinete de toros.

Wes deslizó los dedos por el pelo de Callie, y las suaves caricias lo reconfortaron más a él que a ella. Dejó escapar un suave suspiro. De momento, estaba controlado. Ella estaba cerca y él estaba contento. Miró la película unos minutos más, sin prestar mucha atención, antes de recostarse en el reposacabezas. Sus párpados se cerraron y descubrió que, por primera vez en años, podía relajarse. Mientras tocara a Callie, la bestia inquieta que llevaba dentro dejaría de estar al acecho.

UN DÍA DESPUÉS, CALLIE ESTABA SALIENDO DEL AEROPUERTO CHARLES DE GAULLE, CON UNA bolsa de lona en la mano, siguiendo a Wes entre el laberinto de viajeros. Se oían al menos una docena de idiomas y todos los carteles estaban en francés. Había cursado un año de francés y ahora, estando en Francia, no recordaba ni una palabra. Wes la cogió de la mano y la acercó. Se aferró a él, aliviada por la conexión. Era la única persona que conocía aquí, lo único que le resultaba familiar, y dado que él seguía siendo un misterio, eso no la reconfortaba.

La gente chocaba con ellos y Callie no paraba de murmurar disculpas. Cuando llegaron al exterior del aeropuerto, los chóferes esperaban a los pasajeros con pequeñas pizarras en la mano con nombres garabateados. Wes los esquivó a todos y se encontró con un hombre de pie al fondo, que no llevaba cartel. Sonrió cuando Wes le estrechó la mano.

—Monsieur Wes, me alegro de tenerlo de vuelta tan pronto —el conductor, un hombre de unos cuarenta años y bastante atractivo, le lanzó una mirada y luego se dirigió a Wes—. *Qui est la femme ? Elle est très jolie, mais non ?*

Wes sonrió al hombre y se volvió hacia Callie.

—Este es el señor Michel Lavoie. Michel, ella es Callie Taylor.

Los ojos marrones de Michel centellearon y se inclinó sobre la mano que ella le ofreció, besándole el dorso de los nudillos.

—*Enchanté, mademoiselle.*

Callie se sonrojó y asintió.

—Encantada de conocerlo.

Michel se enderezó y cogió su bolsa de lona.

—Por aquí, mademoiselle. El coche está esperando.

Ella y Wes siguieron a Michel hasta la zona de aparcamiento temporal fuera del aeropuerto, donde esperaban taxis privados. Michel los condujo hasta un todoterreno Porsche negro y metió rápidamente su equipaje a la parte trasera. Callie estaba demasiado distraída para fijarse en el coche mientras se sentaba en el asiento trasero con Wes. El paisaje lejano de París la cautivó. La

fina punta de la Torre Eiffel era preciosa, y parpadeó varias veces, esperando que desapareciera.

—Realmente estamos aquí —exclamó, maravillada.

Wes le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Sí, lo estamos —la sonrisa en sus labios era indulgente y dulce, haciendo que su interior se calentara.

—Ahh, mademoiselle, ¿es su primera vez en París? —los ojos de Michel se encontraron con los suyos a través del espejo retrovisor, y su mirada era traviesa.

—Sí —respondió ella.

—Entonces *bienvenue*, mademoiselle Callie —pronunció su nombre como «cahl-ee» y eso la hizo sonreír.

—*Merci* —recordaba esa palabra de su año de francés. Michel se rio alegremente y ella no pudo evitar reírse también.

El tráfico era abrumador, junto con las vistas y los sonidos. Callie prácticamente pegó la nariz al cristal cuando Michel los llevó por un puente hasta la orilla derecha del Sena. Grandes embarcaciones con varias cubiertas navegaban por el pintoresco río, mientras las cámaras de los turistas fotografiaban las vistas a su alrededor. Callie suspiró. No tenía cámara, ni siquiera un móvil con cámara, y no iba a poder sacar ninguna instantánea. Ella y su padre no habían podido permitirse nada más que el teléfono fijo.

La mano de Wes se posó en su brazo y ella se volvió hacia él.

—Ten, esto es para ti. Tiene un plan internacional con minutos ilimitados. Le di uno a tu padre antes de irme. Puedes llamarlo cuando quieras —le ofreció un smartphone delgado y brillante, el último y más caro modelo del mercado. Callie abrió los ojos y vaciló. Wes lo colocó en sus manos.

—Pero…

Él colocó un dedo en sus labios.

—No, no protestes, o tendré la tentación de ponerte sobre mis rodillas. Esto es un regalo. No puedes rechazarlo. Pero… puedes pagármelo con fotos. Este modelo tiene una cámara de doce megapíxeles y se supone que es excelente —sus labios se curvaron en una sonrisa torcida.

Callie se estremeció por dentro. Este hombre era muy diferente a los demás. Le regalaba cosas caras, pero su idea de compensación fue inesperada. Y no se permitió pensar en su otro comentario, el de ponerla sobre sus rodillas. Se refería a unos azotes. La sola idea hizo que su parte inferior palpitara con un repentino impulso de conciencia. Nunca la habían azotado en su vida, ni su padre ni ningún otro hombre. Entonces, ¿por qué la amenaza sutil, casi burlona, de Wes despertó su cuerpo? Seguramente no podía excitarse con la idea de…

—¿En qué demonios estás pensando? —preguntó Wes, aun sonriendo.

—¿Eh?

Se inclinó más hacia ella, presionando ligeramente contra su lado del coche.

—Tu cara tiene un tono rosa encantador. Me muero por saber en qué estás pensando —musitó—. ¿Fue algo que dije? —deslizó la punta de un dedo por el puente de su nariz y luego por sus labios, con una mirada intensa—. ¿Fue… la parte de ponerte sobre mis rodillas?

Una nueva oleada de calor la inundó, por mucho que quisiera no reaccionar ante él.

—Ahh, eso *fue* —la oscura luz triunfante de sus ojos habría asustado a una mujer racional. Pero, como Callie estaba descubriendo, no era racional cuando se trataba de Wes—. ¿Te gusta la idea? —preguntó en un tono suave, demasiado discreto para que Michel lo oyera—. Me encantan las mujeres a las que les gustan los azotes. Su trasero desnudo abierto para mi toque, el ligero escozor, la suave caricia que sigue. Oh, Callie, querida —su respiración se agitó ligeramente y

sus pupilas se dilataron. Él estaba al límite de su control y ambos lo sabían.

—Wes —pronunció su nombre como una advertencia llena de pánico.

Callie percibió un animal bajo su piel, una criatura primitiva gobernada únicamente por el deseo, y eso la asustó, no porque temiera que le hiciera daño, sino más bien porque se entregaría a él y a esa oscuridad. La necesidad de ofrecerse a sí misma, como un sacrificio a un dios lujurioso, era tan fuerte que temía su propio control o la pérdida del mismo. Cuando Wes la miraba así, con ojos tan cargados de intenciones pecaminosas… una parte de sí misma amenazaba con emerger, una parte que no sabía que existía, que probablemente no debería existir. No estaba preparada para ser esa mujer.

Las pestañas de Wes bajaron parcialmente y permaneció cerca de ella, sus narices casi rozándose, dejando que la intimidad, la cercanía de sus cuerpos casi la drogara con la necesidad de ser tocada, abrazada… y mucho más. Entonces él volvió a su lado del coche.

—Michel, ¿has avisado a Françoise de que hay que abastecer mi cocina? Callie y yo aún no hemos desayunado.

—Oui, Monsieur Wes, está llena de comida. Ha ido al mercado esta mañana y está lista para preparar sus comidas.

—Gracias —contestó Wes, y se concentró en la vista que había fuera de su ventana, lejos de ella.

Los centímetros que los separaba parecían ahora un abismo tan amplio, como si una galaxia pudiera extenderse entre ellos. *Mundos separados.* Y a Callie no le gustaba.

Soy adicta a él. A su toque, a sus brazos a mi alrededor. ¿Cómo había sucedido eso? Amaba a Fenn, pero los recuerdos ya se sentían empolvados, borrosos, y sabía que ya no podían salvarse. Su corazón nunca podría resucitar ese amor. Había muerto el día anterior y lo único que quedaba eran las heridas cicatrizando lentamente. Qué extraño despertarse un día y convertirse en una persona completamente distinta.

Michel detuvo el Porsche delante de un alto y majestuoso edificio de apartamentos. También era una calle de aspecto grandioso, con árboles altos y viejos y docenas de pequeños y coloridos puestos con productos que salpicaban el paisaje de la calle entre los edificios de apartamentos. Había varias tiendas pequeñas con toldos en los que se leía «Charcuterie» y «Patisserie». Por el contenido de los escaparates, parecía que las charcuterías vendían productos derivados de la carne y las pastelerías, repostería.

—Bienvenida a la Rue Cler —anunció Michel mientras bajaba y se dirigía al maletero para coger sus bolsos. Callie abrió la puerta, que daba a la acera. Wes rodeó el vehículo y se unió a ella, observando a los peatones en la calle.

—¿Rue Cler? —preguntó Callie.

—Es un pequeño barrio escondido entre el distrito gubernamental y Les Invalides.

Callie se sentía tonta, pero no tenía ni idea de lo que significaba todo aquello.

—¿Qué es Les Invalides? —desconocía muchas cosas de este lugar. La hacía sentir muy pequeña y un poco abrumada. No era como su hogar. Podía atravesar montañas y bosques sin sentirse perdida. Aquí, en esta tierra de monumentos y edificios viejos y majestuosos, se sentía perdida.

—Les Invalides es un conjunto de edificios que contienen museos y monumentos relacionados con la historia militar de Francia. Te lo señalaré cuando pasemos por allí. Tiene una cúpula dorada en lo alto de uno de los edificios principales —Wes cogió las maletas de las manos de Michel e indicó a Callie que entrara en el edificio de apartamentos.

—¿Nos vamos a quedar aquí? —echó la cabeza hacia atrás y admiró el edificio de piedra con

un tejado verde oscuro.

—Sí. Mi apartamento está en el último piso.

Ella y Wes dejaron a Michel. El vestíbulo era de un hermoso estilo antiguo mezclado con toques modernos. Suelos de mármol, lujosas alfombras, pero elegantes muebles de cuero y nítidos dispositivos de iluminación. Un hombre sentado en un mostrador de bienvenida saludó a Wes.

—Es un placer tenerlo de vuelta, señor Thorne —su forma de decir Thorne dejaba la «h» casi muda debido a su marcado acento.

—Bonjour, Paul —saludó Wes y luego señaló un conjunto de ascensores plateados al fondo de un pasillo—. Iremos por allí —le dio un codazo en esa dirección.

Callie guio el camino, intentando contener el revoloteo nervioso de mariposas en su estómago. Estaba aquí de verdad. Después de siete horas de vuelo desde Nueva York, estaba en París.

Las puertas del ascensor se abrieron y Wes pulsó el botón del sexto piso. Cuando las puertas volvieron a abrirse, dejaron al descubierto un largo vestíbulo y sólo tres puertas. Una a cada lado y otra al final del pasillo.

—La nuestra es la última —dijo Wes. Callie fue la primera en llegar a la puerta, y él sacó un juego de llaves y la dejó abrir la puerta. Cuando lo hizo, se quedó boquiabierta.

No había palabras para describirlo. Era demasiado hermoso. El cálido suelo de madera de nogal contrastaba con las paredes blancas de la entrada. A la izquierda había un par de puertas que daban a un comedor, y a la derecha había dos habitaciones: una sala de estar con una mesa de billar, un sofá y un televisor enorme, y una habitación contigua con una chimenea y un cómodo sofá de dos plazas rodeado de dos sillones de felpa. Un estudio con un gran escritorio de roble cubierto de carpetas, papeles y un ordenador portátil al final del pasillo era la última habitación antes de que el espacio se abriera a la biblioteca. Los pies de Callie se movían, guiándola por el sinfín de sorpresas que guardaba este apartamento. Junto a la biblioteca había una cocina con una pequeña barra de desayuno. Las encimeras de granito y los elegantes electrodomésticos de acero inoxidable eran costosos y de última generación. Al fondo de la biblioteca había una escalera curva que daba a más habitaciones en el piso de arriba.

—Por aquí —Wes se dirigió hacia las escaleras y Callie le quitó la bolsa del hombro para que no tuviera problemas al subir por la pequeña escalera curva.—. Hay dos dormitorios, uno para ti y otro para mí. Compartiremos el baño —la condujo a la primera habitación, que tenía una gran cama con dosel y una colcha roja. La habitación era masculina pero… extrañamente acogedora, como los brazos de Wes. Callie se tocó la cara con el dorso de la mano, sintiendo cómo se le encendían las mejillas. Rezó para que él no se diera cuenta.

En el centro del cuarto de baño había una gran bañera de hidromasaje, con un par de puertas francesas que daban a un gran balcón con vistas a la Torre Eiffel. Callie dudaba de que hubiera una mejor vista de la torre en todo el mundo. No le extrañaba que Wes fuera el propietario. Si él quería lo mejor, lo tendría. En muchos aspectos era predecible, excepto cuando se trataba de por qué la quería a ella. Callie no era la mejor y no era perfecta. Tal vez ese era su encanto. Ella era una novedad que él adquiriría para luego desecharla cuando se aburriera. Era un pensamiento escalofriante.

—Esta es tu habitación —la mirada expectante en el rostro de Wes dirigió su atención a la nueva habitación cuando entraron.

Las paredes eran de un suave color dorado, y una cama extragrande reposaba contra una pared. El cabecero tenía un tapiz con una mujer que llevaba un elaborado y suelto vestido azul,

mientras se balanceaba en un gran columpio de jardín. Su amante estaba apoyado en una columna de mármol en medio del follaje del fondo, observándola columpiarse alegremente. Como un momento atrapado en el tiempo, un mundo casi olvidado, pero aquí estaba, entretejido con hilos. Callie se quedó paralizada, deseosa de pintar la obra. Sus manos vibraban de energía, necesitadas de expulsar el torrente de creatividad que comenzaba a fluir a través de ella. Su padre a menudo se burlaba de ella y decía que estaba poseída cuando se sentía así.

—¿Te gusta? —la voz suave y seductora de Wes le acarició la oreja izquierda.

¡Zas! La bolsa de viaje se deslizó entre sus manos y golpeó el suelo de madera mientras salía de su aturdimiento artístico.

—Es increíble —admitió, un poco jadeante. La colcha de la cama era de un azul intenso, con bordados dorados de flores de lis que brillaban a la luz del sol matutino que llenaba la habitación. Un par de puertas francesas se abrían al balcón, que le ofrecía otra vista de la Torre Eiffel. Pero en lugar de mirar a la torre, miraba a Wes. Los sutiles mechones dorados en medio del rojo de su pelo la distrajeron. No se había percatado de la profundidad de los colores, la sutil mezcla de muchos de ellos para formar uno solo. Wes deslizó una mano a través de él, despeinándolo ligeramente, y Callie se estremeció por dentro. Sintió el impulso de tocarle el pelo, de aferrarse a sus mechones y sentirlos entre sus dedos. Tocarlo suponía arriesgarse, y ella no podía hacerlo. Al menos, todavía no.

Él se volvió, con una expresión de satisfacción o quizá más bien de relajación en el rostro. Parecía un hombre distinto a aquel con el alma dura e inquietante que había conocido en Long Island. Había una suavidad en su boca, una calidez en sus ojos cuando la miraba, como si París hubiera aligerado cualquier carga que descansara sobre sus hombros.

—¿Estás contenta de estar aquí? —se acercó a ella lentamente, con cautela, como si se acercara a un potro asustadizo. Callie no se movió, no quería moverse, si eso significaba que él podría acariciarla. Por alguna razón, necesitaba el contacto humano, sabiendo que aliviaría la nostalgia que sentía.

Cuando estuvo frente a ella, le cogió la cara con sus grandes palmas, sorprendentemente suaves sobre su piel.

—¿Feliz? —le preguntó distraídamente, mientras los ojos azules de Wes, de un tono cautivador, parecían encendidos por un fuego interior de deseo que le robó el pensamiento racional.

—Sí —murmuró él, bajando lentamente la cabeza hacia la suya—. Quiero hacerte feliz — había una leve nota de súplica en su tono, y luego se encontró besándola.

Una fusión de bocas, delicada y curiosa. Callie reaccionó con facilidad, con naturalidad, aprendiendo a mover sus labios con los de él. Una vertiginosa sensación de placer la hizo ronronear cuando Wes separó sus labios con la lengua. Ese juguetón movimiento de penetración con su lengua estimuló una necesidad más profunda que el cuerpo de Callie tenía ahora. Antes de que se diera cuenta, comenzó a balancearse contra él, intentando frotarse contra las esbeltas curvas de su cuerpo. Wes gimió contra su boca, con las manos casi trémulas mientras le sujetaba la cara, como si estuviera haciendo todo lo posible por contenerse.

¿Ella era feliz? La pregunta parecía flotar en su mente nublada por el deseo, como una pluma atrapada en la brisa. Aquí… en este momento, al otro lado del mundo, lejos del hombre que le rompió el corazón, sentía algo. Si no se trataba de felicidad, estaba cerca de ella. Y estaba con un hombre que parecía quererla. A ella, no a nadie más, por difícil que fuera de creer. Al diablo la apuesta, Callie quería disfrutar del beso de Wes.

Cuando sus labios se separaron, la pesada mirada de Wes la hizo estremecerse.

—Déjame enseñarte todo lo que París puede ofrecerte —dijo, con una pequeña sonrisa—. Empezando por un desayuno parisino —sus ojos brillaron mientras daba un paso atrás—. Instálate. Iré a una de las pastelerías y seleccionaré algo para que comamos.

Callie asintió, sorprendida por la expresión infantil de excitación en su rostro. ¿Quién era este hombre? Desde luego, no era el Wes Thorne de oscuros secretos y amenazas de seducción al que se había acostumbrado en los últimos meses. Era otra persona. No podía relacionar a los dos hombres y, sin embargo, extrañamente, se sentía atraída por ambas facetas de él, como una polilla al fuego. Volaría cada vez más cerca de la ardiente llama hasta que sus alas se encendieran y ardiera.

CAPÍTULO 5



Wes aspiró el aire parisino, enamorado de los olores de la ciudad, al pisar la Rue Cler. Con todos los puestos de productos frescos, las pastelerías y las charcuterías, la propia calle parecía tener un sabor. El aire estaba impregnado de azúcar y mantequilla, mezclados con el sutil sabor de la carne. Estar aquí lo hacía sentirse vivo. Después de besar a Callie, todo su cuerpo estaba lleno de energía como un cable con corriente. A ella le encantaría estar aquí. Le demostraría que este era un lugar al que pertenecía, como él. Deseaba tener una excusa para venir más a París. Con Callie, podría tener la oportunidad.

Todo tenía que ser perfecto. Enseñarle París crearía el ambiente romántico que atraería a Callie a su cama y la inspiraría para dedicarse al arte. Debía ser una mujer feliz en su cama, y dárselo todo sería la mejor manera de conseguirlo.

Una pequeña pastelería en la esquina llamó su atención. El escaparate mostraba una gran variedad de golosinas para el desayuno bañados por la luz dorada de la tienda. Wes entró a grandes zancadas y estudió los numerosos estantes repletos de cualquier pecaminosa delicia azucarada. Había cruasanes rellenos de chocolate negro y bollos horneados con trocitos de chocolate. Las tartas eran suculentas frutas dispuestas simétricamente en pequeñas cortezas de pastel que cabían en la palma de la mano, cubiertas de un glaseado de miel que las hacía brillar. A Wes se le hizo la boca agua al pensar en besar a Callie después de probar una torta, en la forma en que el azúcar se mezclaría con su propia dulzura natural. Se removió incómodo cuando una erección instantánea le estiró los pantalones.

Maldita sea.

Volvió a concentrarse en los éclairs rellenos de crema. Sólo podía pensar en Callie, sobre su espalda, con la cabeza hundida entre sus muslos, su crema en la lengua…

Joder.

Nunca volvería a ver los éclairs de la misma manera.

—*Bonjour, monsieur. Que voulez-vous commander ?* —preguntó la rolliza panadera. Su delantal estaba salpicado de manchas de chocolate y harina, como si acabara de elaborar una obra maestra editable.

—*Bonjour, madame. Je voudrais deux éclairs, deux tartes aux fruits, et deux brioches au chocolat, s'il vous plait.*

—*Oui, monsieur* —la mujer cogió los artículos y los metió cuidadosamente en una caja blanca, y Wes deslizó su tarjeta de crédito por el mostrador de cristal.

Cogió la caja y regresó al edificio. Sabía que Callie estaría cansada después del largo vuelo. Apenas había dormido durante el viaje y había mirado películas por horas. Había esperado que confiara en él lo suficiente como para apoyarse en su hombro, pero no había sido así. Se había

mostrado demasiado callada, ignorando si se trataba de nervios o de preocupaciones. Era un gran paso para ella dejar atrás a su padre y el rancho. Wes se había percatado de que realmente no había visto nada del mundo y era muy joven e inocente.

Al llegar a la puerta y abrirla, se dio cuenta de que el apartamento estaba en silencio. Dejó las llaves y se dirigió a la cocina. Colocó el bollo y los éclairs y tartas en la nevera. Francoise había abastecido la cocina con fruta, huevos, mantequilla, carne, zumo y café recién molido para la cafetera.

—¿Callie? —exclamó. No hubo respuesta.

Wes se quitó el abrigo y se dirigió a las escaleras. Pasó por su habitación y el cuarto de baño y se detuvo en la puerta de la habitación de Callie. La maleta estaba abierta y había sacado la mitad de las cosas. Callie estaba tumbada en la cama, con la cara apoyada en la almohada, profundamente dormida. El corazón de Wes dio un vuelco. Lucía perfecta, tumbada en la cama que él había elegido para ella. Era un marco antiguo que había pertenecido a una princesa francesa del siglo XVIII. A Wes no le había pasado desapercibida la forma en que sus ojos se habían centrado inmediatamente en el tapiz del cabecero. Una mirada de anhelo y apetito, no sensual sino creativa, se había apoderado de ella.

Era una artista, no una simple aficionada, y tenía cualidades para ser una maestra moderna. Wes haría todo lo que estuviera en su poder para proporcionarle la formación y las oportunidades que lo hicieran posible. Pero ahora mismo, era una hermosa joven en una cama y eso era todo en lo que podía pensar. Su cabello dorado capturaba la luz del sol y se reflejaba como un halo alrededor de su rostro.

—Mía —susurró. *Eres mía.* La necesidad de poseerla, de conocer cada uno de sus pensamientos, de satisfacer cada uno de sus deseos era abrumadora. Wes no creía en el amor, y mucho menos en el amor a primera vista, pero creía en la obsesión a primera vista. Y estaba obsesionado con Callie.

Dio unos pasos más hacia un lado de la cama. Un ligero temblor en sus brazos y un pequeño escalofrío le hicieron fruncir el ceño. Las ventanas abiertas dejaban entrar una brisa fresca, y probablemente ella había estado demasiado cansada para darse cuenta. Wes sacó una manta del armario y la cubrió con cuidado. Callie no se movió ni siquiera cuando él le acarició la mejilla con los nudillos. Le pareció bien que descansara unas horas más, antes de despertarla. El truco de los viajes internacionales era dormir poco para recuperarse del jetlag.

Se detuvo en la puerta, mirándola.

—Le monde vous attend, mon petit chef-d'oevre —*el mundo te espera, mi pequeña obra maestra.*

Mientras ella dormía, Wes se ocuparía de algunas cosas en su despacho. Bajó a su estudio y se sentó detrás de su escritorio. La vieja mesa de escritorio estaba hecha de madera de mirto con patrones en forma de V e incrustaciones de cuero negro en la parte superior, patas torneadas y pomos y ruedecillas de latón. Era una sólida antigüedad que había encontrado escondida en el polvoriento almacén de una vieja tienda de antigüedades en Montmartre, el barrio de los artistas. El vendedor no había conocido el valor del escritorio, pero Wes sí. Había necesitado un buen trabajo de restauración, pero ahora era un buen escritorio. Deslizó las puntas de los dedos por la madera pulida. ¿Cuántos grandes hombres habían vivido su vida en este escritorio?

Mientras su portátil se encendía, Wes se recostó en el sillón de cuero y consultó su teléfono. Unos cuantos mensajes de Royce, la mayoría sin importancia, excepto el último.

Royce: Los Morton han recuperado el vídeo del FBI. Te lo he enviado a tu correo electrónico protegido.

Por fin. Había estado esperando a que el FBI le devolviera las imágenes del robo del Goya y ahora tenía la oportunidad de verlas por sí mismo. Royce le habría informado de cualquier detención o avance en el caso si el FBI o los Morton estuvieran enterados de algo.

Tecleando su contraseña, accedió al correo electrónico privado y protegido que utilizaba y encontró el correo de Royce con un archivo zip. Mientras se descargaba, Wes esperó, extrañamente un poco nervioso. Robar un cuadro era peligroso y difícil. No se trataba de un ladrón cualquiera. El hombre era metódico y preciso. Su único error fue el diminuto daño en el marco original. Un detalle pasado por alto porque era muy pequeño y, evidentemente, el ladrón se había centrado sobre todo en el Goya.

El vídeo se abrió y empezó a reproducirse. La pantalla en blanco y negro mostraba una imagen del vestíbulo de la colección principal. Muchos de los invitados no estaban en esa parte de la galería. Era una zona aislada. De pronto, una mujer apareció en la pantalla llevando de la mano a un hombre. Éste se rio, tropezó y sujetó a la mujer por la cintura. La presionó contra la pared, demasiado cerca del Goya, mientras la besaba. El pequeño marco del Goya estaba en el extremo derecho, justo al borde de la visión de la cámara. Los Morton cometieron un error en la visualización completa de su galería en la cámara. Era un riesgo que habría que rectificar de inmediato.

El hombre del vídeo apartó la cara mientras se inclinaba para colocar la boca en el cuello de la mujer, cuyo rostro se volvió hacia la cámara y la luz la iluminó claramente.

Corrine Vanderholt.

Qué chica más traviesa. Wes casi sonrió, distraído por su despiadada seducción de algún pobre fiestero. El hombre no tenía ni idea de la víbora que era Corrine. Apartando su atención de las indiscreciones de Corrine, volvió a mirar a la derecha, buscando el borde del Goya.

Su corazón latió con fuerza y parpadeó rápidamente. Un destello de movimiento. Como si el marco del cuadro se inclinara ligeramente.

El Goya había desaparecido. En ese breve instante, el cambio había sido astuto y rápido. Wes rebobinó los fotogramas y redujo la velocidad. A la izquierda, Corrine echaba la cabeza hacia atrás mientras el hombre le metía una mano por el vestido y le besaba la parte superior de los pechos. Eso era una distracción. Una maldita distracción, pero no en el buen sentido. Utilizó un bloc de notas de su escritorio y cubrió el lado izquierdo de la pantalla, y luego estudió el borde del marco del Goya. Se movió, esta vez más despacio, a medida que los fotogramas retransmitían la imagen en la pantalla. El ladrón retiró la pieza y colocó la falsificación en su lugar. El sistema de seguridad de los Morton no tenía sensores de pared, sólo cámaras. El Goya era pequeño. Se podía quitar, enrollar y meter en un bolso pequeño. Muchas mujeres habían llevado bolsos a la fiesta.

—Joder —murmuró Wes. Los Morton no tenían otros ángulos de cámara. No había forma de saber quién había robado el cuadro. Pasó la hora siguiente viendo a los invitados salir por la puerta principal, con los ojos fijos en los bolsos de las damas. Ninguno de ellos era lo bastante grande para llevar el Goya.

Otro callejón sin salida.

Envió un correo electrónico a Royce diciéndole que volviera a evaluar la seguridad de la casa de los Morton y le señaló otros puntos débiles importantes. Royce podría encargarse y guiar a los Morton en los cambios necesarios.

El resto de su bandeja de entrada estaba llena de correos electrónicos de clientes y contactos del sector. Un ávido comprador de arte y amigo cercano, Dimitri Razin, iba a estar en el Louvre esta noche y quería quedar con Wes para cenar antes de que echaran un vistazo a la pieza que

Dimitri estaba considerando comprar. Por razones de seguridad, estaba siendo analizada y almacenada en el museo y no en una casa de subastas. Razin siempre recurría a Wes para consultar sobre las piezas y examinar su procedencia. Contestó al correo electrónico y le dijo a Razin que se reuniría con él en Fouquet's, en los Champs-Élysées, a las siete y media, y que luego irían al Louvre.

Una sonrisa curvó sus labios. Sería divertido llevar a Callie al Louvre por la noche. La iluminación de la pirámide de cristal tras la puesta de sol era impresionante. Y ella podría disfrutar del museo de una forma muy privada y exclusiva.

Tras echar un rápido vistazo a su reloj, se percató de que era casi la hora de comer. Callie debería levantarse pronto. Si dormía demasiado, su reloj interno no se ajustaría nunca. Apagó el ordenador y volvió a la cocina para preparar café, una mezcla parisina que Francoise sabía que le gustaba. Cuando oyó unas suaves pisadas en la escalera, sonrió.

❧

CAFÉ.

Callie podía olerlo. Cálido, oscuro, pecaminosamente bueno. Como el sabor de Wes, exótico, salvaje y una promesa de oscuro erotismo. El aroma de la deliciosa infusión la sacó de un sueño pesado. Con ojos cansados, miró la ligera manta que la cubría. No la recordaba sobre su cama cuando había decidido dormir una rápida siesta. ¿Acaso Wes la había encontrado durmiendo y la había cubierto? La idea de que alguien se ocupara de ella le hizo sentir un extraño y agradable calor en todo el cuerpo. Levantó la muñeca izquierda y miró la hora.

Mediodía.

Había dormido dos horas. Callie apartó la manta y se levantó de la cama. Se dirigió al baño y luego atravesó la habitación de Wes. Cuando llegó al final de la escalera, el aroma del café la golpeó con toda su fuerza. Siguió el tentador aroma hasta la cocina. Wes estaba apoyado en la isla de granito, con una taza en la mano. Cuando ella se acercó, él le tendió la taza.

—Ten, esto te despertará —le colocó la taza en las manos y luego sacó de su espalda un plato blanco con lo que parecían suaves baguettes salpicadas de manchas oscuras.

—¿Qué es eso? —ella cogió el plato y lo miró con curiosidad.

Él soltó una risita.

—Te prometo que te gustará. Fui corriendo a una pastelería mientras dormías. Es brioche au chocolat. Básicamente es pan dulce con chocolate horneado.

A Callie se le hizo la boca agua con la descripción y dejó el café sobre la encimera. Dio un mordisco al pan, y su dulzura la golpeó con una explosión de sabor. El chocolate negro añadía sabor, pero domaba el pan azucarado a la perfección.

—¿Y bien? —preguntó Wes, con los ojos encendidos de expectación.

—Creo —hizo una pausa y lamió el chocolate de uno de sus dedos—, que si así es como desayunan siempre los franceses, nunca volveré a casa —bromeó mientras encontraba otro dedo cubierto de chocolate y empezaba a llevárselo a la boca.

Wes le sujetó la muñeca con una de sus manos, impidiendo que se moviera, y luego inclinó la cabeza y metió el dedo índice en su propia boca. Los labios de Callie se separaron en una inhalación silenciosa. Una aguda punzada de excitación recorrió su cuerpo, aún aletargado. La lengua de Wes le acarició el dedo y luego mordisqueó la punta antes de soltarlo. Callie lo miró fijamente, conmocionada, excitada y confundida. ¿Cómo podía alterarla y hacerla sentir tan caliente y viva? Ella no quería sentirse así, no después de lo de Fenn, pero Wes la estaba

obligando a experimentarlo a pesar de su intención de no volver a sentirse así nunca más.

Enrolló un mechón de su pelo en uno de sus dedos y jugó con él, con una mirada oscura e intensa que la puso nerviosa.

—Sé que lo sientes, Callie.

Atracción. Él no tuvo que pronunciar la palabra. Ella apartó la cara, sabiendo que un rubor la estaba traicionando como siempre.

—Esperaré, pero pronto tendrás que aceptarlo o nos volverás locos a los dos —dio un paso atrás—. Ahora —dijo con calma, como el Wes que ella conocía, un hombre en control—. Termina de desayunar. Tenemos que hacer unos recados antes de esta noche —empezó a preparar otra taza de café y le indicó que se sentara a la mesa.

Callie intentó no pensar en él y en la atracción que sentía. No estaba preparada para lidiar con ello, así que se mantuvo concentrada en su última frase.

—¿Qué pasará esta noche?

—Hemos quedado con un amigo y cliente mío en un restaurante de los Champs-Élysées y luego iremos al Louvre a ver un cuadro después del cierre —la forma en que dijo «iremos» le hizo gracia y casi sonrió.

—¿Al Louvre? —sabía que iba a llevarla, pero no había pensado que sería tan pronto, ni de noche, fuera de horario. El hombre tenía muy buenos contactos—. ¿Podemos ir después de que cierre?

Wes asintió.

—Puedo conseguir que entremos. Conozco a algunas personas. Te lo explicaré esta noche de camino a la cena. Por ahora, termina tu brioche. Hay zumo de fruta en la nevera. Luego dúchate y cámbiate. Saldremos unas horas.

—Vale —Callie no solía aceptar órdenes, pero estaba fuera de sí. No recordaba gran cosa de su único año de francés en el instituto y no tenía ni idea de qué hacer, qué ver o adónde ir en París. Tenía que confiar en Wes. El hombre venía aquí con tanta frecuencia que tenía un apartamento. Era lógico poner su destino en sus manos, pero no podía sentir que eso fuera símbolo de algo más.

Callie subió al gran cuarto de baño que había entre sus dos habitaciones y exploró la ducha. Lucía costosa, y había unos cuantos chorros apuntando a la parte baja de su espalda. Había un juego de toallas sobre la encimera, listo para su uso, y Callie sacó rápidamente sus artículos de aseo de la bolsa de viaje. En la ducha ya había un frasco de champú y acondicionador francés de aspecto costoso. Cuando los utilizó, la habitación comenzó a oler a menta.

Después de ducharse y cambiarse, se dispuso a marcharse y guardó la cartera, el pasaporte y el dinero en el bolso. Tenía algo de dinero ahorrado, no mucho, pero supuso que podría visitar algunas tiendas de descuento, suponiendo que hubiera alguna por aquí.

Wes la esperaba en la biblioteca, con un grueso libro entre las manos, reclinado en un sillón de cuero color vino.

—Ya estás aquí —sonrió, dejó el libro a un lado y se levantó. Cuando le tendió la mano, ella la cogió—. Es hora de que te compremos ropa decente.

—ES DEMASIADO… —SUSURRÓ CON ANSIAS, MIRANDO LA ENORME PILA DE ROPA.

Wes la había arrastrado por todas las Galerías Lafayette, con sus numerosos niveles y cientos de tiendas. Se había negado a entrar en la tienda al ver los precios descomunales. Los vestidos de

noche, las joyas, los zapatos… Se los había probado todos ante la insistencia de Wes y había girado delante de él más de una vez mientras éste, sentado en un sofá, la observaba como un rey de una tierra antigua, esperando a ser entretenido.

Sus ojos se iluminaron más de una vez cuando ella se puso ciertas cosas. Como el vestido de noche rojo que tenía un corpiño ceñido en forma de concha, pero que se abría en pliegues en la cintura. Parecía algo digno de Grace Kelly. Elegante, pero sensual. Los ojos de Wes se habían calentado tanto que casi podía sentir el ardor en su piel desnuda. Le había hecho señas a una de las ansiosas dependientas y ella se había inclinado para escuchar un susurro en el oído, y luego se había enderezado y se había marchado corriendo.

Callie tocó el suave satén rojo del vestido. Era precioso. Todas las cosas que se había probado hoy lo eran. Hasta ahora sólo había comprado una blusa, y había entregado los euros con mano trémula, intentando no pensar en cuánto le había costado esa única prenda. El tipo de cambio no era bueno para el dólar, y se estremeció al pagar.

—Ven aquí, Callie —Wes señaló un punto en el suelo frente a él.

Ella se movió y la cola del vestido susurró sobre la alfombra de color crema cuando se detuvo frente a él. Wes separó las rodillas y la sujetó por las caderas mientras se enderezaba en el sofá. Su cara estaba a la altura de sus pechos mientras la miraba. Era una sensación extraña estar mirándolo de esta manera. No sentía más poder sobre él que antes, pero la posición hacía que su cuerpo vibrara.

—No te preocupes por los gastos. Te he comprado todo lo que te queda bien.

—¿Qué? —intentó apartarse, pero él la sujetó por las caderas.

—No, no, no, mi pequeña Callie. Estás exactamente donde quiero que estés. Ahora escucha con atención. Yo te traje aquí, y pagaré por todo porque forma parte de mi compromiso con la apuesta que hicimos. No espero nada por estos regalos, así que ni se te ocurra decirme que intento comprarte. No es así. Simplemente me complace darte lo que te mereces. No discutas conmigo o te daré los azotes que te prometí. Y si te azoto… —sus ojos se agitaron con tormentas internas—. Entonces no podré controlarme y te llevaré a la cama. ¿Lo entiendes?

Callie asintió frenéticamente, intentando escapar de nuevo de su agarre, y él se lo permitió.

—El vestido es perfecto. Ve a cambiarte. Creo que hoy hemos comprado la mitad de la ropa en Galerías Lafayette —sonrió; los rastros de ese lado oscuro casi habían desaparecido. Aún quedaba una sombra, justo en el borde de la visión de Callie, que le recordaba que esa parte de sí mismo que luchaba por controlar no estaba lejos de la superficie.

Los dependientes empacaron las compras y se encargaron de enviarlas al domicilio. Callie intentó no pensar en lo abrumador que era todo esto. O en lo joven y tonta que se sentía en comparación con las mujeres altas, delgadas y jóvenes, perfectamente peinadas y maquilladas, que atendían a Wes todo el día. Él no las había mirado, pero Callie seguía pensando que en cualquier momento él decidiría que su interés por ella había sido un capricho pasajero. Una locura, por cierto, y la enviaría de vuelta a Colorado en el primer vuelo disponible.

Wes entregó a la cajera una tarjeta de crédito negra y los ojos de la mujer se pusieron redondos. Él no pareció percatarse de la reacción.

—Aquí hay una barra de champán y café por si te apetece algo —sugirió Wes.

Callie negó con la cabeza. Se sentía un poco… mareada.

—¿Podemos hacer algo en el exterior? Creo que necesito un poco de aire fresco, y me gustaría caminar.

Wes le tocó la frente con el dorso de la mano.

—¿Te encuentras bien? Pareces estar bien.

—Lo estoy —ella le apartó la mano.

—Muy bien, vamos a dar un paseo.

La sacó del enorme centro comercial y la llevó de vuelta a la calle. Los turistas estaban abarrotando las calles y las pasarelas peatonales. Wes le rodeó el hombro con un brazo. En cualquier otro momento, Callie se habría apartado, se habría resistido al contacto, pero la gente parecía apartarse cuando Wes caminaba y, si él la tocaba, a ella se le concedía el mismo traro. Sabía qué era lo que les asombraba. Wes era increíblemente atractivo, con sus rasgos cincelados y su mirada inquietante. Parecía salido de las páginas de una revista de moda. Pero era más que eso. Era la forma en que se movía, con la gracia de una pantera y una sensación de autoridad innata. Y ella estaba con él. Ese pequeño hecho nunca dejaba de desconcertarla.

La llevó a un lugar llamado La Grand Épicerie de Paris y, cuando vio todas las hileras de estanterías de nogal cubiertas de marcas de chocolate raras y exóticas, Callie soltó una risita.

—Elige todos los que quieras —la animó y le dio un empujoncito en la parte baja de la espalda.

Después de varios minutos, eligió dos tabletas de chocolate con leche. Una tenía un bonito dibujo a pluma y tina de Notre Dame y la otra la silueta de un hombre y una mujer en rojo mientras se inclinaban para besarse.

—¿Por qué esos dos? —susurró Wes, con la voz pegada a su oído. Ella dio un respingo y las manos de él se posaron en sus caderas.

—Yo, bueno, me gusta el arte —lo miró a través de sus pestañas tímidamente caídas. Esperaba que él entendiera que, cuando algo atraía a un artista, no era necesaria ninguna otra explicación.

—Entonces serán esos dos. Sólo tenemos que hacer una parada más —la guio hasta el sótano, que tenía brillantes estanterías de nogal blanco con miles de bebidas alcohólicas, todas de alta gama. Wes pasó por delante de los pasillos de vinos caros y se dirigió a una sala acristalada que contenía lo que Callie supuso que eran los artículos más costosos. Seleccionó uno de los coñacs. El pequeño anuncio decía «Coñac Louis XIII-Exótico». Callie se quedó boquiabierta al ver la diminuta etiqueta con el precio en la caja. «18,060,20 €.»

—¿Dieciocho mil euros? —susurró, conmocionada. *Madre mía*. Eso eran veinte mil dólares.

—Sólo lo mejor. Tiene un siglo de antigüedad. Lo probaremos esta noche, después del Louvre.

—¿Vas a dejarme beber el coñac más caro del planeta? —ella oyó el chillido en su voz, pero no pudo evitarlo.

—¿Por qué no? Y no es el más caro. Hay otros, pero no son fáciles de conseguir en París —Wes fue a pagar el chocolate y el coñac. Callie se quedó mirándole la espalda.

¿Qué hacía ella aquí? Esto era… demonios, no sabía lo que era, pero estaba segura de que era una locura. Venía de un mundo en el que no tenían recursos para comprar teléfonos móviles y ahora iba a beberse un coñac centenario sólo porque podía, con un hombre que había dejado muy clara su intención de acostarse con ella. Había estado tan desesperada por escapar de su corazón roto que no le había importado el precio de la huida. Ahora empezaba a ver cuál era.

Aceptar ir a París con Wes la convertía en uno de sus muchos objetos de colección. ¿Él tenía una lista negra secreta y el nombre de Callie bajo el epígrafe «inocentes niñas de rancho»? Eso era todo lo que ella era, la última conquista, una fascinación temporal que él saborearía y luego abandonaría para dar paso a la siguiente fascinación. Pensar en esto hizo que el vacío creado por el inminente matrimonio de Fenn pareciera aún más profundo, como una caverna interminable con kilómetros de desesperante oscuridad. ¿Ésta caída en la desesperanza se detendría alguna

vez?

Callie se quitó las lágrimas.

Soy una tonta.

¿Alguna vez iba a dejar de cometer errores?

CAPÍTULO 6



—¿Qué pasa? —preguntó Wes al volver junto a ella, con el coñac y el chocolate en una bolsa rosa y negra.

—Nada —le dirigió una sonrisa falsamente radiante.

Él frunció los labios, con nubarrones en los ojos.

—Cuando volvamos a casa, me dirás qué te preocupa.

—Claro —mintió ella y apartó la mirada, pero no antes de ver el oscuro castigo que su mirada prometía.

Ninguno de los dos habló mientras esperaban a que Michel los llevara de vuelta al hotel. Se sintió agradecida por la oportuna llegada de Michel. Incluso después de años de trabajo en ranchos, no estaba acostumbrada a cinco horas seguidas de compras y paseos por París. El asfalto bajo sus pies le dolía mucho más que el suave suelo de Colorado. Había dado muchas cosas por sentadas. Y estaba abrumada. Tremendamente. Echaba de menos el Broken Spur, los pájaros y los sonidos lejanos del ganado. Y echarlo de menos la hizo sentirse pequeña y miserable. Todo lo que siempre había querido era alejarse, dejar el rancho. Llevaba tres días fuera y ahora se sentía desamparada y abandonada.

—*Est-ce que la jeune dame se sent bien ?* —preguntó Michel. Wes, en el asiento junto a ella, miró a Michel en el asiento del conductor.

—*Oui. Je pense qu'elle a eu le mal du pays* —respondió, diciéndole a Michel que Callie probablemente echaba de menos su hogar. Esperaba que se tratara de eso y que no lamentara haber venido con él.

—*Ahh, bien sûr. Je comprends* —Michel se giró en su asiento mientras se detenían en el semáforo en rojo y llamó la atención de Callie—. No esté triste, mademoiselle. Disfrute de París —la animó.

Callie sonrió, pero su corazón no estaba de acuerdo.

Cuando llegaron al apartamento, vio que ya habían entregado todas las compras. El gran número de bolsas y cajas la hizo correr hacia su habitación. Wes fue rápido y, justo cuando ella llegó a la escalera de caracol, la sujetó por la cintura desde atrás y la arrastró contra él. Callie lanzó una patada, intentando escapar de su agarre.

—Detente —le gruñó al oído.

Ella cedió, demasiado cansada para luchar. Cuando se quedó sin fuerzas, él la soltó y la abrazó. Wes había bajado unos escalones y estaban frente a frente.

—Háblame. No puedo arreglar eso que te preocupa si no me hablas.

¿Hablar? ¿Quería que hablara? Un inesperado torrente de ira la impulsó lo suficiente como para responder.

—Esto es demasiado, Wes. No soy el tipo de chica que necesitas, y echo de menos el rancho y… —se mordió el labio—. Y sé lo que quieres. Lo dejaste claro con toda esa apuesta en el granero. Pero no puedo ocultar la verdad. Me *aterroriza*s. Nunca he estado con un hombre antes y…

—¿Qué? —esta vez Wes era el que parecía estupefacto—. ¿Eres virgen? —la forma en que dijo «virgen», con una mezcla de conmoción y terror, fue lo último que necesitó para quebrarse. Estalló en lágrimas y huyó escaleras arriba hacia su habitación. Esta vez, Wes no la detuvo. Se desplomó en la cama, enterró la cara en una de las almohadas y lloró. Nunca se había sentido tan estúpida. ¿En qué había estado pensando al venir aquí con él? Eran las dos personas con menos probabilidades de estar juntas en la historia del mundo. No tenían nada en común. Nada excepto el arte.

Unos segundos después, oyó unas pisadas y la cama se hundió cuando Wes se sentó a su lado. Una mano le tocó la espalda, alisándole el pelo y frotándole los hombros tensos.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Habría importado? —preguntó ella, con la voz apagada, pero se negó a mirarlo.

—Cariño —murmuró él con tanta ternura que Callie quiso llorar más fuerte. ¿Cómo podía hacer eso? ¿Ser tan oscuro e intenso un momento y dulce al siguiente?

—Es importante. Habría hecho todo de otra manera —la colocó sobre su espalda y le limpió las lágrimas de las mejillas.

—¿Cómo? —alcanzó a preguntar.

Se inclinó hacia ella y la besó. Lento, profundo, de manera provocadora. Antes de que pudiera contenerse, sus manos alcanzaron el pelo de Wes, tirando ligeramente de los mechones.

Deja de resistirte, susurró una voz en su cabeza. *Es un hombre muy atractivo y te desea, y tú a él.* La voz de su cabeza tenía razón. Sin duda lo estaba pensando demasiado, pero no estaba preparada para llegar hasta el final.

Wes no hizo otra cosa que besarla. Pero el beso era caliente, húmedo, lleno de un deseo perverso que le hizo olvidar el mundo que la rodeaba. Era un beso lleno de promesas, y Callie sabía que estaba aceptando lo que vendría después, aunque no fuera esta noche.

Cuando Wes detuvo el beso y se apartó, le acarició la mejilla.

—Esta noche dormirás conmigo en mi cama —le acarició la nariz con la suya—. Sé que echas de menos tu hogar. Permíteme abrazarte y no estarás sola —hizo una pausa—. Esta noche no se tratará de la apuesta. Se trata de comodidad. ¿De acuerdo?

Callie asintió. Este hombre podría haber convencido a los ángeles de que regalaran sus aureolas sin pensárselo dos veces. Acostarse con él desencadenaría otras cosas. Su cuerpo ya estaba completamente de acuerdo con ese plan, y sólo era cuestión de tiempo que el resto de ella aceptara también.

—No deberías temerme. ¿Entiendes? No te haré daño —hizo una pausa, como si debatiera con algo en su interior—. ¿Sabes lo que es el BDSM?

Callie asintió. Había leído muchas novelas románticas en los últimos dos años y había disfrutado con las más eróticas y atrevidas, las que la hacían reaccionar físicamente cuando las leía. Pero eran fantasías. No se podía tener eso con un hombre en la vida real.

—¿Hayden te dijo qué clase de hombre soy? ¿Que mis deseos apuntan en esa dirección?

Mientras él hablaba, ella vio que casi todas las barreras entre ellos se derrumbaban. Esto era un fragmento de su vida privada y lo estaba compartiendo con ella.

—Ella no me lo dijo —respondió Callie—. ¿Quieres hacer esas cosas conmigo? —su aliento parecía aferrarse a su garganta y vacilar como un pájaro asustado.

—¿Quieres una respuesta sincera? —Wes seguía acariciándole la cara, como si el tacto lo reconfortara. El sol de la tarde golpeaba su pelo, haciendo que el rojo brillara y pareciera arder con colores vibrantes.

—Sí. Quiero una respuesta sincera —se incorporó para sentarse, dispuesta a enfrentarse a Wes de igual a igual, pero eso sólo la acercó más a él, provocando que sintiera el calor de su cuerpo. Su presencia era abrumadora.

—Quiero hacerte muchas cosas. Algunas pueden parecer aterradoras, pero sé lo que hago. Sin embargo —hizo una pausa mientras sus dedos se movían de su cara a su pelo y estrujaba los mechones con suavidad pero con firmeza—, eres virgen. No necesitas ese tipo de intensidad. Todavía no. Y si no quieres experimentar nada más, sólo tienes que decirlo. El poder de decirme que no, es y será siempre tuyo, pero hasta que no lo digas, seguiré buscándote, Callie. ¿Comprendes? Disfruto de la persecución y me has agotado estos últimos meses. No había disfrutado tanto de algo en mucho tiempo. Así que mientras lo desees, seguiré persiguiéndote, el tiempo que haga falta hasta que seas mía.

Sus palabras suscitaron mil preguntas. Ella quería saberlo todo, pero esta era la primera vez en su vida que hablaba de algo tan íntimo.

—Pregúntame cualquier cosa. Tendré una respuesta para ti —prometió él, como si pudiera leer los pensamientos frenéticos de su mente.

—¿En serio? —Callie se incorporó un poco más. La mano de Wes en su pelo bajó hasta acariciarle la nuca y masajearle los músculos tensos.

—Sí.

—¿Tú…? —evaluó la pregunta con cuidado—. ¿Te gusta lastimar a una mujer en la cama? —había leído algunos libros sobre hombres sádicos y eso no le había interesado en absoluto. No era masoquista.

—He causado algo de dolor, pero siempre acompañado de placer y sólo porque mi compañera de cama lo ha necesitado. Prefiero mi mano, una paleta o un suave látigo para castigos leves o castigos eróticos. ¿Conoces la diferencia?

Ella sacudió la cabeza.

—El castigo leve es para cuando has hecho algo que me ha disgustado. Lo más probable es que te azote con una paleta o con la mano. Algunos golpes punzantes, nada que deje una verdadera marca o moretones. El castigo erótico no se hace por comportamiento. Se hace porque lo necesitas para aumentar tu clímax. Un compañero de cama a punto de correrse a veces puede tener una experiencia más intensa si hay una pizca de dolor o incluso sólo un nuevo patrón de estimulación. Para eso, lo mejor es un azote suave —le rozó la cadera con los dedos—. Un amo dominante puede deslizar las hebras de un látigo por la piel de una sumisa con tanta delicadeza que ella sienta besos en lugar de azotes. Puede calentar su piel en lugar de quemarla; estimular su necesidad con un leve escozor, y luego recompensarla con un placer exquisito.

Callie tenía la boca tan seca que tuvo dificultades para tragar. La idea de estar desnuda, con Wes empuñando un látigo, era suficiente para que se corriera tan fuerte y gritara… Dios mío.

—Veo que tenemos cosas que explorar, ¿verdad? —musitó Wes con un brillo perverso en los ojos. Ella tragó duro y él se percató, aun sonriendo.

—¿Y el bondage?

La sonrisa que se le dibujó era como la de un lobo.

—Así que *sí* conoces un poco mi mundo —el orgullo en su tono no debería haberla hecho feliz, pero por alguna extraña razón lo estaba.

—¿Y bien? ¿Practicas bondage?

Wes se movió tan rápido que Callie sólo pudo chillar de sorpresa. La inmovilizó boca arriba sobre la cama y le sujetó ambas muñecas con una mano, capturándolas por encima de su cabeza. Con la otra mano le rozó la cintura, jugando con la parte inferior de la camisa. Forcejeó contra él, sorprendida por lo viva que se sentía por el simple hecho de que la tenía cautiva. La parte inferior de su cuerpo palpitaba con impaciencia, ansiosa por lo que sucedería a continuación.

—¿Eso responde a tu pregunta? —estaba tan cerca de ella que podía sentir la energía y la excitación que se agolpaban en su cuerpo varonil mientras le miraba la boca.

—Sí —susurró Callie, sintiendo que cualquier voz más alta destruiría lo que vibraba bajo su piel y la de Wes. Le gustaba sentirse al límite con él. No podía negarlo. Llevaba suficiente tiempo con él como para saber que disfrutaba de la forma en que él alteraba a sus sentidos, como cabalgar por un campo haciendo que una bandada de pájaros se elevara hacia el cielo. Wes la conmocionaba, la excitaba, y el miedo a su intensidad iba disminuyendo. Si ella podía hacer preguntas y él le daba respuestas sinceras, valía la pena confiar en eso.

—¿Tienes más preguntas? —se lamió los labios, como un lobo observando a un ciervo solitario, pero no atacó. Se contuvo, y Callie pudo ver su esfuerzo.

—Quizá más tarde, cuando haya bebido algo. Puedo beber aquí, ¿no? —ella no pudo evitar observar cómo los labios de Wes se curvaban en un atisbo de sonrisa.

—Sigo olvidando que ni siquiera tienes veintiún años. Sí, beber aquí es legal para ti —volvió a ponerse serio.

—Que sea joven no significa que sea una niña —si él la quería, y ella por fin estaba aceptando que así era, entonces tenía que tratarla como a un adulto.

—Créeme, no pienso en ti como en una niña. Joven e inocente, pero no una niña.

Callie no había pensado mucho en su diferencia de edad, pero doce años era mucho tiempo en algunos aspectos. Wes había tenido decenas de amantes, había vivido en la tierra mucho más tiempo y tenía mucha más experiencia en todo. ¿Encontraría su juventud e inexperiencia agotadoras?

—He sido sincera contigo. Ahora es tu turno. Algo te preocupa y quiero saber qué es.

Reuniendo hasta el último atisbo de valor, Callie se enfrentó a su mirada con firmeza.

—¿Te molesta que no tenga experiencia? ¿Que sea virgen?

Una comisura de sus labios se crispó.

—Eres muy valiente, Callie. Nunca he conocido a una mujer tan valiente como tú.

—¿Valiente? No soy valiente —resopló. Se asustaba todo el tiempo—. No has respondido a mi pregunta.

La mano de Wes en su cintura se deslizó hacia arriba, por debajo de la camisa suelta, y le tocó un pecho por encima del sujetador. Fue inesperado y Callie se arqueó hacia arriba, presionándose instintivamente contra su mano.

—Siempre he tenido mujeres que no se parecían en nada a ti —murmuró con ese tono seductor y cariño que la hizo derretirse por dentro. Sus dedos capturaron su pezón erecto a través del sujetador y lo pellizcó ligeramente mientras hablaba.

Con un pequeño silbido al sentir el pinchazo, Callie se sobresaltó, más consciente que nunca del lugar que había elegido su mano y de lo que hacía.

Wes siguió hablando mientras hacía rodar el pezón entre su pulgar e índice.

—Lo ves todo de otra manera. El mundo es nuevo y brillante. La vida ofrece mucho. Me fascinas y quiero hacer muchas cosas contigo. Nunca había traído a una mujer a mi apartamento aquí en París. Nunca había estado con una virgen —soltó una risita—. Eres la primera para mí en muchos sentidos.

En ese momento, Callie supo que estaba viendo a un Wes diferente. Este era casi totalmente expuestos. Sin juegos, sin secretos, sin intenciones ocultas. Sólo la verdad y el deseo existían entre ellos. Su corazón dio un vuelco repentino, como si hubiera estado muerto durante siglos y volviera a la vida, sacudiendo el polvo de su tumba. Su cuerpo ya estaba en camino de tomar su propia decisión. ella le haría el amor. No de inmediato, pero pronto. Fenn se había ido. Ya no quedaba ningún sueño de infancia por capturar. Haría nuevos sueños, con otros hombres en ellos.

—¿Podemos ir despacio? No estoy lista esta noche, pero… quiero estar contigo —Callie no quería dejarlo ganar la apuesta entre ellos, pero ahora sabía que lo que ardía entre ellos era inevitable. Y Wes lo había sabido desde el principio. Tal vez por eso había hecho la apuesta, porque sabía que todo acabaría así y que ella cedería. Un destello de culpabilidad la recorrió, pero lo ahuyentó. Se negó a pensar en la apuesta y en su derrota. Ahora no.

Antes de que pudiera decir otra cosa, Wes volvió a besarla. Esta vez desplazó todo su cuerpo sobre el de ella, inmovilizándola completamente contra la cama. Presionó una rodilla entre las suyas para que Callie pudiera mecerse contra su muslo. La mano en su pecho bajó hasta su cintura y luego volvió a subir por debajo de la camisa. Tiró hábilmente de la copa del sujetador hacia abajo y le acarició el pecho desnudo. Callie gimió contra sus labios; la intoxicante sensación de su gran mano cubriéndole el pecho bajo la ropa era intensa y erótica. Presionó su pelvis cubierta con los jeans contra la pierna de Wes, con el clítoris palpitante, casi punzante por la fricción.

Wes pareció percibir su urgencia y apartó la mano de su pecho para acariciarle el monte, frotando justo en el punto exacto. Callie explotó por dentro como un balde de petardos, con chispas y un calor abrasador. Jadeando, se debilitó bajo él, con las piernas trémulas por las pequeñas réplicas de su repentino e increíble clímax.

Wes bajó la boca hasta su cuello, acariciando su piel con delicados pellizcos y suaves lamidas. La dura presión de su erección contra su estómago era imposible de ignorar.

—¿Te… te froto? —susurró nerviosa.

Él levantó la cabeza y Callie notó que sus labios parecían más gruesos por los besos. Ella lo había marcado con sus intensos besos. Esa sutil muestra de su efecto sobre él la complació y no pudo dejar de sonreír.

—Ahora no. Si te acercas a mi polla, perderé el control —su voz era ronca.

Se estremeció al oírle decir la palabra «polla». Sintió la necesidad de ronronear y retorcerse contra él. Un rubor recorrió su cuerpo mientras se preguntaba si hablar sucio era algo que a ella le gustaba. ¿Lo era?

—Me encanta cuando te ruborizas —suspiró como un hombre perdido en su sueño favorito.

—Bien, porque me haces sonrojar todo el tiempo —replicó de forma gruñona. Le gustaría verlo sonrojarse para variar.

Se inclinó y le mordió el labio inferior antes de burlarse de ella.

—Eres un poco descarada. Me gusta. Sigue así y te daré unos azotes —le guiñó un ojo y Callie casi puso los ojos en blanco. Estaba mintiendo. No la azotaría. La amenaza se repetía demasiado como para que lo dijera en serio.

—¿A qué hora es la cena? —preguntó entre besos lentos. Era maravilloso estar tumbada en la cama con un hombre que era completamente suyo en este momento. Su cuerpo estaba saciado y ella simplemente disfrutaba del placer y la intimidad de sus besos.

—Hmm… una hora y media —terminó con un gruñido de placer mientras mecía sus caderas contra las de ella como si estuviera decidido a excitarse como ella lo había hecho, pero Callie intuyó que él dominaba mucho mejor las respuestas de su cuerpo.

—¿Deberíamos vestimos?

Wes le acarició la garganta con la nariz antes de soltar un suspiro y levantar el cuerpo para poder mirarla.

—Desgraciadamente tienes razón. No quiero llegar tarde a la reunión con Dimitri —le robó un beso más antes de bajarse de la cama. Callie se apoyó en los codos y lo vio dirigirse al baño. Se detuvo y apoyó las palmas de las manos en el marco de la puerta mientras la miraba por encima del hombro—. Ponte el vestido azul marino y los tacones bajos a juego. El abrigo amarillo también.

Y se fue. Callie se dejó caer en la cama, con el cuerpo aún débil tras el intenso encuentro. Todo había cambiado. Un día en París y ya se estaba entregando a Wes, o al menos había accedido a hacerlo en algún momento futuro. Su creencia de que ganaría en apuesta se había esfumado. Se estaba derrumbando como los muros de Jericó. No era propio de ella, pero la chica que había sido antes había estado sola y había sido infeliz. Con Wes, era una mujer nueva, sexy y excitante. Quería ser esa nueva mujer y, mientras estuviera en París, tendría la oportunidad de serlo sin preocuparse de lo que pensaran los demás.

Sus sueños se estaban haciendo realidad y aun así estaba nerviosa por lo de esta noche. Iba a conocer a uno de los clientes de Wes y luego visitaría el Louvre. Después… bueno… sonrió. Tendría que esperar a ver qué pasaba. Miró por la ventana hacia la lejana Torre Eiffel. Esto era París, una tierra de sueños, una ciudad de amor… un mundo en el que podía ser otra persona. Alguien que estaba destinada a ser.

CAPÍTULO 7



Wes estaba apoyado en la puerta principal de su apartamento, esperando a que Callie bajara las escaleras. Oyó el suave chasquido de sus tacones y entonces apareció. El vestido azul oscuro era de corte conservador pero sexy de una manera elegante, realzando el estilo natural de Callie. El abrigo amarillo brillante era el complemento perfecto para el vestido, que se abría ligeramente a la altura de las rodillas para darle más movilidad. Los tacones azul marino tenían hebillas doradas en los dedos y la altura suficiente para sostener sus torneadas piernas, pero no demasiado para que se sintiera incómoda. Conocía bien a su vaquerita. Rara vez había llevado tacones, si es que lo había hecho alguna vez, y los vestidos y los tacones le resultaban extraños.

Agitó un dedo en círculos, indicándole que girara. Callie se sonrojó, pero ejecutó una elegante pirueta. Se había recogido el pelo largo y rubio en una coleta en la base del cuello con un grueso lazo azul marino. Wes luchó contra la oleada de deseo mientras su cuerpo se aceleraba. Unas horas atrás, la había tenido debajo de él en la cama, besándola y explorando sus curvas con las manos. Casi se había corrido allí mismo cuando ella lo hizo. La mirada de asombro, de placer, cuando Callie alcanzó el clímax lo había dejado boquiabierto pensando en lo que vendría pronto. Ella quería estar con él, y mientras pudiera actuar con calma, la tendría en su cama. Sin embargo, lo que no había esperado era la serie de extrañas emociones que lo recorrían como un torrente de agua. Apartó esas emociones suaves, de ternura y dulzura. No le ayudarían y no las necesitaba como debilidad.

—¿Cómo me veo? —le preguntó cuando lo alcanzó en la puerta.

La cogió por las solapas del abrigo y se inclinó para acariciarle la mejilla con la nariz.

—Más apetecible que lo que tenía pensado comer esta noche —gruñó suavemente y Callie emitió un pequeño ruido entre gemido y ronroneo gutural. El sonido fue directo a su polla.

—La cena, ¿recuerdas?

Wes lamió y mordisqueó el lóbulo de su oreja. Callie lo sujetó de los hombros mientras él continuaba la tortura sensual, besándole el punto sensible justo detrás de la oreja.

—Podemos llegar tarde —sus manos se posaron en su espalda, acercándola.

—¿Tu cliente no se enfadará? —su tono ronco provocó que Wes olvidara momentáneamente todo, excepto a Callie. Era muy fácil perderse cuando estaba con ella, como ser arrastrado por la gravedad de un sol brillante—. Wes, la cena —le recordó con un poco más de severidad. Eso apenas atravesó la cálida bruma de deseo que lo envolvía. A Dimitri Razin no le gustaría tener que esperar.

Exhaló, un poco irritado por no poder seguir besando esas deliciosas zonas en la piel de Callie que la hacían estremecerse.

—Muy bien. Sólo falta una cosa antes de irnos —enroscó la mano en su coleta y tiró

ligeramente de ella, echando su cabeza hacia atrás para poder plantarle un último beso en los labios. ¿Podría resistir unas horas sin saborearla?

—¿Qué?

Él metió la mano en el bolsillo y sacó la caja de cuero que Jim Taylor le había dado. Se la tendió.

—Wes, no quiero más joyas.

Hizo que las manos de Callie rodearan el objeto.

—Querrás esto. Tu padre me lo dio para que te lo diera antes de venir a París.

Callie abrió la caja y se quedó mirando el pequeño brazalete de conchas marinas y luego desdobló la pequeña nota. Cuando levantó la mirada, sus ojos brillaban con lágrimas.

—Dice que era de mi madre. Le encantaba el mar, como a mí —cogió el brazalete y volvió a meter la nota en la caja—. ¿Puedes ponérmelo en la muñeca?

Guardando la caja en su bolsillo, Wes cogió la pulsera y la colocó en su sitio.

Cuando terminó, Callie rozó con la punta del dedo las pequeñas conchas.

—Nunca tuve muchas cosas de mi madre. No tenía joyas ni reliquias. Ella y mi padre eran pobres y gastaron todo lo que tenían en el rancho. Nunca imaginé que mi padre tuviera esto —se secó una lágrima rebelde. A Wes le destrozaba verla llorar.

—Creo que estaba esperando el momento adecuado para darte algo tan especial.

Se inclinó hacia él, besándolo una vez más, dulce y delicado, pero no menos potente que cualquiera de los besos que habían compartido hasta ahora. El pecho de Wes ardió con un calor interior ante el ligero beso.

—Gracias, Wes.

Él le cogió la mano y salieron del apartamento. Michel los esperaba para llevarlos a Fouquet's. Era un restaurante bastante moderno en muchos aspectos, pero la comida era excelente y el ambiente lo bastante agradable para una reunión de negocios. A su llegada, las brillantes luces del restaurante iluminaban el toldo rojo que cubría las zonas de asientos al aire libre. Los turistas ya llenaban las mesas exteriores, charlando y cenando. Wes acompañó a Callie hasta las puertas principales, situadas en la esquina del edificio. Cuando entraron, los ojos de Callie se ampliaron y sus labios se entreabrieron en una pequeña O. Eso no ayudó a Wes. Acababa de recuperar el control de su cuerpo y ella lo estaba poniendo duro con pensamientos sobre sus labios alrededor de su pene.

—Es muy hermoso. Nunca había comido en un sitio tan elegante —admitió ella.

Wes estudió el restaurante, intentando ver qué la había impresionado. Filas de mesas cubiertas de paños blancos estaban rodeadas de sillas rojas altas y sin brazos, tachonadas con alfileres dorados a lo largo de sus armazones. Los candelabros de techo, con más de una docena de velas eléctricas cada una, llenaban la habitación de un suave y cálido resplandor que se reflejaba en las paredes de paneles de madera de nogal claro.

En una mesa apartada del fondo había un hombre solo bebiendo vino.

—Ahh, ahí está Dimitri —Wes guio a Callie hacia el hombre y la mesa del fondo.

—Wes —dijo Dimitri y se rio mientras se levantaba y le ofrecía la mano en señal de saludo. Wes se la estrechó y empujó a Callie hacia delante, quien se había quedado atrás, permitiendo que él la protegiera con su cuerpo. Sin duda porque Dimitri era intimidante. Era un ruso alto, moreno, de ojos oscuros, atractivo y demasiado seguro de sí mismo cuando se trataba de mujeres.

—Lo siento, llegamos tarde. Dimitri, te presento a Callie Taylor. Callie, este es Dimitri Razin.

Callie sonrió y estrechó la mano de Dimitri, pero él le dio un beso persistente en los nudillos y ella se acercó instintivamente a Wes. Él se alegró por dos razones. Ella estaba aprendiendo a confiar en él, y lo prefería antes que a Dimitri. Wes no era tonto. Dimitri era un mujeriego nato. Más de una bella dama en París no había podido elegir entre Wes y Dimitri y se la habían llevado juntos a la cama. Pero Wes no tenía intención de compartir nunca a Callie.

—No mencionaste que esto iba a ser una mezcla de negocios y placer, Wes —Dimitri le guiñó un ojo a Callie con picardía.

Wes la condujo a la silla más cercana y la ayudó a sentarse. Luego se sentó un poco más cerca de su amigo.

—El placer es mío. *Sólo* mío —lanzó una mirada de advertencia a Dimitri y el ruso asintió débilmente, indicando que lo entendía.

—He encargado que nos traigan el mejor vino de la casa. El camarero volverá para atender nuestro pedido —les tendió los menús a Callie y Wes.

Callie le agradeció y se concentró en su menú como si contuviera los secretos del universo. Era muy tímida, pero Wes se aseguraría de que no lo fuera con él cuando estuvieran solos.

—Entonces, ¿qué es esta pieza que has hecho enviar al Louvre? —preguntó Wes.

Dimitri mantenía una estrecha relación con presidente-director del Louvre y a menudo guardaba piezas allí cuando necesitaba autentificarlas.

Su amigo le entregó una copa de vino y otra a Callie.

—Es un Sargent, uno que no había visto antes en el mercado. Ya sabes cuánto me gusta su trabajo —se volvió hacia Callie—. ¿Conoce a Sargent?

Ella asintió, con los ojos brillantes de interés.

—Callie es artista —informó Wes a su amigo, sintiéndose orgulloso de Callie y de su talento. Una cosa era presumir de un cuadro y otra de una artista que vivía y respiraba a su lado, a la que había besado, que era tan caliente como el sol y alentaba sueños que creía perdidos. Quería gritar su emoción a los cuatro vientos y luego encerrarse con ella, hacerle el amor durante días.

La mirada de Dimitri se entrecerró con repentino interés.

—¿Es artista? No me extraña que mi amigo esté tan fascinado con usted. Wes Thorne vive y respira arte.

Wes dio un sorbo a su vino y levantó la copa en un brindis silencioso por su amigo.

—Como tú, Dimitri.

—No como tú, amigo mío —Dimitri se volvió hacia Callie, sonrió y se apartó el pelo oscuro de los ojos, al tiempo que parecía percatarse de que había captado toda su atención—. Wes entiende el arte, mientras que el resto de nosotros simplemente lo apreciamos. Los patrones, las técnicas, todas las cosas que definen ese arte, incluido el corazón y el alma de un artista, eso es lo que él ve por encima del resto de nosotros.

Wes quería reírse, pero en el fondo intuía que Dimitri entendía a las personas como él entendía el arte.

—Entiendo —dijo Callie, lanzando a Wes una de esas miradas tan astutas como curiosas.

Dimitri se rio, encantado.

—Es usted una dama perspicaz. Todos los buenos artistas deben serlo.

—Los mejores artistas ven algo por lo que podría ser, no sólo por lo que es —Callie cogió su copa de vino y dio un sorbo. Sus ojos verde avellana se posaron en Wes y lo que vio allí le calentó la sangre. La inocencia en sus ojos no estaba allí, sino un antiguo destello de conocimiento, como si hubiera cosas que ella viera y comprendiera mejor que una mujer normal de su edad. Era un destello fugaz de la artista cosmopolita en la que algún día se convertiría, la

persona que Wes quería que fuera.

—Creo, amigo mío —Dimitri llamó al camarero con un pequeño gesto de mano—, que has encontrado a una mujer única.

Mi obra maestra. Mía. Asintió en dirección a Callie. Bien jugado, cariño.

El camarero llegó y ordenaron. Dimitri parecía fascinado por Callie y, al poco rato, ella estaba charlando con una soltura y amabilidad que él no había visto antes. Dimitri, siempre atento a la información humana, no tardó en sonsacarle datos como que el azul cobalto era su color favorito o que la mejor noche de su vida había sido ver una lluvia de meteoritos con sus padres cuando tenía cuatro años, justo antes de que su madre falleciera. A Wes se le había hecho un nudo en el estómago al pensar en ella a tan corta edad, sólo cuatro años, y en que un recuerdo borroso teñido del calor del amor de su madre hubiera dejado en ella una impresión tan duradera. Se alegraba de que tuviera ese recuerdo de su madre. No todos los niños eran tan afortunados.

Él, por ejemplo, era el producto de dos desgraciados ejemplos de la naturaleza humana. El abuelo Thorne era el único miembro de la familia, aparte de Hayden, que Wes reconocía oficialmente. Sus propios padres eran un par de turones que arañaban y mordían, sin pensar ni preocuparse por los que los rodeaban. Cuando se había marchado a la universidad, sólo volvía a la isla porque le encantaba, no porque sus padres estuvieran allí. Alguien tenía que vigilar a sus amigos y, sobre todo, a su hermana. Si tenía que cruzarse con sus padres unas cuantas veces al año en actos públicos, era algo que soportaría.

Callie apartó la silla y ambos hombres se pusieron en pie mientras ella se levantaba.

—Si me disculpáis, necesito usar el tocador.

—¿Qué te tiene con ese humor? —preguntó Dimitri cuando Callie estuvo fuera del alcance de sus oídos.

Wes se encogió de hombros.

—Los pensamientos del pasado alteran mi humor —rara vez admitía su debilidad, pero Dimitri era alguien en quien confiaba.

—No hay razón para ello. ¿Ves a la encantadora dama que acaba de irse? Le gustas. Cuando una mujer como ella te desea, todos tus oscuros pensamientos tienen que desaparecer.

—Créeme, ella es difícil de llevar a la cama. Está enamorada de mi amigo de la infancia. Eso no es algo fácil de borrar de su mente.

Las cejas oscuras de Dimitri se alzaron.

—Déjame adivinar. ¿Ama al hombre que se ha casado con tu hermana?

—¿Cómo lo sabes? —Wes bebió una gran porción de su vino.

—¿El encantador Hayden Thorne ya no está soltero? Esa noticia corrió por todos los continentes más rápido de lo que puedes imaginar. Me enteré en Moscú doce horas antes de que la noticia fuera anunciara oficialmente.

—Es increíble cómo se difunden esas noticias —miró alrededor del restaurante y luego se inclinó más hacia Dimitri—. ¿Qué sabes del mercado negro de cuadros de Goya?

—¿Goya? —Dimitri reflexionó—. Sus bocetos son los artículos más populares, más pequeños, más fáciles de robar. ¿Por qué lo preguntas?

Wes sacó su teléfono y mostró una foto de la falsificación de Goya a su amigo.

—Es una falsificación increíble de una pieza que ayudé a adquirir para unos amigos de la isla. Un profesional la ha robado. Espero encontrarla en el mercado y devolverla a sus legítimos propietarios.

El ruso se rio suavemente.

—¿Y quieres que recurra a viejos contactos?

—Si no te importa.

—Déjame pasar una noche con tu mujer y haré lo que desees —había un brillo travieso en sus ojos.

—Cualquier cosa menos eso —Wes mantuvo un tono suave, pero sus palabras eran de acero.

—Ya me lo esperaba. Pues muy bien. Estarás en deuda conmigo y cobraré ese favor cuando llegue el momento.

—Gracias.

Si alguien podía encontrar algo en el mercado negro, era Dimitri Razin.

Callie salió del baño y se detuvo en la entrada que daba al comedor. En la mesa vio a Wes inclinarse y mostrarle algo a Dimitri en su teléfono. No pudo evitar preguntarse de qué se trataba.

Secretos. Wes debía de tener muchos. Callie tenía muy pocos. Él, al igual que Dimitri, veía a través de ella con gran facilidad. Pero ella estaba aprendiendo a ver el mundo como Wes. Estar cerca de él le abría los ojos. Y estar cerca de él físicamente también la estaba cambiando. Ahora que había tomado la decisión de estar con él, estaba nerviosa y emocionada a la vez.

No iba a pensar en Fenn. Seguía siendo una espina en su corazón. Thorne… en su corazón. Casi se rio del juego de palabras. Thorne, en efecto. Sería demasiado peligroso enamorarse de un hombre como Wes. Habría apostado su vida a que si cogía el diccionario más cercano y buscaba «rompecorazones», Wes estaría allí mirándola fijamente desde la página, inquietante y demasiado seductor.

Y he renunciado a todos los hombres, así que ¿por qué dejo que se acerque demasiado a mí? Porque es irresistible…

Apartando sus pensamientos, volvió a la mesa. Los dos hombres se enderezaron y se levantaron mientras ella se sentaba. El camarero volvió con la comida antes de que Callie pudiera intentar preguntarles de qué habían estado hablando durante su ausencia. Seguramente no se lo dirían. Dimitri era un hombre de secretos y sabía leer a la gente. Tenía razón sobre Wes, sobre su forma de ver el arte. Era muy obvio ahora, el amor que sentía por el arte debido a la pureza de su expresión. Ella intuía que Wes prefería evitar enfrentarse a parte de la realidad. El arte era su escape. A Callie le sucedía lo mismo.

Después de cenar, Dimitri les ofreció unas copas, pero Wes dijo que debían ir al Louvre. Michel estaba allí, esperando para llevarlos al museo. Dimitri ocupó el asiento del copiloto mientras Callie se unía a Wes en la parte trasera del Porsche. Michel condujo por la Rue de Rivoli y se detuvo junto al gran Louvre, donde una pasarela peatonal se abría al patio interior del propio Louvre. Todos descendieron y atravesaron rápidamente la pasarela. Cuando entraron en el patio, la oscura noche ofreció un espectáculo asombroso y Callie jadeó.

El cielo, azul como los ojos de Wes, formaba un telón de fondo vibrante e intenso detrás de la creciente pirámide dorada de cristal y acero. Un charco de agua, negro por la noche, reflejaba la pirámide invertida. Más allá de ésta, las pálidas piedras del Louvre se tornaban doradas por las lámparas encendidas a lo largo de la pasarela que daba a la estructura. El espectáculo era impresionante. Esto albergaba siglos de historia. Entre sus muros se encontraban algunas de las obras más famosas realizadas por auténticos genios. Se le formó un nudo en la garganta al sentir una oleada de nostalgia y asombro. Estaba a punto de entrar en los salones sagrados de los verdaderos maestros. Callie, quien sabía muy poco de técnica y carecía de entrenamiento formal,

en lugar de intimidarse al enfrentarse a estos maestros, se sentía vigorizada. Se le llenaron los ojos de lágrimas de alegría.

—Callie, ¿estás llorando? —Wes se colocó frente a ella y su mirada se llenó de preocupación. Las luces doradas del patio del Louvre se reflejaban en la oscuridad de sus ojos—. ¿Qué sucede, cariño? volvió a preguntar—. Aún no hemos entrado.

Callie se apartó una lágrima.

—Lo sé. No puedo creer que esté aquí.

—Prometí darte esto —le recordó él—. Hay mucho más que quiero ofrecerte —le tendió la mano, con la palma hacia arriba. Una invitación. Una tentación. Una a la que no pudo resistirse. Ella aceptó y entraron en la pirámide, bajando las escaleras hasta la entrada subterránea del Louvre. El vestíbulo de la pirámide, los guardarropa y las ventanas de información y venta de entradas estaban en penumbra. Un hombre los esperaba de pie. Era un hombre delgado, moreno, de unos cincuenta años, apuesto como los franceses a medida que envejecían—. Es Pierre Monde, jefe de las oficinas administrativas —les explicó Wes cuando llegaron hasta él.

—*Bonsoir, monsieur Monde* —Dimitri le estrechó la mano y dio un paso atrás para permitir que Wes y Callie se reunieran con él.

—Esta es Callie Taylor —Wes asintió al hombre mientras éste saludaba a Callie—. Tengo entendido que estamos aquí para ver un Sargent. ¿Primero podría enseñarle a la señorita Taylor algunas piezas de las colecciones?

—Por supuesto —Pierre levantó una radio y llamó a un guardia de seguridad. Un hombre con uniforme de seguridad apareció y se acercó a ellos—. Monsieur Mignon puede llevaros a cualquier galería que deseéis ver.

—Excelente —Wes miró a Callie y luego de nuevo al guardia—. ¿Y si comenzamos con las antigüedades egipcias?

Callie sonrió. Amaba la historia egipcia, pero nunca había visto ningún artefacto en la vida real. Wes estrujó la mano de Callie y ella lo miró. Lo hacía a menudo, le cogía la mano y ella sabía que cada caricia suya significaba algo. Era como él le había dicho hacía un mes en el almacén del rancho. Todas sus acciones tenían un propósito. Entonces, ¿cuál era el propósito de que la cogiera de la mano?

—Vamos —los ojos de Wes brillaron mientras tiraba de su mano. El guardia de seguridad ya estaba avanzando por el pasillo.

—Esta es la cripta de la esfinge —anunció Mignon e hizo un gesto con la mano hacia la siguiente sala, justo delante de él.

Callie pasó junto a él y se quedó inmóvil ante la entrada, con el asombro y la admiración paralizándola en su sitio. En el centro de la sala había una estatua de una esfinge. Tenía las patas de león extendidas y una expresión estoica y misteriosa en el rostro. Los pálidos ojos de piedra lucían prácticamente blanquecinos ante la suave luz de la exposición, y Callie pensó al instante en una vidente ciega, que veía el futuro pero era incapaz de ver lo que había frente a ella. Tenía jeroglíficos grabados en el pecho y a lo largo de los hombros.

—26.000 a.C. —murmuró Wes a sus espaldas.

—¿Puedes creer que alguien haya hecho esto? —le preguntó a Wes, y esta vez lo acercó para que pudieran ver la esfinge de cerca. Ella miró por encima del hombro. El guardia no estaba mirando—. ¿Crees que me dejaría tocarla? —preguntó en un susurro.

Wes siguió su mirada hacia el guardia, quien no estaba mirando y sonrió.

—Adelante.

Callie extendió la mano y tocó el hombro de la gran criatura de granito rosa. La piedra estaba

caliente bajo su palma, y jadeó. Sin pensarlo, cogió la mano de Wes y la colocó sobre la piedra, sujetando su palma.

—Cierra los ojos —dijo Callie, sintiendo una gran emoción.

Él la miró fijamente durante un largo segundo antes de cerrar los ojos.

—Siente el calor. El granito calentado por siglos al sol. Un hombre de piel oscura, con los ojos llenos de kohl, trabajando con un cincel y un martillo mientras esculpía un magnífico y misterioso guardián que habla en acertijos a los viajeros.

Mientras hablaba, las líneas endurecidas que rodeaban los ojos y la boca de Wes se suavizaron a medida que se relajaba.

—Disfruta del ardor de la arena cuando soplan los vientos del sur. Escucha los juncos a orillas del Nilo. ¿Puedes ver el trío de las pirámides?

Wes asintió débilmente, luego abrió lentamente los ojos y miró sus manos unidas sobre la piedra antigua.

—Mañana quiero que dibujes esto. Este momento —su voz era grave y un poco áspera y sus ojos brillaban como zafiros.

—No tengo herramientas ni papel —Callie dejó caer su mano a regañadientes y su conexión física se rompió. Algo se agitó en su interior, como una brisa primaveral que susurraba en la hierba verde del rancho. Ella había sentido calor en su interior cada vez que se tocaban, y ahora lamentaba haberlo perdido.

Mignon tosió desde la puerta.

—Tenemos tiempo para un artefacto más antes de que monsieur Razin os necesite.

—Por supuesto —dijo Wes—. ¿Qué me recomienda?

Mignon sonrió ampliamente, como si estuviera encantado de que lo consultaran.

—Por aquí.

Bajaron un corto tramo de escaleras y entraron en una sala parecida a una cripta que contenía un enorme sarcófago.

—El sarcófago del rey Ramsés III —dijo Mignon.

Callie se acercó sigilosamente, asombrada por el enorme sarcófago de granito rosa. Los intrincados jeroglíficos tallados por toda la superficie de la tumba eran impresionantes.

—¿Cómo crees que era? —preguntó a Wes, pensando en el cuerpo envuelto en tela de lino de un dios-rey dentro de su ataúd.

Wes cruzó los brazos sobre el pecho, estudiando atentamente el tallado.

—Era un hombre mortal que quería construirse una vida y dejar tras de sí un legado eterno.

—Miles de años después seguimos conociendo su nombre y su legado. Yo diría que lo consiguió. La inmortalidad. No puedo imaginar dejar atrás algo que marcaría al mundo.

Wes deslizó las manos en el bolsillo de su traje.

—Tú podrías hacerlo, ¿sabes? Tienes talento, Callie, verdadero talento.

El calor inundó sus mejillas.

—Estás mintiendo. Hay mil artistas ahí fuera como yo.

—No —sus ojos se oscurecieron—. No los hay. No miento y no tengo intención de adularte. Lo he dicho en serio. Podrías ser una artista increíble. Ves mucho más que los demás. Eso te distingue —se inclinó hacia ella, y Callie se encontró acortando la distancia que los separaba, fascinada por la forma de sus labios mientras hablaba—. Mañana compraremos las provisiones que necesitas —la cogió de la mano y abandonaron Ramsés III para que durmiera en su tumba de granito, para que soñara como un dios-rey fallecido hacía mucho tiempo.

CAPÍTULO 8



Era casi medianoche cuando Wes sacó en brazos a Callie del coche mientras Michel sujetaba la puerta. Se había quedado dormida al salir del Louvre. Llevaba día y medio sin dormir y él la había mantenido despierta y ocupada la mayor parte del día a propósito para que se adaptara al cambio de hora. Él venía a París cada dos meses, así que el cambio no le resultaba tan difícil.

—¿Ha agotado a la joven? —bromeó Michel mientras esperaba a Wes para ir a los ascensores del apartamento.

—Sí, pobrecita —Wes soltó una risita—. Bonsoir, monsieur.

—Bonsoir, monsieur Thorne.

Wes asintió con la cabeza en dirección al guardia nocturno, quien pulsó el botón del ascensor para que él no tuviera que bajar a Callie. Le gustaba cómo se sentía entre sus brazos, perfecta. Cuidarla calmaba sus tendencias dominantes. Normalmente no reaccionaba con tanta ternura ante una sumisa, pero Callie no era una sumisa. Era algo infinitamente más importante. Era *suya* y él cuidaba de lo que le pertenecía.

Sin embargo, cuando llegó a la puerta del apartamento, la puso de pie, rodeándole la cintura con un brazo.

—¿Qué? ¿Ya estamos en casa? —murmuró somnolienta, apoyando la cabeza en su hombro. Esa extraña sensación de calor difuso floreció en el interior de Wes. Casa. Ella se sentía como en casa. Eso lo complacía, y también le agradaba que recurriera a él, que confiara físicamente en él. Cuando había hecho la apuesta en el granero, había estado pensando en su ego, su obsesión y su necesidad de poseerla, pero la apuesta había cobrado una nueva importancia para él. Sentía la extraña necesidad de demostrarle que podía cuidarla, ser el hombre que ella necesitaba para superar a Fenn.

—Sí, estamos en casa. Espera —abrió la puerta e hizo que entraran para luego cerrarla. Después, volvió a cogerla en brazos y la llevó a su habitación. La tumbó en la cama y le quitó los zapatos. Sin pensarlo dos veces, cogió uno de sus pies y le masajeó la planta. Callie suspiró y se estiró en la cama aún con el abrigo y el vestido puestos. Le frotó el otro pie y ella soltó una risita, sacudiéndose un poco, como si tuviera cosquillas.

—Eso se siente muy bien —dijo, y gimió.

Wes no pudo evitar que se le dibujara una sonrisa en la cara. Había algo tan erótico e intensamente natural en Callie que no dejaba de fascinarlo. Era inocente en muchos sentidos, pero también increíblemente sensual. Una combinación poco común en cualquier persona, y era algo que no cambiaría, no mientras ella tuviera el compañero de cama adecuado.

—¿Necesitas ayuda para desvestirte? —le preguntó cuando notó que ella parecía contenta

tumbada sobre su espalda, casi dormida.

—Mmm… tal vez —volvió a soltar una risita y rodó sobre su estómago—. ¿Puedes desabrocharme el vestido? —ella parecía estar esperando. Él suspiró. La mujer estaba poniendo a prueba su control. Le quitó el abrigo con cuidado y le bajó la cremallera de la espalda. La fina tira de un conservador sujetador negro llamó su atención. Incapaz de resistirse, deslizó los dedos por debajo de la banda entre los omóplatos y acarició su piel—. Eso se siente bien… —ronroneó y acarició el edredón con la nariz.

Wes exhaló un suspiro mesurado, intentando ignorar la parte masculina de su cuerpo que cobraba vida. Callie era una tentación para él e ignoraba las ansias que tenía de desnudarla, presionarla contra la cama y penetrarla hasta que ambos estuvieran a punto de morir de placer. Necesitaba poner un poco de espacio entre ellos o perdería el control.

—Estaré en mi habitación si necesitas algo —se bajó de la cama y se dirigió a su habitación. Se quitó la chaqueta, la arrojó sobre el respaldo de una silla y luego se quitó los zapatos y los pantalones y cogió un par de pantalones de pijama de algodón de su cómoda. Estaba duro, pero no podía ocuparse de eso ahora. Ella lo oiría en el baño si intentaba satisfacer sus necesidades. Tal vez con un poco de suerte podría hacer que desapareciera.

Apartó las mantas de la cama y se metió en ella. Sólo pasaron unos minutos mientras permanecía tumbado y dominaba su excitación antes de que una voz tranquila llegara hasta él desde la puerta de su habitación y le hiciera levantar la mirada.

—Wes… —Callie estaba de pie en la puerta entre su habitación y el baño que compartían. Llevaba una camiseta grande con el logotipo desteñido del rancho y unos calzoncillos a cuadros. Llevaba el pelo suelto y le caía por los hombros.

Se incorporó y apartó las sábanas, dispuesto a salir de la cama si ella necesitaba algo.

—¿Qué pasa?

Los ojos de Callie lucían grandes, y la luz de la luna los hacía brillar con un intenso resplandor. No habló de inmediato, pero cuando lo hizo, su voz continuó siendo suave y tranquila, demasiado tímida.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche? Dijiste que podía —ella dio un paso vacilante a través del umbral, entrando en su dominio. Necesitó mucha valentía para hacerlo.

Wes alcanzó el lado vacío de la cama y apartó las mantas en señal de invitación silenciosa. Ella lo necesitaba, su calor corporal, su presencia, nada más por ahora; él lo comprendía. Pero la criatura salvaje que llevaba dentro gruñó con un placer posesivo cuando ella se acercó descalza y se metió en la cama con él. Callie se hundió en las sábanas, con la cara inclinada hacia la ventana. Wes se tumbó detrás de ella, fascinado por la luz de la luna que parecía hacer que sus mejillas brillaran como el alabastro con un matiz rosa. Un mechón de su pelo se posó en su mejilla y él lo colocó delicadamente detrás de la oreja. Ella se estremeció un poco y rodó sobre su espalda para mirarlo fijamente a los ojos.

—Wes… todavía me duele —sus ojos se llenaron de gruesas lágrimas y él las apartó con la punta de los dedos—. Una parte de mí aún siente que… que me estoy muriendo. ¿Cómo es posible?

Wes no quería hablar de Fenn, y menos de lo que ella sentía por él, pero era inevitable.

—Los primeros amores suelen ser los más difíciles de olvidar. Se clavan más profundamente en el alma. No se olvidan de la noche a la mañana, pero… —le devolvió la mirada, solemne—. Puedes seguir adelante. Llena tus días con otras cosas, cosas nuevas. Puede que un día te despiertes y te des cuenta de que lo que sentiste era más bien un reflejo de algo más grande que algún día sentirás por otra persona —quería que ella olvidara a Fenn, pero eso no sucedería.

Algún día encontraría un hombre a quien amar, un hombre mejor, pero él tampoco quería pensar en eso. Wes la quería, aquí, ahora, mientras ella fuera así, una mujer a punto de explorar el mundo. Él sería su primera vez en muchos sentidos.

—¿Quién fue tu primer amor? —preguntó ella.

La pregunta fue tan inesperada que Wes parpadeó. ¿Su primer amor? Él nunca había… había cerrado su corazón hacía mucho tiempo. Ninguna mujer había traspasado aún esa fortaleza impenetrable que rodeaba su corazón. Era mejor así. Sin amor, no había dolor. Así que solo anhelaba y deseaba. Con eso bastaba.

Callie le colocó una mano en el hombro desnudo, con una piel suave y un suave toque.

—No has amado —supuso, con una sagacidad en la mirada que lo sorprendió. Era muy perceptiva para ser tan joven—. Lo siento —susurró. La sinceridad de su tono lo hizo sonrojarse.

—¿Por qué?

—¿Acaso amar no es lo mismo que vivir? Si no puedes sentir dolor, no puedes sentirte vivo. Y amar a veces duele —se mordió el labio inferior, con los ojos distantes ahora, perdida en su propio dolor.

Al diablo con su naturaleza observadora.

—Necesitas descansar —murmuró él y ciñó más las mantas alrededor de sus cuerpos. Callie lo observó un momento más antes de volverse hacia la ventana. Él se acercó más para envolverla por detrás. Sus cuerpos encajaron a la perfección y, en pocos minutos, toda la tensión que había en él se disipó y se quedó dormido. Pero sus sueños estuvieron llenos de praderas infinitas y de Callie cabalgando lejos de su alcance.

❧

CALLIE SE DESPERTÓ CON EL CANTO DE LOS PÁJAROS DE PARÍS. EL ALEGRE TRINO DEL OTRO LADO de las ventanas era una delicia infinita y un consuelo que le recordaba a su hogar, aunque los pájaros sonaban diferente. Unos rollizos pájaros cantores se posaron en el borde de la barandilla del balcón, bailando sobre sus diminutas patas y agitando las alas. Callie observó a las pequeñas criaturas durante unos minutos. Detrás de ella, Wes dormía profundamente, con la respiración lenta y uniforme. El mundo parecía haberse detenido, congelado como un rayo de sol dorado capturado en un tarro, un recuerdo conservado para siempre, perfecto como pocos. Estaba abrigada y a salvo, con un hombre hermoso en la cama a su lado.

Se dio la vuelta para mirarlo. Las líneas duras alrededor de sus ojos y boca eran suaves mientras dormía, y Callie se preguntó con qué soñaba un hombre como él. Tenía el mundo al alcance de la mano; cualquier cosa que pudiera desear estaba a su alcance. Entonces, ¿con qué soñaba un hombre que lo tenía todo?

Bueno, no todo. No se había enamorado. Por alguna razón, todos estos años se había mantenido alejado emocionalmente de las mujeres. ¿Por qué? Un hombre como él tenía un propósito claro para todo. ¿Acaso el amor no encajaba en esa ecuación?

El peso de su brazo alrededor de su cintura era agradable, más que agradable. Sus cabezas compartían una gran almohada y sus narices casi se tocaban. Nunca se había acostado con un hombre, pero anoche había estado en la cama con Wes. Entre ellos estaba creciendo una intimidad que sólo podía surgir de compartir la cama durante toda la noche. Como hebras invisibles de un delicado tapiz que los entretejía, atándolos el uno al otro.

Dormir con alguien era un regalo de confianza que los amantes compartían más allá de sus cuerpos. Pero ella y Wes no eran amantes. Aún no. Una pequeña sonrisa curvó sus labios. Pero

pronto. Quería más, más de lo que él le había prometido con sus besos y sus caricias. Había todo un mundo ahí fuera que ella quería conocer y experimentar. Y si tenía que dejarlo ganar la apuesta, quizá mereciera la pena. Sólo tenía que mantener su corazón protegido y disfrutar de lo que sucediera entre ellos únicamente en el aspecto físico. No sería fácil, pero se había prometido no volver a dejar que un hombre lastimara su corazón, y no permitiría que nadie lo hiciera, ni siquiera Wes.

Había soñado que Fenn sería el hombre que le enseñaría los caminos de la pasión, pero ese sueño se había hecho añicos. Wes había ocupado su lugar. Un caballero oscuro que prometía cosas que ella había temido desear. Ya no era una jovencita, y había una parte de ella, una parte profundamente secreta, que ansiaba explorar esas nuevas facetas de sí misma. Wes la ayudaría a hacerlo. La pregunta era, ¿podría ella ayudarlo a cambio? Una vida sin amor no era vida.

Tal vez podría empezar poco a poco. Hacer pequeñas cosas. Sí. Eso podría funcionar.

Deslizándose fuera de la cama, bajó las escaleras de puntillas y fue a la cocina. Seguro que podía prepararle el desayuno. Wes les había traído comida ayer, y ahora era su turno. Estudió el fogón y se sintió aliviada al ver que podía descifrar los niveles de calor sin necesidad de saber mucho francés.

En la nevera había una docena de huevos y todos los ingredientes necesarios para hacer dos tortillas francesas. En los armarios había harina y otros productos necesarios para preparar galletas caseras. Estaba lejos de ser una experta de la cocina, pero podía hacer algunas cosas básicas, como galletas y tortillas. Tras unos minutos de rebuscar por cajones y armarios, encontró unas cuantas sartenes y una bandeja de horno.

La siguiente media hora transcurrió como un torbellino mientras preparaba las galletas. En un momento dado, se le cayó la bolsa de harina y, en cuanto impactó contra el suelo, explotó en una nube atómica blanca que la cubrió a ella y a la mayoría de las superficies planas cercanas.

—Mierda —maldijo y recogió la bolsa de harina, que ahora era considerablemente más ligera. Quizá Wes no notaría que faltaba la mayor parte del contenido. Estornudó y una nueva nube de harina se elevó en el aire. Con un pequeño gruñido de frustración, cogió unos paños de cocina e intentó limpiar la mayor parte de la harina que cubría las encimeras como una ligera nevada.

Al no tener mucha suerte con el desorden, decidió que ya limpiaría más tarde y se centró en cortar galletas en la bandeja. Mientras cocinaba, tarareaba una suave canción. No había nada tan agradable en la vida como perderse en una tarea como cocinar o limpiar. Ya fuera pintando o trabajando en el rancho, nunca le gustaba estar con las manos quietas. La actividad provocó que todas sus preocupaciones y ansiedades desaparecieran temporalmente mientras creaba la comida. No era elaborada, pero tenía muy buen sabor. Cualquier cosa en la que uno se esforzara parecía mejor porque trabajaba para ello.

El temporizador sonó y buscó una manopla de horno en los cajones. Se inclinó sobre la puerta abierta de éste e inspeccionó las galletas. Estaban doradas. Perfectas. Tarareando de nuevo, las sacó del horno y lo apagó. Cuando se dio la vuelta para colocarlas en los hornillos que había colocado antes en la isla de granito, se paralizó.

Wes estaba de pie en la puerta, vestido sólo con unos jeans. Había algo innegablemente sexy en él en traje, pero en jeans… El cuerpo de Callie estalló en calor y deseo. Su pecho desnudo mostraba unos pectorales y unos abdominales perfectos. Callie parpadeó, intentando concentrarse, pero, en su confusión, comprendió que no recordaba en qué había estado intentando concentrarse.

—¿Una mañana muy ocupada? —inclinó la cabeza mientras su mirada recorría lentamente la

desordenada cocina llena de harina.

¿Estaba enfadado? Ella le había dejado la cocina hecha un desastre, y él parecía no dejar nunca nada fuera de lugar o desordenado.

—Lo siento mucho. Iba a limpiarlo después de prepararte una bandeja —cogió un paño de cocina y se limpió las manos.

—¿Una bandeja? —enarcó una ceja. Eso le pareció un desafío, pero Callie no supo por qué.

—Ajá, ya sabes, cuando alguien te lleva el desayuno a la cama —Dios, sonaba como una idiota. Había querido hacer algo agradable para él, algo que podría provocarle una sonrisa. Le encantaban sus sonrisas. Tenía al menos tres. Una cuando estaba contento, otra cuando se mostraba juguetón y estaba listo para abalanzarse sobre ella, y…

El tercer tipo de sonrisa apareció en su rostro y esa fue su única advertencia. Atravesó la cocina y, antes de que Callie pudiera reaccionar, la sujetó por la cintura y la levantó. Su trasero golpeó la encimera cuando él la depositó allí. Luego le cogió la cara y, con una prolongada y abrasadora mirada a los ojos y después a los labios, la besó. Wes los mordisqueó, le mordió el labio inferior y le acarició la lengua en un juego salvaje que la puso frenética. Ella le arañó los hombros, el cuerpo, intentando acercarse para disfrutar más de esta embriagadora oleada de sensaciones. La piel de Wes estaba caliente bajo sus manos y sus músculos se estremecían al contacto. Le arañó la espalda con las uñas, sintiendo que un animal nacía en su interior.

—Eso es —gruñó él—. Márcame, cariño, *joder* —siseó y volvió a abrazarla, deslizando las manos por debajo de los calzoncillos.

Cuando encontró las bragas de algodón, recorrió los bordes y luego se introdujo bajo ellas. Sus grandes manos en su trasero desnudo la hicieron gemir y Callie le mordió la boca, lo lamió, sintiéndose salvaje y juguetona. Wes le masajeó el culo, lo estrujó, y luego sus dedos recorrieron esa zona sensible, explorando los lugares ocultos que nadie había tocado antes. Se estremeció contra él, sorprendida por la descarga de sensibilidad que provocó su toque. Wes acarició, presionó, rodeó con los dedos una y otra vez ese punto y ella se arqueó contra él, frotando su clítoris palpitante contra el bulto duro de sus jeans.

Entonces él se apartó y ella gimió en señal de protesta. Necesitaba algo… necesitaba liberar la tensión que se acumulaba en su interior.

—No te preocupes, me ocuparé de ello —ronroneó él mientras la levantaba de la encimera y la hacía girar.

Antes de que se percatara de lo que estaba ocurriendo, Wes la inclinó boca abajo sobre la isla de granito. Callie apoyó la cabeza en sus antebrazos y jadeó mientras él la cubría por detrás, besándola y mordisqueándole el cuello. Sus manos eran mágicas, y una de ellas se deslizó por la parte delantera de su cuerpo, esta vez tocando la carne desnuda mientras le acariciaba el sexo. Callie jadeó y se sacudió, pero no pudo escapar de sus caricias. Ningún hombre la había tocado nunca allí, y el hecho de que fuera Wes la asustaba y excitaba al mismo tiempo. Él localizó ese punto ultrasensible. Presionó con fuerza, luego disminuyó la intensidad y lo rodeó ligeramente antes de volver a presionar. Repitió el patrón una y otra vez, y ella se retorció debajo de él.

—¿Quieres más? —su áspero aliento en su oído aumentó aún más su excitación.

—*Por favor* —suplicó. Había perdido prácticamente la cabeza. Su creciente necesidad de placer era lo único que importaba ahora. La consumía.

—Está bien, cariño —la forma en que dijo cariño la hizo arder por dentro.

Deslizó dos dedos en su sexo y separó los labios húmedos. Un dedo largo entró en ella, deslizándose dentro y fuera. Callie gimió ante la extraña sensación de esa única penetración.

—Muy apretado, Callie, jodidamente apretado —sus palabras roncas, sutilmente groseras, la

desquiciaron. No pudo detener el orgasmo cuando la alcanzó. Wes no se detuvo. La torturó introduciéndole un segundo dedo, estirándola, y su cuerpo reaccionó, apretándolo, intentando mantenerlo allí—. Puedo sentirte —gimió, enterrando la cara en su cuello, jadeando.

Callie empujó las caderas hacia atrás, presionando el culo contra su entrepierna, sintiendo cómo el clímax la recorría antes de quedarse sin fuerzas. Wes maldijo por encima de ella, y sus caderas se sacudieron con fuerza contra ella, inmovilizándola contra la encimera. Luego dejó escapar una pequeña carcajada.

—¿Estás bien? —le apartó el pelo del cuello y le plantó un beso suave y persistente.

Callie respiró entrecortadamente varias veces. Sus dedos seguían dentro de ella. Los giró, los retorció y ella gimió, y sus músculos internos se agitaron alrededor de ellos antes de que él retirara la mano. Wes se levantó y ella se apartó el pelo de la cara y miró por encima de los hombros. Él se llevó los dedos a la boca y chupó, con una expresión de exquisito placer en el rostro.

—¿Tienes idea de a qué sabes? —soltó una risita y la ayudó a levantarse.

A Callie le temblaban las piernas, así que Wes la volvió a subir a la encimera, sujetó firmemente su pelo y juntó sus bocas. Ella se saboreó en él, y el simple hecho de saberlo hizo que su vientre se estremeciera de nuevo. Esta vez, el beso de Wes fue dulce y lento, pero intenso y profundo, como si estuvieran saciados de su mutua liberación y ahora él se encontrara disfrutando de las réplicas junto con ella.

—Sabes mejor que el coñac que compré… Mucho mejor —le acarició la mejilla con la nariz, respirando profundamente, y ella se estremeció en respuesta y sus labios se rozaron en un ligero beso.

Cuando sus bocas volvieron a separarse, Wes apoyó la frente en la de ella.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Cómo te encuentras? —le masajeó el cuello y clavó sus ojos en los de ella.

—Estoy bien —le aseguró. En realidad no habían tenido sexo… bueno… habían hecho algo pero ella no estaba segura de cómo llamarlo—. Se ha sentido increíble —la tímida sonrisita que le dedicó se marchitó cuando se percató de que probablemente el desayuno estaba frío—. Lamento todo esto. La comida está fría.

—¿Lo lamentas? La culpa es mía. Te miré cubierta de harina y despeinada a causa de la cama y no pude resistirme —echó un vistazo a la cocina—. ¿Qué has hecho? —sus manos se dirigieron a los muslos desnudos de Callie y frotó la piel suavemente mientras volvía a examinar la habitación.

—Tortillas francesas y galletas —respondió, y luego depositó un beso en uno de los hombros desnudos, encantada de poder hacerlo y sabiendo que a él no le importaba. Nunca habría podido hacer eso con Fenn. No había sido suyo, no había sido alguien a quien pudiera besar siempre que quisiera. La naturaleza afectuosa de Callie era muy profunda. Su padre le había dicho que era como su madre, y no poder expresar esa parte de sí misma a un hombre la había dejado fría. Ahora estaba aquí, con un hombre sexy y hambriento al alcance de su mano. Ahogó un suspiro de placer y le plantó otro tierno beso en la clavícula. Las manos de Wes en su espalda se tensaron un poco, y él soltó un largo suspiro de satisfacción.

—Qué forma tan bonita de despertarse —murmuró contra su pelo—. Quédate aquí. Calentaré la comida en el microondas y traeré unos platos.

Callie lo miró boquiabierta. Casi habían tenido sexo en la cocina y él no parecía afectado. Bueno… quizá más relajado. Ella, sin embargo, se sentía… Bueno, era difícil de describir. Justo ahora, más de una emoción se agitaba en su interior, dejándola aturdida y confundida. Quería

correr y esconderse de la vergüenza por cómo acababa de actuar, como una gata en celo aullando por más. Pero también quería permanecer cerca de Wes, aspirar el aroma de su piel y sentir el calor de su cuerpo cerca del suyo. Habían compartido otro tipo de intimidad que no podía anularse. No sabía cómo seguir adelante. No era una mujer cosmopolita. ¿Cómo debía comportarse con un hombre con el que casi se había acostado?

CAPÍTULO 9



Con una sonrisa sexy que hizo vibrar de placer el cuerpo de Callie, Wes volvió junto a ella y le entregó los platos.

—Llénalos y yo serviré zumo de naranja.

Ella obedeció, y una vez que tuvo dos platos llenos, lo siguió a través de la puerta.

—Por aquí. Podemos comer en el sofá del salón.

¿Comer en el sofá? Definitivamente no le parecía un hombre así de relajado. Le sorprendía lo mucho que había cambiado en los últimos días. Wes en París era más tranquilo, más juguetón y despreocupado. Se preguntó cuántas mujeres habían visto esa faceta suya. ¿Cuántas se habían acostado con el cuerpo de Wes en torno al suyo mientras se besaban? La idea le provocó náuseas, pero la apartó de su mente. Tenía que concentrarse en el presente, no en lo que él había hecho antes o en lo que podría hacer después de que cada uno siguiera su propio camino.

El salón era otro espacio elegante con un sofá de cuero marrón en forma de L y un enorme televisor de pantalla plana de sesenta y cinco pulgadas colgado de la pared. Era el equivalente de Wes a lo que Fenn habría llamado una «cueva de hombre». Wes dejó los dos vasos de zumo de naranja sobre la mesa y encendió el televisor. Callie comprendió que seguía cubierta de harina y se quedó paralizada a medio camino, encorvada sobre el sofá. Wes sonrió como si leyera su mente.

—Debería cambiarme antes de estropearte el sofá —dejó el plato sobre la mesa, pero Wes se sentó en el sofá y la arrastró hasta su regazo.

—No pasa nada. Sólo es harina —le dio un beso en los labios, aun sonriendo, como si algo le divirtiera mucho—. Francoise lo limpiará.

Callie le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso ligero, lleno de afecto y felicidad.

—Pobre Francoise. Tendré que disculparme con ella.

Wes soltó una carcajada que hizo que el corazón de Callie saltara de alegría. Amaba su risa. El sonido era raro pero intenso y maravilloso. A ella también la hizo reír.

—A ella no le importará, lo prometo. Estará contenta de que haya usado la cocina para variar.

Callie enarcó las cejas.

—¿No cocinas mucho?

Él se encogió de hombros.

—No. Suelo comer fuera y quedar con los clientes en restaurantes.

—¿Y tus novias?

Frunció el ceño.

—No tengo novias. Tengo relaciones momentáneas y esas mujeres nunca vienen aquí —le tendió un plato y un tenedor—. Tú eres la primera —esta admisión fue silenciosa y llena de

introspección.

¿Se refería a la primera novia o a la primera chica que venía a su apartamento? ¿Cómo podía preguntárselo sin revelar su intención?

—¿Por qué no tienes novias? —era lo más cerca que ella podía estar de encontrar respuestas. Levantó el plato de la mesa y se lo entregó. Wes lo apoyó en el sofá junto a ellos y dio unos bocados antes de responder, con un tono un poco frío.

—En mi mundo, sólo mantengo relaciones limitadas. Conozco compañeras en clubes de BDSM, sumisas temporales, y nos separamos al final de la noche. En más de una ocasión he utilizado a la misma sumisa, pero sólo dentro del club.

Callie tragó duro y dejó la tortilla a medio comer.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí, Wes? Si este no es tu estilo habitual, ¿por qué cambiarlo por mí? ¿Crees que necesito todo esto para que me seduzcas? ¿Es eso? —de pronto, Callie se enfadó. ¿Sentía que tenía que hacerse el romántico sólo para llevársela a la cama? ¿De verdad no era tan dulce y cariñoso? ¿El hombre del que empezaba a enamorarse no era más que una farsa? Las horribles náuseas volvieron con fuerza, se tragó el sabor ácido que tenía en la boca y dejó el plato de golpe sobre la mesa, luchando por levantarse del regazo de Wes.

Él dejó su plato a un lado y le sujetó la barbilla, obligándola a mirarlo.

—Tú no eres como las demás mujeres. Sí, te deseo y admito que haría cualquier cosa por tenerte en mi cama. Pero no lo precipitaré. No te *precipitaré.*

Callie no entendía. Él había apostado a hacer precisamente eso. Treinta días para llevarla a su cama. ¿Esta era su manera de retractarse o cambiar de opinión? Lógicamente, sus palabras no deberían haberla herido, pero se sintió herida de todos modos. Claro que no quería ceder y tener sexo carente de emociones y dejar que Wes ganara su apuesta, pero aún *quería* que él la deseara. Tal vez su falta de experiencia todavía estaba molestándolo.

—Es porque soy virgen. Crees que necesito velas y romanticismo. Pero tú no eres romántico. Cualquier cosa que intentes darme sería una mentira. Así que hazlo. Acuéstate conmigo. Satisface tu deseo y mándame a casa —las palabras que escupió contenían veneno nacido de sus heridas. Wes parpadeó, aparentemente sobresaltado.

—¿Crees que esto no es más que sexo fácil para mí? —gruñó, y su mirada brilló con furia.

—¿No lo es? ¿Ese no era el objetivo de la apuesta que hicimos? —replicó ella, igual de alterada. El pecho le oprimía el corazón con tanta fuerza que tenía dificultad respirar.

—Suficiente —gruñó él.

La tumbó de espaldas en el sofá y luego la giró. Pero fue demasiado lenta para comprender que voló sobre su regazo con el trasero al aire. Entonces, su mano cayó con fuerza sobre su culo. Era un castigo. La estaba castigando.

Chilló y pataleó, pero Wes le sujetó las piernas con un brazo por detrás de las rodillas.

—¿Me estás escuchando? —exigió él.

¡Zas!

Dolió, pero más que dolor era la punzada de la vergüenza.

—Callie —gruñó.

Ella cerró los puños, golpeando el cuero del sofá.

—¡Sí, maldita sea!

—¿De verdad crees que te veo como un sexo rápido? —exigió—. Porque no lo eres. Si tengo que enrojecerte el culo para demostrártelo, lo haré. Lo que hay entre nosotros no es tan superficial como una apuesta que hicimos. *Siempre* ha sido más que eso y no vuelvas a decir lo contrario —su advertencia fue seguida de dos azotes más en su caliente trasero.

Lágrimas de rabia y vergüenza se derramaron por su cara. Estaba dolida, pero el dolor estaba en lo más profundo de su ser y no tanto en su piel. La ansiedad contenida, la confusión, la agonía de haber perdido a Fenn parecían acumularse en su interior como un pozo de aguas oscuras y profundas. Pero sus golpes habían derrumbado las piedras de ese pozo, y ahora las emociones brotaban y ella no podía detenerlas. Wes le dio la vuelta, la ayudó a sentarse en su regazo y la rodeó con su cuerpo. Una de sus manos se hundió en su pelo y la guio para que apoyara la cabeza en el pliegue de su cuello.

—Hay algo más, Callie. Más en ti —le acarició el pelo y ella descansó en su pecho, con el cuerpo trémulo por la fuerza de sus emociones. Toda la tensión la abandonó y por fin dejó de llorar. Estaba vacía. No quedaba nada dentro de ella, sólo un vacío—. Lo siento. No estás acostumbrada a mi mundo, a mí. Yo no estoy acostumbrado al tuyo. Llevará tiempo. Por ahora, voy a abrazarte, a cuidarte, a darte todo lo que necesites.

A través de la niebla de su vacío, Callie recordó los romances que había leído sobre BDSM y a esos dominantes que abrazaban a sus sumisas después de castigarlas. Cuidados posteriores. Él le daba cuidados posteriores. Como sumisa, ahora podía pedir lo que quisiera, hacer lo que quisiera en este breve momento en el que volvía a tener el control. Lo único que quería era que la abrazara y acurrucarse en él como un gatito recién nacido. Dentro de poco volvería a ser una mujer fuerte e independiente. Por el momento, quería absorber su confianza y su fuerza, permitir que llenara su vacío y la hiciera lo bastante fuerte para enfrentarse de nuevo al mundo.

Después de unas cuantas respiraciones profundas, en las que inhaló su aroma como si fuera su propia droga, ella supo que tenía que hablar.

—¿Qué estamos haciendo? —Callie enterró la cara contra su pecho, aferrándose a Wes, amando que la dejara sujetarse a él como si fuera la última cosa en la tierra a la que pudiera sostenerse—. No nos parecemos en nada. Somos un desastre a punto de explotar.

Por un momento se aferraron el uno al otro, congelados en el tiempo, justo así. Cerca, casi conectados a un nivel más profundo. Los latidos del corazón de Wes eran constantes bajo su mano, apoyada en su pecho.

Bu-bum. Bu-bum. El latido era como el suyo, sus pulsos casi sincronizados.

—Nunca he conocido a nadie como tú, Callie. Ni por un momento pienses que no eres única. Te quiero aquí conmigo. No sólo en mi cama —Wes tiró suavemente de un mechón suelto de su pelo, y eso pareció calmarlo.

—¿En serio? Creía que todo esto era por la apuesta de acostarte conmigo —estaba demasiado asustada para creer que significaba algo para él. Todo lo que siempre había querido de Fenn era ser amada, significar algo. Pero eso no había sucedido y casi la había matado. Sin embargo… la idea de significar algo para Wes, se sentía infinitamente más poderosa, más peligrosa. Se estremeció al pensarlo. Si Wes *no* estaba enamorado, ¿cómo sería cuando lo estuviera? Sería muy aterrador.

—Tú necesitas escapar —le explicó—. Yo necesito satisfacción. Tú me satisfaces. Espero ayudarte a escapar. Cuando hice la apuesta, quería darte una razón para superar lo de Fenn, y sí, deseo desesperadamente llevarte a mi cama, pero sabía que necesitabas tiempo. Así que te di una oportunidad de luchar, un propósito para fortalecer tu resistencia. Si ganabas, conseguirías vivir tus sueños en la escuela de arte. De cualquier manera, yo gano, cariño. Y pase lo que pase, acabarás en mi cama. Es sólo cuestión del «cuándo», no del «si».

Se estremeció ante su creencia de que ella simplemente se lanzaría a su cama, pero él había tenido razón sobre su necesidad de luchar. La apuesta la había hecho sentir fuerte, poderosa, y el deseo de ganar para tener una oportunidad en la escuela de arte con una buena recomendación le

había dado determinación. Ahora, sin embargo, la apuesta no parecía importar, no cuando se trataba de acostarse con él, porque en los últimos días se había percatado de su gran deseo de estar con él.

—¿Cómo hacemos esto?¿ Quieres que sea una sumisa? ¿Eso es lo que quieres que ocurra? — la idea la asustaba. No quería que nadie controlara su vida.

Wes respiró hondo y la miró a los ojos.

—Mírame. Quiero ver tus ojos —ella obedeció—. Si te dijera que te arrodillaras a mis pies, vistiendo solamente un collar y esperaras mis órdenes cada día… —habló en voz baja y la imagen que describió hizo que a Callie se le retorciera el estómago de la peor manera.

Él asintió.

—No. Veo que no es algo que te interese —hizo una pausa y continuó—. Si, después de un día de hacer lo que desees, te capturara y te atara a mi cama y te torturara con placer a mis órdenes y sólo a las mías…

Esta vez no pudo evitarlo. Su cuerpo se calentó debido a las palabras y se retorció en su agarre. Wes no la soltó ni apartó la mirada, sino que continuó.

—Si te azotara ligeramente la piel, calentándola pero sin quemarla ni irritarla, si te vendara los ojos, te mantuviera indefensa y te estimulara hasta un orgasmo tras otro, ¿cómo te sentirías?

Callie empezó a temblar de nuevo, pues cada célula de su cuerpo fue consciente de él y de sus palabras, deseando que éstas se volvieran realidad.

Una lenta sonrisa se dibujó en los labios de Wes.

—Callie, tienes los ojos dilatados y las mejillas sonrojadas. No eres una sumisa a tiempo completo, pero partes de ti necesitan dominación y ser controladas, pero sólo en el dormitorio.

Cuando separó los labios dispuesta a protestar, él la silenció con la punta de un dedo.

—Eso no significa que seas débil o que no tengas poder. Significa lo contrario. Eres fuerte por tu capacidad de confiar en mí como dominante para darte el placer que necesitas. Alguien como yo puede dártelo. Empezaremos despacio. Las relaciones entre dominantes y sumisas deben construirse lenta y cuidadosamente si ambas partes desean alcanzar la plenitud. ¿Lo entiendes?

Callie asintió. Había mucho que asimilar, pero había leído novelas románticas BDSM y, en cierto modo, sabía qué esperar. Esto era intimidante. *Realmente intimidante.*

—La parte más importante de hacer esto es establecer límites. Si hago algo que te preocupa o te hace sentir demasiado incómoda, dices la palabra 'amarillo'. Eso significa que iremos más despacio y hablaremos de ello. Si sigues sin estar preparada, paramos. Y si alguna vez hago algo que realmente te asusta, dices la palabra «rojo». Eso es un alto inmediato. Ni siquiera tenemos que hablar de por qué es un límite para ti —le rozó los labios con un beso y ella se inclinó hacia él, rodeándole el cuello con los brazos.

Rojo y amarillo. Podía lidiar con ello. Tendría que confiar en que él respetaría su decisión si tenía que usar esas palabras. Entonces comprendió cuánta confianza tendría que otorgarle para que esto funcionara.

—Hoy pasaremos algún tiempo explorando París. Todo lo que quieras ver, lo veremos — siguió acariciándola, dándole besos relajantes en la piel que la llenaron de placer. En sus brazos se sentía segura, casi satisfecha—. ¿Has comido suficiente? — alcanzó su plato y el estómago de Callie gruñó en respuesta.

—Gracias —cogió el plato y se terminó la tortilla francesa y las galletas. Sólo después de que ella hubiera terminado, él comió el resto de su comida y luego puso la televisión en un canal de noticias. Callie se movió en su regazo y sintió un dolor punzante en las nalgas que, para su

sorpresa, provocó vibraciones en su clítoris. ¿El dolor la excitaba?

Wes le masajeó el cuello y se inclinó para susurrarle al oído.

—A veces hay una delgada línea entre el dolor y el placer. Por eso es importante tener palabras seguras.

Una línea muy delgada.

Después de dejar su plato, se bajó de su regazo.

—Voy a ducharme —las piernas le temblaban un poco y el trasero le ardía por los azotes, pero no iba a mostrar más debilidad, no cuando ya había mostrado demasiado. El sonido de su suave risita no ayudó en nada a su autoestima mientras salía de la habitación.

Wes observó a Callie mientras huía. Siempre estaba huyendo, y la mayoría de las veces huía de él. Había vuelto a presionar demasiado y con excesiva rapidez, pero las palabras de Callie habían despertado la ira de un dominante. ¿Ella creía que era un sexo rápido y nada más? Era un insulto para ambos. Nunca se había esforzado tanto en su vida por tomarse su tiempo con una mujer porque era lo correcto y ella se lo merecía. Era lo más romántico que había hecho.

Wes se inclinó hacia delante, se cubrió la cara con las manos y se frotó los ojos. Por primera vez en su vida, sentía cierta paz. Gracias a Callie. Pero había mucho más que eso. Volvió a emocionarse al verla enamorarse de París como él lo había hecho mucho años atrás. La expresión de su rostro al tocar la esfinge, la forma en que manejó los sutiles coqueteos de Dimitri en Fouquet's. Estaba adquiriendo su propia identidad. Una artista feroz y poderosa que conquistaría el mundo si era guiada por la persona adecuada. Y él iba a ser esa persona.

Se le escapó una risita mientras se inclinaba a recoger los platos. Ella había cocinado para él. Una rápida comida casera de tortillas francesas y galletas. En París, el país de la buena cocina. Y eso lo había conmovido por completo. Despertarse con el olor de algo apetitoso y bajar las escaleras y encontrarla cubierta de harina y adorablemente lista para ser follada. Había perdido la cabeza. Ninguna mujer con la que había estado le había cocinado. Siempre tenían un chef o iban a un restaurante.

Las mujeres con las que había salido en el pasado habían esperado eso de él, y probablemente no sabían ni hervir agua. Pero Callie llevaba años cocinando. Tuvo que hacerlo para alimentar a dos hombres adultos que trabajaban en el rancho. Era una luchadora, su pequeña vaquera. Y él planeaba recompensarla por su dulzura. Ese simple acto había significado mucho para él, más de lo que admitiría jamás. Y también lo excitaba. Incorrecto. Se había corrido en sus jeans sólo por frotarse contra su dulce y delicioso culo. Había sido la primera vez para él.

Desde que había dejado el instituto, no había habido un solo momento en su vida en el que no hubiera tenido un control total sobre las respuestas de su cuerpo ante una mujer. Vivir en el estilo de vida BDSM le había enseñado a utilizar ese control para llevar a una sumisa al placer. Si un dominante alcanzaba su plenitud antes que su sumisa porque no tenía control, eso la perjudicaba. Las sumisas merecían tener un dominante que tuviera el control.

Hasta esta mañana, Wes nunca había perdido el control con una sumisa. Pero Callie era un petardo en sus manos. Besarla era como celebrar el 4 de julio. Calor y pasión ardientes y hermosos. Callie lo hacía arder con sus reacciones. Y aún le quedaba mucho por aprender. Una vez que se abriera completamente a él, no habría nada que les impidiera alcanzar los mayores niveles de placer.

Al volver a la desordenada cocina, sonrió y sacudió la cabeza. Enjuagó los platos y garabateó

una nota para Francoise, disculpándose por el desorden. Luego subió a ducharse. Tenía planeado un gran día para Callie y no quería perder más tiempo.

CAPÍTULO 10



El barrio de Montmartre era un lugar de colores y sueños en movimiento. Coronada por las cúpulas blancas de estilo bizantino de la Basílica del Sagrado Corazón, la catedral parecía un lugar sagrado tanto para el espíritu como para el corazón. Había artistas por todas partes, con sus caballetes instalados a lo largo de las calles, sus pequeños puestos bohemios llenos de vida mientras intentaban seducir a los turistas que acudían en masa al centro del distrito artístico de París.

Callie estaba de pie junto a Wes, contemplando la plaza principal, la Place du Tertre.

—¿Sabías que esta plaza fue un famoso lugar frecuentado por el artista Henri de Toulouse-Lautrec? —Wes agitó la mano en dirección a la ecléctica mezcla de turistas y artistas. Era fácil imaginarse a un artista acudiendo a este lugar en busca de inspiración.

—Es increíble —Callie quería estudiar todos los bocetos y los retratos a su alrededor.

—Está un poco ocupado con los burgueses bohemios.

—¿Qué es eso?

Wes se rio.

—Piensa que es la palabra francesa para los hípsters.

—¿En serio? —ella también se rio.

—Sí. Pero es tu primera vez en París y tienes que experimentarlo. Sobre todo desde la perspectiva de un artista —le rodeó la cintura con el brazo y la guio hasta la hilera de artistas más cercana.

Callie respiró el aire, que olía a polvo de tiza. Wes había permanecido cerca de ella desde su salida del apartamento. En realidad, se había relajado vistiendo unos jeans y un jersey ligero, como si por fin se sintiera lo bastante cómodo como para prescindir de los trajes. Su oscuro aroma masculino era embriagador y adictivo.

Se detuvieron frente a la primera fila de artistas y Wes la hizo girar hacia él, con un brillo posesivo en los ojos.

—Te van a hacer un retrato —anunció—. Es un rito de iniciación —le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y recorrieron la hilera de artistas.

Wes se detuvo detrás de cada artista, examinando atentamente sus estilos y ejemplos de obras anteriores. Estaba en su elemento, como la noche anterior, cuando se había inclinado sobre el Sargent y examinado sus detalles para Dimitri. Él estaba concentrado en el arte, y ella estaba concentrada en él. Ese hormigueo en su mano derecha, la necesidad de dibujar, de canalizar ese pulso creativo que atravesaba sus venas como un vino intenso. Quería dibujar a Wes, plasmar su reflejo en papel, poseer una parte de él, la forma en que ella lo veía, en cualquier medio posible. La locura temporal nacida de la pasión mutua desaparecería algún día y cada uno seguiría su

camino, pero ahora sabía que él sería su primer amante y no quería olvidarlo nunca.

Artista tras artista, Wes no quedó satisfecho hasta que miró por encima del hombro del último hombre al final de la hilera. Era un hombre de unos cuarenta años, con un par de delgadas gafas apoyadas en el puente de su fina nariz. Sus ojos marrones estudiaron a Wes con la claridad reservada sólo a los artistas y a los amantes del arte.

—*Monsieur, je voudrais un portrait de la jeune dame.*

El hombre asintió.

—*Bien sûr. Ça coûte soixante-dix euros.*

—¿Setenta euros? —jadeó Callie—. Wes, eso es demasiado caro para un retrato callejero —tiró de su manga, pero Wes la empujó suavemente hacia el pequeño taburete de madera.

—Él es el mejor. Sólo quiero al mejor.

Callie suspiró, entendiendo que una discusión no la llevaría a ninguna parte. Wes jugó con su pelo, acomodándoselo de una forma particular sobre los hombros que pareció complacerlo. Él y el artista compartieron una mirada cómplice. Entonces, el hombre levantó la mano en un gesto universal que Callie comprendió, y ella respondió levantando la barbilla unos centímetros e inclinando la cabeza hacia un lado.

Durante la siguiente media hora, el hombre trabajó a un ritmo constante con Wes justo detrás de él, observando sus progresos. La expresión seria en el rostro de Wes la hizo sentir un poco tonta, y no pudo evitar soltar una risita.

—¿Qué? —Wes miró a su alrededor, como si esperara descubrir la evidente fuente de su diversión.

—Lo siento —dijo, entre risitas—. Pareces muy serio. Sonríe o algo, si no me seguiré riendo.

La expresión solemne de Wes se suavizó y un destello de humor perverso llenó su mirada.

—Oh, conozco muchas maneras de hacer que dejes de reír. ¿Quieres oírlas? —el ardor de su mirada le mostró la seriedad de sus palabras. Callie dejó de respirar y su rostro se calentó.

—*C'est fini, monsieur* —el artista se inclinó hacia atrás y apoyó las manos en sus pantalones manchados de carboncillo.

—*Bon, c'est magnifique* —Wes estaba embelesado mientras estudiaba el boceto.

—¿Puedo verlo? —Callie se levantó de un salto del taburete y se apresuró a rodear el alto caballete para poder ver lo que el hombre había hecho.

Su corazón se detuvo. Sólo cuando Wes la sujetó por detrás, le rodeó la cintura con los brazos y le acarició la sien con la nariz mientras miraban juntos el boceto, su corazón volvió a latir con fuerza.

El dibujo estaba hecho en papel gris. El hombre había utilizado carboncillo blanco para acentuar sus mejillas y el brillo de sus ojos. Había empleado el color más oscuro del papel para permitir que las sombras formaran mejillas sonrosadas y ruborizadas, así como para profundizar en la caída de su pelo entremezclada con la luz. Todo estaba hecho con sombras de carboncillo, pero representado con tal precisión que Callie sintió como si se estuviera mirando en un espejo. Sin embargo, lo que la fascinó fue la expresión de su rostro que él había logrado capturar. Labios ligeramente entreabiertos, ojos soñolientos, una mujer en pleno acto sexual; así lucía ella.

—La ha capturado —murmuró Wes en su oído—. La expresión más sensual que he visto en mi vida. Me pregunto en qué estabas pensando —hizo la pregunta de manera casi retórica.

—En helado. Estaba pensando en helado.

Wes se rio. La vibración de su cuerpo detrás del suyo era maravillosa.

—Has pasado demasiado tiempo con mi hermana. ¿En qué estabas pensando realmente?

El tono de autoridad natural de su voz no era fuerte, pero ejerció la misma influencia sobre

ella. Tuvo que responder. No podía negarle lo que quería.

—En ti —jadeó. Wes se puso rígido detrás de ella y su cálido aliento la hizo estremecerse.

—Sabes cómo torturar a un hombre, Callie —la advertencia era clara. Por la forma en que se presionó contra su cuerpo y hundió dos dedos en ella, supo que él estaba a punto de perder el control.

El artista, de espaldas a ellos, roció un spray final sobre el carboncillo para protegerlo de las manchas. Luego colocó una hoja de papel encerado sobre él, lo enrolló y lo deslizó en un tubo de cartón blanco.

Finalmente, Wes la soltó y sacó un grueso fajo de billetes en un clip de plata y deslizó setenta euros en la mano del artista.

—*Merci, monsieur. Vous avez une belle femme. Vous êtes un homme chanceux.*

—*Je sais. C'est la chance en effet* —Wes estrechó la mano del artista.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Callie mientras comenzaron a caminar por la calle.

—Que eres preciosa.

Callie enarcó una ceja.

—Entendí esa parte. ¿Qué dijo después?

Wes le rodeó los hombros con un brazo y tiró de ella.

—Dijo que era un hombre afortunado —sus labios se curvaron en una sonrisa irresistible—. Y estuve de acuerdo con su comentario.

El corazón de Callie palpitó un poco de nerviosismo, pero comprendió que era un estremecimiento de felicidad. Nunca se había sentido así. Junto a Fenn estaba feliz o nerviosa. Nunca una mezcla de ambos. Esto era nuevo… y un poco sorprendente, pero le gustaba lo que sentía. Sintió un cálido zumbido en el corazón cuando miró a Wes y dejó que la estrechara contra su costado.

Sí… esto era… agradable. A Callie le gustaba lo agradable.

—¿Qué sigue? ¿El Louvre o la Torre Eiffel? —preguntó él.

Estaba a punto de responder cuando vio una pequeña tienda en una esquina con una docena de jaulas de pájaros colgadas justo dentro del escaparate. Un hombre de piel aceitunada y camisa de colores se ocupaba de las jaulas. Los pájaros en las jaulas eran coloridos y piaban con entusiasmo. Algo en ese espectáculo cautivó a Callie. El hombre pareció darse cuenta de su fascinación e hizo un gesto con la mano para que se acercara y pudiera verlos mejor.

—Callie, él es uno de los muchos gitanos de París —dijo Wes, pero la siguió mientras cruzaba la calle para examinar más de cerca el pequeño comercio lleno de pájaros. Ella atravesó la puerta abierta y se acercó a las jaulas.

—Oh, Wes, son preciosos. Mira —ella le dedicó una sonrisa emocionada antes de mirar la jaula más cercana, donde había una pareja de agapornis. Sus plumas de cálidos colores tropicales y sus pequeños picos curvados los hacían irresistibles. Saltando de una barra de madera a otra en sus jaulas, se sacudían y piaban, moviéndose en pareja, siempre conscientes el uno del otro. Como las dos caras de una moneda perfecta. El corazón se le estrujó en el pecho al observarlos. Sus dulces melodías, los suaves gorjeos y los trinos de sus cantos eran encantadores.

—¿Te gustan mis pájaros? —el hombre tenía un fuerte acento, pero hablaba bien el inglés.

Callie no pudo resistirse a asentir con entusiasmo y deslizar un dedo entre los barrotes. Uno de los agapornis exploró su dedo con un delicado picotazo. La sensación le produjo cosquillas y se echó a reír.

—Son maravillosos. Simplemente maravillosos.

—Entonces son tuyos —el hombre alargó la mano para descolgar la jaula.

—¡Oh, no! No podría, pero gracias —dijo Callie y suspiró. No había forma de llevarse los pájaros a Colorado.

Wes la observaba con una expresión de curiosidad. Sacó un puñado de euros y los depositó en la palma de la mano del hombre.

—Gracias, señor. Nos llevaremos los pájaros —la ayudó a descolgar la jaula y se la entregó a Callie, quien la cogió con la boca abierta. Este hombre acababa de comprarle una pareja de agapornis en París. Él debió haber escrito el libro de la seducción.

—Wes…

—Los quieres. Quiero que los tengas.

Los ojos oscuros del gitano brillaron con picardía y un antiguo conocimiento.

—Compañeros para toda la vida —el gitano le dio unas palmaditas en la mano con una sonrisa reservada. Callie sonrió y sacó la jaula del comercio. Cuando miró sobre su hombro, vio que Wes seguía dentro.

Permaneció un momento más en la tienda, estudiando las joyas y otros objetos del gitano. Una cesta de brazaletes llamó su atención. Eran doradas por dentro, pero azul oscuro por fuera con eslabones dorados pintados en el azul. Una pequeña sonrisa curvó sus labios. Le dio al gitano un par de euros y salió de la tienda. Alcanzó a Callie, quien estaba a pocos metros, todavía concentrada en los agapornis.

—Ten —deslizó un brazalete en cada una de sus muñecas—. Lucen preciosos sobre tu piel —le acarició la carne en el punto de contacto con el metal de los brazaletes.

Callie levantó una mano para estudiar la pulsera dorada de la muñeca derecha, admirando los eslabones pintados. Algo en su interior se estremeció al pensar en Wes y cadenas juntos en la misma frase. No eran más que pulseras, pero la forma en que se las había puesto, el brillo posesivo de sus ojos… El calor floreció en la boca del estómago y más abajo. ¿Esto era el preludio de algo más, un indicio más oscuro de lo que Wes deseaba hacerle? Había tantas cosas sobre él y sus deseos que seguían siendo un misterio para ella.

—Déjame llamar a Michel. Llevará a los pájaros al apartamento y luego nos conducirá a la Torre Eiffel.

Callie cogió la jaula y lo siguió mientras empezaba a salir de Montmartre hacia un lugar más práctico para que el coche los recogiera.

—No puedo creer que me hayas comprado pájaros —nunca había hecho una compra impulsiva en su vida, excepto quizá un sujetador negro que nunca se ponía porque no era adecuado para el rancho y ella siempre estaba trabajando.

Wes se rio.

—Si hubieras visto tu cara al mirar esos pájaros también los habrías comprado».

Ella tiró de su manga, obligándolo a detenerse.

—Wes, no puedes seguir comprándome todo lo que quiero.

—¿Por qué no? —acarició el tubo de cartón que contenía su retrato y le dirigió una mirada pensativa.

—¿Qué? —su pregunta la confundió por completo.

—¿Por qué no puedo comprarte todo lo que quieras? —su pregunta fue un desafío, y Callie se quedó mirándolo un segundo. No había pensado con tanto detalle en su argumento en esta extraña discusión.

—Porque… porque no me lo merezco. Me gusta pagar mis propias cosas, y si no puedo pagarlas entonces no las compro.

Los labios de Wes esbozaron una sonrisa pecaminosa.

—Cariño, te mereces mucho más de lo que crees. Y puedo hacer lo que quiera con mi dinero. Si quiero comprar una isla privada sólo para ti, lo haré.

Callie cruzó los brazos sobre el pecho y frunció el ceño.

—No iría a esa isla.

Por alguna razón, él soltó una carcajada.

—Oh, sí que irías. Te llevaría hasta allí sobre mi hombro si fuera necesario.

—Primero tendrías que atraparme —murmuró Callie.

Sus palabras encendieron una chispa salvaje en los ojos de Wes que la inquietaron y excitaron al mismo tiempo.

—Algún día tú y yo haremos un juego de captura. ¿Sabes qué es eso?

De pronto, a Callie se le secó la garganta, y negó con la cabeza.

Wes le cogió la barbilla y deslizó los dedos por la longitud de su garganta, sin intentar ocultar el hambre ardiente en sus ojos.

—En un juego de captura te suelto en un espacio controlado. Tienes que huir de mí, pero cuando te capturo… puedo hacerte cualquier cosa, excepto traspasar tus límites más estrictos.

Límites más estrictos. Callie sabía a qué se refería. Cualquier cosa que ella absolutamente no haría. Al menos así era como se hablaba de los límites más estrictos en las novelas que había leído. Tal vez debería hacer que Wes se lo explicara para que quedara claro.

—¿Qué son los límites más estrictos? —ella se estremeció internamente por lo suave y ronca que era su voz. Todavía estaba enfadada con él por comprarle todo. Pronto tendrían que volver a ese tema.

—Los límites más estrictos son lo que una sumisa se niega rotundamente a hacer. Son cosas serias que van mucho más allá de 'la zona roja' de la que hablamos. Tendrás que pensar cuáles son tus límites. Cosas que no son sólo incómodas, sino impensables. Cosas que te aterrorizan hasta el punto de entrar en pánico y no poder pensar. Nunca quiero que te asustes. La anticipación nerviosa es diferente y puede ser muy gratificante más tarde, cuando por fin te derrumbes en mis brazos —siguió acariciándole la garganta.

Límites más estrictos. ¿Cuáles eran sus límites?

—Piénsalo —la animó, y luego sacó el móvil para llamar a Michel.

Cuando Michel se detuvo en la acera, Callie aún estaba pensando en cuáles podrían ser sus límites.

—Rápido, hagamos una foto de los pájaros —le suplicó ella. Quería asegurarse de capturar el momento. También podría utilizar el costoso teléfono que él le había regalado. Cuando sacó el teléfono y extendió la mano para hacerse una foto a sí misma, a los pájaros y a Wes, él gruñó.

—No me gustan las selfis —le quitó el teléfono y se lo entregó a Michel.

—*Pour moi, merci* —dijo al sonriente conductor.

—Acérquese a monsieur Wes, mademoiselle —Michel hizo un gesto con la mano para indicar que se acercaran.

Callie levantó la pequeña jaula y Wes deslizó un brazo por su hombro.

—Hago esto por ti, cariño —inclinó la cabeza para murmurarle al oído—. No me gusta verme en fotos, así que me deberás una.

Clic-clic. Michel accionó la cámara, y Callie giró la cabeza para mirar fijamente a Wes.

—¿Te debo una?

¿Por qué sonaba tan bien y tan mal al mismo tiempo?

—Sí, me debes una. El pago es esta noche, no hay marcha atrás —deslizó el pulgar por sus labios y el corazón de Callie latió con fuerza, como si los nervios de todo su cuerpo estuvieran

conectados a cualquier punto que él tocara.

—*Bien* —Michel le devolvió el teléfono a Callie. Ella quería mirar la foto, pero las nubes de tormenta en los ojos de Wes le advirtieron que ya había ido demasiado lejos por ahora. Le entregó la jaula a Michel.

—Creo que necesitaremos provisiones. No estoy segura exactamente, ya que nunca he tenido pájaros de mascota.

—Compraré todo lo necesario, mademoiselle, no se preocupe —Michel seguía sonriendo mientras metía a los agapornis en el asiento trasero de su coche. Gorjearon y piaron, acurrucándose. Un pájaro acarició las plumas del otro con evidente afecto.

—¿Ves? —dijo Wes y soltó una risita—. Tienes una cara preciosa —extendió su teléfono y mostró una foto que había tomado mientras ella miraba de nuevo a los pájaros. Su rostro tenía una peculiar expresión de asombro y amor. ¿Esto era lo que él veía cuando la miraba? Su mayor deseo era encontrar la manera de mostrarle cómo era él para ella. Ya llegaría el momento. Cogería su material artístico y lo pintaría de todas las formas que sus manos desearan.

Michel se despidió rápidamente, cogió a los pájaros y se fue. Wes echó un vistazo a los comercios.

—Necesitas material de arte. Podemos comprarlos aquí antes de ir a la torre —Callie aceptó su mano y lo siguió. Cada vez le resultaba más fácil seguirlo. Debería haberla asustado, pero seguía sintiendo que había algo importante en todo esto. Sólo que aún no lo había descubierto.

LA TORRE EIFFEL NO ERA EXACTAMENTE LO QUE CALLIE HABÍA ESPERADO. WES SE PERCATÓ enseguida de que estaba poco impresionada por la torre y más interesada en las vistas debajo de ésta. Estaban en el piso intermedio porque Wes no aceptaría subir más. De ninguna manera iría a la cima.

—Wes, ¿estás bien? —Callie estaba apoyada en la barandilla, de espaldas al borde. A pesar de la malla metálica que protegía a los ocupantes, una oleada de náuseas lo recorrió al verla tan cerca del borde. Su visión giró lenta y vertiginosamente.

—¿Qué?

Callie abandonó el borde y se acercó a él. Estaba apoyado contra la pared de la plataforma central, aliviado de sentir el metal que lo sostenía.

—Estás muy pálido —observó, y se acercó a él para colocar el dorso de una mano en su frente. Tenía las cejas fruncidas por la preocupación. Wes capturó sus muñecas, pero no intentó apartar las manos de su cara. Disfrutaba de su toque, quizá demasiado. En ese momento, aferrarse a ella le tranquilizó—. Wes, me estás asustando.

Su voz atravesó la oscuridad y él se percató de que había cerrado los ojos en algún momento. Los suaves dedos de Callie se deslizaron a través de su pelo y todo su cuerpo se estremeció. Rara vez dejaba que las mujeres lo tocaran. Rara vez se permitía la intimidad. Incluso cuando el sexo terminaba… mantenía las distancias y hacía que ellas mantuvieran las suyas. Pero con Callie… no podía mantenerse alejado de ella. Era una droga. Era adicto a ella de la peor manera. Si ella lo tocaba, ardía; si lo besaba, se consumía.

—Wes —sus labios tocaron los suyos, y la sacudida de placer que lo recorrió momentáneamente disipó el horrible vértigo. Cuando ella retrocedió unos centímetros, él abrió los ojos—. ¿Te dan miedo las alturas? —la chica era demasiado lista, demasiado observadora. Su debilidad, el defecto que intentaba ocultar, había quedado al descubierto en sólo dos días. No

había forma de negarlo.

—Las alturas me inquietan un poco.

Callie lo sujetó del brazo.

—Una mirada sobre el borde. Hazlo conmigo. Luego bajaremos juntos de inmediato. ¿De acuerdo?

Wes exhaló un suspiro tembloroso y forzó cada gramo de su testosterona a bombear por sus venas. Prácticamente volar en pedazos por un coche bomba hacía un mes había sido menos aterrador que esto.

—Una mirada y me deberás el doble esta noche.

—Vale —dijo ella, y se rio—. Las alturas son un límite estricto para ti —bromeó.

La sujetó por la cintura y la arrastró hacia sus brazos, dejando que cada centímetro de sus cuerpos se tocara. Callie se estremeció y sus pestañas se agitaron, y esa simple reacción hizo que Wes se tensara con una hambrienta anticipación. ¡Cómo lo hacía arder! Nunca en su vida una mujer lo había hecho arder como un fuego inextinguible. Quería mostrarle todo lo que podía darle y reclamar todo lo que ella podía ofrecerle, pero sólo cuando estuviera lista. Tenía que ser pronto o él moriría.

—Cariño, aún no has visto ese lado de mí, pero lo verás —prometió. Ella llegaría a conocer muy bien ese lado de él, y le gustaría tanto que gritaría su nombre de placer hasta desmayarse.

Callie se lamió los labios y tiró suavemente de él.

—Una mirada. Lo prometiste —incluso entre sus garras, dominada por él, seguía desafiándolo, como cualquier buena sumisa en busca de un castigo sensual por parte de su dom. Ella tenía un talento natural, pero aún no lo sabía.

Permitió que Callie lo guiara hasta el borde.

—Ahora mira hacia abajo —lo instó, con el brazo entrelazado con el suyo, apoyándolo cuando más lo necesitaba.

Los ojos de Wes contemplaron el paisaje. Era espectacular. París se extendía alrededor de la base de la Torre Eiffel. La expansión urbana, los kilómetros de monumentos mezclados con apartamentos, casas, comercios y museos. Una ciudad diseñada desde una vista panorámica. Era una vista increíble, pero cuanto más miraba, más se le revolvía el estómago.

—Vale, ya podemos irnos, ¿no? —Callie le dio un codazo, haciéndolo retroceder hacia la pared interior en dirección a los ascensores.

No pasó por alto que había sido capaz de confiar en ella. Era fue la primera vez. La única otra persona en la que se había atrevido a confiar era su abuelo, pero éste se había mudado a Londres hacía mucho tiempo para escapar de sus padres. Echaba de menos al viejo oso. Wes no pudo ocultar su sonrisa. A Callie le agradaría su abuelo, y viceversa. Tal vez podría llevarla a Londres la próxima vez, en cuanto se resolviera el robo de la obra de arte.

Mientras bajaban en el ascensor, Wes imaginó cómo obligaría a Callie a pagar su deuda. Se debatía entre exigirle que se desnudara y se pusiera de rodillas para unos azotes o, mejor aún, que abriera sus curvilíneas piernas para que él pudiera enterrarle la cara entre los muslos. Sí… esa imagen lo mantuvo duro todo el camino. Pero, ¿estaba preparada para eso? Prácticamente. Las barreras que le impedían abrirse se estaban desmoronando poco a poco, y él, como un lobo al acecho en el perímetro, estaba listo para abalanzarse. No podía negarlo. El hambre que sentía por ella, la necesidad irrefrenable de conquistarla, estaba ganando a la racionalidad y al sentido común. Pero Callie tenía que venir a él primero. Dispuesta y suplicante.

—Podemos ir al Louvre mañana, ¿verdad? —preguntó ella, dejando escapar un pequeño bostezo.

Wes miró el reloj. La noche estaba a punto de caer.

—El Louvre puede esperar.

Ya había llamado a Michel y el fiel chófer estaba esperando cerca de la base de la torre. Cuando se reunieron con el conductor, Callie subió a la parte trasera y preguntó inmediatamente por los pájaros.

—Están bien, mademoiselle. Les he comprado una jaula nueva y comida —le aseguró Michel.

Callie se relajó y se acomodó en el asiento. El sol de la tarde-noche brillaba en las pulseras que él le había comprado. Los brazaletes dorados eran una señal sutil de que ella le pertenecía. El siguiente paso serían unas esposas de cuero forradas con la piel más suave para evitar rozaduras. Estas esposas serían para jugar en la cama, y él podría hacerle muchas cosas deliciosas si las llevaba puestas. Pensar en eso casi le hizo perder la cabeza de lujuria. Wes cerró los puños contra los muslos.

Al entrar en el apartamento, se cruzaron con Francoise, quien acababa de salir. Su ama de llaves rondaba los cincuenta, tenía el pelo negro azabache y unos ojos marrones claros que se calentaron con su sonrisa mientras les abría la puerta.

—*Bonsoir, monsieur Thorne* —los saludó.

Wes presentó a Callie. Las dos mujeres congeniaron al instante.

—He comprado los suministros que solicitó, mademoiselle —dijo Francoise.

—¿Suministros? —Wes miró a las dos mujeres.

Las mejillas de Callie se calentaron.

—He pensado en prepararnos un asado. O mejor aún, podríamos cocinarlo juntos. ¿No sería divertido?

Percibió que a ella le preocupaba que él no lo aprobara, pero lo hizo. La idea de volver a verla cubierta de harina… Tendría que darse una ducha fría antes de cenar o no resistiría la comida.

—Eso suena bien. Gracias, Francoise —él se despidió del ama de llaves mientras ella recogía su abrigo y salía por la puerta principal.

Callie dejó su bolsa de material artístico en el suelo y empezó a quitarse el abrigo. Wes se movió con rapidez, acercándose por detrás para quitarle la ligera prenda de los hombros. Ella olía muy bien. El aroma del champú de menta que permanecía en su pelo la hacía imposible de resistir. Dejó el abrigo en una silla cercana y la sujetó por detrás, manteniéndola cautiva mientras se presionaba contra ella y le acariciaba el pelo.

—Hueles increíble —susurró. Un pequeño escalofrío la recorrió y Wes lo sintió vibrar a través de ella y dentro de él.

—Gracias —respondió ella, jadeante—. ¿Quieres hacer la cena? Podríamos empezar ahora. Tardará un poco en cocinarse.

—¿Cuánto tiempo? —le rozó la oreja con los labios.

—Cuatro horas. Es un asado.

A Wes no le importaba el tiempo si eso significaba cuatro horas que podía pasar seduciéndola.

—Suena bien —dio un paso atrás y le golpeó el trasero. Su chillido le recordó que aún le dolía el último castigo.

—¿Por qué ha sido eso? —Callie se pasó una mano por el trasero, haciendo una mueca de dolor, antes de fruncir el ceño. La expresión de su intento de enfadarse con él era sexy, demasiado sexy.

—Me gusta azotarte tanto como a ti te gusta que te azoten. Será mejor que te acostumbres —volvió a acercarse a ella, pero Callie corrió hacia la cocina, evitándolo. Esta noche le iba a dar la oportunidad de acercarse a él y a su cama. Quería acabar con la apuesta de una vez por todas. No quería más obstáculos entre ellos. Haría lo que fuera necesario. Seducir con el toque, con la mirada, con el beso. Esta vez, Wes no tendría piedad con su corazón roto. Necesitaba a alguien nuevo que la recompusiera, que le diera todo lo que necesitaba. La espera había terminado.

CAPÍTULO 11



Callie percibió un cambio inmediato en Wes cuando entró en la cocina. Tenía los ojos oscuros como un mar invernal durante una fuerte tormenta. No era de ira, sino de pasión. Estaba familiarizándose con sus expresiones, con los sutiles cambios en sus ojos que le decían cosas que las palabras no podían. Él seguía siendo un enigma, un misterio alto, musculoso y de hombros anchos que le robaba el aliento y la cordura. Pero las piezas del rompecabezas iban encajando.

Se apoyó en el mostrador, observándola como un lobo. Tuvo que recuperar el control y no pensar en lo sexy y pecaminoso que parecía.

—¿Por qué no sacas una bandeja para asar y enciendes el horno? —sugirió ella. Luego se concentró en la carne y las especias que necesitaba. Francoise había conseguido una espaldilla de res de un kilo y medio.

—¿Después? —preguntó Wes mientras colocaba una enorme bandeja negra en la isla de la cocina.

—¿Vino? Vino tinto barato. Nada caro.

—¿Vino barato? ¿Qué te hace pensar que alguna vez tendría una botella de vino barato? —su mirada incrédula la hizo reír.

—Sí. Lo mezclaremos con el caldo de carne para que el asado lo absorba.

Refunfuñando, Wes sacó una botella del botellero que había junto a la despensa.

—Es el más barato que tengo. Si vamos a usarlo, podríamos beber una copa mientras cocinamos —abrió la botella y sirvió dos copas para ellos antes de entregársela.

Durante los minutos siguientes, Callie preparó la carne en la sartén y puso a Wes a trocear zanahorias baby y patatas. Trabajó rápidamente con el cuchillo y depositó las verduras en la sartén alrededor de la carne. Luego ella le entregó la salvia, el romero y la sal de apio, enseñándole a coger la cantidad correcta de cada especia y a espolvorearla sobre la sartén. La intensa expresión de concentración que se dibujó en sus labios y en sus cejas la hizo reír.

—Se supone que cocinar es divertido. Es mitad arte, mitad ciencia —lo instruyó y, en un impulso repentino, se puso de puntillas y besó la comisura de su boca demasiado seria. Wes se relajó y estuvo a punto de dejar caer los frascos de especias en la bandeja para asar, pero se recuperó y los dejó sobre la encimera. Entregándole la botella, Callie siguió sonriéndole, encantada de *enseñarle* a hacer algo—. Una copa de esto y acabamos. Luego hay que meterlo en el horno.

Callie salpicó el vino sobre su creación, la metió en el horno y programó el temporizador para cuatro horas.

—Listo —anunció mientras se giraba para mirarla, con los ojos brillantes de orgullo, pero Callie tuvo la sensación de que la mitad de ese brillo tenía muy poco que ver con la comida.

—Sí —respondió débilmente, jadeante.

Wes colocó una copa de vino en su mano.

—¿*Qué* haremos hasta que esté listo? —la pregunta sonó muy inocente, pero nada en Wes lo era.

Ella se lamió los labios, nerviosa. Los últimos dos días… no, los últimos dos meses habían conducido a esto. Podía estar con Wes, pero eso significaría renunciar a ese pequeño fragmento de su corazón que aún tenía grabado el nombre de Fenn. Y significaría dejarlo ganar la apuesta. Si cedía, perdería la oportunidad de conseguir una recomendación del amigo de Wes para la escuela de arte. No quería eso, pero desde que había venido a París con él, su confianza había aumentado. Estaba pensando en presentarse al programa de becas sin recomendación. Tal vez podría entrar por sus propios méritos.

—Si… hacemos esto, significa que ganas la apuesta —conteniendo la respiración, esperó a ver su reacción, a ver si se deleitaba con su victoria, o si había sido como él había dicho antes, donde todo esto entre ellos no se debía sólo a una tonta apuesta.

—Así es —admitió—. Pero sabes lo que siento, que lo que quiero de ti no es sólo por un reto, sino porque te he deseado desde el momento en que te vi, porque tengo que tenerte. Y si aceptas esto, no perderás contra mí, Callie. Ambos ganaremos, eso te lo aseguro. Pero sólo lo haremos si estás lista y dispuesta.

El destello de vacilación en sus ojos fue todo lo que ella necesitó ver para confiar en él. No quería precipitarla. Su deseo estaba vinculado al de ella. Podía confiar en que sería cuidadoso y amable, pero Wes también necesitaba algo. Él no se lo pediría esta noche, pero ella quería explorar todas las cosas que él disfrutaba.

—Wes… estoy lista —en el momento en que las palabras salieron de su boca, Callie se olvidó de respirar durante unos segundos y, únicamente cuando su pecho ardió, aspiró el preciado aire.

Los ojos de Wes se encendieron y el cuerpo de Callie ardió, como un ave fénix surgiendo de las cenizas.

Él terminó su copa de vino y la dejó sobre la encimera. Cada movimiento era lento y deliberado, como si temiera que ella saliera disparada si lo hacía demasiado rápido. Cuando le tendió una mano, Callie supo que, si la cogía, no habría vuelta atrás. No para su cuerpo, pero tampoco para su corazón. No estaba enamorada de Wes, pero estar con él destruiría esa parte de su joven e insensato corazón que aún amaba a Fenn. Era hora de dejarlo ir. Acostarse con él podría ayudarla a curar la última parte de sí misma que creía en el amor y en los felices para siempre. Podría demostrarse a sí misma que podía acostarse con un hombre y disfrutarlo sin preocuparse por enamorarse y salir herida.

Exhaló un suspiro mesurado y colocó la mano sobre la de Wes, quien enroscó sus dedos alrededor de los suyos. Se sintió consumida por las llamas del deseo en sus ojos. No dejaba de asombrarle cómo él podía hacer eso, eliminar el mundo que los rodeaba hasta que lo único que viera fuera él, lo único que sintiera fuera él. Y todo eso con una mirada, un roce. Ya no había vuelta atrás.

La sacó de la cocina y la condujo por el pasillo. Cuando atravesaron la biblioteca, el sol del atardecer era de un color naranja melocotón que se desvanecía en un suave carmesí e iluminaba las interminables estanterías de libros y calentaba los sillones de cuero marrón junto a la escalera. Para Callie, los libros habían sido portales de aventuras y ahora estaba viviendo una.

—La mayoría de las mujeres prefieren su propia cama. ¿La mía o la tuya?

Ella se mordió el labio, debatiendo la elección.

—La tuya —tenía *la mía* en la punta de la lengua, pero, por alguna, razón había dicho lo contrario.

—¿Quieres intentar algo un poco arriesgado? —preguntó mientras se acercaba a las ventanas y dejaba caer las cortinas, oscureciendo la habitación. Encendió una sola lámpara, permitiendo que las sombras consumieran la luz restante. Callie sintió escalofríos y se frotó los brazos.

Cuando volvió a colocarse frente a ella, Wes se había subido las mangas del jersey, dejando al descubierto esos antebrazos fuertes y musculosos que ella ansiaba que la envolvieran.

—¿Quieres decir BDSM? —al pronunciar la palabra, se le aceleró el pulso.

—Sí. ¿Recuerdas que te hablé del 'amarillo' y el 'rojo' y de cuándo usarlos?

Tragó saliva y asintió. La emoción la invadió.

—No voy a dejar que te escondas. ¿Lo has entendido? Pienso desnudarte en segundos y sujetarte a mi cama. Si eso es demasiado, dímelo ahora.

—No… nada de dolor intenso —susurró—. Ese es mi límite.

Él asintió una vez.

—Estoy de acuerdo. No habría deseado hacerlo, aunque me lo hubieras suplicado. Puedo ser un sádico momentáneo sólo con respecto a los azotes. Cualquier cosa más allá de eso es demasiado oscura incluso para mí —la convicción en su tono la reconfortó. A ninguno de los dos le gustaba el dolor. Era un alivio—. ¿Algo más?

—No quiero que me sofoques —esa era la única otra cosa que ella sabía con certeza que no podía manejar.

Wes sujetó suavemente su garganta, sin estrujar.

—¿Qué hay de las mordazas? ¿Algún problema con eso? —le preguntó con los ojos fijos en su boca y el pulgar acariciándole la garganta.

¿Mordazas? ¿De verdad estaba teniendo esta conversación?

—¿De qué tipo? —su voz era tímida.

—Algo ligero, lo suficiente para amortiguar ligeramente cualquier sonido que hagas —su mano se deslizó hacia arriba para que su pulgar pudiera acariciar sus labios, recorrer la línea de su boca como si imaginara la sensación de amordazarla—. Deseo esos sonidos amortiguados, nada que restrinja la respiración. Sólo una ligera disminución de tus gritos de placer.

La idea de Callie en una cama, ligeramente amordazada, gritando, y él encima de ella, golpeándola, duro y excitado en un estado de desenfreno salvaje… Callie cerró las piernas. Le gustaba la idea tanto como a él. ¿Qué demonios le pasaba?

—Si utilizamos una mordaza, entonces te proporcionaría algo que puedas estrujar y que me alerte de una palabra de seguridad roja o amarilla.

Callie se acarició la blusa azul marino y luego levantó la mirada hacia él.

—Estoy de acuerdo con ello.

El destello de aprobación en los ojos de Wes hizo que su vientre se estremeciera con renovada excitación.

—¿Estás realmente preparada para esto? —preguntó por última vez—. ¿Mis reglas?

Ella asintió.

—Tus reglas —ella tragó saliva—. Sólo recuerda que no he hecho esto antes.

Wes se acercó, le levantó la barbilla e invadió su espacio hasta que su calor irradió en su cuerpo, calentándola, rodeándola.

—No te preocupes, lo harás bien. Eso es lo bueno de entregarse a mí. Yo estoy al mando y te diré exactamente lo que tienes que hacer. No podrás decepcionarme, sólo complacerme, y al complacerme, yo te complaceré a ti sin lugar a dudas. Ahora, una última pregunta importante.

¿Usas la píldora anticonceptiva? Me hago la prueba regularmente y estoy limpio.

¿La píldora anticonceptiva? Sí, claro. Eso la sacó de los sueños difusos de su cuerpo sobre el de ella.

—Tengo un DIU —se mordió el labio y añadió—: Estoy limpia —lo cual era obvio, ya que nunca había estado con nadie.

—Bien, porque planeo follarte sin condón —gruñó, y luego la besó, duro, salvaje. Gimió contra él y sus manos se posaron en su pecho. Segundos después, ella oyó un violento tirón en su ropa y una brisa repentina le refrescó la parte superior del cuerpo. Bajó las manos y se apartó, conmocionada.

La camisa le colgaba de los brazos en dos jirones de tela. Wes la había rasgado en dos.

—¡Era una de mis camisas nuevas! Qué tal un nuevo límite: nada de rasgar mis blusas —protestó mientras cruzaba los brazos sobre el pecho, intentando ocultar sus pechos, aunque estaban ocultos por el sujetador. Una oleada de calor la recorrió al darse cuenta de que, cuanto más la despojaba de su ropa, más vulnerable se volvía.

—Te compraré una docena más —le desabrochó los jeans, le bajó la cremallera y se los quitó. Callie se tambaleó cuando los pantalones se le engancharon en los tobillos, así que se aferró a sus hombros en busca de apoyo—. Sujétate, cariño —le advirtió.

Con un chillido, la levantó por los aires y la arrojó de espaldas sobre la cama. Sin jeans, calcetines ni zapatos, sólo llevaba el sujetador y las bragas. Cubriéndose al instante con las manos y cruzando las piernas, se sacudió cuando él se abalanzó sobre ella. Con una mano le cogió las bragas y se las quitó. Callie cerró las piernas y se aferró al sujetador.

—Callie, mueve las manos —le ordenó.

Dios mío. Callie bajó las manos y contuvo la respiración mientras él se inclinaba sobre ella y desabrochaba el cierre delantero del sujetador. Las copas cayeron, dejándola completamente expuesta. Él se quedó mirándolas durante un largo instante, y luego una oscura y masculina sonrisa de orgullo curvó sus labios. Un pequeño temblor la sacudió mientras luchaba contra su deseo de cubrirse.

—Aquí no hay vergüenza ni humillación. Sólo belleza. Eres hermosa —le cogió uno de los pechos y le pellizcó el pezón, lo suficiente como para que una punzada de placer y dolor la recorriera. Se humedeció al instante mientras él seguía jugando con ella—. Te tocaré, Callie, como a un violín Stradivarius. Descubriré qué te hace cantar, suspirar y gritar de placer.

Sus palabras la quemaron por dentro como el whisky que había robado una vez de la licorera de su padre.

Wes se quitó el jersey, los zapatos y los calcetines y se subió a la cama en calzoncillos hasta colocarse a su lado.

—Sé valiente por mí —murmuró y volvió a besarla.

Abrió la boca para Wes, perdiéndose en su sabor. Era más fácil olvidar que estaba completamente desnuda con él cuando la besaba. Sus besos pasaron de juguetones a profundamente calientes, carnales. Sus manos estaban por todas partes, acariciando, explorando; ásperas y luego tiernas. Callie no podía adaptarse a las caricias, sólo podía experimentar cada sensación a medida que sucedía. Se incorporó bruscamente cuando, de pronto, él deslizó la mano entre sus piernas y acarició la entrada de sus labios.

—Tranquila, cariño —le dijo entre besos mientras le introducía un dedo. Callie se arqueó y él inclinó la cabeza hacia su pecho, besando suavemente la carne sensible antes de chuparle el pezón. Esa sensación era gloriosa, demasiado, pero aún necesitaba más. Siseó de placer cuando él le mordió el pezón. Wes se rio suavemente, como si estuviera encantado con su reacción.

Callie le rodeó el cuello con los brazos y luego deslizó las manos por su pelo para estrecharlo contra sí en señal de aliento silencioso—. ¿Lista para más?

—¡Sí! —jadeó sin pensarlo.

Wes se levantó de la cama tan repentinamente que Callie quedó tendida en un aturdimiento de confusa pasión mientras él se dirigía a su cómoda y abría el cajón superior. Rebuscó en el cajón antes de darse la vuelta y volver hacia ella. En sus manos tenía un par de esposas de cuero forradas de piel. Callie empezó a incorporarse, pero él la congeló en su sitio con una mirada oscura.

—Muñecas arriba —le ordenó—. Brazos y piernas abiertas —señaló el lugar que quería que ella alcanzara, los postes de la cama junto a su cabeza. Callie obedeció. Los latidos de su corazón eran tan fuertes que podía sentir cada pulso bajo cada centímetro de su piel mientras intentaba recuperar el aliento.

Mientras Wes se acercaba a la cabecera de la cama, le recorrió el cuerpo con la punta de un dedo desde la espinilla hasta la barbilla y luego la empujó ligeramente hacia arriba para que ella inclinara la cabeza hacia atrás y lo mirara.

—Buena chica —murmuró, y luego le cogió la muñeca derecha y le ajustó el brazalete de cuero. En un lado, un eslabón plateado sobresalía del cálido cuero marrón. El interior afelpado del brazalete era suave y ella sabía que sería difícil hacerse moratones con él. Wes se inclinó y buscó debajo de la cama algo que ella no pudo ver. Tintineó al sacarlo.

Una pequeña cadena.

Se le secó la boca y los muslos le temblaron con un deseo prohibido.

Wes colocó un gancho en la muñequera derecha y la encadenó al poste de la cama.

—Tira de la cadena —le ordenó.

Callie dio un pequeño tirón tentativo. Satisfecho, se movió hacia el otro lado de habitación y le ató la otra muñeca de la misma manera. Luego volvió al lado de la cama y le cogió la mejilla.

—Lucha contra las esposas y las cadenas, hazlo con todas tus fuerzas —le exigió. Había un fuego casi aterrador en sus ojos y Callie entró en pánico por puro instinto animal. Era su presa. Atrapada.

Luchó, se sacudió, arañó, se agitó durante varios segundos, pero finalmente, completamente agotada, cayó de espaldas sobre la cama, jadeante, cubierta de un ligero brillo dulce. Atrapada. A su merced.

CAPÍTULO 12



—No puedes escapar. Ya no hay salida —capturó su cuerpo bajo el suyo mientras se inclinaba sobre la cama y la besaba. Le mordió el labio inferior y lo succionó antes de devorarla —. Indefensa, mi dulce Callie, tan confiada, tan valiente. Ahora eres mía de verdad —sus palabras sonaban como una promesa de cosas oscuras y eróticas por llegar mientras le asestaba otro beso adictivo.

Su cuerpo tembló, el miedo y la excitación se apoderaron de ella por completo. ¿Qué pensaba hacerle?

Wes se enderezó y se acercó al borde de la cama. Extendió las manos y le sujetó los tobillos. Era demasiado fuerte, ahora podía controlarla fácilmente. Su respiración se convirtió en suaves jadeos a medida que su deseo por él y su excitación fluían a través de ella.

—Mantenlos abiertos o te azotaré el culo —fue su única advertencia. Se inclinó sobre la cama y colocó los hombros entre las rodillas de Callie. Ella se tensó—. Relájate —la animó con más suavidad.

Inspirar hondo, exhalar hondo. Ella podía hacerlo. Sus palmas se deslizaron por el interior de sus muslos y su cálido aliento abanicó su sexo expuesto. Un pequeño escalofrío de vulnerabilidad y conciencia la recorrió. Wes levantó una ceja cuando sus piernas temblaron bajo sus manos. Sus piernas casi empezaron a cerrarse, pero él presionó con más fuerza, manteniéndolas abiertas mientras la sujetaba sobre la cama.

Callie levantó un poco más la cabeza para poder mirar a lo largo de su cuerpo. Lo que vio la dejó sin aliento.

Wes, posado sobre su parte más secreta, donde nadie la había visto ni tocado antes. El pelo rebelde le caía sobre los ojos mientras respiraba profundamente. Los músculos de sus hombros se tensaban y flexionaban con cada pequeño ajuste que hacía al acercarse. Sus largas pestañas castaño oscuro se agitaron cuando levantó para mirarla. Era todo poder masculino, todo lujuria y deseo, como un dios del sexo. Inevitable, completamente irresistible. Y la deseaba. Lo que vio en su rostro pareció animarlo, porque inclinó la cabeza y la lamió.

El jadeo que se le escapó fue fuerte y lleno de conmoción. La sensación era extraña, cálida y suave, pero cada lamida la excitaba hasta el límite de la necesidad. Volvió a lamer, en un punto diferente, presionando ligeramente la lengua, una caricia circular y luego una succión en su delicada carne. Eso fue todo lo que Callie necesitó. Ardió en llamas mientras un potente orgasmo la recorría, pero él no se detuvo. Añadió un dedo, empujándolo dentro de su canal inflamado, prolongando el éxtasis hasta que se estremeció indefensa a su alrededor, incapaz de pensar más allá de su contacto y de la sensación de sus manos sobre su cuerpo.

Luego se desabrochó los jeans y los bajó hasta la altura de sus caderas, quitándose también

los calzoncillos negros. Callie se tensó al ver su polla. Este hombre era grande. Era imposible que cupiera dentro de ella.

—No te asustes ahora —soltó una risita—. Demasiado tarde para eso —le tendió una tira de tela, una venda para los ojos, y se subió sobre ella, colocándosela sobre los ojos y anudándosela detrás de la cabeza. Se sentía como un caballo con anteojeras, sin saber qué pasaba a su alrededor. La repentina oleada de pánico la golpeó violentamente y empezó a jadear.

—Wes… Wes yo…

Un dedo presionó sus labios.

—Respira hondo. Juré no hacerte daño, excepto por la parte obvia de quitarte la virginidad. Debes confiar en mí, Callie. La pérdida de visión es para disminuir tu miedo y agudizar tus sentidos —su voz era clara, casi en su oído, tan intensa y seductora que su cuerpo se hundió en la cama, mucho más relajado por sus afirmaciones. Prestó atención a los sonidos, pero no pudo distinguir lo que él hacía. Una suave música clásica empezó a resonar, lo que significaba que debió haber encendido el equipo de sonido del tocador. Unos crujidos, como el sonido de cosas sacadas de paquetes de plástico, pronto fueron disimulados por el volumen creciente de la música—. El arte no es siempre lápices sobre papel o pintura sobre lienzo. El arte es cualquier forma de perfección —la voz de Wes volvía a estar cerca, y Callie sintió su cálido aliento junto a su oreja—. Escucha la música. Disfruta de cada nota, cada melodía y contramelodía. Siente el alma de la música. ¿Qué ves cuando la oyes? —algo suave, como la seda, bajó por su garganta, como el roce de un dedo, pero no se sentía como piel con piel, sino algo más suave.

—¿Qué es eso? —exigió.

Wes soltó una risita.

—Permitiré esa pregunta, pero no más cuando te vende los ojos. Responde con un 'sí, señor'.

—S-sí, señor —la palabra «señor», una palabra de poder y respeto, la hizo sentir un poco nerviosa y excitada al mismo tiempo. No porque quisiera someterse a Wes, pero era reconfortante sentir que él estaba al mando y que ella sólo tenía que obedecerle para complacerlo. Eso la liberó de mucha presión sobre lo que tenía que hacer.

—Buena chica. ¿Qué sientes ahora? —hizo una pausa, arrastró el objeto en lentos círculos sobre y alrededor de uno de sus pezones, y la estimulación la hizo vibrar—. Es un pincel mojado en agua fría —la astilla de la punta del pincel volvió a recorrer su pezón, y Callie siseó al sentir el frío y la forma en que la hacía sentirse viva—. Ahora, dime lo que piensas. ¿Cómo se siente?

Esperó un momento, intentando asimilar lo que sentía.

—Se siente bien, pero de un modo intenso —susurró, un poco tímida por expresar lo que sentía a nivel sensual.

La risita de Wes rozó su piel desnuda.

—Puede que no tenga talento artístico, pero disfruto con esto y creo que lo hago bastante bien —reflexionó en voz alta, y entonces su boca dejó un rastro de besos calientes por su garganta, su barbilla y luego hasta su boca.

Las melodías de la pieza clásica eran agridulces, con un toque de tristeza y la promesa de esperanza. Su cabeza y su corazón se llenaron de imágenes mientras lo único que podía hacer era escuchar, sentir y besar a Wes. Había una emoción vibrante al explorar París con Wes… al explorarse a sí misma con él…

La cama se movió cuando Wes se subió sobre ella y le separó los muslos con manos suaves pero firmes. La venda se apartó de sus ojos y parpadeó aturdida. Él estaba encima de ella, con los brazos apoyados a ambos lados de la cabeza, y Callie lo sintió. Un ligero empujón contra su carne resistente.

—Dime lo que sientes —gruñó mientras se movía un centímetro más dentro de ella. Callie gimió ante la sensación extraña.

—Me siento bien… pero me duele —todo sucedió así: un rápido empujón de sus caderas y ella gritó por el dolor punzante. Él la silenció con los labios, ahogando cualquier ruido que pudiera haber hecho.

—Pronto cesará —murmuró de manera reconfortante, enroscándole una mano en el pelo mientras se mantenía quieto dentro de ella—. Concéntrate en mi boca y en la música —le instó, y volvió a inclinar su boca sobre la de ella.

—Me duele mucho —gimió contra sus labios. Era como si un atizador caliente la apuñalara por dentro.

—Shhhh —la besó—. Relájate y bésame.

Callie lo intentó. Y entonces lo oyó. El suave trino de los pájaros. Sus pájaros. Sus dulces ruiditos y el sonido la derritieron, la calmaron. Sus rodillas se cerraron en torno a las estrechas caderas de Wes, pero más por estímulo que por dolor.

—¿Estás mejor? —preguntó él. Sus ojos azules eran eléctricos, brillantes de deseo y a la vez ensombrecidos por la preocupación.

Ella asintió bruscamente.

—Mejor.

Wes balanceó su cuerpo hacia atrás y luego hacia delante, y la sensación ardió un poco, pero ahora era más cómoda que dolorosa. Él deslizó una mano entre sus cuerpos y le rodeó el clítoris con un dedo. Esa nueva sensación despertó en su cuerpo una hambrienta necesidad de tener más. Un torrente de calor húmedo facilitó la entrada de Wes en su cuerpo y él debió notarlo, pues empezó a follarla, con penetraciones lentas y profundas que hicieron que ambos compartieran gemidos cada vez que la penetraba hasta el fondo.

—Dios —gimió—. Te sientes como el cielo.

Callie sintió que un rubor calentaba sus mejillas.

—Tú también te sientes bien —no estaba muy segura de lo que una chica debía decirle a un hombre que le estaba haciendo el amor, pero quería que él supiera lo bien que se sentía. El peso de su cuerpo, la forma en que sus rodillas se aferraban a sus caderas, la forma en que él tenía el control absoluto. Cada movimiento de Wes aumentaba su placer. Intentó levantar las caderas varias veces.

—He soñado con esto, Callie —confesó en un oscuro susurro, con la cara a escasos centímetros de la suya—. Llevarte a la cama y follarte de mil maneras. No tenía ni idea de lo bien que se sentiría, de lo bien que te sientes *tú*, envolviéndome fuertemente. Dios, es increíble.

Callie contrajo los músculos internos como reacción instintiva a sus palabras, y Wes maldijo, pero su rostro estaba tenso por el placer, no por la ira.

—Hazlo otra vez, cuando esté completamente dentro —le dijo, y volvió a penetrarla. Sus caderas quedaron juntas, pelvis contra pelvis, hasta que ningún centímetro los separó, estaban tan cerca como podían estarlo dos personas. Una extraña emoción le llenó el pecho y se extendió hacia el exterior mientras miraba fijamente a Wes. Se trataba parcialmente de calor, pero de algo más suave, más profundo, más duradero y más aterrador porque no se desvanecería fácilmente. Estar con él, no sólo físicamente, sino aquí en París, viajando, riendo, viviendo… empezaba a tener un significado para ella, un propósito. Algo que nunca pensó que tendría más allá del rancho de Colorado.

Wes lo había hecho posible.

—¿En qué estás pensando? —salió de ella y luego se deslizó nuevamente dentro. El

movimiento de sus caderas fue lento mientras le acariciaba la mejilla con la nariz y le robaba un beso con la boca abierta antes de dejarla responder.

—Tú, sólo tú —susurró mientras el placer empezaba a invadirla. El clímax estaba cerca, como una sombra detrás de una fina cortina. Sólo tenía que traspasar la barrera. Un poco más fuerte, un poco más rudo—. No seas tan suave —dijo, emitiendo un pequeño gruñido femenino.

Wes perdió el control. Su respuesta lo llevó a un frenesí. Le inmovilizó las muñecas contra la cama, aunque ya estaba encadenada. Sus caderas golpeaban contra las de ella, y Callie sólo pudo aceptar el ritmo y su fuerza mientras la penetraba una y otra vez. Cuando el orgasmo la alcanzó, él se corrió sólo un segundo después, ambos luchando por respirar. El mundo que la rodeaba se fragmentó como una estrella moribunda, estallando en luz y calor. Casi juró que su cuerpo había vuelto flotando a la cama desde un lugar en las nubes. Encima de ella, Wes se dejó caer pesadamente, apenas capaz de mantenerse erguido. Su habitual dureza fría y seductora había desaparecido. En su lugar había una mirada de asombro y fascinación teñida de recelo.

—¿Fui demasiado brusco? Nunca usaste tu palabra de seguridad —parecía intentar desesperadamente recomponerse y recuperar el control.

Callie no podía hablar, no de inmediato, y eso pareció preocuparle, porque se levantó de la cama a toda prisa y le quitó las esposas de las muñecas. Luego le cogió la cara y la obligó a mirarle a los ojos.

—¿Estás bien, cariño? Por favor, di algo.

Callie le cubrió las muñecas con las manos y le sonrió de manera soñadora. Se sentía… maravillosa.

—Estoy bien. Mejor que bien. Maravillosa —se sintió repentinamente tímida a pesar de todo lo que habían hecho, y soltó las muñecas de Wes e intentó apartarse.

—Quédate ahí —le ordenó y se dirigió a su armario, donde cogió una camisa y un par de calzoncillos de la cómoda—. Póntelos —la ayudó, aunque ella intentó apartar sus manos. Antes de que terminara, él había retirado las sábanas de su cama y la había acomodado allí.

—Wes, estoy bien… —la silenció con una sacudida de cabeza.

—Descansa. Te he hecho pasar por mucho. Iré a ver la cena y te traeré algo de beber —se puso unos jeans antes de que ella pudiera impedírselo.

Callie se quedó mirando la puerta vacía, asombrada. Lo último que quería era quedarse sola después de… Miró la cama desarreglada y se estremeció. Podía quedarse aquí deprimida o ir tras él.

Se levantó cuidadosamente de la cama, haciendo una mueca de dolor a cada paso que daba mientras entraba al cuarto de baño. Bajó los calzoncillos de Wes y atendió el punto dolorido entre sus piernas. Había recibido una brutal follada para ser su primera vez. Un poco de sangre cubría, sus muslos y la lavó con las manos, trémula. Después de subirse los calzoncillos, se deshizo de las toallas ensangrentadas y se percató de que estaba siendo observada.

Wes estaba de pie en la entrada del baño, con un vaso de agua en la mano. Un ceño fruncido oscurecía sus facciones más que su comportamiento habitual.

—Es más sangre de lo que pensé… —se quedó mirando el paño ensangrentado y luego sus ojos se clavaron en los de Callie. Dejó el agua en la encimera junto a ella—. Quizá deberíamos llevarte a un médico.

Callie le devolvió el gesto con el ceño fruncido y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No seas estúpido, Wes. Supuse que habría sangre. No es que no haya sangrado ahí abajo antes —su sarcasmo no pasó desapercibido para él, pero su respuesta frívola tampoco pareció divertirlo.

—Hablo en serio, Callie. Podría haberte hecho daño. Maldición, esto ha sido una mala idea. No estás preparada…

¡Zas!

Su mano estalló de dolor al golpearlo con la palma abierta en la mejilla. Apenas pudo contener la rabia y el dolor ante su insinuación de que no estaba preparada.

Wes se tocó la mejilla enrojecida, sorprendido, y levantó las cejas.

—Estoy. Bien —espetó—. Deja de intentar mimarme y deja de hacerme daño insinuando que no estoy preparada. Es demasiado tarde para eso. Hemos tenido relaciones sexuales. No puedes devolverme mi virginidad sólo porque ya estás aburrido. No intentes ocultármelo. Soy plenamente consciente de que sólo necesitaste unos días en seducirme y llevarme a la cama. haberte facilitado ganar esa estúpida apuesta.

Sus ojos ardían debido a las lágrimas, las cuales se deslizaban por sus mejillas. No había imaginado de esta manera su primera vez. No había sido tan tonta como para esperar un romance, velas o declaraciones de amor, pero tampoco esperaba esto. No después de que Fenn le rompiera el corazón y ella jurara no volver a amar. El calor de su pecho se convirtió en piedra y estuvo a punto de romperse. No podía hacer esto. No otra vez, no tan pronto después de Fenn. Ahogando un sollozo, intentó pasar corriendo junto a Wes, pero él la cogió por la cintura y la arrastró hacia sus brazos, sujetándola ferozmente para que no pudiera moverse. Su respiración se entrecortó y la ira que se agitaba en su interior se esfumó, y lo único que le quedó fue la humillación. Estaba magullada y maltratada por dentro.

Maldito Wes y su hermosa vida. No la necesito, ni a él.

Golpeó su pecho y él se lo permitió, pero los golpes no fueron fuertes y Callie se desplomó contra él después de sólo un momento de intentar liberarse. Él emitió suaves sonidos para silenciarla y, por mucho que ella lo odiara, el ruido la reconfortó, al igual que los sonidos lejanos de sus agapornis.

—Lo siento —la disculpa fue brusca y torpe, como si esas dos palabras nunca hubieran salido de su boca, lo que probablemente era cierto—. Eres la primera virgen con la que he estado. No sé qué hacer —su confesión la hizo soltar una carcajada con hipo.

—Lo que deberías hacer es *no* huir de mí. Quiero que me sostengas, Wes. Que me sostengas y hables conmigo, eso es todo —necesitaba su cercanía física. Algún impulso salvaje en su interior requería su presencia y su contacto, como si eso fuera a asegurarle que todo iba bien.

—Puedo hacer eso —la soltó y le secó las lágrimas de las mejillas antes de levantarla y llevarla a través de su habitación con dirección al piso de abajo.

La acomodó en el sofá y la arropó con un par de mantas gruesas, luego fue a la cocina. Cuando volvió, tenía otro vaso de agua e hizo que ella lo bebiera todo antes de encender la televisión. Reprodujo una película sin preguntar y era buena. Una película de acción con algo de comedia que la distrajo y entretuvo.

Luego Wes volvió al sofá y se acomodó junto a ella, deslizando su cuerpo para que quedara arropada a su lado. Durante un minuto, Callie no se movió, pero entonces la tentación fue demasiado fuerte y rodeó su pecho con los brazos, abrazándolo, permitiéndose finalmente relajarse. Esto era lo que siempre había querido. Un hombre cálido y maravilloso que la abrazara después de hacer el amor. Ella le acarició el pecho con la nariz, aspiró su aroma y suspiró.

—Estoy aprendiendo, Callie. Todo esto es nuevo para mí. No sé cómo estar contigo —las palabras fueron tan silenciosas que, por un momento, pensó que podría haberlas soñado.

—Sólo sé tú mismo, Wes. Eso es todo lo que tienes que hacer —murmuró, somnolienta. Después de eso, solo fue consciente de su abrazo y de los lejanos sonidos de París en el exterior.

CAPÍTULO 13



Joder. Esto no estaba saliendo de acuerdo con ninguno de sus grandes planes. Wes recorrió las finas venas azules del dorso de una de las manos de Callie, que yacía sobre su pecho. El plan había sido acostarse con ella, hacer que se sometiera y luego mantener la suficiente lucidez como para guardar las distancias. Pero eso no fue lo que ocurrió.

Había reclamado su cuerpo, su virginidad, y algo dentro de él había cambiado. Era imparable, como ríos caudalosos que esculpían cañones. Lo que aún no podía ver, por mucho que lo intentara, era en qué medida lo estaba cambiando. ¿Cómo se sentiría al final? ¿Satisfecho? ¿Un maldito desastre? Quién demonios lo sabía. Y la sangre… No podía quitársela de la cabeza. Se estremeció.

Dolor. Le había hecho daño, y no de la forma erótica y divertida que había planeado con unos azotes. No, esto había sido dolor de verdad. Debería haber preparado más su cuerpo para él, pero la espera casi lo había matado. Sin embargo, Callie lo había superado y había llegado al clímax como un ángel. Era un adicto insaciable a la visión de sus ojos mientras ella se deshacía. La luz de la sorpresa, el leve levantamiento de cejas y los labios entreabiertos mientras ella respiraba entre sorprendida y encantada mientras su mundo se fragmentaba en docenas de sensaciones y placeres abrumadores. No se parecía a nada que él hubiera visto antes. Wes, el hombre que había contemplado algunas de las obras de arte más famosas, las más raras y deslumbrantes, no podía encontrar ninguna comparable a Callie cuando le hacía el amor.

Hacer el amor. Ella había hecho el amor, pero Wes no sabía qué había hecho él, no conocía su propio corazón. El amor no era para todos. El amor era un peligro, una carga. Podía prescindir de él. Pero si Callie se enamoraba de él, no sería tan malo. Podría ser agradable, ser amado, aunque él no pudiera corresponderle, excepto físicamente.

Callie murmuró algo en voz baja mientras dormía. Sus dedos en el pecho de Wes se cerraron en un puño, tensándose, y sus cejas se fruncieron como si las preocupaciones tallaran esas pequeñas líneas. No le gustaba pensar que sus sueños estuvieran plagados de malos pensamientos o preocupaciones. Wes levantó su mano y le separó los dedos con suavidad, dándole besos en los nudillos. Ella volvió a relajarse.

Tenía la palma un poco ancha y los dedos un poco cortos y ásperos por los callos. Las manos de una mujer que trabajaba duro, no los delicados y largos dedos cuidados de las mujeres con las que había estado en el pasado. Esas mujeres nunca habían trabajado por nada, nunca habían tenido que luchar para sobrevivir, ni habían tenido que enfrentarse a la pérdida de sus sueños por haber tenido que hacer sacrificios. Pero Callie sí. Había hecho todas esas cosas y sólo tenía veinte años. Una punzada aguda en el pecho lo hizo estremecerse. No le gustaba pensar en todo lo que ella se había perdido en la vida mientras trabajaba, no cuando él tenía la capacidad de

cambiar su vida.

Sonó una campanada lejana y se tensó. El temporizador del horno. El asado llevaba cuatro horas cocinándose. Tenía que estar listo. Pero Callie estaba profundamente dormida. Necesitó casi cinco minutos para levantarse del sofá sin despertarla. La cubrió con una manta y se aseguró de que tuviera una almohada bajo la cabeza antes de dirigirse a la cocina. Se limpió las palmas de las manos en los jeans y buscó guantes de cocina en los armarios. Cuando encontró un par, se los puso y se acercó al horno.

Esto era fácil. ¿Verdad? Sacar el objeto del horno y ¡voilá!

Abrió el horno y se encontró con la ola de calor feroz. Cuando metió la mano para sujetar las asas de la bandeja, notó que le brotaban gotas de sudor en el pecho y la frente. El lateral del horno le rozó el antebrazo izquierdo y maldijo mientras su piel ardía.

—¡Maldita sea! —estuvo a punto de dejar caer la bandeja sobre la encimera antes de echarse apresuradamente un chorro de agua fría en el brazo. ¿Cómo había conseguido Callie que esto pareciera tan fácil? Por otra parte, recordó que la cocina había quedado cubierta de harina. Quien dijera que cocinar era fácil mentía descaradamente.

Después de curar la pequeña quemadura, sacó dos platos de la estantería y empezó a colocar el asado en éstos junto con un poco de verduras. No se veía tan impresionante en trozos gigantes en el plato, pero olía divino. Sin embargo, necesitaba que fuera perfecto para Callie. Usando su teléfono móvil, buscó en Internet formas de emplatar el estofado y, con una sonrisita arrogante, arregló la comida de forma agradable y dejó caer ramitas de albahaca fresca sobre la carne. Afortunadamente, aprendía rápido y le salía perfecto. Casi parecía un plato elaborado por un cocinero de Fourquet's. Soltó una risita, demasiado orgulloso de sí mismo, pero no pudo evitar que la sonrisa se extendiera.

—¿Qué es tan gracioso? —la voz divertida y somnolienta de Callie, a sus espaldas, hizo que se diera la vuelta, utilizando su cuerpo como escudo para ocultar los platos de su vista.

—Deberías estar durmiendo —reprendió, pero le guiñó un ojo para demostrarle que sólo estaba bromeando.

Ella se pasó las manos por su pelo alborotado y sonrió.

—El olor de una buena carne asada podría despertar a cualquiera de un sueño profundo, incluso a Rip Van Winkle.

—¿Rip Van Winkle? —preguntó Wes, sorprendido de que hiciera referencia a un viejo cuento clásico.

—Sí —Callie soltó una risita, un sonido agradable y tentador—. Mamá solía leerme cuentos como *Rip Van Winkle* y *Sleepy Hollow* cuando era pequeña.

—¿En serio? Eso no es precisamente lectura ligera para un niño.

Se encogió de hombros y caminó hacia él. Su mirada era arrasadora y sus labios parecían carnosos e irresistibles. Dios, la mujer ponía a prueba su control sin siquiera intentarlo. Quería arrastrarla entre sus brazos, colocarla sobre la superficie plana más cercana y reclamarla de nuevo.

—Los niños recuerdan la magia. Recuerdan cuentos que encierran esa magia. Mi madre me leía los clásicos. Aunque los aspectos históricos y políticos más profundos no tenían sentido para mí a los cuatro años, nunca olvidaré al hombre que bebió licor encantado y se quedó dormido en el bosque, para despertarse veinte años después —se dio un golpecito en la punta de la nariz y le guiñó un ojo—. Magia.

Mientras ella hablaba, Wes se había percatado de que estaba disfrutando de esta conversación juguetona, ligera pero personal. No era para nada lo que hacía con otras mujeres y, desde luego,

no había esperado que le gustara tanto. Se lo tomaba todo en serio porque la seriedad era la única forma de mantener el control. Sin embargo, Callie a veces lo hacía sentirse muy despreocupado. Era agradable.

—Ahora, deja de esconder lo que tengas a tus espaldas —ella intentó rodearlo, pero él le sujetó las muñecas y las inmovilizó contra la parte baja de la espalda, sonriéndole perezosamente cuando ella luchó inútilmente por escapar de su agarre. Con la otra mano, le Wes metió los dedos en su pelo y tiró ligeramente de su cabeza hacia atrás.

—Creo que necesitas un pequeño beso antes de cenar —sonrió contra sus labios mientras la provocaba y ella se derretía contra él. Sus pestañas doradas se agitaron, y eso le puso la polla tan dura que se sintió incómodo en sus jeans.

—¡Entonces bésame, maldita sea! —gruñó como un cachorrito.

—Joder, me pones tan cachondo cuando actúas así —dijo él, y se echó a reír.

La confusión tiñó sus cálidos ojos color avellana.

—¿Cuando actúo de qué manera?

—Como un cachorro, tan pequeña y dulce, pero un poco mordaz —la atrapó entre sus brazos y los desplazó hacia atrás para inmovilizarla contra la nevera—. Me hace querer tumbarte al suelo y follarte salvajemente —le dio un mordisco en la barbilla y luego se apoderó de su boca, deleitándose con la reacción de ella ante sus palabras. A veces su sensualidad natural y su inocencia eran una combinación explosiva—. No te preocupes. Hay tiempo de sobra para probar eso y mucho más —bromeó entre besos calientes y lentos. La forma en que Callie respondía a sus besos era hermosa. Ella ponía todo su corazón y todo su cuerpo en ello; las llamas de su hambre y el deseo calentaron su propio cuerpo hasta el punto de estallar en llamas.

Incapaz de resistirse, la cogió la entrepierna, pero Callie le mordió el labio con fuerza y él retrocedió.

—Lo siento —jadeó—. No quería morderte. Me duele ahí abajo —ella bajó la cabeza, pero Wes se negó a permitirle más autocompasión.

—Tienes razón. Es demasiado pronto para volver a hacerlo. Pero es hora de cenar —le dedicó lo que esperaba que pareciera una sonrisa reconfortante. Se moría por tenerla de nuevo, pero esperaría, mientras ella lo necesitara. Él, un hombre que juró no esperar nunca por nada ni por nadie que quisiera, tenía que esperar el momento oportuno. Callie era algo demasiado valioso como para arriesgarlo. Demasiado valioso.

LA CENA RESULTÓ PERFECTA. CALLIE SE DIO MENTALMENTE UNA PALMADITA EN LA ESPALDA. POR supuesto, el estofado era fácil siempre que tuvieras todo lo necesario para echar en la sartén en las cantidades adecuadas. Wes probablemente había comido comidas mucho más sofisticadas y mucho más costosas que esta, pero tenía la sensación de que era la primera vez que él ayudaba a cocinar. La mirada de orgullo en sus ojos cuando le mostró los platos ingeniosamente dispuestos era obvia e increíblemente dulce. Pero también ardiente… No había nada como un hombre que había trabajado duro en algo y estaba orgulloso de ello. Sabía que Wes trabajaba duro en sus negociaciones de arte, pero debido a su riqueza, todo lo demás era demasiado fácil para él.

—Tengo que admitir que fue una experiencia agradable —él dejó el tenedor y el cuchillo en el plato y lo empujó a través de la gran mesa del comedor.

—¿Qué cosa? —¿se refería a la comida o al sexo? Callie tendría que estar de acuerdo en cualquier caso. Se sentía diferente. Cambiada. Su virginidad se había ido, y ahora había un

conocimiento secreto de placeres más oscuros y pecaminosos y un conocimiento de cómo podían ser las cosas con un hombre como Wes. Era más que satisfacción. Era emocionante, una pura oleada de excitación, anticipación y luego, por fin, placer. Mucho placer.

—Ambos aspectos de la velada —aclaró con un pequeño brillo en los ojos—. ¿Terminaste? —Hizo un gesto hacia el plato vacío frente a ella.

—Mm-hm —ella asintió. Su estómago estaba agradablemente lleno y quería disfrutar de otra siesta. ¿El sexo y la buena comida iban a superar sus años de ética laboral natural? Probablemente. Casi se rio. Había pasado media semana fuera del rancho y no estaba acostumbrada a tener tan poco que hacer. No había caballos que cuidar, ganado que alimentar, cercas que reparar, hombres que necesitaran que ella cocinara. Por supuesto, cuando regresara, gran parte de eso ya no sería su deber, pues Fenn ya había contratado a quince trabajadores del rancho aptos para laborar a tiempo completo en The Broken Spur.

Wes se levantó y recogió sus platos, colocándolos en el fregadero. El distante sonido tintineante de la porcelana y la vajilla le aseguró que no planeaba lavar los platos. Callie habría querido ayudar si ese fuera el caso, y ahora mismo no quería moverse en absoluto. Se reclinó en su silla y cerró los ojos.

Segundos después, los abrió de nuevo cuando Wes la alzó en brazos.

—Te he agitado, ¿verdad? —dijo y soltó una risita. Callie no era el tipo de mujer a la que le gustara que la llevaran en brazos, pero había visto a Fenn cargar a Hayden sobre su hombro. Había algo femenino en ello, y sin duda una parte tonta de ella quería que un hombre le hiciera eso, para demostrar que él era fuerte. No para demostrar que ella era débil. Había una diferencia —. ¿No vas a insistir en que te baje? —parecía divertido por su reacción relajada al ver que la llevaba en brazos.

—Nop. Si tuvieras idea de lo cansada que estoy, tú tampoco lo harías —intensificó su agarre alrededor de su cuello y enterró la cara en su hombro, inhalando el intenso aroma de su piel. Él no usaba colonia, no la necesitaba. Y ella prefería el aroma natural de un hombre de todos modos. Se suponía que los hombres olían a pino, a invierno y a vientos salvajes. No a una botella de plantas podridas, trituradas y empapadas en productos químicos.

—¿Me estás oliendo? —preguntó Wes, y se le escapó una risa áspera cuando ella bajó la cabeza y se sonrojó—. A mí también me gusta cómo hueles —dijo con más suavidad, con ese intenso y seductor tono en su voz que parecía miel—. Me hace tener hambre de ti, de tu cuerpo, de tus besos. Me hace pensar que si los sueños tuvieran un aroma, olerían como tú.

Callie lo miró fijamente, asombrada por las reflexiones casi tímidas y poéticas que se deslizaban de sus sensuales labios. No eran palabras destinadas a seducir o tentar, sino más bien confesadas con una sensación de curiosidad y asombro. Había muchas cosas sobre él que quería saber. Ella no quería que él se sintiera como un extraño, no después de todo lo que habían compartido hasta ahora.

—Wes, ¿cuál es tu color favorito?

—¿Color favorito? —subió las escaleras que conducían a sus habitaciones y la llevó al baño.

—Sí. Color. ¿Cuál es?

La dejó de pie y comenzó a preparar un baño en la enorme bañera que parecía más un jacuzzi que otra cosa. Una vez que pareció satisfecho con la temperatura del agua, se enderezó.

—Mi color favorito —se cruzó de brazos y frunció el ceño—Amarillo.

—¿Qué tipo de amarillo? Hay demasiados —Callie pensó en el amarillo de cadmio,

intentando ignorar la oleada de nostalgia por el rancho.

Wes se acercó a ella y colocó las manos en sus caderas, mirándola.

—El amarillo del cálido resplandor de una linterna en verano.

Allí, en sus ojos, un secreto brillaba efervescentemente y Callie ansiaba verlo.

—¿Por qué ese color? —inquirió con suavidad.

Wes suspiró, un sonido antiguo y lleno de un siglo de dolor.

—Antes de mi noveno cumpleaños, mi vida estaba llena de amor, de color, de amigos. No conocía la oscuridad en los corazones de los hombres, no conocía el mal que lleva a las personas a lastimar a otras para conseguir lo que quieren. Yo era solo un niño. Inocente. Solía acampar con mis amigos, Emery, Fenn y Royce. Los cuatro éramos inseparables. Y ese último verano… —la rabia de un hombre y el miedo de un niño colisionaron en sus ojos e hicieron que su voz sonara más áspera—. Ese verano nuestra inocencia pereció. El amarillo del resplandor de la linterna es el camino de regreso a esos recuerdos para mí. Es una forma de recordarme lo que tenía, pero que ya no está presente —las manos de Wes estaban en sus caderas y las estrujó ligeramente, como si necesitara quedarse en ese lugar, y abrazarla fuera la única forma de hacerlo.

Callie sabía del secuestro de los gemelos Lockwood, y recientemente se había enterado de lo horrible que había sido la situación para Fenn y Emery. Solo podía imaginar lo difícil que habría sido para Wes como niño pequeño, perdiendo a un amigo y que otro regresara emocionalmente dañado. Aunque ella solo había tenido cuatro años, perder a su madre había marcado su alma. Había un vacío dentro de ella que nunca podría llenarse, un vacío que solo podría completar con la presencia de una madre que nunca tendría.

—El amarillo linterna es un color encantador —solo pudo decir eso después de una confesión como la suya.

—Y el tuyo es azul cobalto. ¿Por qué? —parecía genuinamente curioso por su respuesta, así que se sintió obligada a decirle la verdad.

—Tus ojos. Son cobalto. Es un tono de azul muy raro. Sin impurezas, solo una profundidad infinita —levantó la mano de manera precipitada para tocarle la mejilla y estudiar sus ojos, esta vez desde sus ojos de artista. A veces, la artista que había en ella era su propio ser, que se despertaba como una diosa dormida para agitar la mano y crear magia sobre la página antes de volver a dormirse. Callie solía burlarse de esa parte interior de sí misma, llamándola la musa renuente. Con Wes no había renuencia. En todo caso, él había puesto a su musa en un estado frenético.

—Sigue hablando de colores y acabarás en mi cama, aunque estés dolorida —advirtió, y sus labios se curvaron en una sonrisa seductora que mostraba lo nervioso que estaba mientras intentaba mantener el control.

Callie lo deseaba. Pero su cuerpo todavía necesitaba algo de tiempo para recuperarse antes de que volvieran a hacer el amor.

—Desnúdate y métete en la bañera —ordenó.

Todavía tímida, ella dudó. La mirada que él le dirigió prometía un castigo, pero todavía no estaba lista para quitarse la ropa.

Con una suave risa, la cogió del brazo y la giró para que quedara de cara a la encimera. Presionó lo suficientemente fuerte para mantenerla inclinada, indefensa, pero sin provocarle dolor.

—Cuando te doy una orden relacionada con el dormitorio o con la ropa, dices «sí, señor» y obedeces.

¡Zas! La pequeña palmada en su trasero ardió, pero estaba lejos de sus zonas sensibles. Wes conocía su cuerpo demasiado bien; su reacción a una palmada ligera en un punto exacto en su trasero, o la forma de mordisquear su garganta entre besos.

—Sí, señor —dijo apresuradamente, enterrando la cara en su brazo, un poco excitada y más que humillada por el hecho de que la nalgada la humedeció instantáneamente.

—Bien. Una más para que recuerdes esta lección.

¡Zas! Esta fue más dura, pero aun así nada dolorosa. El ligero escozor siempre se desvanecía en un delicioso calor unos segundos después. Wes la mantuvo inmovilizada sobre la encimera con una mano entre sus omóplatos mientras con la otra le masajeaba el trasero, frotando el pequeño recordatorio de su desobediencia. Luego la dejó ponerse de pie y señaló el suelo junto a la bañera.

—Lo intentaremos de nuevo. Desnúdate ahora.

Con manos trémulas, Callie se bajó los calzoncillos y los alejó de una patada para luego levantarse la camiseta grande por encima de la cabeza. Cuando dejó que la camiseta cayera al suelo, tuvo que cerrar los puños contra sus costados para no cubrir sus pechos desnudos. Ahora estaba aprendiendo que Wes la castigaría, deliciosamente, si intentaba esconderse de él.

—Muy bien. Sé que quieres esconderte, Callie. Pero eres hermosa. Por dentro y por fuera. Permitiré algo de modestia, porque te queda encantadora, pero quiero que aprendas a aceptar tu cuerpo y te sientas cómoda compartiéndolo conmigo.

—Sí, señor —dejó de aplicar tensión en sus puños e inhaló lentamente, luego exhaló. Eso ayudó.

Soy hermosa. Recitó el mantra unas cuantas veces y se sorprendió de que la hiciera sentir hermosa estando desnuda frente a él.

—No espero ni quiero que te apegues a la mayoría de las reglas que le exigiría a una sumisa. Ambos sabemos que lo que hay entre nosotros es más complicado —la miró solo a los ojos mientras hablaba y Callie no se sintió como un objeto, sino como una persona, y eso la hizo relajarse.

—Wes, ahora que hemos dormido juntos… —hizo una pausa, aterrorizada de cómo podría responder.

—¿Sí? —se mostró muy paciente, muy tranquilo, y era casi desconcertante.

—Bueno, ¿eso es lo que quieres? Quiero decir, me tuviste. ¿Todavía…?

—¿Todavía te deseo? —él solo continuó una vez que ella asintió—. Más que nunca. Solo he degustado un poco de tu sabor. Ahora no te voy a dejar ir. Aceptaste intentar jugar según mis reglas y será muy gratificante para los dos. Dime ahora si esto no es lo que quieres. Si ya no me quieres, entonces podemos parar.

Ella negó con la cabeza.

—Yo también te sigo queriendo.

—Bien. Cuando tenga expectativas o deseos, te los diré para que no temas el castigo. Nunca te haré daño de verdad. Lo que has soportado hasta ahora es todo. Nunca te permitiría que experimentaras algo de mayor nivel.

Callie asintió. Ese pequeño consuelo la hizo sentir mejor. Se sentía incómoda ante la idea de hacer algo mal por ignorancia.

—Ahora ven aquí y bésame —esperó como un león perezoso mientras Callie se acercaba a él. No se movió para tocarla, pero dejó que ella colocara sus manos sobre sus hombros. Esperó, con mucha paciencia, pero ella podía ver el fuego apenas contenido en sus ojos azules profundos. Su cuerpo desnudo presionó contra el suyo, aún vestido, y solo sus pies descalzos se tocaron; por

alguna razón, eso la hizo reír. Wes se movió rápido, demasiado rápido, sujetándola y atrayéndola hacia él—. ¿Qué es tan gracioso? —exigió en un tono suave.

Callie negó con la cabeza y se puso de puntillas, besando su boca conmocionada. Había logrado pillarlo por sorpresa, y eso la excitó, y también la hizo estremecerse con risa silenciosa. Wes comenzó a reír también, aunque ella sintió que no quería hacerlo.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó de nuevo.

—No es algo que pueda describir realmente —dijo y besó la comisura de su boca, su mandíbula y luego su mejilla. *Ella estaba feliz.* Eso era parte de ello. El resto era una sensación de plenitud, de estar completa y satisfecha de una manera que nunca antes había experimentado.

—Eres una mujer confusa —dijo, y suspiró, pero también esbozó una suave sonrisa que hizo que su corazón diera un vuelco, especialmente cuando la besó dulce y profundamente. Sus manos cogieron su trasero, lo estrujaron, y Callie se sacudió cuando lo azotó de manera juguetona. La humedad se acumuló instantáneamente entre sus muslos ante esa mezcla de dolor y placer.

¿Cómo sabía exactamente qué hacer con su cuerpo para que se encendiera con un fuego interior?

—Ven y métete en la bañera, descarada —le dio un golpecito en la punta de la nariz y la instó a entrar en la bañera que ya estaba casi llena. Ella obedeció, suspirando mientras el agua caliente chisporroteaba sobre su piel y la empapaba, alejando su estrés y dolor—. ¿Te sientes mejor? —preguntó, mirándola desde un lado de la bañera. La diversión bailaba en sus ojos. Ella le sonrió de manera soñolienta.

—Esto va a ser mi muerte. ¿Qué sigue, leche caliente y galletas?

Wes soltó una risita.

—Si quieres —su guiño descarado la hizo poner los ojos en blanco.

—¿Te vas a meter conmigo? Hay mucho espacio —hizo un gesto con la mano hacia la amplia bañera.

—No puedo prometer que no volveré a tocarte —Wes dio un paso atrás, como si la tentación fuera demasiado grande, pero Callie tenía reflejos rápidos y le sujetó la mano, inmovilizándolo. Cada vez que él intentaba apartarse, algo en su interior se estremecía de pánico.

—*Por favor.*

Él liberó su mano y Callie temió que se alejara, pero se quitó los jeans, el suéter y los calzoncillos y luego se metió en la bañera detrás de ella. El agua se agitó cuando la alcanzó y la puso sobre su regazo. Estaba demasiado cansada para quejarse mientras la acomodaba como a él le gustaba, con la espalda contra su pecho. Se inclinó hacia Wes y apoyó la cabeza en su hombro, sus mejillas se tocaron mientras él la abrazaba. Era extrañamente correcto, sentir y *estar* tan cerca de Wes. Él había visto parte de su alma en los últimos días y ella estaba empezando a ver la de él. Después de revelar partes tan secretas de uno mismo, ya no había necesidad de barreras entre ellos.

—Ahora que nuestra apuesta terminó, tengo un asunto serio que discutir contigo, Callie. Si tuvieras la oportunidad de ir a la escuela de arte, ¿lo harías? ¿Si el dinero no fuera un problema? —añadió esto último apresuradamente.

Sintiéndose un poco atrevida, le acarició el antebrazo, que descansaba sobre su estómago. Se sentía muy bien poder tocarlo, como un amante. Nunca había podido hacer eso con nadie más.

—Yo… Si el dinero no fuera un problema, entonces sí. Lo haría. Suponiendo que pudiera entrar sin una recomendación, por supuesto —dudaba que pudiera hacerlo. Las escuelas de arte eran increíblemente competitivas, y ella no tenía portafolio ni experiencia real además de sus

propias técnicas autodidactas.

—Es bueno escuchar eso. Hay una escuela excelente en Long Island. He hablado con Royce sobre las solicitudes para el semestre de primavera y mi amigo ya ha escrito tu recomendación basándose en las fotos de las imágenes que tomé de tu arte en el rancho. Me he ocupado de todo excepto de tu ensayo de ingreso y de tres piezas de arte que debes proporcionar en tres medios diferentes para tu presentación del portafolio.

Callie se puso rígida.

—¿Qué? Pensé que perder la apuesta significaba que no obtendría la recomendación… —eso había sido lo único que la había impulsado a resistirse a Wes, quien había hecho que su seducción fuera demasiado irresistible. ¿Ahora le estaba ofreciendo lo que ella había deseado casi tanto como lo había deseado a él?

Wes soltó una risita.

—Mi intención desde el principio cuando hice esa apuesta contigo, fue siempre obtener la recomendación sin importar si te resistías o no. Incluso si sucumbías, planeé ayudarte a ingresar a la escuela de arte. Tu solicitud estuvo completa y lista antes de que subieras al avión conmigo en Walnut Springs.

¿Había completado una solicitud por ella? No estaba segura de si estaba enojada o complacida… pero no le gustaba que lo hubiera hecho sin hablar con ella. Sin embargo, demasiadas tantas cosas que no había considerado, como la gran distancia que separaba Weston de Colorado, del rancho y de su padre.

—Wes, no puedes hacer cosas así sin hablar primero conmigo. Abandonar a mi padre y mi vida en el rancho para ir a la escuela es una gran decisión que solo yo puedo tomar. Has cruzado un límite personal.

Sus brazos se estrujaron alrededor de su cintura y su polla repentinamente dura le dio un empujoncito en el trasero.

—Derribo muros y salto fronteras, cariño. Así actúo yo —su cálido aliento le acarició las mejillas, y Callie se estremeció. Al parecer, su temperamento y su resistencia lo excitaban. El hombre seguía siendo un enigma para ella.

—No te saldrás con la tuya tan fácilmente. Tienes que hablar conmigo sobre decisiones que afectan a mi vida —intentó deslizarse fuera de su regazo porque esta era, sin duda, una conversación cara a cara. Pero él no la dejó moverse, ni siquiera cuando se agitó y el agua se deslizó fuera de la bañera.

—Quédate quieta o te follaré hasta someterte, para que me escuches —su áspero gruñido retumbó en su oído, y Callie se quedó quieta. Los instintos animales más básicos de su interior le exigían que no luchara contra él. Wes era el macho alfa y ella se había resistido. Si quería calmarlo, más le valía no hacer más movimientos bruscos.

Los dominantes se parecían mucho a los depredadores en la naturaleza. Las novelas románticas que había leído no se equivocaban en eso. La cuestión era hasta dónde se atrevería a presionarlo.

CAPÍTULO 14



Cuando Callie se relajó en sus brazos, Wes también lo hizo. Podía sentir cómo la tensión abandonaba sus extremidades.

—Bien. Ahora vamos a hablar. Dijiste que si el dinero no fuera un problema, irías a la escuela de arte. Pagaré tus estudios, así que irás. Fin de la discusión.

El malestar en su interior era apenas contenible, pero tenía que ser cuidadosa. También le molestaba que Wes hubiera hecho una apuesta tonta cuando había planeado darle lo que ella había soñado desde el principio. ¿Qué sentido tenía la apuesta si no había nada en juego?

—¿Por qué apostaste conmigo si ya pensabas conseguirme la recomendación?

Su rostro se puso serio.

—Porque te estabas ahogando, Callie. Tu corazón se estaba rompiendo y no podía soportar verte sufrir. Te di un reto, algo por qué luchar. Eso evitó que tu espíritu muriera. Aquí estás, toda una luchadora como el día que te conocí, recuperándote de tu angustia. Es porque tuviste la fuerza para luchar por la apuesta. Nunca se trató de ganar, sino del desafío.

Callie guardó silencio durante un largo momento. Wes tenía razón. Había estado tan concentrada en su apuesta, en su seducción juguetona e intensa, que el dolor que Fenn le había causado en el corazón había disminuido y empezado a desvanecerse lentamente. El dolor insoportable de haber perdido al primer hombre al que había amado había empezado a curarse. Gracias a Wes. Y ahora él seguía ayudándola, ofreciéndole entrar en la escuela de arte.

—Wes, no vas a pagar mi escuela de arte —a los Taylor no le gustaban las deudas. Si iba la escuela, entonces ella pagaría.

Wes giró ligeramente la cabeza y le lamió el interior de la oreja. Un torrente de deseo muy intenso se disparó directamente a su clítoris, y Callie se estremeció en su fuerte abrazo. Ella arqueó la espalda y sus pechos sobresalieron, y él los cogió, estrujándolos y amasándolos con sus elegantes manos. Eran fuertes pero hermosas, y gimió cuando él le pellizcó los pezones.

—Wes, detente. Tenemos que hablar de esto —le sujetó los muslos, clavándole los dedos en las piernas mientras una creciente oleada de necesidad la sacudía.

—Sé que estás dolorida, cariño —le murmuró al oído—. ¿Puedes resistir? Iré despacio.

¿Él podría cumplir su promesa? Demonios, ¿importaba? Ella lo deseaba tanto…

—Vale… —apenas era coherente ahora. Atrapada entre el cuerpo caliente de Wes y el agua, apenas podía recordar su propio nombre. Se moría por estar con él. No había otras palabras para lo que sentía. Wes tenía que llenarla, poseerla, pero era la única forma de aliviar el dolor que lo aturdía.

La levantó y la colocó de rodillas en el asiento opuesto de la gran bañera, de modo que quedó de cara al borde y Wes de pie detrás de ella, con las rodillas metidas en el agua.

—Inclínate y apoya la cabeza en los brazos —la instó con voz ronca y suave.

Callie obedeció, apoyando las manos en la plataforma de mármol que se extendía más allá del borde de la bañera, y se sobresaltó cuando Wes introdujo una rodilla entre sus muslos desde atrás y le separó más las piernas.

El dolor entre los muslos le escoció un poco cuando la suave cabeza de su polla le rozó la entrada. Utilizó una mano para introducirse en ella y la otra le sujetó el hombro izquierdo. Se balanceó hacia adelante, empujando unos centímetros. Callie se tensó y se retorció a su alrededor.

—Relájate —siseó—. Solo relájate.

Ella respiró hondo y se relajó. Esta vez, cuando empujó dentro de ella, su cuerpo lo aceptó, aunque todavía estaba tenso.

—Dios, creía que había imaginado lo bien que te sentías. Pero es mejor de lo que recordaba.

Una oleada de orgullo la invadió. Le encantaba saber que él pensaba que se sentía bien. Como no tenía experiencia en el sexo, temía no saber qué hacer para que él también disfrutara.

—¿Te duele?

—No tanto —dijo, jadeando mientras él se apartaba y esperaba—. Ya estoy bien. Se siente mejor —esto se sentía realmente bien, una vez que ella se relajó y se concentró en la sensación de estar llena y estirada por él, unidos en un lugar tan íntimo.

—Gracias a Dios —gimió y empezó a embestirla lentamente, pero sin detenerse. Le cogió el hombro y deslizó la otra mano por su vientre hasta el clítoris. Le acarició la sensible zona con los dedos y luego estrujó lo suficiente para que la estimulación de sus penetraciones fuera excesiva. El mundo desapareció a su alrededor y una confusión vertiginosa invadió la cabeza de Callie; el clímax llegó, pero fue lento, prolongado, eterno.

Ondas de placer, calor que la llenaba, que le enrojecía la piel, respiración agitada. Nunca se había drogado, nunca lo haría, pero así debía sentirse… pero infinitamente mejor. Flotando en éxtasis. Wes se desplomó sobre ella, apoyándose en un brazo junto a su hombro mientras le mordisqueaba la oreja y murmuraba cosas dulces y suaves.

Era algo que ella nunca olvidaría mientras viviera. La forma en que se sentían juntos, sus cuerpos tan próximos como era físicamente posible, sus corazones latiendo salvajemente, el olor de Wes mezclado con el de ella, y la forma en que le hablaba. Dulces palabras en voz baja, cosas que hacían que su corazón diera un vuelco, y algo dentro de ella se abría, como los pétalos de una flor recién florecida estirándose hacia el sol. Él estaba abriendo su corazón, forzando la luz y el calor en lugares que ella había intentado oscurecer con sombras. No tardaría en ser incapaz de mantenerlo alejado. Un hombre que podía desterrar su oscuridad interior, hacerla sentir viva de nuevo después de que su corazón se rompiera… No habría forma de detener el amor que, sin duda, surgiría después.

Me estoy enamorando de él. Un hombre que mantiene a sus mujeres a distancia… Y me prometí que nunca volvería a amar a nadie…

Fue su último pensamiento coherente mientras sucumbía al agotamiento.

❧

WES NOTÓ QUE CALLIE SE HABÍA QUEDADO DORMIDA SEGUNDOS DESPUÉS DE QUE ÉL SE APARTARA de su cuerpo. Estaba agotada, la pobrecita. No debería haber vuelto a follarla tan pronto, pero no había podido evitarlo, ni siquiera cuando ella se lo había suplicado. La limpió con cuidado y la sacó de la bañera. Estaba mojada, pero él tenía una bata de repuesto junto a la bañera y la

envolvió en los pliegues de tela de felpa antes de llevarla en brazos a su habitación. Por un momento pensó que debería haberla llevado a su propia cama. Esa había sido su intención original desde el principio. Pero ahora que la tenía en sus brazos, su cama era el único lugar donde quería que estuviera.

Empezaba a darse cuenta de que Callie alteraba todos y cada uno de sus planes. Ahora sabía que probablemente se enfadaría si la dejaba sola en su habitación. Pero no era sólo eso. *Él* también quería estar con ella en su cama. Enroscar sus cuerpos cada noche se había convertido en una seguridad que no había previsto que necesitaría. La ausencia de ella en sus brazos le producía una sensación de vacío.

La tumbó en la cama y apartó las sábanas. Callie no se movió en absoluto, ni siquiera cuando él la metió debajo del edredón. El suave trino de los pájaros en la otra habitación lo distrajo. Volvió a su habitación y se acercó a la elegante jaula que Michel había traído. Los pájaros estaban metidos en un nido preconstruido, algo que Michel sin duda pensó que era necesario.

Sus pequeños picos verdes y sus caras color melocotón eran atractivos. La hembra estaba acurrucada en el nido, con los ojos parcialmente cerrados mientras piaba de vez en cuando. Su protector compañero revoloteaba cerca de ella, cantando suavemente como si quisiera dormirla. Wes los observó con fascinación. De niño nunca le habían permitido tener mascotas y, con los años, había encerrado esa parte de sus sueños. Incluso después de mudarse a los dieciocho años, nunca había encontrado una excusa para tener una mascota. Hasta que vio la cara de Callie. El torbellino de colores en la jaula de los agapornis había capturado su atención, y la expresión de asombro en su rostro había sido lo más hermoso que él había visto en su vida. Y había contemplado a algunas de las mujeres más hermosas del mundo.

Ninguna se compara a ella.

Cada vez que la miraba, todo a su alrededor parecía ralentizarse y desvanecerse hasta quedar solo ella. Era joven e inocente respecto a las partes oscuras del mundo, pero su alma era vieja, sabia más allá de sus veinte años. Comprendía a las personas a un nivel más profundo que él. La artista que llevaba dentro veía el mundo a través de una lente que Wes nunca había imaginado posible. Cuando Callie dibujaba cosas, él podía ver su mente y su corazón. Ella lo transportaba más allá de su propio cuerpo y a un mundo creado por ella. Y eso era sólo el principio. Su potencial era increíble. Sabía que ella iba a luchar contra él respecto al tema de la escuela de arte, pero no iba a dejar que desperdiciara su talento.

Levantó el soporte de la jaula y lo llevó a su habitación. Los pájaros necesitarían interactuar con la gente. Como parecía que Callie pasaría más tiempo en su habitación, los pájaros también necesitarían estar allí. Michel había dejado un paño blanco en un aro metálico debajo de la jaula. Wes lo levantó y lo dejó caer sobre la jaula, cubriendo completamente los barrotes. Los pájaros se tranquilizaron y sonrió, complacido de que ellos también descansaran. Ahora él era el responsable de los pequeños amantes emplumados y cada vez les tenía más cariño, y no sólo porque hacían que Callie se iluminara como el sol.

Empezó a caminar hacia la cama cuando su móvil vibró. Lo cogió de la mesilla y contestó en voz baja.

—Habla Thorne

—Wes, tengo noticias sobre tu Goya. ¿Puedes reunirte conmigo en el Quartier Pigalle dentro de media hora? —preguntó Dimitri Razin.

Wes consultó su reloj. Eran las once y media de la noche.

—Claro, enseguida voy —colgó y se dirigió a su armario. Se puso uno de sus trajes menos favoritos, por si se estropeaba, y volvió a la cama. Callie parecía encantadora, dulce y tan

tentadora que odiaba dejarla. Presionó un beso en su pelo, un gesto tierno que lo llenó de sorpresa. Ella se agitó ante su contacto y sus pestañas se levantaron.

—Wes, ¿vas a alguna parte? —levantó la mano para tocarle la camisa blanca, y el calor de su mano lo abrasó como una marca física.

Joder. No quería irse, pero tenía que ver a Dimitri.

—Lo siento, cariño. Tengo que salir un momento. Vuelve a dormir y me reuniré contigo cuando vuelva.

Un adorable ceño fruncido se dibujó en su frente, y Wes rozó con la punta de un dedo las pequeñas líneas y sonrió.

—Descansa un poco. Mañana tenemos planeado un gran día —incapaz de resistirse al encanto de sus labios, le robó un beso que terminó demasiado rápido. Luego se alejó de la cama. Si miraba atrás ahora, no podría marcharse nunca.

Cogió un taxi al Quartier Pigalle, o Callejón del Cerdo para los que no eran locales. El barrio estaba situado a lo largo del Boulevard de Chichi, desde la Place Blanche hasta la Place Pigalle, que recibía su nombre en honor a un famoso escultor del siglo XVIII llamado Jean-Baptiste Pigalle. Solía ser una guarida de desigualdad donde el vino era barato y las prostitutas deambulaban libremente por la noche. Ahora estaba lleno de sex shops, peep shows, el Museo de Arte Erótico y, durante el día, puestos de perritos calientes. Por la noche era diferente, casi como el barrio rojo de Ámsterdam. Era un lugar excelente para reunirse con Dimitri y charlar un rato, y sospechaba que podría ponerse interesante, dado el tono de su amigo. Intuyó que podría haber algo más que una simple conversación.

El taxista se detuvo frente a un edificio negro con llamativas luces rojas que anunciaban «peep show». Wes sacudió la cabeza ante la imagen y le dio el dinero al hombre antes de bajarse del coche. Dimitri estaba de pie en la entrada, con un hombro apoyado en el edificio de piedra. Consultó su reloj y señaló con la cabeza el callejón donde había aparcado un coche. Wes lo siguió entre las sombras.

—¿Qué has averiguado? —preguntó mientras se le unía en la parte trasera del coche. Era un sedán anodino que llamaba poco la atención a cualquiera que pasara por allí.

Dimitri sonrió, pero era una expresión sombría.

—He descubierto una conexión de lo más interesante con el Goya —sacó un par de llaves del bolsillo de su traje y abrió el maletero del coche. A la tenue luz de las farolas lejanas, Wes pudo distinguir la forma de un cuerpo. Con cualquier otra persona se habría sorprendido, pero Dimitri podía ser un poco displicente.

—¡Uf! —un grito ahogado resonó desde los profundos confines del maletero.

—Este es un hombre llamado Rudolph Giennes. Se dedica al arte, ¿verdad, señor Giennes? —Dimitri acercó una pequeña linterna a la cara del hombre, permitiendo a Wes verlo mejor. Ojos brillantes, una cara compuesta de todos los ángulos y planos, gruñó en silencio cuando Dimitri le quitó una tira de cinta aislante gris de la boca.

Wes se cruzó de brazos y miró a Giennes con el ceño fruncido.

—¿Cuál es su conexión con el Goya? —preguntó Wes a su amigo.

Dimitri se rio.

—Una bastante sólida. Tenía la pieza colgada en su galería privada, donde hace clandestinos. No quiso decirme cuál era su perista para la pieza. Pensé que no te importaría informarte mejor con él sobre el tema —Dimitri le dirigió a Wes una sonrisa de complicidad, y éste pudo leer la mente del otro hombre.

—No te diré una mierda —gruñó Giennes.

Dimitri se apresuró a golpear a Giennes en la cara. Ni a él ni a Wes les gustaban los ladrones de arte ni sus socios.

—Señor Giennes, por favor —dijo Wes, suspirando pesadamente—. Podemos hacerlo por las buenas o por las malas. Esta noche me he puesto mi traje menos favorito y puedo quemarlo más tarde si la sangre resulta ser un problema para mi tintorería.

A Giennes casi se le salen los ojos del cráneo.

—¡No! —siseó el hombre atado—. No vas a… —ahogó un aullido cuando Wes se abalanzó sobre él, arrastrándolo fuera del coche. Como Giennes tenía las piernas libres, se esforzó por huir, pero Wes hundió las manos en su camisa y lo hizo girar, aprovechando el impulso del hombre para lanzarlo contra el edificio más cercano. Giennes gimió de dolor.

—Escúchame —gruñó Wes, acercando la cara a Giennes—. No me gusta torturar a nadie para obtener información, pero mi amigo es ruso. De la vieja escuela. Te hará pedazos con un cortapuros. ¿Quieres eso? Porque si lo quieres, me quedaré mirando.

—¿Por qué coño te importa tanto un cuadro? —jadeó Giennes, con sus ojos casi negros en el oscuro callejón, pero brillaban de rabia y codicia.

—Porque el arte importa. Importa más que tú y que yo. Más que nada en este mundo —Wes volvió a golpear al hombre contra la pared—. No voy a dejar que un pedazo de mierda como tú robe y destruya algo tan preciado.

Giennes optó por no hablar, y eso fue todo. Wes lanzó una mirada por encima del hombro a Dimitri, quien estaba recostado contra su coche, con las piernas cruzadas por los tobillos y con cara de aburrimiento.

—Dimitri, tu cortapuros, por favor —sin dejar de sujetar al ladrón con una mano, extendió la otra, con la palma hacia arriba, hacia el ruso.

—Por supuesto —Dimitri sacó un pequeño cortapuros del bolsillo de su pantalón—. Empieza por los dedos. Sangrará mucho, pero tardará en morir.

—Muy bien —Wes cogió el cúter y tiró de una de las manos de Giennes hacia él.

—¡Espera! —Giennes se agitó—, ¡Joder! ¡Hablaré!

Wes se relajó, pero sólo lo suficiente para guardar el objeto.

—Pues habla.

—El Goya vino de un americano. Alguien de Long Island. Es todo lo que sé.

Todo el cuerpo de Wes se puso rígido. ¿Alguien de Long Island?

—¡Dame un nombre! —soltó un grito y golpeó con el puño la pared junto a la cabeza de Giennes. El dolor le estalló en los nudillos y ascendió por su brazo, pero mantuvo el control, escasamente. Si no lo hacía, estrellaría el puño contra la cara de Giennes.

—Es un hombre, de unos treinta años. Tenía un apodo, el Ilusionista.

—¿El Ilusionista?

—Sí. Coloca falsificaciones en el lugar de los cuadros que roba. Crea la ilusión de que el arte real nunca fue robado. La mayoría de la gente nunca sabe que han sido robados. Es un bastardo muy peligroso. Nunca se le ve venir.

Dimitri se echó a reír.

—¿El Ilusionista? Oh, qué gracioso. Estamos lidiando con un ladrón dramático.

Wes no veía el humor en esto. Esto era serio. Alguien de su isla estaba robando arte y vendiéndolo en el mercado negro. El arte que se vendía en el mercado negro se maltrataba, a menudo se estropeaba y, por lo general, nunca se volvía a ver. No había honor entre ladrones y tampoco respeto por las obras maestras.

—Eso es todo lo que sé —insistió Giennes—. Es rico, usó gafas de sol todo el tiempo que

hablamos. Pelo castaño… —añadió estos últimos detalles, pero ese parecía ser el final de su utilidad.

—Dimitri, ¿confío en que puedas asegurarme que el señor Giennes encuentre una forma adecuada de salir de Francia en las próximas horas? Estoy seguro de que tiene amigos que visitar en otros países y que volver a París no sería prudente.

—¿Qué? —Giennes se quedó mirando a ambos, confundido.

El ruso se acercó y sujetó a Giennes por el cuello, estrujándolo ligeramente.

—Mi amigo es mucho más educado que yo. En casa, en Rusia, habría dicho simplemente: 'Vuelve a poner un pie en Francia y te mato'.

—¿Matar? —la voz de Giennes subió una octava de tono, y Wes no estaba seguro si por miedo o por falta de oxígeno.

—Una palabra fuerte, pero apropiada. Nadie te encontrará cuando acabe contigo —gruñó Dimitri. Siguió estrujándolo hasta que al ladrón se le pusieron los ojos en blanco y cayó inconsciente—. No te preocupes. Yo me ocuparé de él —arrastró el cuerpo inerte hasta su coche y lo metió en el maletero. Wes asintió. No solía recurrir a tácticas tan oscuras, pero sabía que sólo había una manera de manejar esto y Dimitri había sabido mejor que nadie cómo hacerlo. No tenía sentido pagar a hombres como Giennes por información. Aun así se contendría hasta que el precio fuera lo suficientemente alto. Una pequeña amenaza de muerte era igual de efectiva y mucho más barata—. Ten, no querrás olvidar esto —sacó un tubo blanco del asiento trasero de su coche y lo colocó cuidadosamente en las manos de Wes—. El Goya. Cuídalo, amigo mío.

El alivio de volver a tener una pieza así en sus manos fue intensamente abrumador, como si pudiera respirar de nuevo.

—Gracias —estrechó la mano de Dimitri y salió del callejón, donde llamó un taxi que pasaba por allí. No quería pensar en un traidor en su isla ni en lo que eso significaba para sus amigos, como los Morton, que coleccionaban piezas y estaban dispuestos a compartirlas con el mundo. El arte debía compartirse, pero también protegerse. En manos de ladrones, era sólo cuestión de tiempo que fuera destruido. Saber que un tonto que se hacía llamar Ilusionista estaba robando cuadros provocó que un velo rojo descendiera sobre la visión de Wes. Mañana tendría que llamar a los Morton y ponerse en contacto con el FBI para informarles de que había recuperado el cuadro.

Sujetó el tubo con el Goya enrollado en su interior, lo colocó sobre su regazo en la parte trasera del taxi y le dio al conductor su dirección. La cama de su apartamento, con una mujer cálida y dispuesta, era el lugar donde más deseaba estar en este momento. Con Callie entre sus brazos, podría tocarla y sofocar el furioso fuego de su interior.

CAPÍTULO 15



Callie se cubrió la boca, sofocando el grito que habría hecho estallar la vigorosa actividad de las calles del lugar que el taxista llamaba Callejón del Cerdo. Había seguido el rastro del taxi de Wes, y había tenido miedo de bajarse y seguirlo a pie. Había sido una estupidez. No debería haber ido tras él en una ciudad extranjera cerca de medianoche. Pero lo había racionalizado prometiendo quedarse en el taxi si las cosas se ponían feas. Tenía que saber si había quedado con alguien más. Una parte de ella seguía creyendo que no era suficiente para Wes y que él vería a otras mujeres. Lógicamente, su mente le decía que no era ese tipo de hombre, pero ¿llamadas nocturnas para luego irse? ¿Qué podía pensar? Así fue como acabó en Pig Alley.

Las luces parpadeantes y el ambiente cuestionable habían sido un inconveniente. Su padre habría dicho que este lugar era un imán para las peleas a navajazos, ya que había todo tipo de cosas más sórdidas. Sex shops, peep shows, jugueterías y mujeres con muy poca ropa merodeando por las calles con un único objetivo.

Aferrada a su abrigo, permaneció en el asiento trasero del taxi, mirando hacia la calle donde acababa de presenciar cómo Wes arrojaba a un hombre contra una pared. La luz de la luna no era suficiente para ver con claridad todo lo que había en el oscuro callejón, pero no había duda de que Wes y Dimitri estaban atacando a un hombre. Un hombre que había sido metido en el maletero de un coche… Un escalofrío la recorrió y se estremeció.

—Dios mío —susurró Callie. El miedo chisporroteó como electricidad afilada bajo su piel, agotando su control hasta que su cuerpo tembló con su fuerza.

Wes era un hombre malo. Un hombre muy malo. Y estaba sola en París con él. Esto no era bueno. ¿Qué podía hacer? Si huía, él la seguiría. Lo había dejado bastante claro. Pero si se quedaba, ¿qué sucedería?

¿Estaba involucrado en la mafia rusa con Dimitri? ¿Había acumulado toda su riqueza de esa manera? Su amor por el arte era probablemente una fachada. Se le hizo un nudo en el estómago.

¿Qué demonios iba a hacer? No había una manera fácil de llegar a casa. Había volado hasta aquí en el jet de Wes. Aunque ella y su padre ya estaban fuera de peligro económicamente, eso no cambiaba el hecho de que no tenía dinero para comprar un billete de vuelta a casa. Y aunque lo tuviera, nada garantizaba que Wes no la perseguiría e impediría subir al avión. De hecho, estaba segura de que lo haría. La cena de la noche se abrió camino hasta su garganta. Tenía que volver al apartamento antes que Wes. No quería pensar en lo que él haría si se enteraba de que ella conocía su doble vida.

—¿Adónde, mademoiselle? —le preguntó el conductor.

—De vuelta a mi apartamento —le indicó la dirección en el barrio de Rue Cler y él avanzó a través de la calle. Callie se agachó cuando pasaron junto a Wes. Sus manos sostenían un tubo

blanco. No lo había tenido con él al salir de casa. ¿Llevaba drogas? ¿O dinero? ¿O alguna otra cosa? Callie no quería saberlo. La gente que lo sabía probablemente acababa muerta.

Cuando el taxi se detuvo junto a la puerta, Callie juró haber envejecido una década por el pánico y el estrés. El portero la reconoció y presionó el botón para dejarla pasar. Ella le dedicó una sonrisa tensa y corrió hacia los ascensores. No sabía cuánto tardaría Wes en volver. Cuando entró en el ascensor, se apoyó en los paneles de madera y se concentró en respirar más despacio. Jadear como un caballo de carreras era una señal inequívoca de que no había dormido. Si él también estaba regresando, podría aparecer unos minutos más tarde y no podía arriesgarse a que la descubriera.

Cuando entró en el apartamento, corrió a su dormitorio y se quitó los jeans, el jersey y los zapatos. La bata de tejido de rizo yacía sobre las sábanas revueltas y se la volvió a poner de un tirón. Estaba a punto de volver a tumbarse en la cama cuando oyó el lejano sonido de la puerta principal del apartamento abriéndose y cerrándose. El contacto del suave tejido de rizo sobre su piel desnuda la hizo estremecerse. Lo último que quería era estar desnuda ante un hombre que probablemente la mataría si descubría que conocía sus sucios secretos. Pero él intuiría que algo no iba bien si la veía vestida.

El crujido de las escaleras por los pasos de Wes hizo que se le subiera el corazón a la garganta. No podía respirar. La cabeza le latía con fuerza contra el cráneo y detrás de los ojos. A pesar de las sábanas frías contra sus piernas, su cuerpo estaba caliente por el pánico.

Por favor, Dios, por favor, rezó en silencio, con las manos cerradas en puños sobre las mantas y los ojos cerrados fuertemente.

Relájate, tienes que relajarte. Intentó calmarse, concentrándose en contar sus respiraciones, pero saber que él se acercaba hizo que su cuerpo se pusiera rígido. Cada músculo se tensó, a punto de explotar.

La puerta de la habitación se abrió con un ligero chirrido en las bisagras metálicas. Wes entró tan silencioso como un gato. Sus oídos se esforzaron por captar el susurro de la ropa y los zapatos mientras se desprendía de ellos. Las sábanas se apartaron y la cama se inclinó cuando él se unió a ella. Se estremeció por puro instinto cuando la cogió y la empujó contra su cuerpo.

—¿Callie? —susurró con voz preocupada—. ¿Estás despierta?

Ella quería mentir, pero no pudo. Él percibió que estaba despierta.

—Te he oído entrar —era la verdad. La acomodó boca arriba.

—Estás temblando. ¿Tienes frío? Puedo calentarte —su voz era ronca, suave, perfectamente seductora. Muy peligrosa. Una mano abrió su bata unos centímetros y deslizó un dedo por su clavícula mientras se inclinaba sobre ella, estudiándola.

—No pude dormir mientras no estabas —no era mentira.

—Bueno —dijo, riendo entre dientes—, ya que los dos estamos despiertos… —se detuvo mientras bajaba la cabeza para besarla.

Callie no pudo resistirse. En cuanto la tocó, lo *deseó*, aun sabiendo el monstruo que era. Su cuerpo la traicionó, calentándose con él. *Tengo que liberarme, escapar*. Se deslizó fuera de la cama, esquivando sus brazos.

Su repentina huida de sus brazos aparentemente lo confundió.

—¿Estás dolorida después del sexo en la bañera? —se incorporó y apartó las sábanas. Se había puesto un pijama de algodón negro, pero tenía el pecho desnudo, liso y demasiado atractivo. Si al menos él no fuera… Volvió a estremecerse.

—Sí, estoy dolorida —tardó un minuto en recordar lo que le había preguntado. Pero era mentira. No estaba dolorida.

Sus ojos se entrecerraron.

—No puedes mentirme, cariño. Puedo leerte como a un libro. ¿Por qué huyes de mí? —su tono era suave, seductor, pero Callie oyó una nota de preocupación. ¿Por qué iba a preocuparse por ella? A menos que ya estuviera adivinando que ella lo había descubierto.

—Yo… eh… —su mente se quedó en blanco. No podía pensar en nada, no cuando lo miraba a los ojos y veía ese cobalto tan oscuro que ahora parecía casi una roca obsidiana.

—No corras. No te gustará cuando te capture —le advirtió, pero sus instintos se sobrepusieron a todo lo demás y salió corriendo hacia la puerta. Cogería un taxi, iría a un hotel y pediría ayuda a Fenn. Él podría enviarle dinero. Callie se lo devolvería si tan solo conseguía escapar.

Era rápida. Todos esos años corriendo por los senderos del rancho para hacer ejercicio dieron sus frutos. Salió del apartamento y corrió hacia el ascensor, ciñendo la bata contra su cuerpo. Cuando entró, presionó el botón del primer piso y luego el de cerrar. Wes corrió hacia ella, pero el ascensor ya se estaba cerrando. Un instante antes de que la alcanzara, las puertas se cerraron por completo. Mantuvo el pulgar sobre el botón de cierre, rezando para que no se abriera. Durante varios segundos no ocurrió nada.

Entonces las puertas volvieron a abrirse.

Callie abrió la boca para gritar, pero Wes se abalanzó sobre ella y la cubrió la boca con una mano mientras la empujaba contra la pared del ascensor. No le hizo daño, pero el impacto la dejó sin aliento y él introdujo un muslo entre los suyos, utilizando todo su peso para aprisionarla. Inmovilizada y silenciada, vio cómo él cerraba las puertas y presionaba el botón de parada de emergencia.

Estaba atrapada en un espacio cerrado a medianoche con un loco… Las lágrimas le nublaron la vista y parpadeó rápidamente. Wes la miró a los ojos, estudiando las lágrimas que bajaban por sus mejillas y colisionaban contra la mano que le cubría la boca.

—¿Qué te pasa? —gruñó—. No vuelvas a huir así de mí. Si quieres jugar a ese juego, lo hacemos a mi manera. No así —aún parecía confundido, pero también enfadado.

Callie cerró los ojos. ¿Iba a matarla ahora? ¿Cuánto tardaría en darse cuenta de que ella había visto sus negocios clandestinos con Dimitri esta noche?

La mano en su boca se apartó y se posó en su hombro.

—Cariño, háblame. Me estás asustando.

Cuando abrió los ojos, lo miró.

—Por favor, no me mates. No le diré a nadie lo que vi, lo juro.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? —Wes colocó la otra mano en su pelo y tiró ligeramente de él, empujándola a inclinar la cabeza hacia atrás. Sus caderas seguían presionando contra las de ella, manteniéndola prisionera contra la pared del ascensor.

—Os vi a Dimitri y a ti —confesó. Era inútil ocultarlo ahora. Probablemente la torturaría si intentaba quedarse callada.

—¿Nos viste? —sus labios se fruncieron en una línea tensa mientras parecía esperar a que ella dijera algo más—. ¿Qué viste exactamente?

Callie nunca había estado tan avergonzada. No podía evitar contarle lo que había visto. Estaba aterrorizada y no era valiente por naturaleza, así que no podía mostrar una actitud fuerte y rebelde. Había dejado que ese hombre entrara en su cuerpo y en su corazón. Cualquier daño, emocional o físico, era suficiente para asustarla.

—¿Qué viste? —repitió él, sorprendentemente paciente, y eso sólo la asustó más.

—Te vi golpear a ese hombre y quitarle algo. Son drogas, ¿no? Estás metido con la mafia

rusa o algo así, ¿no? —tragó saliva, pero se le agrietó la garganta por la sequedad.

Para su horror, Wes se echó a reír.

—Oh, Callie, querida. Creo que te adoro. ¿Drogas? ¿Mafia rusa? Tendré que decírselo a Dimitri. Seguro que le sacará una carcajada —Wes le dio un beso en los labios y ella no se resistió. Ahora era Callie la que estaba confundida. Él no estaba actuando como un hombre que había sido descubierto, o un hombre que iba a matarla por saber acerca de su participación en las drogas.

—Pero… eso es lo que estabas haciendo, ¿verdad? —le tembló la voz cuando las palabras le salieron entrecortadas.

Él le acarició la garganta, con una sonrisa diabólica en sus labios sensuales.

—Oh, no. Nada de eso. No toco las drogas y no tengo nada que ver con la mafia. Me tenías mucho miedo, ¿verdad? —sus dedos encontraron su pulso, que seguía latiendo con fuerza. Callie se lamió los labios y asintió.

—Sigo teniendo miedo. No sé qué estabas haciendo. Pero sé lo que vi. Ese hombre estaba en un maletero… y tú le diste un puñetazo.

Wes levantó una mano para que ella viera sus nudillos magullados y ensangrentados.

—Golpeé la pared de al lado, no él. Y él es el malo, no yo —mientras hablaba, le quitó lentamente la bata de los hombros y tiró de ella unos centímetros hacia delante para que cayera al suelo. Callie cerró las manos en puños y le golpeó el pecho, intentando apartarlo. Necesitaba respuestas. Pero él tenía otras ideas. Le cogió las nalgas y se las apretó con fuerza. Callie siseó indignada, pero la silenció con un beso profundo y penetrante.

Antes de que ella pudiera defenderse, Wes se bajó el pantalón del pijama y le separó bruscamente las piernas. Su beso era demasiado potente. La forma erótica en que su lengua jugaba con su boca, exigiendo rendición, la mojó y estremeció la zona entre sus muslos. Le sujetó la pierna derecha por detrás de la rodilla, se la pasó por la cadera y empezó a penetrarla. A través de la bruma de la lujuria, supo que necesitaba que él le explicara lo que había visto… después de que saciaran el desenfreno que surgía entre ellos como una fuerza imparable.

La suave cabeza de su erección abrió sus labios, penetrándola lentamente, pero llenándola hasta que no pudo respirar. La levantó con una mano bajo el culo, la inmovilizó contra la pared del ascensor y la folló. No había otra palabra para describirlo. El movimiento de sus caderas cambió de lento y suave a duro y profundo, casi como una paliza, pero eso la excitó aún más. Ahora no era suave, sino puramente animal. Gritaba suavemente cada vez que la penetraba, no por el dolor, sino por la sorpresa ante el placentero torrente de sensaciones que le producía su posesión.

Estaba cerca de ella, dentro de ella, formaba parte de ella. La lengua de Wes la provocaba, se burlaba de ella, y su polla la destrozaba con sus embestidas perversas. Callie nunca había sabido que algo tan sucio y brusco pudiera sentirse tan bien. Se la estaba follando en un ascensor, y estaba completamente desnuda. La idea hizo que se le erizara la piel y que su vientre se estrujara alrededor de él.

—Cariño —le susurró entrecortadamente contra la garganta—, te sientes muy bien —le dio un mordisco en la garganta. Wes estaba perdiendo esa formalidad rígida, y era sólo un hombre impulsado por la lujuria y el instinto. Un hombre al que ella no podía resistirse.

La forma en que había dicho «cariño» hizo que la deliciosa presión de su interior se disparara mucho más alto y más cerca de ese hermoso orgasmo que Callie sabía que estaba a un suspiro de distancia.

—¡Oh Dios, Wes! —ella arqueó la espalda, y él pareció hundirse aún más, y respondió con

un gruñido gutural, golpeándola una y otra vez. Cuando le acarició el cuello con la nariz y luego le mordió el punto sensible donde el cuello se unía con el hombro, Callie explotó. Unas llamas parecieron lamerle la piel, quemándola con una oleada de placer abrumador. Juró que Wes se corrió al mismo tiempo que ella, con el cuerpo rígido, la respiración áspera y entrecortada mientras él prolongaba el clímax de ambos con continuas embestidas unos instantes más. Callie se sentía débil y estaba temblando, con todo su cuerpo fuera de control. Si la bajaba, caería directamente de culo.

—Joder, eso ha sido… —sacudió la cabeza con una sonrisa—. Callie, cariño —le acarició la mejilla con la nariz y ella empezó casi a ronronear, como un gato contento. Este hombre acababa de destruirla de la mejor manera. Era completa e irrevocablemente suya.

—Wes —dejó escapar su nombre, pero parecía que no podía encontrar las palabras para nada más.

—Ven, vamos a meterte de nuevo en la cama —la puso de pie y se aferró a él, temiendo caerse. Con un rápido tirón, se subió el pantalón del pijama por encima de las caderas y luego cogió la bata del suelo, le metió los brazos por las mangas y se lo ajustó cómodamente. Presionó el botón de emergencia, apagándolo, y las puertas se abrieron de inmediato, revelando el pasillo de vuelta a su apartamento. Callie se ciñó ligeramente la bata y chilló sorprendida cuando él la alzó en brazos y la llevó de vuelta al interior.

—Puedo caminar —refunfuñó, aunque demasiado somnolienta, mientras apoyaba la cabeza en su hombro. Se estaba acostumbrando a que la llevara en brazos. Era agradable. En el rancho, siempre cargaba cosas, lo hacía ella misma, trabajaba hasta que los músculos le dolían. Ahora estaba en brazos de alguien más y se sentía tan segura y protegida.

—Por supuesto. Después de un orgasmo como ése, cariño, te caerías de caras, y me gusta demasiado tu pequeña nariz para verla magullada —su estruendosa risa vibró en su interior, y Callie cerró los ojos por un momento antes de que recordara por qué había huido de él.

—Wes… ¿vas a contarme lo que he visto esta noche? Tengo que saber lo que estabas haciendo. Tenía mala pinta. Para ser sincera, me dio un susto de muerte.

—Lo sé —suspiró—. Lo suficiente como para que huyeras de mí en mitad de la noche, desnuda como el día en que naciste. No lo olvidaré pronto —esta vez fue él quien murmuró—. Pero te prometo que te lo explicaré todo. Incluso te lo enseñaré —ambos permanecieron en silencio durante todo el camino de vuelta a su habitación y, a pesar de la ansiedad que sentía en el estómago, Callie no se atrevió a preguntarle de nuevo. En lugar de eso, repasó en su cabeza todos los malos escenarios que podían explicar lo que había visto, pero no se le ocurría ninguna razón para lo que le había visto hacer.

Cuando Wes la colocó en la pila de sábanas y mantas arrugadas, le cogió la barbilla y le echó la cabeza hacia atrás.

—Si te mueves de aquí, volveré a perseguirte y te daré unos azotes. Te lo prometo —le advirtió. Luego salió de la habitación.

Callie recuperó el aliento y se ciñó la bata alrededor de los hombros. Todavía sentía adrenalina, pero estaba desapareciendo y pronto caería rendida de cansancio.

Wes regresó al dormitorio con el tubo blanco en las manos.

Se recostó en el borde de la cama y quitó la tapa tubo. Luego sacó el contenido.

No eran drogas, ni dinero, ni nada de lo que Callie podría haber esperado. Era una pintura. La extendió con cuidado, como si estuviera manipulando un objeto de valor incalculable. Ella se inclinó hacia delante para ver mejor. Una mujer profundamente concentrada contemplaba un acantilado.

—Es una de las pinturas de Goya. Una rara.

—Es muy pequeña —tocó el borde del lienzo, cuidando de no tocar el óleo. Era ligeramente más grande que una hoja de papel.

—Los Morton son amigos míos que viven en Weston. Les ayudé a conseguir esta pintura hace unos años a través de Sotheby's. Hace un mes la robaron de su casa durante una fiesta. Fue la noche previa a que volara a verte y te diera tu invitación a la fiesta. Cuando tú y yo quedamos con Dimitri para cenar, le pedí que investigara sus contactos en el mercado negro para localizar esta pintura.

Callie se tensó y dirigió su mirada hacia la de él.

—¿El mercado negro?

Wes volvió a enrollar con cuidado el Goya y lo metió en el tubo.

—Sí. El hombre que viste esta noche fue el que le compró el Goya al ladrón. Dimitri y yo lo estábamos animando a hablar —le mostró sus nudillos magullados con una sonrisa pícara—. Me dejé llevar un poco. No deberías haberlo presenciado —cuando le apartó un mechón de pelo de la cara, ella no se inmutó. Lo había juzgado mal y odiaba que la culpa pareciera ahogarla—. ¿Todavía me tienes miedo? —sus ojos azules la abrasaron, clavándose profundamente en ella y haciendo brillar una luz en las profundidades ocultas de su alma.

—Ya no tengo miedo. Me siento fatal, Wes. Saqué conclusiones precipitadas —sonaba muy infantil haber sentido miedo de él, pero esperaba que entendiera lo que quería decir.

—Sí saqué a un hombre de un maletero y le di una paliza —enarcó una ceja y se abalanzó sobre Callie antes de que pudiera defenderse. Wes le separó las piernas y ella cayó de espaldas, jadeando cuando él le dio un beso en el vientre y luego bajó la boca hasta su monte. Gritó sorprendida por su repentino ataque sensual y se retorció mientras él la lamía una y otra vez, sintiendo cómo el tortuoso placer se extendía directamente a su clítoris. Arañó las sábanas y arqueó la espalda. Wes era implacable en su seducción, dándole ligeros besos en el monte y luego metiéndole la lengua hasta volverla loca y suplicante.

Entonces le levantó las piernas y colocó los tobillos sobre sus hombros mientras se situaba en su entrada. La penetró y ambos compartieron un suave gemido mientras la llenaba de nuevo. Callie estaba tan sensible, tan necesitada, que cada centímetro que él avanzaba se sentía demasiado bien, excesivo. Ella agitó la cabeza mientras Wes se tomaba su tiempo para penetrarla, lenta y profundamente, con los ojos clavados en los suyos. Ese azul cobalto la cautivaba.

—Eso es, cariño —gruñó—. Soy muy malo y sólo me has probado un poco.

CAPÍTULO 16



Los ojos de Wes eran como las aguas de la Atlántida. La cautivaban y la hechizaban con sueños imposibles. Todo lo que hacía era para ella, cada sonrisa, cada beso, cada regalo. Todo para ella. Una mujer podía enamorarse de un hombre que cortejaba con semejante perfección.

Wes era la perfección. Cada círculo de sus caderas, golpeando ese profundo punto secreto dentro de ella que oscurecía todo excepto la sensación de él. Su pelo rojo oscuro era un halo carmesí alrededor de su cara. Era como si la diosa Diana le hubiera dado la capacidad de cazar y seducir a cualquier mujer hasta llevarla a su cama.

Wes Thorne era un dios del sexo. Un dios que en este momento estaba centrado únicamente en su placer. Aumentó la velocidad y la sensación de estar totalmente fusionado con ella fue suficiente para hacerla caer en el éxtasis. Este hombre podía follarla hasta dejarla inconsciente.

Las pestañas de Callie se cerraron y permaneció tumbada y exhausta, permitiendo que él separara sus cuerpos. Wes abandonó la cama y ella oyó el débil sonido del agua corriendo. Rodó de lado, se hizo un ovillo y empezó a dormirse. Se unió a ella, acercó su cuerpo al suyo y le besó la boca, un beso lento y suave con una sorprendente dosis de ternura. Un amante explorando la boca de su amada y saboreándola como un buen vino, degustando, bebiendo. Fue suave y lleno de emociones sutiles que hicieron cantar a su corazón.

Así había imaginado su primer beso. Ese beso en el almacén había sido un infierno. ¿Todos los grandes amores comenzaban de esta manera? ¿Con un relámpago en el cuerpo seguido del tierno calor de un beso domado por la dulzura y el verdadero afecto? Ambos eran perfectos y excitantes a su manera e igual de satisfactorios. Nunca había soñado con experimentar ambas cosas, y menos con un hombre como Wes.

—Cariño, lamento haberte asustado —le acarició la mejilla con la nariz y la abrazó más fuerte.

Callie se sintió tan cerca de él que se rindió a sus deseos y lo rodeó con sus brazos, conectándolos aún más. Hilos invisibles parecían unirla a él y a él con ella. Lo que ocurría entre ellos ya no era casual. Estaban más allá del punto de no retorno.

Callie no estaba dispuesta a permitir que eso la asustara, no esta noche. Todo le parecía bien, maravilloso. ¿Cuántas veces había tenido tanta suerte? Nunca.

—Wes, por la mañana quiero que me cuentes más cosas sobre el ladrón de arte —dijo cuando sus bocas se separaron por fin.

—¿Esta noche no? —soltó una risita, deslizando la punta de un dedo por su nariz.

—Solo bésame, maldita sea —ella soltó una risita y le rodeó el cuello con los dedos, empujando su cabeza hacia la suya.

—Como desees —murmuró, y le robó el aliento con un beso ardiente y apasionado. Un beso

que desafió a todos los otros en su perfección.



UN ESPECTRO NEGRO SE DESLIZABA POR LA PROPIEDAD DE THORNE, EN LONG ISLAND. LOS guardias de seguridad y las cámaras de circuito cerrado habían sido tocados como violines al son de la sombra.

—Mientras el gato no esté, los ratones jugarán —la sombra rio en silencio mientras forzaba la cerradura de la puerta del balcón de un dormitorio del primer piso.

Thorne no estaba en la residencia y sus sirvientes eran descuidados en sus obligaciones, tal como le gustaba al Ilusionista. Bajando los escalones como un gran gato montés, buscó habitación por habitación.

Ni Monet, ni Renoir… ninguna de las piezas más caras que buscaba la sombra. Podía robar las piezas menos caras, pero eso estropearía el plan, y Thorne se percataría de que sus barreras habían sido traspasadas. Era mejor esperar y encontrar la forma de acceder a dondequiera que estuvieran escondidas las piezas reales. Podía esperar. Thorne no recibiría ninguna advertencia. No sería divertido que se diera cuenta y trasladara el valioso arte fuera de la isla.

El trabajo con los Morton había sido perfectamente ejecutado, hasta el punto de permitir que un marco agrietado delatara el hecho de que el cuadro había sido robado. Tal como lo había planeado. Wes se apresuraría al rescate y ofrecería uno de sus cuadros como cebo. Era sólo cuestión de tiempo. Nadie sospecharía que la sombra estaba tan cerca de Wes. Nadie.

Pasó por delante de un hermoso cuadro que representaba la vista del río Sena. Los colores utilizados eran preciosos, la composición casi perfecta. El nombre del artista era un garabato desconocido de pintura negra en una esquina. ¿Por qué tenía Thorne tantas obras creadas por artistas desconocidos? No tenía mucho sentido. El arte sólo tenía valor si el creador lo tenía. Una persona que pintaba igual que Monet era irrelevante si no era realmente Monet. Entonces, ¿por qué Thorne abastecía su colección con tales objetos? El hombre tocó la punta del marco con un dedo enguantado, moviendo el cuadro solo unos centímetros.

Su ojo para la precisión era lo que lo convertía en un experto. Podía reproducir cualquier cuadro a la perfección y, por tanto, si se le presentaba la oportunidad, robaba obras originales y las sustituía por sus falsificaciones, sin ser detectado. Ya había robado media docena de obras a los ricachones de Long Island, y sólo los Morton habían notado la ausencia de su Goya, el cual se había vendido bastante bien a uno de sus contactos en Francia. Un británico llamado Giennes tenía una galería clandestina cerca de Montmartre y los compradores siempre pagaban bien por conseguir lo que Giennes tenía colgado en sus paredes. Un Goya era más fácil de vender, pero menos satisfactorio económicamente. Sin embargo, un Monet o un Renoir le llenarían los bolsillos durante la siguiente década.

El ilusionista mostró una sonrisa arrogante a la cámara de seguridad que había sido pirateada de forma inalámbrica. Estaba reproduciendo una imagen en bucle de un vestíbulo vacío mientras él echaba un vistazo. Para todos los efectos, era un fantasma deambulando sin ser visto por la finca de Thorne.

Imposible de atrapar.

Imparable.

Una ilusión.

EL BLOC DE DIBUJO Y SU GRUESO PAPEL ERAN NÍTIDOS Y BLANCOS. UNA PIZARRA EN BLANCO para que Callie creara sus sueños. Acurrucada en un gran sillón junto a la cama de Wes, examinó el juego de lápices de grafito recién afilados y eligió un HB medio. Luego se concentró en su tema, un hombre sexy y deliciosamente desnudo en una cama extra larga. Wes estaba dormido, tumbado boca abajo, con la cara vuelta hacia ella y un brazo colgando de la cama. Las mantas le cubrían la parte baja de la espalda y dejaban al descubierto una pierna musculosa. Tenía una tendencia muy divertida a patear las sábanas durante la noche, así que era una suerte que su corpulento cuerpo estuviera caliente y evitara que ella se congelara.

Utilizó el lápiz HB para dibujar ligeramente el marco de la cama y luego los contornos de su cuerpo. Trazando el volumen de sus brazos y la inclinación de sus hombros hasta la cintura, utilizó sombras y zonas blancas para dar definición y vida a su cuerpo. Con uno de sus lápices H más claros, dibujó la línea relajada de sus cejas, su nariz recta, su fuerte barbilla y la caída de sus espesas pestañas sobre las mejillas. Dibujó la ligera curva ascendente de sus labios y la expresión somnolienta de satisfacción en su rostro.

¿Con qué soñaba un hombre como Wes Thorne? ¿Con arte? ¿Con mujeres? ¿Con tesoros del sótano del Louvre?

El sol de la mañana tenía ese singular tono de amarillo dorado y cálido mientras avanzaba lentamente por la habitación y ascendía por el marco de la cama para iluminar a Wes. El sol, como un amante, acariciaba su piel ligeramente bronceada, rozando la parte superior de su cabeza escarlata, revelando mechones color miel y bronce. La noche anterior, Callie había enterrado las manos en ese pelo, tirando de éste mientras Wes la había torturado con éxtasis. Se mordisqueó el labio inferior y suspiró, con una sensación de ensueño y satisfacción que la llenó por completo. ¿Por qué no podían ser así todos los días? Días llenos de arte, aventuras y amor.

Callie siguió dibujando la escena de la cama desarreglada, sonriendo más de una vez. Tendría que ocultárselo. Él nunca podría verlo. Se reiría de ella. A unos metros, los agapornis estaban acomodados en su jaula, agitando las plumas y parpadeando de manera soñolienta. La hembra metió la cabeza en su cuerpo y se posó en la barra más cercana a Callie. Sus plumas verdes con un matiz melocotón eran cálidas y parecían brillar con un tenue destello en las puntas, como si las hubieran sumergido en luz solar líquida. El agapornis macho saltó del nido hacia su compañera y pio con entusiasmo. Callie lanzó una mirada a Wes, pero él no se movió.

Después de terminar su boceto de Wes, firmó con sus iniciales y lo fechó antes de pasar a otra página. Los pájaros eran difíciles de capturar. No se quedaban quietos, sino que saltaban y pían. Los pájaros parisinos del exterior se posaban en el balcón y hablaban en su propia lengua aviar, conversando con los agapornis. Callie capturó bocetos de los pájaros, rápidos trazos de sus alas, sus caras, sus ojos brillantes y sus poses cariñosas.

Nunca sería capaz de vivir en un lugar sin muchos pájaros, ya fuera en libertad o como mascotas. Los sonidos y la necesidad de oírlos formaban parte de ella, igual que su amor por las montañas y la sensación de estar a caballo. Tras unos pocos días en París, sabía que algún día tendría que volver. La ciudad parecía palpitar con una especie de energía creativa silenciosa, como el latido de un corazón invisible formado por las pasiones colectivas de mil artistas, vivos y muertos. Callie estaba conectada con esas otras almas, uniéndose a ellas en la búsqueda de la creación del verdadero arte.

Mientras trabajaba en más bocetos, pensó en la conversación que había tenido con Wes la noche anterior. Él quería pagarle los estudios de arte y ya había llenado la solicitud. Callie sabía

que podía aceptar la forma en que él había actuado en su favor, al menos en este caso, pero si lo hacía con demasiada frecuencia en otros ámbitos de su vida, iba a tener problemas con él.

Su verdadera preocupación era el dinero. Aceptar una ayuda económica tan cuantiosa como el pago de la escuela de arte iba en contra de sus creencias. Solicitaría becas, por supuesto, pero si no podía optar a ninguna y Wes le pagaba la matrícula, sería demasiado. Nunca podría devolvérselo. Jamás. Entonces, ¿él esperaría que se lo pagara de otra manera? Ya estaban teniendo relaciones sexuales. ¿Qué más podía querer? ¿Qué más podía dar ella?

El móvil de Wes vibró sobre la mesa a su lado. El traqueteo del aparato electrónico contra la madera fue fuerte y estremecedor, agitando a sus agapornis. Wes gimió y buscó el teléfono a tientas.

—¿No eres un madrugador? —preguntó ella con dulzura cuando él estudió la pantalla del teléfono con un ojo entrecerrado y luego presionó el botón de ignorar.

—¿Y tú sí? —replicó con una risita soñolienta mientras se rodaba sobre su espalda.

—Sí. El trabajo en la granja te convierte en una persona madrugadora, quieras o no —dejó su lápiz 2H claro y cogió un 2B oscuro para sombrear una parte de uno de sus agapornis sobre el papel, creando textura para mostrar que el pájaro se estaba acicalando las plumas. Satisfecha con el efecto, sintió el impulso repentino de enseñárselo a Wes. Siempre había mantenido su arte en secreto. Su padre y Fenn nunca habían tenido tiempo de verlo.

Le dio la vuelta a la libreta y le enseñó el boceto.

—¿Qué te parece?

Él se incorporó e inmediatamente hizo un gesto con la mano, indicándole que se acercara.

—Ven aquí —se hizo a un lado para que ella pudiera sentarse en la cama mientras le entregaba el bloc. Él lo cogió con una reverencia tan evidente que Callie empezó a sonrojarse. Su aguda mirada recorrió los pájaros sin perder detalle. Una oleada de nervios estalló en su estómago y su respiración se entrecortó un poco—. Has conseguido capturarlos en movimiento. Siempre admiro a los artistas que pueden esbozar una pose a partir de la memoria cuando el sujeto está en constante movimiento —su mirada se desvió hacia los pájaros de la jaula. Los dos agapornis estaban acurrucados juntos, observándolos a él y a Callie.

—Pequeños bribones —exclamó, y luego acarició la espalda de Callie—. Dejan de moverse en cuanto acabas. Apuesto a que creen que te están entrenando en el difícil acto de retratarlos.

Callie soltó una risita, encantada de que Wes la estuviera provocando.

—Dudo que ese sea su objetivo secreto —cogió su bloc, pero Wes lo apartó de su alcance.

—No he terminado de mirar —volvió a la página anterior antes de que ella pudiera detenerlo, mirando fijamente la imagen que había dibujado de él en la cama. Callie contuvo la respiración durante tanto tiempo que los pulmones terminaron por arderle. ¿Se enfadaría? ¿No le gustaría? No creía que pudiera soportar ninguna de las dos reacciones—. Callie —su voz fue suave, y la mano en su espalda se detuvo.

Se movió inquieta, con la preocupación y la tensión anudadas dolorosamente en su estómago.

—Lo siento. No debí…

—No —dijo, y dejó la libreta en la cama antes de inclinarse hacia ella y besarla profundamente.

Aturdida por el beso rápido, apasionado y demasiado profundo, parpadeó.

—¿No estás enfadado?

—¿Enfadado? Claro que no. Es un honor que me hayas dibujado. Tienes un talento increíble —trazó sus labios con los pulgares.

—No. No lo tengo. No tienes que adularme, Wes. Ya estoy en tu cama.

Unas nubes oscuras ensombrecieron el azul cobalto puro de sus ojos.

—Lo que hacemos en la cama no tiene nada que ver con esto —levantó el bloc—. Si fueras un viejo calvo y sin ningún atractivo, aun así te diría la verdad sobre tu arte. Tienes talento. Por suerte para mí, eres una joven hermosa a la que felizmente seduje hasta mi cama —le cogió la barbilla—. Ni por un momento pienses que quiero fomentar tu arte simplemente para acostarme contigo. Eso no me habría importado si el sexo fuera lo único que quisiera. ¿Lo entiendes? —su pregunta parecía muy seria, como si realmente deseara que ella lo entendiera.

—Creo que sí —a él le gustaba ella y su arte. No utilizaba su arte para acostarse con ella. Realmente pensaba que ella tenía talento, y realmente la deseaba. Eso era bueno.

Cuando Callie le sonrió, la tensión acumulada en el cuerpo de Wes pareció liberarse.

—Bien. ¿Por qué no te acuestas conmigo? Aún estoy un poco cansado —dejó el bloc a un lado y tiró de ella para que se tumbara a su lado. Callie supuso que él iniciaría el acto sexual, y se sorprendió cuando él pareció contentarse simplemente con abrazarla.

—Esto está muy bien —susurró ella, acariciándole el cuello con la nariz y cerrando los ojos. Siempre había deseado tener este tipo de intimidad con un hombre, pero no lo había conseguido, no hasta ahora. Y la sensación de sus cuerpos, acurrucados como agapornis, hizo que su pecho casi explotara con un calor suave y aletargado, como un vaso de bourbon junto a un cálido fuego de invierno.

Wes le acarició la espalda con una mano y apoyó la mejilla en la coronilla de su pelo.

—Arriesgándome a estropear este agradable momento —dijo, riendo suavemente—, quiero hablarte de la escuela de arte.

Ella se puso rígida, pero sus brazos la rodearon, impidiéndole retroceder.

—Históricamente —continuó—, los artistas con talento recibían el apoyo económico de mecenas. Lo único que te propongo es que me permitas ser tu mecenas.

Callie aspiró su cálido aroma masculino y se relajó. Cuando expresaba así sus argumentos, resultaba imposible discutir sin parecer tonta.

Cuando levantó la cabeza y lo miró a los ojos, observó la boca de Wes, firme como una sólida línea. Ella deslizó un dedo por sus labios fruncidos y sonrió un poco.

—Mecenas, ¿eh? Podría estar de acuerdo.

Sus labios se curvaron en una sonrisa bajo su dedo.

—Bien. Entonces, ¿no tienes inconveniente en pasar la próxima semana recibiendo clases particulares en el Louvre?

—¿Clases particulares en el Louvre? —Callie parpadeó, mirándolo fijamente—. ¿Es eso posible? ¿Quién me daría esas clases?

—Bastantes artistas con talento que conozco se ofrecerían encantados —parecía completamente serio.

—Vale… suponiendo que consigas gente que me enseñe, entonces no puedo negarme.

—No —Wes hizo que las puntas de sus narices se tocaran—. No puedes negarte, ya no —el azul de sus ojos era penetrante, y Callie supo que tenía razón. Cualquier cosa que él le diera, fuera de la cama, en la cama, ella no podría negarse… y no quería hacerlo—. Cariño, cuando tus ojos me queman así se me pone dura —la subió a su regazo para que pudiera sentarse a horcajadas sobre él. Luego deslizó las manos entre su pelo y le devoró la boca—. Joder, te quiero mojada para mí.

—Lo estoy —Callie se frotó contra la presión de su erección a través de la fina capa de sábanas que los separaba, deleitándose de lo cómoda que se estaba sintiendo con su propia sensualidad.

—No lo suficientemente mojada —de pronto, la tumbó sobre su espalda y ella chilló, riendo mientras él le quietaba la camisa y las bragas, a pesar de sus intentos poco entusiastas de escapar de él. Cuando estuvo desnuda y sonrojada bajo su cuerpo musculoso y esbelto, sus forcejeos finalmente se detuvieron y se rindió a él.

Jadeó cuando la penetró sin previo aviso, pero estaba más que preparada. Wes movió las caderas con fuerza y violencia, mirándola mientras la reclamaba. La tenía sujeta por las muñecas a ambos lados de la cabeza. No importaba lo mucho que se resistiera, era inútil y eso la excitaba aún más. La idea de que la mantuviera debajo de él, indefensa, sólo para darles placer a ambos, era lo que marcaba la diferencia en su excitación. Al verse dominada por Wes, sólo conseguía sentir placer, tanto placer que gritaría una y otra vez si él no le cubría la boca con la suya. Wes gimió y se hundió más en su interior; la presión que ejercía sobre ella era demasiado fuerte para mantenerla callada.

—Wes —gimió ella, arqueando la espalda, con los pechos deseando su atención.

Con una pequeña sonrisa de complicidad, él balanceó las caderas, tocando un punto muy dentro de ella.

—Eres incapaz de liberarte, cariño —dijo, y soltó una carcajada oscura—. Te hace estar mucho más húmeda para mí, ¿verdad?

—Sí, Dios, sí —él la había reducido a expresiones de una sola palabra. La conexión entre ellos se intensificó a medida que llenaba cada parte de ella.

—¿Puedes soportar más? ¿Más fuerte? —Wes gruñó las preguntas, concentrado en su rostro como si memorizara sus reacciones a cada movimiento.

Callie asintió, sin aliento. Sí podía. Quería más, más fuerte. Wes disminuyó el ritmo, pero profundizó e intensificó la fuerza de las penetraciones. Echando la cabeza hacia atrás, ella se arqueó con cada sacudida de sus caderas. Wes bajó la cabeza hacia ella, mordisqueándole la barbilla, la garganta, provocando sus labios con besos casi inexistentes, desesperándola. Los dedos de Callie se cerraron en puños mientras jadeaba y gemía. Sin piedad, él la reclamaba por completo, su unión la consumía, la quemaba hasta que La reclamó sin piedad, su unión la consumió, la quemó hasta que no tuvo nada más que dar y todo lo que pudo hacer fue aceptar la delgada línea del dolor y el placer.

—Déjame ver tus ojos —le exigió con voz áspera.

Callie se encontró con sus ojos y lo que vio la deshizo, como una estrella en los confines de la galaxia, explotando en un brillante destello de luz. Allí, en su rostro, vio deseo y necesidad más allá de lo físico y eso la hizo estallar por dentro. Él la necesitaba como nunca nadie la había necesitado y eso la llenó de excitación y esperanza. Callie estalló de placer, y el cuerpo de Wes se estremeció sobre el suyo mientras gritaba y luego se posaba pesadamente sobre ella. Luchando por respirar, Callie aspiró una y otra vez, con la esperanza de relajar los latidos desenfrenados de su corazón y el estruendo de la sangre en sus oídos.

Wes, jadeante y sonriente, giró sus cuerpos aún fusionados para que ella se tumbara encima. Los envolvió con las mantas y acercó una de las manos de Callie a sus labios. Le besó la punta de los dedos, luego los nudillos y, por último, el interior de la palma. Los ojos de este hombre eran suaves, y las pequeñas líneas alrededor de sus ojos aparecieron mientras le sonreía. A Callie se le estrujó el corazón y cogió una de sus manos y le besó el interior de la palma. Sus manos eran un objeto de fascinación para ella. Los dedos eran fuertes, pero largos y elegantes. Manos que la sujetaban, manos que la acariciaban y la provocaban hasta hacerla olvidar su nombre.

—¿Estás contenta de haber venido aquí conmigo? —preguntó, con expresión muy seria.

Era difícil explicar lo que sentía. Hasta ahora, había cabalgado por un camino, un camino

claro y abierto. Pero al enterarse del compromiso de Fenn, se había sentido tan nerviosa como una potra durante una tormenta, abandonando su camino para adentrarse en la oscura cañada de madera de un lugar en el que nunca había estado. Este nuevo mundo era emocionante, pero a veces aterrador. Había tantas sombras como rayos de luz entre las copas de los árboles. Estar con Wes no le parecía un camino a seguir, sino más bien una cañada, un lugar solamente para existir. Y eso la dejaba perpleja e insegura de sí misma.

—Soy feliz —dijo finalmente. Era la verdad. Enfrentarse a sus propios miedos era a veces la única manera de luchar por lo que importaba. era importante ser feliz, y si tenía que asustarse de vez en cuando, lo haría—. ¿Y tú?

Sus ojos insondables estaban teñidos de tristeza.

—Nunca he buscado la felicidad, pero estando contigo… la felicidad llega muy fácilmente —su confesión estaba llena de confusión, como si no pudiera entender cómo era posible.

—Todo el mundo merece ser feliz —señaló ella.

Wes frunció el ceño.

—Tal vez, pero muchos no buscan en los lugares adecuados.

—¿Como tus padres? —preguntó con cuidado—. Nunca hablas de ellos, y por lo que dice Hayden, no es precisamente fácil estar con ellos.

Su risa amarga la sobresaltó.

—¿Fácil estar con ellos? Callie, querida, no tienes ni idea. No han existido dos personas tan absortas en sí mismas y en su dinero y poder. Nadie más les importa. Manipulan a todo el mundo y exigen que todos se ajusten a sus reglas. Hayden y yo hemos sido repudiados hasta cierto punto por no ajustarnos a sus expectativas.

—¿Qué esperaban de ti? —Callie entrelazó los brazos sobre el pecho de Wes y apoyó la barbilla en ellos.

Las manos de Wes se deslizaron bajo las sábanas para coger sus caderas, sujetándola posesivamente. Su polla, aún en su interior, hizo que su cuerpo sintiera un cosquilleo nuevo.

—Mi padre quería un hombre de Wall Street. Mi madre quería que me casara con una de las hijas de sus amigos para tener un mejor acceso a la sociedad. Ninguna de las dos cosas me atraía lo más mínimo.

Callie podía percibir que eso lo hacía sentirse atrapado. El cuerpo de Wes se tensó y su boca formó una línea firme.

—Lo lamento —ella le besó el pecho justo encima del corazón. Formaban una extraña pareja. El hombre que lo tenía todo estaba atrapado. Ella, que no tenía nada ni forma alguna de disfrutar de una vida plena, también estaba en cierto modo atrapada. Sin embargo, habían hecho de París una vía de escape para ambos. La única pregunta era, ¿cuánto tiempo podrían huir los dos?

CAPÍTULO 17



—Es una de las mujeres con más talento que he visto —dijo Antoine Pichot mientras se reunía con Wes en la sala de observación. Estaban en el sótano del Louvre, en una sala de observación privada que tenía una ventana con un espejo unidireccional. Durante la última semana, Wes había traído aquí a Callie y le había permitido pasar media mañana aprendiendo un nuevo medio o estilo, con un artista nuevo cada día. Luego la llevaba a ver la ciudad por la tarde y después a casa para ir a la cama, que resultaba ser su parte favorita del día.

La rutina había sido agradable y extrañamente satisfactoria. No podía concebir otro deseo para su vida en esta última semana que no fuera estar con Callie. Mientras ella recibía sus clases, él había dedicado su tiempo a hacer encargos y, a la hora de comer, había ido a recogerla y se había tomado unos minutos para admirar su trabajo sin que ella lo supiera.

—Domina la acuarela, el óleo, el acrílico, el grafito, el carboncillo —Antoine señaló los distintos métodos con los dedos. Antoine era uno de los pocos pintores que practicaban el retrato al óleo al estilo antiguo. Wes sólo había hecho una llamada y enviado fotos de los bocetos de Callie antes de que Antoine aceptara entrenarla.

Su preciosa Callie le robaba toda la atención. Sentada en un taburete frente a un gran caballete, llevaba el pelo dorado recogido en la nuca. Una enorme camisa blanca abotonada, una de sus antiguas prendas, cubierta de salpicaduras y manchas de pintura, colgaba alrededor de su figura exuberante y llena de curvas. Parecía adorable y lista para follar.

—Sabía que ella sería brillante —Wes sonrió.

Antoine, unos años mayor que Wes, había manifestado interés por Callie; malditos franceses y sus insaciables apetitos. Por otro lado, no podía juzgar cuando se trataba de apetito sexual, pero ver la mirada apreciativa de Antoine recorriendo el cuerpo de Callie lo obligó a controlar sus celos y su posesividad natural cuando se trataba de su mujer.

—¿Quién es? ¿De dónde es? —Antoine apoyó las manos en el alféizar de la ventana.

—Sólo una chica de un pequeño pueblo de Colorado. Una verdadera inocente —Wes comprobó su reloj y luego él y Antoine salieron de la habitación oculta para reunirse con Callie.

—¡Wes! —ella le sonrió—. Casi tengo dominado este trabajo de imitación —señaló con orgullo una bailarina de Degas que había pintado. Era perfecta. Él miró detenidamente la obra original junto a la suya y luego volvió a mirar la imitación. Pincelada a pincelada, era perfecta. No podía distinguirlas.

Antoine sonrió.

—Es una experta. ¿Quieres saber por qué?

Wes asintió. No podía creer que hubiera llegado tan lejos en muy poco tiempo.

—La mayoría de los artistas tienen ego. Se niegan a imitar el estilo de otro. Siempre dejan

algún pequeño rasgo estilístico que los delata bajo un escrutinio minucioso. La señorita Taylor no hace eso.

A Callie se le escapó una risita mientras dejaba los pinceles y la paleta en una mesa auxiliar.

—Creo que debo tomármelo como un cumplido.

—Deberías —dijo Antoine, mostrándole una sonrisa ganadora que enfureció a Wes.

—¿Tienes hambre? —dijo Wes, obligándose a reprimir la creciente oleada de celos.

—Sí —Callie besó a Antoine en la mejilla antes de marcharse a encargarse de las obras de arte y limpiar su puesto de trabajo.

Después de que ella y Wes se despidieran de Antoine, salieron de las salas privadas de trabajo artístico del Louvre. Estaban a mitad de camino de la salida del Louvre cuando su móvil zumbó. Callie dejó de caminar cuando él se detuvo a contestar.

—Habla Thorne.

—Señor Thorne, soy el agente Kostova del FBI. Los Morton me llamaron para decirme que el Goya había aparecido en su puerta a través de un servicio de mensajería privado esta mañana. Dijeron que tenía una nota suya explicando que lo había encontrado en París. Nos alegramos de que haya vuelto.

—Bien —Wes se sintió aliviado. Había confiado en el servicio de mensajería, pero era bueno saber que el Goya había vuelto oficialmente a manos de sus dueños. No había querido perder de vista el cuadro, pero había tenido que hacerlo para poder devolverlo.

—Señor Thorne, le llamo porque ha habido otro rob.

Sus dedos se estrujaron alrededor de su teléfono.

—¿Otro?

—Sí, también durante una fiesta. Hay pocos hombres vigilando para que el ladrón se sienta cómodo. Los Morton dicen que sigue en París. Nos gustaría que volviera a Weston para echarnos una mano.

¿Otro robo? Estrujó el teléfono con tanta fuerza que la carcasa crujió en su mano. Sabía perfectamente quién estaba detrás de esto. El Ilusionista.

—¿Y qué quiere que haga? —preguntó Wes al agente Kostova.

Callie se acercó, como si percibiera su tensión, y le rodeó el brazo con los dedos, inclinándose hacia él.

—Quiero que no ayudes a organizar una operación. El último robo ocurrió en la residencia privada del señor Jaxon Barrington. Dice que sois amigos.

—¿Jax?

Jaxon Barrington era el propietario del exclusivo club BDSM The Gilded Cuff, en Weston. Emery, Royce y Wes estaban entre los miembros fundadores.

Kostova se rio.

—Él dijo que usted se sorprendería. Estaba celebrando una fiesta exclusiva y una de sus piezas más pequeñas desapareció. Pensó que quizá usted querría ayudarlo a capturar al ladrón utilizando su club como lugar para atraerlo. Puedo darle más detalles en cuanto regrese y podamos conocernos en persona.

Wes lo meditó. Quería quedarse en París con Callie, pero había que detener a este hombre. El robo de arte era lo único que no podía tolerar, especialmente cuando sus amigos eran víctimas. Por eso tenía una habitación oscura, secreta e indetectable. Ninguna de sus valiosas piezas podía ser encontrada. Arriesgar una de ellas tan abiertamente… hacía que cada músculo de su cuerpo se tensara como resortes en espiral. Pero si eso significaba descubrir quién era este maldito ladrón, lo haría.

—Organizaré un vuelo de regreso mañana.

—Gracias, señor Thorne. Estaremos en contacto entonces —Kostova colgó.

—¿Nos iremos de París? —la voz de Callie era suave, pero resonó en la silenciosa y cerrada galería renacentista.

Wes miró a su alrededor, percibiendo las miradas de más de una Madona aferrando a su niño Jesús contra su pecho. Joder, no quería dejar este lugar. Llevar a Callie de vuelta a Long Island significaba que volvería a ver a Fenn, y esa sola idea le provocaba un nudo en el estómago. Por fin se estaba rindiendo a él. Podía perderla si la regresaba demasiado pronto. Una mirada a ese maldito vaquero y ella volvería a estar destrozada por dentro. Era lo último que Wes quería.

—Ha habido otro robo de arte. El FBI quiere que vuelva y les ayude con una operación.

—¿Otro? —sus ojos se abrieron de par en par cuando empezaron a caminar de nuevo.

—Sí. Me darán los detalles cuando volvamos a la isla. Lo siento, Callie —quería enseñarle más cosas, pero no tendría la oportunidad de hacerlo.

Callie tiró de su brazo, deteniéndolo. Luego se puso de puntillas delante de los silenciosos observadores, aquellos rostros renacentistas sobre lienzos al óleo agrietados, y lo besó. Su pequeña boca era dulce y receptiva, con una lengua suave pero curiosa contra la suya. En ese momento no había nada que él deseara excepto a ella. Sólo a ella. Wes daría *todo* por permitir que esto fuera eterno. Nunca se había sentido tan bien con un beso, tanto que no le importaba vivir más allá del beso.

Se sintió un poco aturdido cuando ella terminó el beso y lo miró con esos ojos antiguos y enternecedores.

—Me has dado algo maravilloso, Wes, algo que nunca podré devolverte. Me has abierto los ojos —sus largas pestañas se abrieron en abanico mientras parpadeaba rápidamente, con los ojos brillantes.

—Callie…

Ella sacudió la cabeza.

—Me estaba muriendo por dentro y tú me has rescatado. Gracias —cuando ella volvió a besarlo, Wes sintió el sabor salado y la humedad de las lágrimas en sus mejillas, y eso lo abrumó. No quería ser la fuente de otra lágrima para ella, o permitir que cualquier otra cosa la hiciera llorar.

—Nombra cualquier cosa y te la daré —le prometió. Aunque ella pidiera la luna, él se la conseguiría. La necesidad de hacerla feliz lo llenaba de una desesperación silenciosa que no podía ignorar hasta que pudiera hacerla sonreír de nuevo.

—¿Partiremos mañana?

Él asintió.

—Entonces cenamos en casa esta noche —ella sonrió, y esa única sonrisa lo golpeó con fuerza detrás de las rodillas—. El postre en la cama, también.

—Por supuesto —prometió. Haría de ésta una noche para recordar. Una que él mismo nunca olvidaría.

Callie terminó su copa de merlot y siguió a Wes al salón. Hacía un poco de frío, así que él había cogido las mantas más suaves y las había colocado en el sofá, junto al televisor. Una noche de cine. Perfecto. Cuando entró por completo en la habitación, sonrió encantada. Había media docena de velas en las mesas, cuyas llamas bailaban con la brisa de la ventana

entreabierta. La luz de las velas se reflejaba en la costosa botella de coñac que reposaba sobre la mesita junto con una pequeña caja carmesí del tamaño de su mano. Wes estaba de pie junto al sofá, con dos copas de coñac ya servidas.

—Siéntate —inclinó la cabeza hacia el sofá.

—¿Qué es todo esto?

—La primera parte del postre —su sonrisa juguetona y diabólica la hizo reír. El sofá parecía tan acogedor, con todas esas mantas y el calor de las velas cercanas. ¿Cómo podía una chica resistirse? Una vez acomodada en el sofá, Wes se unió a ella, sentándose lo bastante cerca como para que su calor corporal la envolviera de un modo delicioso. Él depositó uno de los vasos en su mano.

—¿Has tenido alguna vez una experiencia de «degustación»?

—¿Degustación? —Callie nunca había oído hablar de eso.

Wes levantó su copa a modo de demostración.

—Degustar es probar bebidas y alimentos en un orden y de una manera determinados para mostrar un contraste o un realce de sabores —él se inclinó hacia delante y deslizó la punta del dedo por su nariz. El contacto le produjo un cosquilleo en lugares secretos—. A veces, nuestro sentido del olfato se adapta demasiado rápido a los sabores y olores, por lo que pasamos por alto sabores sutiles pero exquisitos. La degustación los intensifica —le acarició los labios—. Se trata del aroma y el sabor.

Callie lo miraba, paralizada, con un cosquilleo en el cuerpo con cada caricia y cada mirada abrasadora que le dirigía.

—¿Y cómo funciona?

—Levanta la copa, bebe un sorbo, deja que el coñac te impregne la lengua y luego trágatelo.

Wes esperó hasta que el borde de la copa tocó sus labios, y entonces bebieron un sorbo al mismo tiempo. El potente sabor del coñac la golpeó un segundo después. El sabor dulce y concentrado le pesó en la lengua. La garganta de Wes trabajó mientras tragaba y Callie no podía evitar mirarlo con fascinación. Todo lo que hacía la fascinaba, la atraía, la hacía desear estar en la cama con él y no marcharse nunca. ¿Cómo podía ejercer un poder tan intenso sobre ella?

—Tus ojos son del mismo color que el coñac —musitó, como hipnotizado por ella—. Hacen que un hombre se dé cuenta de lo sediento que está —se inclinó hacia ella, con la boca a escasos centímetros. La atención de Wes hizo que su estómago entrara en una espiral vertiginosa. Era imposible ignorar su feminidad cuando él estaba cerca. Su cuerpo cobraba vida cada vez que él la miraba así. Casi gritó de frustración cuando se apartó sin besarla—. No te preocupes, cariño. Habrá *horas* de eso esta noche —sus palabras la envolvieron en una densa bruma de deseo por cosas oscuras y deliciosas. Su vientre se estrujó con anticipación, pero el hecho de no ser besada la despertó del aturdimiento y frunció el ceño.

—¿Cuántas veces tiene que pedir una chica que la besen? —exigió con voz ronca, esperando que él cediera y la besara con todas sus fuerzas. Era lo que Callie quería, lo que necesitaba.

La sonrisa voraz de Wes provocó un pequeño escalofrío en su interior.

—Paciencia, pequeña fiera.

—¿Fiera? —ella se rio, casi mareada, y bebió un trago apresurado de coñac.

—No te precipites —emitió un sonido de desaprobación y levantó la pequeña caja de la mesa.

—¿Qué es eso? —Callie intentó cogerla, pero él la cogió de la muñeca y la mantuvo cautiva durante un largo segundo antes de soltarla con un beso en el interior de la muñeca.

—Estás muy impaciente esta noche.

La sonrisa de Callie se desvaneció. ¿Cómo podía explicar la urgencia de estar con él? No podía confesar su miedo a que mañana se acabara toda esta maravillosa pasión. Sintió un cosquilleo en la nariz y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Wes entrecerró los ojos y le cogió la nuca.

—¿Qué sucede? Se te han oscurecido los ojos —observó.

Callie parpadeó para ahuyentar el escozor de unas lágrimas casi inexistentes.

—¿Qué hay en la caja? —preguntó ella, intentando ser paciente. La última semana con él había sido tan increíble y maravillosa que tenía miedo de marcharse, de volver. Por primera vez en su vida, sentía que era el centro del universo de alguien y que ese alguien era el centro del suyo, un círculo perfecto en lugar de una calle de sentido único. Un sentimiento así era difícil de abandonar. *Wes* era difícil de abandonar.

—Los mandé hacer de forma especial —levantó la tapa y reveló un trío de chocolates—. Hay una chocolatería especializada en Tulsa, Oklahoma, una de las mejores del país. Hacen sabores únicos —Wes utilizó un pequeño tenedor para cortar uno de los bombones por la mitad y luego raspar el interior—. La mejor forma de saborear el chocolate es probar el relleno, dejar que permanezca en la lengua —levantó el tenedor y Callie separó los labios, permitiendo que le ofreciera el delicioso dulce. Era intenso, con un toque de naranja, algo que sabía a cítricos, y chocolate con leche caliente. Ella gimió suavemente.

Él cortó el siguiente chocolate.

—Este es tu sabor para mí. Fresca como la primavera, con un toque de cítricos —acercándose un poco más, le tendió el tenedor con el relleno del siguiente bombón listo para su boca—. Prueba el siguiente.

Callie abrió la boca para el siguiente bocado. Era intenso y oscuro, con un toque de sal.

—¿Qué contiene?

—Sal marina y el chocolate negro más puro que puedas encontrar en la tierra —alzó una comisura de sus labios en una sonrisa diabólica.

Callie se lamió los labios. Sabía a él. Un chocolate que sabía a su amante. *Su amante*. La palabra creó una espiral de calor oscuro en su interior.

Cuando Wes cortó el tercer chocolate, a Callie ya se le hacía la boca agua. La concentración de Wes era intensa.

—Esto es lo que llaman una galleta de avena —le dio el último trozo. Los ojos de Callie se abrieron de par en par.

Realmente sabía a galleta de avena.

—Ahora, bebe el coñac y, cuando termines de tragar, cierra la boca y exhala lentamente por la nariz.

Sorbió el coñac, cerró la boca y exhaló. Nuevos sabores estallaron en su lengua. Era algo mágico, el torrente de jarabe de arce, azúcar moreno, nuez moscada, canela, cada sabor claro y distinto.

—Cierra los ojos y dime lo que ves —Wes tenía las manos en sus caderas y sus rodillas se tocaban.

Ella obedeció.

—Veo… —dejó que los sabores le hablaran—. Una cabaña en la base de una montaña. Las hojas son rojas y doradas. Un fuego cálido en una chimenea de piedra, llamas bermellón —suspiró, hundiéndose en la visión celestial. Él estaba allí con ella, en esa cabaña fantástica, su cuerpo y el de ella fundiéndose una y otra vez, con dedos entrelazados, susurros de placer y pequeños jadeos de éxtasis. No había distancia, sólo unión.

Los labios de Wes rozaron los suyos, un beso real, no parte de su fantasía. Callie abrió la boca, buscando su lengua. Él gruñó contra sus labios y la levantó repentinamente, con sus piernas enroscándose alrededor de sus caderas mientras la llevaba al suelo y la colocaba sobre la gruesa alfombra.

—Lo lamento, no puedo esperar… —él le sujetó la camisa por el cuello y la rasgó por la mitad. Los botones salieron disparados, desapareciendo en la gruesa alfombra mientras Wes desnudaba su piel. Llevaba un sensible sujetador blanco de algodón y él gimió, con las manos trémulas—. Como una maldita fantasía cada vez que te veo —se deslizó entre sus muslos y la besó en los pechos. Luego le mordió el sujetador y tiró de él hacia abajo para exponer sus senos. Lamió y chupó un pezón hasta que se puso erecto y Callie gimió. Luego se dirigió al otro pecho. Ella le sujetó la cabeza y tiró de su pelo, animándolo a seguir. El coñac le producía un delicioso zumbido, y lo único que deseaba era hacer el amor con Wes toda la noche hasta el amanecer.

—Por favor, Wes. Te *necesito* —suplicó. El dolor entre sus muslos era agudo y exigente. Sólo él podía aliviar la salvaje necesidad que sentía de ser reclamada, poseída. Plena y completamente.

Wes se sentó sobre los talones, se abrió los pantalones, bajó la cremallera de los jeans de Callie y los arrastró hasta sus rodillas. Después le quitó las botas y los calcetines. Luego la tumbó sobre la alfombra y la cubrió con su cuerpo, enjaulándola. Movió sus caderas en círculos contra las de ella, provocándola mientras la besaba. Con una mano, guio el pene hasta su entrada. El rápido y repentino empujón la hizo echar la cabeza hacia atrás y chillar. Wes le acarició el cuello con la nariz y le mordió el sensible espacio entre el cuello y el hombro mientras la follaba.

Embistiendo con fuerza y profundidad, y luego con lentitud y suavidad, la torturó, la provocó, hasta que se deshizo. Callie no era muy consciente de que le estaba suplicando más, con más fuerza. Sus uñas marcaban su espalda y sus pezones rozaban su pecho liso, la sensación era demasiado para ella.

—¿A quién perteneces? —exigió con un gruñido gutural en su oreja.

Callie jadeó, incapaz de hablar.

—¿A quién? —le estrujó el trasero y la levantó unos centímetros de la alfombra para azotarlo. Ella chilló y gimió un instante después ante la oleada de calor húmedo que se apoderó de ella. Otro golpe en el culo, el leve pinchazo la puso frenética por más—. Respóndeme.

—¡A ti! —jadeó—. Dios, sólo a ti, Wes. Por favor, fóllame —suplicó.

Eso fue todo lo que necesitó. La penetró con fuerza, moviendo las caderas en ángulos diferentes e impredecibles. Cuando le mordió el cuello, suave pero firme, Callie estalló. La sangre le rugió en los oídos y luchó por recordar quién era y dónde estaba. El precioso aire llenó sus pulmones y lo aspiró con avidez, apoyando la cabeza en el suelo. Las hermosas molduras del techo giraban sobre ella mientras recibía con agrado el mareo que acompañaba a las réplicas de su placer. El peso del cuerpo de Wes era agradable sobre el suyo, su piel caliente se sentía bien contra la suya.

Cada lugar que él tocaba la quemaba de todas las formas posibles. Bajó la cabeza, besándola, y luego apoyó la frente en la suya. Nunca se había sentido tan unida a nadie como en este momento. No necesitaba palabras, ni él tampoco. Cuando Wes se apartó, ella sólo tuvo unos segundos para echarlo de menos antes de que la levantara y la cargara completamente desnuda a través del pasillo hacia las escaleras. Una sonrisa perezosa curvó los labios de Callie. Le gustaba cuando se comportaba como un cavernícola y la transportaba de un lado a otro. Era agradable sentirse pequeña y delicada en sus brazos. No fue a su habitación, sino a la de ella.

—¿Por qué aquí? —le preguntó mientras la tumbaba boca arriba en la cama.

Wes se quedó allí de pie, completamente desnudo y repentinamente erecto una vez más.

—Quiero reclamarte en todas las superficies planas, empezando por ésta —se arrastró por la cama para inclinarse sobre su cuerpo flácido y saciado.

—Vale, no voy a discutir eso —se arqueó bajo él, dejando que sus senos rozaran su pecho.

—¿Sabías que… —se rio entre besos—, esta cama perteneció a una princesa francesa?

Callie arqueó una ceja.

—¿De verdad? ¿A cuál?

La mano de Wes se deslizó por su cuerpo, separándole las piernas antes de colocarse en posición y penetrarla. Se movieron juntos.

—¿Acaso importa? —rugió mientras ella cerraba sus paredes internas en torno a él—. Joder, qué bien se siente.

—Te lo estás inventando —dijo ella, riendo, y luego gimió cuando él giró las caderas y tocó un nuevo punto dentro de ella que la mareó—. Oh, justo ahí —suplicó, clavándole las uñas en los hombros.

Wes gruñó suavemente, triunfante, y empezó a penetrarla de nuevo, golpeando ese punto una y otra vez. Callie tiró de su cabeza hacia la suya, hambrienta de su beso, necesitando que estuvieran conectados de todas las formas posibles. Le sujetó e inmovilizó las manos, entrelazando sus dedos con los de ella. Una conexión más, una forma más de fundir sus cuerpos en un solo ser. La sola idea, el puro placer de pensar en eso, fue todo lo que Callie necesitó para llegar al límite. La forma en que él se estremeció sobre ella le demostró que se estaba deshaciendo exactamente al mismo tiempo. Sus pechos estaban unidos, los latidos de Wes, rápidos y salvajes contra los de ella, latían al mismo ritmo, como si fuera un solo corazón, no dos. Siguió besándola, a pesar de que ambos estaban hambrientos de aire y temblaban como potros recién nacidos.

—¿Siempre es así? —preguntó ella entre besos lentos, sonriendo por dentro y por fuera mientras todo su cuerpo se estremecía con las réplicas del placer.

Su mirada sorprendida la confundió.

—No. No siempre —dijo en voz baja, con su mirada abrasándola.

—¿También ha sido bueno para ti? —Callie se mordisqueó el labio con preocupación. Aunque estaba dolorida y aún experimentaba demasiadas sensaciones, sintió cómo él se retorcía dentro de ella.

—Ha sido mejor —dijo Wes con tanta sinceridad y seriedad que ella se sonrojó—. Lo digo en serio. Nunca nadie me había hecho sentir tan bien —balanceó las caderas y el cuerpo de Callie vibró como la cuerda de un violín, una sola nota de placer resonando en lo más profundo de su ser. No quería volver a Long Island. Si volvía a casa, perdería mucho—. No te preocupes por mañana —estrujó sus manos—. No te dejaré ir.

Sus palabras deberían haberla asustado, pero tuvieron el efecto contrario. Era exactamente lo que necesitaba oír. No se amaban, pero lo que tenían era bueno, demasiado bueno para perderlo.

—Bien —Callie le sonrió y lo besó, permitiendo que sus labios se unieran a los de él. Aún quedaban unas horas valiosas antes de que tuvieran que abandonar el paraíso.

CAPÍTULO 18



—Wes, siéntate —dijo Jaxon Barrington mientras le hacía un gesto a Wes para que ocupara un asiento. Estaban en el despacho ejecutivo de The Gilded Cuff. Jaxon, el propietario, amigo de Wes desde hacía mucho tiempo y la víctima más reciente del Ilusionista, caminaba de un lado a otro. Otro hombre, delgado y musculoso, vestido con un traje azul marino, apoyaba la espalda contra el escritorio con los brazos cruzados. FBI, si Wes tuviera que adivinar.

—El agente Kostova dijo que nos reuniéramos aquí —Jaxon se pasó una mano por el pelo oscuro y se obligó finalmente a sentarse detrás de su escritorio, pero su expresión sombría se mantuvo.

Kostova se apartó del escritorio y tendió una mano a Wes, quien la cogió. Kostova parecía joven, probablemente de unos veinte y tantos años.

—Señor Thorne, encantado de conocerlo. Sin duda necesitamos su ayuda. Quienquiera que esté detrás de los robos está empezando a cabrearme. Su ego es incomparable. El señor Barrington me estaba explicando la seguridad de su club y, sin embargo, uno de sus cuadros fue sustraído durante una fiesta. Quiero capturar a este tipo. La oficina quiere capturarlo. Sospecho que pronto se trasladará a otro lugar y podríamos perder la oportunidad de encontrarlo —Kostova miró a Jaxon y luego a Wes—. Barrington ha dicho que su colección es lo único lo bastante caro como para llamar la atención de este hombre. ¿Es cierto que tiene un Monet y un Renoir?

Después de que Wes respondiera con un asentimiento rápido, el agente continuó.

—Lo que nos gustaría hacer es organizar una fiesta aquí en el club y que usted exponga el Monet y el Renoir. Él no podrá resistirse al desafío. Tendremos que encontrar la manera de correr la voz, por supuesto, y él necesitará tiempo para ver la obra y reproducirla.

Wes retorció el anillo grabado de plata con el escudo de su familia, reflexionando en silencio. ¿Estaba dispuesto a arriesgar una de sus obras de valor incalculable para capturar al arrogante bastardo que estaba robando a sus amigos? Sin duda, una casa de subastas podría poner precio a su colección, pero para él esos cuadros no valían dinero. Le proporcionaban paz, y contemplarlos le infundía una alegría silenciosa e irresistible. Ninguna otra cosa lo había hecho sentir así, nada excepto Callie.

Pensó en los Morton y en lo felices y aliviados que se habían sentido cuando les había enviado el Goya a casa. Daniel lo había llamado para darle las gracias, y el calor en su pecho al recibir esa llamada lo ayudó. El ladrón estaba arriesgando el arte mismo y eso era suficiente para que él interviniese.

—Podemos usar el Monet. No voy a arriesgar ambos cuadros —dijo Wes tras un largo momento de reflexión. Si usaba uno para atraer al ladrón, no arriesgaría el otro—. Puedo hacer

que lo traigan al club cuando sea necesario.

—Bien —el agente Kostova asintió—. Ahora, para difundir la noticia, le sugiero que asista a un par de actos sociales, que vaya a ese tipo de fiestas en las que ha estado apareciendo el ladrón. Insinúe lo del Monet en conversaciones informales. Ya que estamos seguros de que es un hombre local, la noticia debería llegar rápidamente hasta él.

—Wes, el torneo anual de polo está programado para mañana, y Emery tiene una gala esta noche. Podríamos ir a la gala y, si todavía tenemos que correr la voz, podríamos jugar al polo —sugirió Jaxon—. Ya sabes lo rápido que viajan las noticias bajo las carpas.

—Muy bien —se levantó y estrechó las manos de Jaxon y del agente Kostova. Era hora de volver a casa.

Había odiado dejar a Callie sola en casa. Después de abandonar París el día anterior, había estado callada. A él no le gustaba eso. La quería risueña, sonriente, juguetona. No callada y reservada. Había estado demasiado cansada por el vuelo de anoche y él la había dejado dormir mientras se ocupaba de llamadas y planes. Las horas habían pasado rápidamente en su habitación oscura mientras se ponía al día con los negocios. No había vuelto a su propia habitación, sabiendo que querría ir a ver a Callie y hacerle el amor. Había sido mejor recluirse en la cama extragrande de la habitación oscura para pasar la noche.

Después de salir del club de Jaxon, condujo hasta su casa en busca de su pequeña obra maestra. Había hecho preparar una sala de arte para ella y quería enseñársela. Cuando se detuvo en la entrada principal de su casa, había varios coches enfrente. Con el ceño fruncido, reconoció a dos de ellos. Salió de su Hennessey y entró por la puerta grande. Su mayordomo de confianza, Bradley, parecía aliviado de verlo.

—Señor Thorne, tenemos un problema —murmuró con delicadeza mientras seguía el ritmo de las largas zancadas de Wes.

—¿Qué clase de problema?

Un ceño profundo marcó el rostro de su mayordomo.

—Sus padres están en el jardín de invierno con su hermana y su prometido. La señorita Taylor también está allí —Bradley apretó los puños.

—¿Y cuál es el problema? —casi le dio miedo preguntar. Nunca había visto a su mayordomo irritado.

—Bueno… sus padres se han estado comportando de manera impropia. Trajeron a la señorita Vanderholt con ellos. Parece que han permitido que la señorita Taylor crea que… —Bradley apartó la mirada nerviosamente, y luego volvió a mirarlo—. Que usted y la señorita Vanderholt están comprometidos.

—¿Qué? —el comentario lo detuvo en seco. ¿Sus padres eran tan atrevidos como para intentar algo así? Corrine sabía muy bien que él no volvería a verla bajo ninguna circunstancia. Bueno, iba a ocuparse de eso inmediatamente.

Irrumpió en el jardín de invierno y, a pesar de que en realidad era un invernadero para flores, en la habitación se respiraba un frío invernal. Callie estaba de pie en una esquina, mordiéndose el labio inferior mientras Hayden y Fenn miraban a Corrine y a sus padres con los ojos entrecerrados.

—Sí, habrá que remodelar esto, por supuesto —le decía su madre a Corrine.

—Estoy de acuerdo —la fría mirada de Corrine recorrió la habitación y luego se posó en él —. ¡Wes! —se levantó y caminó en su dirección. Él ni siquiera la miró. Sus piernas atravesaron rápidamente el suelo mientras pasaba junto a ella para llegar hasta Callie.

Sus labios se separaron con sorpresa cuando él le cogió la cara y la besó. Lo hizo con fuerza,

dejándose llevar mientras la abrazaba por completo. No importaba cuánta gente hubiera allí mirándolo. Callie le pertenecía y no quería que Corrine pensara que podía interponerse entre ellos. Las manos de Callie se clavaron en sus brazos mientras hacía que sus lenguas se rozaran tímidamente, y sólo la soltó cuando se fundió por completo con él. Ella se tambaleó y Wes se dio la vuelta para mirar a todo el mundo.

—Madre, ¿qué hacéis aquí? —no se molestó en fingir cortesía. No tenía sentido. En más de una ocasión, había dejado bien claro que sus padres no eran bienvenidos en su casa.

—Un momento —su padre se puso en pie al instante, rugiendo, con el rostro enrojecido por el disgusto.

—Padre, hoy no estoy de humor. Llévate a mamá, a Corrine y salid de mi casa —su tono estaba cargado de un gélido veneno, pero retuvo a Callie contra sí, absorbiendo el débil temblor de su cuerpo.

Los ojos de Corrine, tan mortalmente salvajes, eran todo lo contrario de su rostro frío y sereno.

—Señora Thorne, deberíamos irnos —dijo Corrine en un tono suave y reconfortante, pero sus ojos lanzaron dagas asesinas, no hacia él sino hacia Callie.

Te lo advertí, Corrine. Quiso decirlo en voz alta, pero este no era el momento. Esa mujer se marcharía. Ella sabía en qué situación se encontraba él ahora, o más exactamente con quién. La habitación permaneció en silencio como una tumba mientras sus padres y Corrine se marchaban. Sólo cuando la puerta del jardín de invierno se hubo cerrado a sus espaldas, él dejó escapar un suspiro lento.

—¿Qué demonios, Wes? —gruñó Fenn mientras él y Hayden se acercaban a él. Callie intentó zafarse de su agarre, pero él le clavó los dedos en las caderas, manteniéndola cerca.

—Lamento que hayáis presenciado eso —replicó Wes—. Ellos sabían que no eran bienvenidos.

Lo que le molestaba era ¿por qué habían venido, y por qué con Corrine? Sabía que su madre pensaba que Corrine era la esposa perfecta para él, pero prefería morir antes que atarse a ella. Era un misterio entender cómo se había sentido atraído por ella en un principio.

—Me alegro de que se hayan ido —dijo Callie—. No me agradaron. No te ofendas, Wes —dijo en voz baja, como si le molestara haber hablado abiertamente en contra de su familia. Tenía los ojos oscuros por la preocupación y sus cejas se fruncieron con leves líneas de angustia. Él le cogió la cara y se inclinó para besarla y quitarle las lágrimas.

—A nadie le agradan —le aseguró—. Y menos a mí.

Callie se relajó cuando la tranquilizó y, sin decir palabra, se arrojó en sus brazos. La abrazó durante un largo rato, disfrutando de la sencilla conexión de su abrazo.

Cuando se separaron, Wes se percató de que su público los observaba con curiosidad y asombro. Hayden parecía divertida, con los ojos brillantes y la boca torcida en una sonrisa reservada. Fenn, sin embargo, parecía… bueno… Wes vio la tempestad que se estaba gestando en él. Fenn le había pedido en la fiesta de compromiso que cuidara de Callie, que se ocupara de ella. Él había hecho eso y más.

—Quiero hablar contigo —dijo Fenn—. Afuera —hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—Muy bien —Wes palmeó la espalda de Callie antes de soltarla y siguió a su amigo mientras salían de la habitación. En cuanto desaparecieron, Fenn enroscó las manos en el cuello de Wes y lo estampó contra la pared con tanta fuerza que se quedó sin aliento.

—¿Qué demonios estás haciendo? —exigió Fenn, golpeándolo de nuevo contra la pared.

La cabeza de Wes colisionó contra las paredes revestidas de madera y unos pequeños puntos negros salpicaron su visión durante unos segundos.

—¿De qué estás hablando? —empujó a Fenn, pero el otro hombre tenía ventaja, ya que utilizó su cuerpo para inmovilizar a Wes contra la pared.

—Callie. ¿Te estás acostando con ella?

La ira de Wes salió a la superficie.

—Si es así, no es asunto tuyo.

—¡Y una mierda! —espetó Fenn.

Wes aprovechó la distracción de Fenn para golpear al vaquero en la mandíbula. Gruñó y se tambaleó hacia atrás, sujetándose la boca.

—Le rompiste el corazón, Fenn —le recordó Wes en voz baja—. Recogí los pedazos y estoy protegiendo lo que es mío.

—¡Ella no es tuya! —Fenn apretó los puños y se lamió el labio ensangrentado.

—Ella acudió a mí y me quería. Yo la quería. Hemos sido felices juntos —nunca pensó que diría eso de ninguna relación con una mujer, pero él *era* feliz.

—¿Cuánto tiempo? —Fenn empezó a pasearse por el pasillo, como un tigre enjaulado—. ¿Cuánto tiempo hasta que pierdas el interés y la dejes? No es suficiente para ti.

¿No es suficiente? Un velo rubí pareció descender ante sus ojos y embistió al otro hombre. Se estrellaron contra el suelo, tirando un jarrón de una mesa cercana. La cacofonía de ruidos que se produjo a continuación apenas molestó a Wes y Fenn mientras se daban patadas y puñetazos. Sus ropas se rasgaron y su sangre se esparció.

Una voz retumbante atravesó el bullicio y unas manos lo sujetaron, apartándolo de Fenn.

—¡Basta!

Wes necesitó unos segundos para volver a encontrarse a sí mismo en medio de la furia. Royce estaba allí, con los pies separados, su cuerpo era un obstáculo entre ellos. En la puerta del jardín, Hayden y Callie están de pie boquiabiertas.

—¿Qué mierda, chicos? —espetó Royce mientras miraba entre Wes y Fenn.

Wes se puso en pie, pero tropezó y extendió una mano para sujetarse contra la pared mientras su vista daba vueltas. Supuso que había recibido demasiados golpes en la cabeza. Se pasó el dorso de la mano por la boca, que quedó manchada de sangre debido a un labio partido. Si no hubiera estado tan enfadado, se habría reído. Fenn y él estaban discutiendo de nuevo, ahora por Callie.

Hayden ayudó a Fenn a ponerse en pie, pero éste le gruñó cuando ella intentó apartarlo.

—No hemos terminado con esta discusión, Thorne —advirtió Fenn.

—Claro que habéis terminado —Royce lo miró de frente, pero su tono era grave y frío. Era una faceta peligrosa de Royce, una que rara vez se veía—. Sea lo que sea lo que hay entre vosotros, solucionadlo. Hemos pasado por demasiadas cosas como para seguir tolerando estas gilipolleces —Royce los miró fijamente a ambos antes de señalar a Fenn—. Tengo que hablar contigo.

Wes no se quedó allí. Necesitaba calmarse y alejarse de Fenn. Se tambaleó un poco más mientras caminaba por el pasillo, eligiendo una de las habitaciones más cercanas donde tendría un poco de intimidad. La habitación era un estudio poco utilizado que se había convertido en un cementerio de objetos que Royce había comprado como regalos a lo largo de los años en sus exóticos viajes de excavación.

Un viejo sofá de cuero contra una de las paredes lo llamó por su nombre. Con un gemido, se dejó caer en el sofá y volvió a limpiarse el labio partido. El sabor amargo de su sangre lo hizo

estremecerse, más por el sabor acre que por el dolor. La pelea había sido un error —él sería el primero en admitirlo—, si fuera necesario, pero cada vez que Fenn estaba cerca, Callie salía herida y Wes no podía soportarlo. Era su mujer, y si tenía que golpear a su amigo para protegerla, lo haría. La puerta del estudio crujió y Callie se asomó por el borde.

—¿Puedo pasar? —levantó una pequeña caja médica.

Wes casi sonrió. ¿Cómo podía encontrar siempre botiquines de primeros auxilios?

—Por favor —le hizo un gesto para que entrara y apoyó una mano en el sofá, a su lado. Los ojos de Callie se desviaron hacia el lugar y un delicado rubor floreció en sus mejillas. Wes dejó de respirar y se asustó, pensando que ella negaría la pequeña orden que le había dado. Se había vuelto perfectamente sumisa en la cama, liberándose con él, pero no la había presionado.

Cuando ella dio el primer paso en su dirección, exhaló aliviado. Cerró las puertas del estudio, se sentó con él en el sofá y abrió el botiquín. De pronto, una pequeña sonrisa curvó sus labios.

—¿Qué? —preguntó él, devolviéndole la sonrisa. Era muy fácil sonreír a su lado.

Callie levantó la cabeza y sonrió aún más.

—Es como cuando nos conocimos. Fenn y tú os estabais matando mutuamente y tuve que curarte.

Wes se rio, sosteniéndole la mirada.

—Sólo que esta vez, peleábamos por ti, no por mi hermana.

—¿Estabais peleando por mí? —la genuina sorpresa en su rostro era irritante.

—Callie, merece la pena luchar por ti —si tan sólo ella entendiera que él se refería a algo más que una pelea a puñetazos.

—Tienes que dejar de decir esas cosas —murmuró mientras le acercaba un paño antiséptico al labio sangrante.

Le escoció como un latigazo sobre la piel. Conocía muy bien esa sensación en particular porque había tenido que pasar un año aprendiendo a manejar un látigo antes de que los otros doms lo consideraran seguro para usarlo con una sumisa. Había tenido muchos percances, y el dolor que se había provocado a sí mismo era un duro recordatorio de que un dom debía conocer sus instrumentos a la perfección antes de poder utilizarlos con una sumisa.

—No seas un bebé —le reprendió y alcanzó sus nudillos, los cuales estaban cubiertos de arañazos y marcas rojas que probablemente se volverían moradas en unas horas.

—¿Yo? ¿Un bebé? Tú, pequeña… —le quitó el botiquín del regazo, lo tiró al suelo y luego la tumbó de espaldas en el mullido sofá de cuero, sujetándole las muñecas a ambos lados de la cabeza. Su cabello dorado brillaba en tentadoras ondas alrededor de su cara.

—Anoche te eché de menos —susurró Callie, con un tímido brillo en los ojos mientras bajaba la cabeza, demasiado avergonzada para admitirlo y mirarlo a la cara al mismo tiempo.

Su comentario lo complació. Ella lo echó de menos. Había habido muchas mujeres en su vida que habían pronunciado esas palabras, pero ninguna las había dicho en serio, ninguna excepto Callie. El engaño y los juegos mentales no estaban en su naturaleza, y eso le encantaba de ella. Por mucho que a él le gustaran los juegos, los prefería en la cama. Sin embargo, estar con Callie era liberador. Podía ser él mismo, una persona que había pasado muchos años intentando protegerse de sus padres y de otros que intentaban utilizarlo.

—Lo lamento, cariño. Debía trabajar en algo importante. Esta noche te prometo que iré a la cama —sonrió, bajó la cabeza y le robó un beso. A pesar de sus mejores intenciones de mantenerlo breve, Callie se derritió bajo él, levantando las caderas y usando las rodillas para sujetarlo por la cintura y atraerlo hacia ella. Wes gimió contra sus labios, moviendo la pelvis por instinto, necesitando estar dentro de ella, pero la ropa se interponía—. Espera —gruñó, se

levantó del sofá y se dirigió a toda prisa a la puerta del estudio para asegurarla antes de volver al sofá.

La levantó y volvió a sentarse en el sofá, con el cuerpo de Callie a horcajadas sobre el suyo. De un tirón, le abrió la camisa de franela abotonada, dejando al descubierto sus pechos cubiertos con el sujetador. Callie se sobresaltó cuando él le bajó las copas y hundió la boca en el pezón para chuparle la punta. Callie le pasó las manos por el pelo y tiró de los mechones, y el ligero dolor que Wes sintió en el cuero cabelludo aumentó aún más su explosiva lujuria. Mientras seguía jugando con sus pechos, sus manos desabrocharon sus jeans, pero sabía que tendría que reajustarlos si quería penetrarla.

—Maldita sea, Callie. Lo siento, no puedo esperar —su necesidad era demasiado fuerte.

La apartó de su regazo, empujó primero su estómago contra el cojín del respaldo del sofá, luego se bajó la cremallera de los pantalones y liberó su erección. Cuando apoyó las rodillas a ambos lados de Callie por detrás, ella dejó caer la cabeza hacia delante sobre sus brazos cruzados. Wes no esperó. Le bajó los jeans de un tirón por encima de los muslos y le quitó las bragas de algodón de un tirón. Un rápido roce de sus dedos entre su entrada volvió a mojarla. Estaba preparada para él. Más que preparada. La sujetó por la cintura mientras con la otra mano guiaba el pene hasta ella. Cuando la penetró con fuerza, Callie siseó y echó la cabeza hacia atrás.

—¡Wes! —gimió, pero la forma en que empujó sus caderas hacia atrás le dijo que era por placer y no por dolor.

—Joder, qué bien se siente —gruñó él contra su cuello mientras cedía a su necesidad de poseerla.

Tengo que marcarla, demostrarle a ella y al mundo que es mía. Sólo mía. Le hundió los dientes en la nuca con un suave pero firme mordisco de amor, dejándole una marca en la piel mientras chupaba la delicada carne. Pronto le pondría un collar, una marca permanente de su propiedad, una cadena para atarla a él. ¡Sería toda una sorpresa! Se habría reído, pero los pequeños sonidos de placer de Callie lo llevaron al límite, la inmovilizó contra el sofá y la folló con fuerza hasta que se corrió gritando. Él sólo tuvo un segundo para cubrirle la boca con una mano y amortiguar el delicioso ruido de su placer antes de que su cuerpo se pusiera rígido y sus pelotas se tensaran al eyacular dentro de ella. El mundo estalló a su alrededor, su visión casi se desvaneció mientras gritaba y luego se relajaba, presionando el pecho contra la espalda de Callie.

—Demonios —dijo ella, y exhaló una vez que él hubo retirado la mano. Callie dejó caer la barbilla sobre la parte superior del sofá, y Wes pudo ver su rostro de perfil mientras intentaba recuperar el aliento. Una sonrisa juguetona, soñolienta, sexy y adorable, curvó sus labios y él se estremeció dentro de ella. Sus músculos internos se contrajeron en respuesta y pequeñas oleadas de placer los recorrieron.

—¿Demonios? Más bien santo cielo —corrigió Wes mientras la rodeaba con los brazos, abrazándola por detrás, y movía las caderas, provocándole un pequeño gemido y una risa ronca.

—Me vas a matar si sigues con esto —su tono sensual decía que no le importaría morir así, y él se llenó de orgullo.

Nunca antes había sentido tanto placer con ninguna otra mujer. Cuando estaba con Callie, era como si sus encuentros anteriores fueran sombras, simples sombras parpadeantes o ecos de esta necesidad salvaje, explosiva y absorbente de estar con Callie y con ninguna otra. No podía entender el motivo. ¿Por qué ella? No era que se quejara, pero siempre conocía sus propios motivos, y esta obsesión por Callie era desconcertante. Quererla era peligroso por varias razones.

Las emociones de Callie, tan fácilmente convertidas en amor, podían profundizarse y Wes correría el riesgo de herirla cuando esta aventura terminara. No era que quisiera que terminara,

pero todas las cosas terminaban en algún momento, ¿verdad? La lujuria no duraba para siempre. El deseo de sus padres no lo había hecho. Ese oscuro pensamiento lo detuvo en seco. Sus padres habían sido apasionados el uno con el otro, pero las cosas se habían estropeado rápidamente. ¿Cómo decía ese viejo poema? ¿El oro no permanece?

Abrazó a Callie con fuerza un momento más, odiando el hecho de que algún día se separarían y algún otro hombre la tocaría, la besaría, la llevaría a todos los lugares a los que él no tendría la oportunidad de ir.

—Vamos —le instó suavemente mientras se apartaba de ella. Sacó un pañuelo de sus pantalones y los limpió a ambos antes de enderezar sus ropas.

—¿Has destrozado mi ropa interior? —las bragas de algodón rotas colgaban de uno de sus elegantes dedos, y un ceño burlón se transformó en una rápida sonrisa.

—Es uno de los riesgos de ser sexy, querida. Ninguna de tus bragas está a salvo —levantó las manos en una fingida pose de monstruo, como si tuviera garras, e hizo que sus dientes crujieran con un audible mordisco.

Callie se echó a reír, tal y como él deseaba. No sabía de dónde nacía ese impulso de comportarse como un tonto, pero ella despertaba en él un lado suave y divertido que no había creído poseer.

Callie se metió la ropa interior rota en el bolsillo de los jeans y luego le rodeó el cuello con los brazos, cubriéndole la mejilla de pequeños besos. La sujetó por la cintura, sorprendido y encantado por esa muestra de afecto. Normalmente no le interesaban las caricias o los besos tiernos después del sexo, pero Callie tenía algo que la hacía irresistible. Wes no podía saciarse.

—¿Te apuntas a un partido de polo mañana temprano?

Ella asintió.

—Sí, sin duda —sus ojos brillaron con una nueva vida que él no había visto desde que la conoció en Colorado. La mujer amaba a los caballos, pertenecía al lomo de uno. Wes casi lo había olvidado cuando estuvieron en París. Debía de echar de menos su rancho y su caballo. Sabía que ella había extrañado su hogar, pero parecía haberse recuperado. Eso no significaba que no siguiera echando de menos montar a caballo. No le gustaba que ella pudiera ser infeliz. Tendría que cambiar eso mañana a primera hora.

—Bien, entonces polo será. Te llevaré a montar mañana antes del partido —le dio una palmadita en el trasero y ella se acurrucó contra él.

—Me parece perfecto —suspiró, y el sonido lo inundó con un suave calor algodonoso que comenzó en su pecho.

—También tengo una sorpresa para ti. Algo para esta noche.

—¿Ah? —respondió ella en un tono profundo y ronco que lo hizo sonreír.

—Sí, y no podrás seducirme para que te dé respuestas —juró.

Callie arrugó la nariz.

—¿Seducirme? Esa es *tu* especialidad.

Wes le dedicó un “ejem” para demostrarle lo equivocada que estaba. Empezaba a percatarse de que ella tenía algún poder de manipulación sobre él, pero más le valía ocultarlo o tendría problemas. Él sería el blanco de todas las bromas si alguna vez se descubría que una dulce e inocente mujer como Callie lo tenía atrapado en sus pequeñas garras. Era culpa suya. Mantenerse alejado de ella emocionalmente era casi imposible, sobre todo cuando pasaba la mitad del tiempo enterrado en su pequeño cuerpo caliente.

—¿En qué estás pensando? —se había arreglado la ropa y lo observaba con ávido interés. Para ser muy joven, habiendo visto tan poco en la vida, tenía una extraña manera de leerle a él y

a la gente en general. Su abuelo la llamaría un alma vieja. Wes no creía en esas cosas, pero, maldita sea, sus cálidos y suaves ojos verde avellana parecían revelar un siglo de comprensión.

—Polo, ciertamente estoy pensando en polo —le guiñó un ojo, pero Callie lanzó una mirada de decepción apenas disimulada. Ella había admitido estar pensando en él. Wes lo sabía, pero no quería admitir que ella tenía tal efecto sobre él. Como dominante, tenía que mantenerse en control de sí mismo y de esta relación.

—Oh —esa única sílaba fue emitida de manera tan entrecortada y suave que él maldijo para sus adentros.

—¿Por qué no vas a buscar a Bradley? Tiene un regalo para ti.

La tristeza fue rápidamente enterrada bajo una sonrisa y un encogimiento de hombros.

—¿Por qué Bradley me daría un regalo?

Wes la sujetó por la cintura y la mantuvo quieta para poder azotarle su delicioso trasero en un ligero castigo por su sarcasmo.

—Sabes muy bien que es de mi parte. Ahora vete. Te mantendrá ocupada unas horas. Tengo trabajo que hacer, pero te veré luego.

Callie se mordisqueó el labio, observándolo un momento más.

—De acuerdo —giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta. Tuvo que quitarle el seguro, pero no volvió a mirarlo mientras salía. ¿Cómo podía hacer que se sintiera como un villano? Nunca antes se había preocupado por los sentimientos de una mujer más allá de las necesidades de una sumisa durante un momento de pasión y el período de recuperación posterior. Éste era un territorio nuevo para él.

Wes esperó, contando los segundos antes de arreglarse la ropa y mirarse el pelo en el espejo. Las manos de Callie lo habían dejado hecho un desastre. Se pasó los dedos por el pelo para colocárselo en su sitio y asintió a su reflejo en el pequeño espejo colgante que había junto a la puerta antes de salir de la habitación. La fuerza imparable que representaba su pequeña hermana estaba de pie frente a él, con las manos en las caderas y los ojos echando chispas.

—¿De verdad te estás acostando con ella? —acusó Hayden con un grave gruñido femenino a modo de advertencia.

—No es asunto tuyo —se enderezó la corbata y la alisó por la parte delantera del abrigo mientras se lo abrochaba.

—Oh, qué gracioso. No te importa darle una paliza a Fenn por tocarme, pero cuando él te devuelve el favor, ¿de repente no es asunto nuestro?

—Hayden, ella es adulta y puede tomar sus propias decisiones —intentó apartarla, pero ella le dio un manotazo en el pecho, deteniéndolo.

—Claro que lo es. Lo reconozco, pero no es una sumisa para que juegues a azotarla y follarla. Es una persona real cuyo corazón ha sido destrozado recientemente. No es un juguete.

La irritación de Wes se convirtió en ira. Apartó la mano de su hermana y respondió con la frialdad que sentía en ese momento.

—Sé que no es un juguete, pero no parece importarle el 'azote y follada' como tú lo llamas, y mientras me quiera a mí y a eso, me tendrá —esta vez no se molestó en ser suave mientras apartaba bruscamente a Hayden de su camino. Sin embargo, eso no le impidió dirigirle una última réplica.

—Ella es demasiado inocente para ti, Wes. Estarías mejor con esa zorra de Corrine si piensas comportarte como un gilipollas.

No se dignó a responder a semejante comentario, por muy cierto que fuera. Callie era inocente, y demasiado buena para un hombre como él. Pero no podía alejarse de ella. No podía

dejarla marchar.

CAPÍTULO 19

Esto era lo más asombroso que Callie había hecho en su vida. Una pintura en un lienzo de 45 x 60 metros en solo ocho horas. Después de que Callie localizara al señor Bradley, éste la había llevado a un dormitorio convertido en estudio de arte. Era evidente que Wes había planeado la habitación pensando en ella. Estaba llena de lienzos en blanco sobre caballetes, paletas frescas y una gran variedad de pinceles y pinturas. Callie había elegido acrílicos para esta obra porque necesitaba menos capas de colores.

La camisa de vestir de gran tamaño que se había acostumbrado a llevar estaba cubierta de manchas de pintura. El intenso aroma exclusivo de Wes se adhería a la tela y aumentaba su deseo por él. Era una sensación creciente en su interior que no había experimentado por nadie más, ni siquiera por Fenn. La necesidad de ver a Wes, de estar cerca de él, de pertenecerle era abrumadora. Incluso cuando estaba ensimismada pintando, seguía sintiendo esa atracción hacia él.

Pero no es amor. No permitiré que sea amor. Era una promesa que tenía que cumplir. Tenía que mantenerse a salvo, mantener aislado su corazón.

Un suspiro brotó de sus labios y estudió el lienzo, su obra terminada. *El resplandor de la linterna*, lo llamó. Todo el fondo era negro y sólo se tornaba verde oscuro alrededor del centro, donde había pintado un farol. En su interior, una escena de cuatro niños en torno a una hoguera brillaba como un recuerdo atrapado en la bola de cristal de una vidente. Había convertido la linterna en el objeto que revelaba el pasado.

La luz circular verde-amarilla se extendía en un resplandor luminoso alrededor de la linterna, y en ese resplandor había pintado cuatro rostros masculinos adultos. Wes, Royce, Emery y Fenn. Cada una de sus sombrías miradas se dirigía hacia la linterna, representando la imagen de los niños inocentes que habían sido. En cierto modo, sus rostros, parcialmente ensombrecidos, no eran muy distintos de los chicos ante la fogata, un reflejo dentro de otro reflejo. Desde que Wes le había hablado de la linterna de color amarillo, había tenido una imagen inquietante en la cabeza. Quería enseñárselo a Wes, pero estaba nerviosa por su reacción. ¿Entendería que era un homenaje? No una forma de recordarle el dolor de su pasado.

Unas suaves pisadas la hicieron girar sobre el taburete.

—¡Wes!

Sólo que no era Wes, sino Royce. Llevaba jeans, una chaqueta de cuero de motociclista y botas negras. Se había colado por la puerta parcialmente abierta y miraba fijamente su cuadro, no a ella.

—Soy yo —murmuró, con la voz grave y áspera por la emoción—. ¿Por qué has pintado esto? —un destello de fuego en sus ojos le advirtió de que ella estaba en terreno peligroso.

—Yo… —tragó duro—. Es un regalo para Wes. Me contó que solíais ir de acampada.

Las intensas facciones de Royce se suavizaron ligeramente.

—¿Te habló de eso? —con pasos lentos, llegó hasta el cuadro y lo estudió. Levantó una de sus manos como para tocar la linterna, pero se detuvo a escasos centímetros del lienzo. Sus ojos marrones eran oscuros, como el ámbar quemado.

—Dijo que tenías talento, pero esto… nos has pintado el alma —Royce finalmente dirigió su mirada hacia ella.

—¿De verdad? —la idea de que lo hubiera conmovido tan profundamente, y que Wes tuviera tanta fe en su talento como para contárselo a uno de sus amigos más cercanos, la hizo sentirse mareada y emocionada.

—Sí.

Una gran variedad de emociones la atravesó como una ráfaga de palomas desde un árbol.

Royce volvió a meterse las manos en los bolsillos y contempló el cuadro. Este seductor empedernido, un dom, un profesor, se transformó al instante. El niño de las fotografías que Bradley había recopilado para que ella las estudiara estaba resplandeciendo. Pero no era el niño inocente que vislumbraba ahora. Era un niño devastado por el horror y la tragedia. Incluso saber que Fenn estaba vivo no había borrado la horrible mancha provocada por veinticinco años de creencia de que había sido asesinado. Sólo el tiempo podía aliviar una herida tan profunda. Persistía, como las sombras al final del otoño.

—¿Crees que a Wes le gustará? —preguntó Callie. Estrujó las manos sobre su regazo mientras esperaba con la respiración contenida la respuesta de Royce.

El hombre dio un paso atrás y sacudió la cabeza, como si estuviera despertando de un oscuro sueño.

—Creo que no le gustará, pero lo verá como lo que es, una hermosa tragedia. Una obra maestra hecha por la mujer que ama.

—¿Ama? —Callie apenas pudo pronunciar la palabra.

La tristeza en los ojos de Royce se desvaneció.

—Le dio una paliza a Fenn por ti. Wes *no* pierde el control, no así, no a menos que su corazón esté involucrado. Siempre mantiene la calma, se mantiene distante. Pero contigo, ha roto cada una de sus reglas. Créeme, lo conozco mejor que él mismo. Él te ama.

Él te ama. Las palabras se instalaron tan profundamente en su corazón que supo que la esperanza crecería a partir de ellas. Si tan sólo fuera cierto que Wes la amaba, porque en ese momento, sentada en su taburete, habiendo pintado uno de los trágicos secretos de Wes, comprendió que lo amaba.

No. No puedo amarlo. Juré no volver a enamorarme de otro hombre. Pero había caído, tan despacio, tan suavemente, que nunca lo había visto venir. Como rodar por una suave pendiente cubierta de flores silvestres. Se había distraído con la belleza, el aroma, los colores, la maravilla de la sensación de rodar sin percatarse de que estaba cayendo.

Ella amaba a Wes. No de la misma manera que amaba a Fenn. Las dos emociones eran completamente diferentes. ¿Cómo había podido pensar que estaba enamorada de Fenn? Claro que lo amaba, pero no había estado enamorada. La enorme diferencia era asombrosa. Wes había tenido razón sobre el amor, aunque él nunca había estado enamorado. Dijo que ella aprendería la diferencia algún día. Acababa de presentarse antes de lo previsto.

Royce soltó una risita.

—¿Crees que no está enamorado de ti? Bien. ¿Qué tal una pequeña apuesta, vaquera?

Callie No pudo evitar reírse. ¿Qué ocurría con estos multimillonarios y sus apuestas? Primero

Wes, ¿ahora Royce?

—Sólo si dejas de llamarme así. ¿Qué tipo de apuesta?

—Sobre si Wes te ama o no —cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en la pared, cerca de ella.

—¿Quieres apostar sobre algo así? —saltó del taburete y se apartó de Royce para limpiar rápidamente sus pinceles en un tarro lleno de agua.

—Cariño, soy el rey de las apuestas. Entonces, ¿aceptas?

Cuando se volvió, se percató de que él le estaba mirando el culo.

—Ejem —dijo ella, tosiendo intencionadamente—. ¿Quieres que Wes también te dé una paliza?

Él continuó apreciando su cuerpo durante un momento más largo de lo debido antes de que sus ojos se encontraran con los de ella.

—Entonces, cariño, ¿aceptas?

Callie enarcó una ceja, un hábito que estaba heredando de Wes, pero también sonrió.

—¿Qué tipo de apuesta? Porque creo que ganaré —no había forma de que Wes estuviera enamorado de ella, y aunque eso la hizo sonreír con un poco de amargura, disfrutaría dándole una lección a este profesor playboy.

—Tu cuadro —inclinó la cabeza hacia *El resplandor de la linterna*—. Si Wes no está enamorado de ti, me quedo con el cuadro. Si lo está, le das el cuadro a Wes.

—Pero creí que pensabas que él me amaba. Si quieres el cuadro, ¿no querrías una apuesta que favoreciera tu opinión?

Royce, el diablo, sólo se rio.

—Ese es el sentido de las apuestas. Son más divertidas cuando tienes algo que perder.

—De acuerdo. Trato hecho —Callie le tendió una mano y Royce, en lugar de estrecharla, se la llevó a los labios. Le guiñó un ojo y se dirigió a la puerta. Se detuvo y se volvió, lanzándole algo.

Ella cogió el pequeño objeto metálico. Era una llave de plata.

—¿Qué es esto?

—Pertenece a la habitación oscura de Wes. La puerta está detrás del cuadro del río Sena, en el pasillo junto a la cocina. Deberías echarle un vistazo, cuando él no esté, claro —Royce sonrió y agitó la mano antes de marcharse.

Callie se quedó mirando la llave y luego la rodeó con los dedos. ¿Una habitación oscura? ¿Qué demonios era eso? Saber que Royce le había sugerido echar un vistazo a la habitación la hizo reflexionar. Era un tipo problemático y, por lo que sabía de él por las conversaciones de Wes, Royce era un bromista. No sería muy descabellado pensar que le había tendido una trampa para que Wes la pillara, y probablemente acabaría con el culo dolorido y bien azotado.

Aun así… su curiosidad despertó y se metió la llave en el bolsillo de los jeans. Luego cubrió el lienzo *El resplandor de la linterna* y lo levantó del caballete. Quería que fuera una sorpresa, así que lo deslizó bajo la cama. Después de asegurar cuidadosamente el cuadro, recogió sus cosas y, antes de guardar su teléfono, Wes entró por la puerta del estudio.

—Aquí estás —se acercó a ella y la cogió por la cintura, arrastrándola hacia sus brazos. Tras un beso intenso, casi violento, que le dejó los labios inflamados y la cabeza nublada por un deseo débil, Callie se percató de que le estaba hablando—. Tenemos que asistir a una gala esta noche. Emery es el anfitrión, así que estaremos entre amigos.

—¿Una gala? —eso era una fiesta elegante… Maldita sea, ella no estaba preparada para algo así. Apenas había sobrevivido a la pequeña cena de hacía unas semanas.

—Sí, una recaudación de fondos para la universidad local, a la que estás solicitando entrar en la escuela de arte. Royce invitó al director de la escuela de arte para conocerte —la sonrisa de suficiencia de Wes desapareció al cabo de un momento—. ¿Qué pasa?

Callie jadeó con dolor. El estómago se le revolvió completamente.

—¿El director de la escuela de arte? Dios mío, no estoy preparada, Wes. No puedo…

Él le sujetó la cara con las palmas de las manos, y sus ojos la cautivaron hasta que se calmó.

—Vas a estar bien, cariño —su tono hipnótico y sedoso realmente la tranquilizó, pero una ráfaga permanente de mariposas parecía vivir en su estómago.

—Wes, no tengo ni idea de qué hacer o decir si me habla —intentó respirar hondo, pero sentía una opresión en el pecho.

Le rozó los pómulos con los pulgares y ella se inclinó hacia él. En la única semana que había estado con él en París, habían pasado de ser prácticamente desconocidos a los amantes más íntimos. Ni en sus sueños más locos habría pensado que anhelaría que la tocara y que necesitaría oír sus opiniones sobre las cosas que a ella le importaban. Estaba tan acostumbrada a sobrellevar sus problemas sola y a cuidar de sí misma, de su padre y de Fenn. Entre ellos y el rancho, todo resultaba agotador y desgastante. Pero con Wes era muy diferente. Aprendió a recurrir a él para que la apoyara, la aconsejara, la reconfortara emocional y físicamente… y eso sin incluir el sexo.

No había palabras suficientes en el mundo para describir el sexo de Wes. La estremecía cada vez que la besaba. Cada vez que la miraba, Callie podía sentir la pasión acumulada en la parte inferior de su cuerpo. Ella no quería pensar en lo que sucedería cuando esto entre ellos terminara. Su corazón no podría soportarlo.

—Habla de arte. Tú sabes de arte. Has estudiado con algunos de los mejores maestros en la última semana. Eso lo impresionará —se aferró a ella un minuto más y, cuando la soltó, esbozó esa sonrisa de chico malo—. Ahora, ¿recuerdas el vestido rojo con la cola y el lazo en la espalda? Quiero que lo uses esta noche. Volveré en dos horas con algunas joyas.

—Wes, no me gusta que me compres joyas caras —cruzó los brazos sobre el pecho. En la última semana, se había vuelto más valiente a la hora de oponerse a sus insaciables hábitos de compra. Eso no parecía detenerlo, pero a ella le gustaba dar pelea, aunque fuera simbólica.

—Lo sé —sonrió con satisfacción—. Pero esto no es sólo una joya. Es tu collar —ya no sonreía. Una oscura intensidad había reemplazado su encantadora sonrisa. ¿Estaba bromeando? Ella no lo sabía.

—¿Mi collar? —tragó duro cuando Wes acercó una mano a su garganta. No la sujetó por el cuello, sino que le pasó el dorso de los dedos por el sensible hueco de la garganta.

—Eres mía, Callie. Te lo advertí hace un mes —sus sedosas palabras se hundieron lentamente en ella, casi tan seductoras como la delicada caricia contra su piel.

—Wes, no sólo quiero pertenecer a alguien. Quiero que alguien me pertenezca —lo miró fijamente, esperando que entendiera. Si quería poseerla, ella quería poseerlo a él. Si Wes creía que lo que había entre ellos era unidireccional, se equivocaba. Callie sintió rabia.

—Tú eres la sumisa. Así funciona esto. Me perteneces —atrapó su boca con la suya. El beso fue intenso, una salvaje dominación de sus labios sobre los de ella. Sus lenguas se tocaron y luego se batieron en duelo, y gimió contra Wes. Estaba enfadada con él por controlarla en un momento así. Se estaba derritiendo con su beso, cuando debería haberlo abofeteado. Una pequeña voz en el fondo de su cabeza le dijo que debería callarse y disfrutar de esto y luchar contra él más tarde.

Cuando sus labios se separaron mucho tiempo después, Callie se inclinó hacia él y Wes la rodeó con los brazos, estrechándola contra sí. Una de sus manos le acarició la espalda y, cuando

ella hundió la cabeza bajo su barbilla, encajó a la perfección. Empezaba a gustarle que fuera mucho más alto que ella. Había sido intimidante al principio, pero ahora tenía que admitir que le gustaba cuando él parecía abarcarla completamente en su abrazo.

—Volveré en un momento —le murmuró al oído y bajó los brazos.

Los hombros de Callie se hundieron mientras él se alejaba. Como mujer independiente, nunca se había sentido así. El profundo dolor que sentía cada vez que Wes la abandonaba, aunque fuera por poco tiempo, le destrozaba el alma. Si la amara, la sensación de pérdida no sería tan profunda. Pero no la amaba. Nunca había amado a ninguna mujer. ¿Cómo iba a lidiar con eso? Era demasiado tarde para ella. Ya estaba enamorada a pesar de todas las promesas que se había hecho a sí misma de no volver a caer.

Se retorció las manos e intentó detener el ardor de las lágrimas en sus ojos.

Estoy condenada.

WES SE MIRÓ LA CORBATA EN EL ESPEJO. LA TIRA DE SEDA AZUL OSCURO CONTRASTABA CON SU camisa blanca. Estaba acostumbrado a los trajes y la gala de esta noche sería un acontecimiento normal para él, pero sabía que Callie estaba nerviosa. La pequeña cena la había asustado. Una fiesta de doscientas personas probablemente la haría salir corriendo. Pero esta noche era importante. Él y Jaxon empezarían a invitar a los miembros de The Gilded Cuff al club. Eso era lo único que Wes había deducido después de reunirse con Jaxon y el agente Kostova. El robo en la casa de Barrington durante un evento exclusivo para miembros del club significaba que el autor tenía que ser un miembro de éste.

Cogió la caja de terciopelo rojo de la cama y la abrió. El collar que había diseñado para Callie era una belleza. Era una delicada cadena de eslabones engastados con diamantes, con un colgante plano de plata grabado con el escudo de su familia. El diseño hacía juego con su anillo de sello y su par de gemelos favorito, que era una letra «T» con una enredadera espinosa rodeando la letra. Normalmente, en The Gilded Cuff la ceremonia de colocación del collar era un asunto muy complicado, pero sabía que Callie no estaba preparada para ese tipo de intensidad. Tendría que conformarse con una sencilla ceremonia en el club en algún momento del futuro. Su mano tembló un breve instante mientras cerraba el maletín y se dirigía a la puerta que conectaba con la habitación de Callie. Nunca antes había puesto un collar a alguien, y un nerviosismo desconocido le produjo una opresión en el pecho.

Cuando llegó a la puerta de su habitación, la abrió en silencio para no alertarla. Los cálidos colores del sol del atardecer iluminaban la cama y hacían que la habitación resplandeciera. Pero fue Callie, sentada en el tocador, recogiéndose el pelo en largos rizos con horquillas plateadas adornadas con diamantes, la que lo dejó sin aliento.

Durante unos segundos, ella no lo vio y Wes tuvo el exquisito placer de contemplarla. El vestido de noche rojo se ajustaba a la cintura y se abría en las caderas. Un gran lazo rojo en la parte baja de la espalda actuaba como un moderno polisón, dando al vestido una forma agradable antes de que fluyera por las piernas en amplios pliegues hasta formar una falda voluminosa. El corpiño en forma de corazón cubría sus exquisitos pechos, exhibiéndolos a la perfección. Era tan hermosa que dolía, pero, por primera vez, no era el cuerpo de una mujer sino la mirada de su rostro lo que lo tenía embelesado. Los labios de Callie se curvaron en una pequeña sonrisa.

—¿Vas a decirme por qué vamos realmente a esta gala esta noche?

Ella se giró en su silla para mirarlo, y el halo de su pelo rubio dorado brilló bajo la luz de su

ventana. No quería preocuparla con los detalles, pero tampoco quería mentir.

—Es el ladrón otra vez. He descubierto que es miembro de The Gilded Cuff. Es el club BDSM aquí en Weston al que pertenezco. Planeo atraerlo. Esta noche, tengo que correr la voz en esta fiesta y ver si puedo convencerlo de que vale la pena robar mi Monet.

—¿Tu Monet? —Callie se deslizó de su silla, levantándose las faldas mientras se acercaba a él.

—Sí. Es una de las piezas de arte más valiosas que aún están al alcance inmediato del ladrón. Tenemos que capturarlo antes de que traslade su operación fuera de Long Island. El Monet es la única manera de hacerlo. Es lo suficientemente grande como para atraerlo. Al menos eso es lo que espera el FBI. Ahora, algo más importante —levantó la caja de terciopelo y ella parpadeó, luego la miró, confundida.

—¿Qué es eso?

—Tu collar —dejó la caja en el escritorio de la esquina y la abrió, sacando el collar de cadena.

—Oh, no. No me distraigas con eso. Termina de hablarme del ladrón. ¿Cómo piensas capturarlo?

—Date la vuelta —ordenó.

Callie tuvo la osadía de resoplar como un poni testarudo y dar golpecitos con el pie.

—Callie, me da igual que lleves un vestido de siete mil dólares. Lo arrugaré si necesitas que te enrojezca el culo.

—Imbécil —murmuró ella, y se giró. Se levantó el pelo y Wes colocó con cuidado el collar de cadena contra su clavícula y aseguró el cierre. Su respiración se agitó cuando él le acarició la oreja con la nariz por detrás. El vertiginoso ascenso y descenso de sus pechos contra el ceñido corpiño era un espectáculo impresionante.

—¿Te gusta? —le preguntó mientras la dirigía hacia el espejo de cuerpo entero.

Sus dedos rozaron los eslabones de la cadena y luego tocaron el colgante.

—Es precioso. ¿Qué significa tener un collar? —sus ojos se abrieron de par en par y le miró a través del reflejo del espejo.

El corazón de Wes dio un vuelco. ¿Cómo podía expresarlo con palabras? Todas las sumisas que pertenecían a ese estilo de vida sabían lo que significaba. Era prácticamente el equivalente a un anillo de compromiso.

—Un collar es un signo de posesión, un signo de compromiso. Ponerte un collar es una forma más permanente de reivindicar mi territorio. Ningún otro dominante puede tocarte sin mi permiso, ningún otro puede reclamarte.

—¿Me perteneces de la misma manera? —sus hermosos ojos se iluminaron con un fuego cálido, pero también reflejaron un desafío. Eso provocó un gran ardor en su interior.

—Algunos doms están con otras sumisas aunque hayan puesto un collar a alguien, pero no es la norma general. Desde luego, yo no lo hago así. Mientras seas mía, sólo estaré contigo —Wes sabía lo que ella necesitaba que le dijera, y eso era lo más reconfortante que podía darle.

Sus pestañas descendieron mientras estudiaba el colgante más de cerca.

—Es tu escudo —observó con voz ronca y grave. El intenso sonido fue directamente a su polla. Quería estar dentro de ella, llevársela a la cama, no pasearla en la gala de esta noche. Pero quizá… después… Wes sonrió.

—Por supuesto. Quiero dejar claro q quién perteneces, no sólo que eres de alguien, sino que eres mía —siguió sonriendo.

—¿Qué? —exigió—. Me pone nerviosa cuando sonríes así.

—¿En serio? ¿Por qué? —él levantó una ceja, con las manos apoyadas en las caderas de Callie, sosteniéndola cerca.

—Porque suelo acabar atado a tu cama —su vaquerita arrugó la nariz.

—¿No te gusta que te ate y te folle? —le ronroneó las palabras al oído y disfrutó de la forma en que sus pestañas se cerraron y un pequeño suspiro escapó de sus labios.

—Estás intentando distraerme, Wes. No lo hagas. Quiero saber qué piensas hacer con el ladrón. No te presioné en París, pero me debes una explicación.

Callie tenía razón. Él no quería admitirlo, pero ella sí.

—Voy a exponer mi Monet en el club. Jaxon Barrington, el propietario, organizará otra fiesta. Tenemos una semana para dar tiempo al ladrón a falsificar el cuadro con el que intentará sustituir el original.

—No llevarás el auténtico al club, ¿verdad? Es demasiado arriesgado.

—Tenemos que hacerlo.

—No si yo también pinto una falsificación —ella giró en sus brazos y le rodeó el cuello con las manos—. Piénsalo. Puedes llevar la falsificación al club y él no notará la diferencia.

Wes se sorprendió de que no se le hubiera ocurrido antes. Callie era excepcional en eso. La cuestión era si el ladrón caería en la trampa.

—¿Crees que podrías replicar el original en pocos días? Tendríamos que ponerlo pronto en el club.

Sonriendo, Callie asintió.

—Sí, puedo hacerlo. Empezaré mañana a primera hora —casi rebotó como un cachorro emocionado y le plantó un rápido beso en los labios.

—¿Estás lista para esta noche?

Como un soldado listo para la batalla, Callie enderezó los hombros y asintió rápidamente.

—Callie, cariño, relájate. Es una gala, no la inquisición —flexionó un codo y le ofreció el brazo.

Ella frunció el ceño.

—Más vale que haya champán. Voy a necesitar una copa —aceptó su brazo y él la ayudó a salir de la habitación. Sabía que a ella no le gustaría la fiesta, pero no había duda de que le gustaría lo que planeaba hacer más tarde. Después de la gala sería el momento de llevarla a su habitación oscura. No quería secretos entre ellos, nunca más.

CAPÍTULO 20



—Resiste, lo estás haciendo muy bien —susurró Hayden al oído de Callie. Callie exhaló aliviada y se llevó una mano al estómago. La pequeña multitud de mariposas empezaba a calmarse. Por fin.

—Diablillas —murmuró.

—¿Cómo? —preguntó Hayden antes de dar un sorbo a su champán.

—Oh, nada —disimuló Callie rápidamente.

Tanto ella como Hayden se encontraban al margen de la fiesta. El gran salón de baile dorado estaba lleno de gente, todos vestidos con elegancia. Una banda de jazz tocaba al fondo del salón, pero nadie bailaba. Todo el mundo charlaba y se relacionaba. A Callie le dolían los pies y tenía hambre. Si comía más de un par de bocadillos, el vestido explotaría, lo que no sería nada bueno.

Al otro lado de la habitación, Wes conversaba con unos hombres que parecían tener unos treinta o cuarenta años. Se inclinó hacia ellos, les susurró algo y uno asintió con la cabeza y le estrechó la mano. Callie se preguntó si estaría corriendo la voz sobre el cuadro. Como si hubiera percibido su mirada, él miró en su dirección. Esos ojos azul cobalto la penetraron profundamente y se sintió desnuda, expuesta. ¿Cómo podía hacer eso desde el otro lado de la habitación? ¿Hacerla sentir desnuda y vulnerable? Sintió un cosquilleo en la piel.

—Callie, te estás sonrojando —el suave tono de advertencia de Hayden le recordó que no estaba sola.

—Lo lamento —apartó su atención de Wes e intentó mirar a Hayden—. Entonces, ¿cómo va la planificación de la boda? No tuvimos oportunidad de hablar ayer antes de que aparecieran tus padres y esa horrible mujer —Callie hizo una mueca ante el solo recuerdo de los padres de Corrine y Wes. Tres de las personas más desagradables que había conocido.

—¿Te refieres a Corrine? Sí —Hayden se pasó un mechón de su pelo rojo por encima del hombro—. Toda una zorra. Y no uso esa palabra excepto en raras circunstancias. Ella ha estado suspirando por Wes durante años, pero a él no le gusta.

—¿No le gusta? —por alguna estúpida razón, realmente necesitaba escuchar a Hayden decir que a Wes no le gustaba Corrine. Comprendía que Corrine y Wes tenían un pasado, pero no sabía lo serio que era.

—Corrine quiere el apellido Thorne y el dinero de la familia, pero no a él. Él lo sabe. Creo que la dejó unirse a The Gilded Cuff como una broma. Odio decirlo, pero la usó.

—¿La usó? —la idea de que Wes utilizara a Corrine no le agradó.

Hayden resopló.

—Nadie dijo que Wes fuera un santo —luego se serenó—. Tampoco puedes dejar que te utilice —dejó el champán en una bandeja y estrechó la mano de Callie entre las suyas—.

Conozco a mi hermano. No es el tipo de hombre quien uno sienta cabeza.

Una pequeña punzada de dolor le atravesó el pecho, pero se obligó a sonreír.

—Nunca pensé que Fenn sentaría cabeza, pero te vas a casar con él —Callie no pretendía que su comentario sonara cruel, pero Hayden hizo una mueca de dolor.

—Supongo que los hombres pueden sorprendernos. Sé que le gustas a Wes. Sólo quiero que tengas cuidado. Prométeme que no dejarás que te rompa el corazón.

Callie se encogió de hombros, intentando ocultar el rápido torrente de emociones que la desgarraban. Estaba enamorada de Wes, y de él dependía que no le rompiera el corazón. Ella le pertenecía. El peso del collar era permanente, como si le hubieran clavado un hierro en la piel, y la propiedad de Wes era irrevocable. Su corazón era suyo, su alma era suya y su cuerpo anhelaba el suyo. No podía volver a ser la mujer que era. Muchas cosas habían cambiado. La vida que siempre había deseado, una vida de belleza y arte, estaba tan cerca de ser suya, y en su centro estaba el hombre que había hecho realidad sus sueños.

Sus ojos volvieron a clavarse en ella y Callie le sonrió, incapaz de contenerse. Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Wes mientras levantaba su copa de champán en un brindis silencioso desde donde estaba. Su cabello pelirrojo peinado hacia atrás y su elegante traje lo convertían en el hombre más atractivo del lugar. Era el único hombre en la habitación. Cuando la miró, todo lo demás se desvaneció.

Una voz masculina interrumpió sus pensamientos.

—Disculpe.

Parpadeando, Callie se recuperó y descubrió que Hayden se había alejado mientras ella soñaba despierta. En su lugar, un atractivo hombre de pelo negro y ojos castaños la observaba. Sus labios se curvaron en una sonrisa de disculpa mientras le tendía la mano.

—No pretendía asustarla. No nos conocemos. Soy Stephen Vain, amigo de Wes.

—Encantada de conocerlo, señor Vain. Soy Callie Taylor —ella soltó la mano del hombre y su mirada volvió a recorrer la multitud. Wes se había ido, probablemente a algún lugar difundiendo la noticia de la pintura.

—Odio estas fiestas —dijo Vain, y soltó una risita—. La vi escondiéndose en este sitio y tuve que ver si podía unirme a usted unos minutos.

Callie se rio, sabiendo exactamente cómo se sentía el hombre. Estaría bien tener a alguien con quien hablar mientras se escondía en una alcoba durante un rato más.

—¿Así que usted y Wes y sois amigos?

Vain asintió, apoyando un hombro contra la pared, de espaldas a la habitación mientras la miraba.

—Lo conozco desde los diez años. Hicimos el colegio secundario privado juntos.

—¿A qué se dedica? Si no le importa que pregunte —a Callie no le gustaban las conversaciones triviales, pero Vain era amable y su sonrisa genuina.

—Trabajo en el Museo de Arte de Long Island como conservador.

—¿En serio? —no se lo podía creer. ¡Un conservador de verdad! Habría sido un trabajo ideal para ella.

—He oído de Hayden que usted es toda una artista. Me encantaría ver alguna de sus obras — se metió la mano en el bolsillo, sacó un tarjetero plateado con un grabado y le entregó una tarjeta de negocios blanca y nítida.

—Gracias —ella metió la tarjeta en su pequeña cartera de mano negra.

—¿Le importa si le hago una pregunta personal? —continuó Vain, con los ojos oscurecidos por una leve seriedad.

—Eh… claro, supongo —no estaba muy segura de lo que alguien como él querría saber de ella.

—¿Wes y usted estáis juntos? —su mirada descendió a algún lugar por debajo de su barbilla, y Callie notó que él debía estar mirando su collar con el colgante claramente visible que llevaba el escudo de la familia de Wes.

—Bueno, algo así. No lo sé —confesó, con las mejillas encendidas.

Vain se compadeció de ella y sonrió.

—Tranquila. No pretendía entrometerme. Soy miembro de The Gilded Cuff. Seguro que Wes lo ha mencionado.

—Sí —ella asintió, se aclaró la garganta y continuó—. ¿Es miembro?

—Lo soy. Wes fue mi patrocinador de afiliación. Me recomendó cuando presenté una solicitud hace unos años. También por eso conozco el significado de su collar. Es un collar con el escudo de su familia. Un reclamo muy profundo para un dominante. Usted debe importarle mucho para ponerle el collar.

Sus palabras la hicieron sonrojarse furiosamente, pero no se atrevió a preguntarle más sobre cuánto podía importarle a Wes.

—¿Así que usted es un dom como Wes? —no podía imaginárselo. Vain tenía una sonrisa relajada, carente de la inquietante seducción de Wes, que la asustaba y excitaba de todas las maneras posibles.

Vain sonrió.

—Lo soy. Pero mantengo oculta esa parte de mí. A Wes le gusta alardear de esa faceta mucho más que a mí. Me gusta mantener mis secretos en secreto —le guiñó un ojo. A Callie se le escapó una risita irresistible—. Bueno, ya la he molestado bastante por esta noche. No quisiera poner celoso a Wes. Tal vez nos veamos pronto en el club. He oído que Wes por fin va a enseñar su Monet en unos días. Debería pedirle a Wes que la lleve.

—No creo que me lleve al club —Callie suspiró. Wes no había dicho nada sobre The Gilded Cuff, pero sentía mucha curiosidad.

—Es un dom. Todo lo que usted tiene que hacer es actuar muy dulce y rogarle. Ningún dom podría resistirse a una mujer encantadora como usted si se lo suplicara —Vain dijo con una risita —. Pagaría un buen dinero por ver a Wes rechazar cualquier cosa que le pidiera. Apuesto a que él no podría decir que no.

—¿Apuesto? —dijo una nueva voz, interrumpiendo. Royce se les unió—. Vain, será mejor que no estés corrompiendo a la dulce vaquerita de Wes —estrechó la mano de Vain y se volvió para mirar a Callie—. Wes te está buscando, cariño. Está listo para irse.

—Gracias, Royce —ella se despidió de Vain y empezó a moverse a través de la multitud de gente. Una vez fuera del salón de baile, fue en busca de su abrigo. Un mayordomo lo había llevado a una biblioteca cercana a la puerta principal y lo había colgado en un gancho portátil. El vestíbulo estaba vacío y los ruidos de la gala se habían apagado ahora que las puertas se habían vuelto a cerrar. No le costó mucho localizar la biblioteca. La puerta se había entreabierto y la luz dorada se filtraba a través de la abertura. Vislumbró unos libros al otro lado.

Sujetándose las faldas con una mano, empujó la pesada puerta de roble y entró. La biblioteca estaba iluminada con varias lámparas sobre mesas de lectura, que hacían la estancia cálida y acogedora. Había dos largos percheros metálicos al fondo, cerca de la chimenea de piedra. Callie buscó su abrigo entre las pieles caras y las chaquetas de diseño. Casi se echó a reír al recordar que su propio abrigo era un costoso chal de terciopelo negro.

De repente, una mano le rozó la cintura y el siseo de un aliento furioso le acarició la oreja. El

intenso y empalagoso aroma del brandy era abrumador.

—¿Así que eres el sabor del mes de Thorne? —se burló un hombre y la empujó contra su cuerpo.

—¡Suéltame! —Callie dejó caer su abrigo y clavó un codo en el estómago del hombre por puro instinto.

—¿Por qué pequeña…?

El dolor le estalló en la nuca mientras el hombre le clavaba los dedos en su pelo y la sacudía. Un grito se abrió paso hasta sus labios, pero él le rodeó la garganta con una mano, convirtiendo ese grito de auxilio en un gemido ahogado.

—Cállate, sólo vamos a hablar un poco —gruñó mientras mantenía la presión sobre su garganta lo bastante fuerte como para que su visión empezara a nublarse. Los fuertes vapores del alcohol sugerían que estaba borracho.

Callie le clavó las uñas en el brazo, intentando arañar, pero a medida que le ardían los pulmones, el pánico se apoderaba de ella.

—Esto es lo que quiero saber. ¿Cómo es que Thorne siempre consigue todo lo que yo quiero? Mis trabajos, mi escuela, todo lo que yo quería, él me lo quitaba. Yo debería ser el mayor experto en arte de Norteamérica, no él. Debería haber sido yo —su agarre la intensificó, y Callie dejó caer las manos cuando ya no pudo seguir luchando. No podía respirar. Esperaba que su vida pasara ante sus ojos, pero lo único que vio fue a Wes. Un lejano rugido de rabia la persiguió en la oscuridad que se acercaba rápidamente.

Callie cayó al suelo con un ruido sordo y el aire entró en ella. El mundo volvió a enfocarse. Estaba tirada en el suelo de la biblioteca, hecha un ovillo, con la garganta irritada por el dolor. Levantándose sobre las manos, vio a Wes forcejeando con un hombre, el que la había estado estrangulando.

—¡Stonecypher, pedazo de mierda! —gruñó Wes con tanta agresividad que Callie se tensó. El tranquilo Wes había desaparecido. En su lugar había un guerrero, una criatura sedienta de sangre que la asustaba, pero que luchaba por ella. Wes lanzó un puñetazo. El otro hombre voló hacia atrás, chocó contra una mesa y cayó al suelo. Gimió, pero no se levantó. La mirada depredadora de Wes permaneció en el hombre caído un segundo más antes de mirar por la habitación. Cuando la vio, corrió hacia ella, con la respiración agitada mientras se agachaba y la alzaba en brazos.

—Oh, cariño —murmuró. Presionó su frente contra la de ella y sus ojos se cerraron brevemente—. ¿Estás bien?

Asintió con la cabeza y luego se estremeció al sentir una punzada de dolor en la garganta.

—¿Quién era? —consiguió decir.

—Thomas Stonecypher. Un viejo compañero de escuela. No un amigo —la mirada amenazadora de Wes la asustó lo suficiente como para que temblara en sus brazos, aunque sabía que, lógicamente, no tenía nada que ver con ella. Stonecypher permaneció inerte en el suelo.

—¿Está muerto?

—No. Sólo lo he noqueado. Tiene un cráneo grueso. Sólo le dolerá la cabeza cuando despierte.

—Es una pena —refunfuñó. Unos fragmentos dolorosos se clavaron en su garganta y se la frotó. El collar de Wes había hecho presión contra su piel y había dejado marcas en forma de eslabones de cadena. Él se percató y le quitó suavemente el collar y lo metió en el bolsillo de su abrigo antes de que sus dedos volvieran a su cuello y lo masajearan suavemente.

—Vamos a casa —Wes la alzó en brazos, pero ella empujó su pecho.

—Puedo caminar. No quiero que nadie te vea llevándome.

—Muy bien, pero una vez que estemos en casa, son mis reglas y voy a asegurarme de que estés bien —le rodeó la cintura con un brazo y la acompañó hasta la puerta principal. Después de entregarle su tarjeta a un aparcacoches, ayudó a Callie a ponerse el abrigo.

—Me estrujó un poco la garganta y tiró de mi pelo —tocó su cuero cabelludo y el destello de dolor la hizo estremecerse. *Uf. Eso me va a doler mañana.*

Cuando levantó la mirada hacia Wes, su rostro era pétreo, con sus preciosos ojos azules llenos de fuego invernal.

—Lo lamento mucho —le besó los labios y le frotó la espalda, dándole calor.

—No es culpa tuya. Ese hombre está loco.

—Thomas es… bueno, siempre ha sido del tipo celoso. Éramos amigos de niños, pero él no tenía tan buen ojo como yo para el arte y no lo soportaba cuando yo salía ganando. No todos los hombres soportan ser el segundo. Thomas es uno de ellos.

Callie no habló durante unos largos instantes. Quería cambiar de tema.

—¿Le contaste a todo el mundo lo del Monet como habías planeado?

Wes suspiró.

—Sí. Todos los miembros destacados lo saben, incluso Thomas.

—¿Qué? —se quedó helada—. ¿También es dom en el club? —algo en eso la molestó.

—Lo es. No lo frecuenta. Normalmente va cuando estoy fuera de la ciudad. Tendemos a evitarnos.

Wes la condujo escaleras abajo cuando el aparcacoches llegó con el Hennessey Venom GT de Wes. Le dio un billete de veinte dólares y le abrió la puerta de Callie.

—No crees que sea el ladrón de arte, ¿verdad? —preguntó Callie. Tenía sentido. El hombre que estaba celoso de Wes era el que podía hacer más daño. Aseguró el cinturón y esperó a que Wes entrara en el coche.

—No lo había considerado —admitió—. ¿Crees que podría serlo?

Callie se encogió de hombros y luego enumeró las pruebas con los dedos.

—Es un especialista en arte como tú, tiene un serio problema de celos, sus conexiones son las mismas que las tuyas, y es un dom en el club. Parece que debería añadirse a tu lista de sospechosos.

—Podrías tener razón. Llamaré al FBI y les avisaré. Probablemente puedan investigar sus finanzas y vigilarlo. Si va a por el Monet, lo capturarán.

—Bien —Callie se acomodó en su asiento y ninguno de los dos dijo una palabra hasta que estuvieron de vuelta en su casa—. Wes, ¿puedo ver el Monet? —le preguntó, tirando de su brazo.

—Estaré encantada de traértelo mañana temprano para que lo veas mientras trabajas.

—¿Por qué no ahora? —exigió.

Sus ojos se entrecerraron especulativamente.

—Está en un lugar seguro y no quiero poner en peligro su ubicación —la estaba excluyendo. La punzada de dolor que sintió al verlo levantar barreras la impulsó a actuar.

Metió la mano en el bolsillo de su abrigo, sacó el collar y se lo mostró.

—Me has reclamado como tuya, Wes. Si te pertenezco, no puede haber secretos entre nosotros. Es un límite muy grande para mí. Me alejaré. ¿Entiendes? No me excluyas —su tono nervioso se suavizó mientras él le sujetaba y estrujaba las manos—. *Quiero* pertenecerte, pero los secretos me harían daño y sé que tú no quieres hacerme daño.

Los ojos de Wes se suavizaron y también estrujó suavemente sus manos mientras se inclinaba para besarle los labios. La suave presión de su boca contra la suya la hizo sentir tan

ligera que una brisa primaveral podría haberla arrastrado como las esponjosas semillas blancas de un diente de león. Nunca había entendido cómo las mujeres podían hablar de un hombre que les provocaba la sensación de estar volando. Sin embargo, ahora, con el beso suave y sensual de Wes, y la forma en que dispersó sus sentidos y destruyó su resistencia, sabía lo que significaba estar volando.

Cuando se separó de ella, asintió con la cabeza, como para sí mismo.

—Si no quieres más secretos, tienes que confiar plenamente en mí. Hay una parte de mí que es oscura, Callie. No puedo ocultarlo una vez que lo has visto —estudió su rostro, aparentemente esperando que protestara o se apartara. Pero no lo hizo. Lo amaba, todo de él. Incluso sus secretos.

CAPÍTULO 21

—Muy bien —la cogió de la mano y la condujo por el pasillo. Se detuvieron frente a una pared con un precioso cuadro del río Sena. Utilizó una pequeña llave de su bolsillo, que no estaba conectada a sus otras llaves, para abrir una puerta oculta detrás del cuadro. Callie memorizó cuidadosamente cómo encontraba el orificio de la llave y abría la puerta. Mientras lo seguía hacia la oscuridad detrás del cuadro, se estremeció. Esto debía de ser lo que Royce había llamado la habitación oscura.

Un repentino resplandor de luz dorada llenó la habitación e iluminó los muebles negros y elegantes. Había un sofá de cuero negro, un escritorio de madera de granadilla oscuro y una enorme cama de cuatro postes con un edredón de seda negra. Las paredes no eran negras, pero estaban pintadas de un gris tormentoso y decoradas con obras de arte. Su mirada saltó de una obra a otra. Un Monet, un Renoir, su retrato dormido en la cama, los agapornis gitanos y el retrato del artista en Montmartre.

No había nada especialmente impactante en la habitación, salvo la profunda sensación de que todo lo que había en ella era sólo para él, y no tendría que compartirlo con el resto del mundo. Callie comprendía esa necesidad de un lugar sagrado y privado. Este era su mundo privado y lo estaba compartiendo con ella, una habitación que nadie más, salvo Royce, había visto. En cierto modo, se estaba compartiendo a sí mismo con ella.

—Me preguntaba adónde habían ido a parar los bocetos —Callie le sonrió. La tensión de su cuerpo se relajó y sus hombros se hundieron.

—Esta es mi habitación oscura —hizo un gesto con la mano—. Aquí están guardadas algunas de mis posesiones más preciadas.

—¿Por qué habitación negra? —Callie se preguntó si el nombre se debía a la decoración o a alguna otra razón.

—No es una habitación que figure en ningún plano. No puedes encontrarla a menos que sepas exactamente dónde buscar. Nadie más la conoce.

Callie estuvo a punto de confesar que Royce la conocía, pero se calló. De algún modo, su instinto le decía que no sería una buena idea.

Se levantó las faldas y se acercó al Monet. La pintura estaba a menos de medio metro de ella, y la cautivó. La fría paleta de azules, morados y verdes, sin una pizca de color cálido, era única. La escena representaba la orilla de un río, justo después del amanecer, cuando la niebla se deslizaba por la orilla y se adhería al espeso bosquecillo situado a la izquierda. Las pinceladas perfectas y la forma en que el agua y la niebla se fundían eran una auténtica obra maestra. Era una de las cosas más bellas que había visto en su vida. *Arte verdadero.* Se le formó un nudo en la garganta y su nariz comenzó a arder mientras intentaba no llorar. Nunca pensó que algo pudiera

ser tan hermoso.

El calor del cuerpo de Wes la calentó por detrás.

—Esta obra me tranquiliza —le susurró al oído. Sus manos le quitaron el abrigo de los hombros—. Desde que Emery y Fenn fueron secuestrados de niños, algo dentro de mí ha estado… roto. No, ésa no es la palabra adecuada —dejó caer el abrigo al suelo.

Callie levantó la cabeza y lo miró por encima del hombro. Él le miraba la espalda, y luego alcanzó el cierre del vestido.

—Marcado. Esa es la palabra adecuada. Todo en mi vida quedó destrozado por su pérdida y, cuando encontraron a Emery, él ya no era el mismo. Algunos lazos llegan hasta el alma. Royce y yo… absorbimos su dolor en nuestros corazones y sus cicatrices se convirtieron en las nuestras.

El cierre se deslizó hasta la parte baja de su espalda, y Callie se estremeció cuando el aire frío besó la piel que él expuso al abrirle el vestido y dejarlo caer al suelo en un charco carmesí a la altura de sus tobillos. No llevaba sujetador, sólo unas bragas rojas de encaje con corte de bikini. No era su estilo habitual de algodón, pero el vestido parecía exigir sensualidad. Aun así, al estar desnuda, tuvo que luchar contra el impulso de cubrirse los pechos, pero ahora sabía que no debía hacerlo. A Wes le gustaba su cuerpo, sobre todo cuando la despojaba de ropa cara.

—Tienes mucha suerte de no tener cicatrices —la abrazó por detrás, rodeándole la cintura con los brazos y acariciándole el cuello con la nariz mientras hablaba. Callie inclinó la cabeza hacia un lado, ofreciéndole más espacio para lamerla y mordisquearle la oreja. La dura presión de su erección contra su trasero demostraba que estaba tan excitado como ella. Sus manos subieron por su vientre y le acariciaron los pechos, amasándolos. La humedad se acumuló entre sus muslos y su clítoris cobró vida. Se retorció contra él sin poder contenerse. Wes soltó una risita y se apartó, bajando las manos—. Me deseas, Callie. Todo de mí. Pues ya me tienes. Incluso las partes más oscuras —se acercó a su escritorio y abrió uno de los cajones. Sacó dos esposas de cuero forradas de piel por dentro y una tira de tela negra. Cuando se acercó a ella, Callie miró fijamente los objetos en sus manos y luego, con una lenta respiración, extendió las muñecas.

—Buena chica. Desde ahora hasta que salgamos de esta habitación, soy el Amo. Me llamarás así. ¿Lo entiendes?

Callie intentó tragar saliva, pero tenía la garganta seca, así que asintió. Wes deslizó los nudillos por su mejilla, con un brillo de aprobación en los ojos. Se inclinó hacia él, y la besó. El suave reclamo se tornó áspero, la húmeda suavidad de su boca se volvió salvaje, mientras hacía que espirales de deseo se enroscaran en lo más profundo de su vientre, ardiendo profunda y ferozmente.

Luego aseguró las esposas en sus muñecas. El cuero era suave y la piel aún más. Deslizó un dedo entre la muñeca y el puño, comprobando que no estuviera demasiado ajustado. Luego levantó la tela negra. Callie esperaba que le vendara los ojos, pero en lugar de eso le separó los labios, le cubrió la boca con la tela y se la ató cómodamente detrás de la cabeza. Era una mordaza eficaz, pero no afectaba en absoluto a su respiración. Tal como había prometido cuando hablaron de esto en París.

Wes unió las esposas con una pequeña cadena y luego pulsó un botón rojo en la pared, a los pies de la cama, y un gancho plateado bajó del techo. Le levantó los brazos y, cuando las muñecas estuvieron a la altura del objeto, sujetó la cadena a la punta del gancho y lo levantó unos centímetros. Sólo lo suficiente para impedir que ella se pusiera de puntillas para liberarse.

Indefensa. Estaba completamente indefensa, en una habitación que no podía ser encontrada, con un hombre que le advertía de su oscuridad interior. Un pequeño gemido de pánico se le

escapó, amortiguado por la mordaza.

Wes caminó detrás de ella y le cogió la barbilla, con ojos insondables, excepto por la fascinante lujuria que allí brillaba.

—Respira, Callie. Sólo estamos nosotros. Y placer, mucho placer —se inclinó hacia ella y le acarició la mejilla con la nariz. Callie se sacudió contra las esposas y las cadenas, luchando por acercarse a él, pero no pudo.

Wes tenía todo el control.

Wes le inclinó la barbilla hacia atrás, dejando al descubierto la columna de su garganta, y luego lamió y mordió hasta la clavícula, adorando cada centímetro de carne que encontraba. Cada beso y cada mordisco encendieron un fuego en su sangre, y Callie rezó para que no detuviera esa dulce tortura. Ella echó la cabeza hacia atrás. Cada parte de ella estaba concentrada en su boca. Jadeó contra la mordaza y arqueó la espalda.

—Muy impaciente —dijo con una risita mientras retrocedía, con la mirada recorriendo su cuerpo desnudo con tanta fuerza que Callie podía sentir manos invisibles sobre ella. Resopló contra la mordaza cuando él se acercó a la cómoda que había junto a la cama. Lo único que pudo distinguir fue el chirrido de la madera al abrirse y la ancha espalda de Wes antes de que éste se diera la vuelta para mirarla. En su mano había un palo envuelto en cuero de unos 60 centímetros de largo con varias cintas de cuero colgando de un extremo.

Un flogger.

Cada músculo de su cuerpo se tensó y jadeó contra la mordaza. Iba a azotarla.

Intentó calmarse, pero el miedo y la excitación se persiguieron mutuamente por sus venas hasta marearla.

—Esto es un látigo ligero —explicó Wes mientras extendía las cintas a lo largo de la palma de su mano izquierda y luego, con un rápido movimiento de la mano derecha, las hacía caer sobre la otra. Ningún rastro de dolor cruzó sus facciones. Quizá no causaba dolor … o él tenía una gran tolerancia al dolor. Callie tragó saliva—. ¿Recuerdas en París, cuando hablamos de esto? ¿Cómo puedo hacer que ardas y que tu piel se caliente, pero sin verdadero dolor?

Consiguió asentir algo temblorosa. Lo recordaba.

—Vamos a intentar eso —volvió a meter la mano en el cajón y sacó una campana de plata del tamaño de una pelota de golf—. Esto es lo que usarás para darme tu palabra de seguridad mientras estás amordazada. Estrújala en tu puño así y el sonido quedará amortiguado. Sabré que estás bien. Si necesitas que pare, abre más la palma de la mano y agita la campana —se acercó de nuevo a ella y le colocó el objeto en la mano derecha—. Adelante, agítala para practicar.

La campana tintineó al agitarla. Su muñeca tenía suficiente flexibilidad para sacudirla con facilidad. Eso la relajó. Había recuperado parte de su control. Wes la respetaría si usaba eso. Confiaba en lo que sentía por él, y se apoyaba en eso para sentirse segura con él.

—Recuerda, Callie —le dijo suavemente al oído mientras colocaba una mano en su cintura —. Confía en mí. Pararé si usas la campana, pero quiero que sepas que mi objetivo no es hacerte daño, sólo excitarte. ¿Confías en mí?

Ella asintió. Por loco que fuera, confiaba en él. La oleada inicial de pánico se había disipado y volvía a estar tranquila, lo más tranquila posible considerando que estaba encadenada y colgada para el placer de Wes. Un pequeño estremecimiento la recorrió.

Él dejó el flogger y se quitó los gemelos de plata de la camisa, depositándolos sobre la cómoda. Luego se quitó el costoso traje. Al remangarse la camisa, dejó al descubierto sus musculosos antebrazos. Había algo inquietantemente hermoso en ver a Wes semidesnudo. El pelo rojo oscuro le caía sobre los ojos, y se lo apartó con una mano antes de coger el látigo y

caminar detrás de ella.

—Relájate con los golpes —le ordenó. Fue su única advertencia.

El primer golpe aterrizó en la parte superior de su espalda. Lanzó un fuerte grito ahogado, más por la conmoción que por el dolor. Tuvo unos segundos para darse cuenta de que no le dolió. Fue más bien como un leve golpe de cuero sobre la piel. ¿Cuántas veces había golpeado las riendas de cuero contra su muslo mientras cabalgaba? Era exactamente la misma sensación. Sin dolor. Otro golpe aterrizó en la parte baja de su espalda y luego en el culo. Su cuerpo, antes un poco frío, se calentó bajo la caricia del flogger.

Los suaves golpes, las delicadas caricias del cuero sobre su carne desnuda, parecieron durar horas. Cerró los ojos, entregándose a la expectación y a la consiguiente liberación de tensión tras cada golpe. Sujetó la campana con fuerza, sin necesidad de agitarla. Estaba a salvo en esta oscuridad, con Wes, su oscuro protector, que la liberaba con cada delicioso beso del cuero sobre su piel caliente. Su mente se deslizó hacia un lugar extraño, una mezcla de euforia y conciencia agudizada.

El contacto con el látigo desapareció, y unas manos fuertes se aferraron a sus caderas. Le quitaron la mordaza de la boca y, de pronto, Wes la estaba abrazando. Callie seguía colgada del gancho, pero él se había abierto los pantalones y liberado la polla, con la clara intención de hacerle el amor de pie. Le cogió el culo con las manos, se lo levantó e hizo que sus piernas le rodearan las caderas. Le cogió la nuca y la besó con fuerza mientras se colocaba en posición para penetrarla con la otra mano.

Empujó con fuerza y rapidez, pero estaba tan mojada que entró con suavidad. Callie chilló al sentir cómo la llenaba, estirándola hasta el punto de una presión casi dolorosa. Podía follársela así, empujándola sobre su pene tan fuerte y rápido como quisiera. Un orgasmo la hizo estallar. Los azotes la habían preparado tan bien que no se había percatado de su excitación hasta que estuvo dentro de ella.

Los labios de Wes reclamaron los suyos mientras se mecía contra su cuerpo. Sus pezones, tan dolorosamente sensibles, rozaron su fina camisa y Callie gimió. Un segundo orgasmo la recorrió, tan brutal que la dejó temblando y luchando por respirar. No tenía fuerza ni física ni mental, pero Wes seguía penetrándola, buscando su propio placer. Había algo salvaje y cruel en él, la forma en que la miraba fijamente a los ojos mientras la embestía una y otra vez. Una de sus manos la sujetaba por el culo y la otra seguía en su nuca, manteniéndola quieta. Cuando por fin se corrió, Wes rugió, ronco y gutural.

Su piel ardía ligeramente mientras él le acariciaba la espalda, arriba y abajo, con una mano. Le rodeó la cintura con un brazo y bajó la otra mano para acariciarle las nalgas. El contacto casi fue doloroso, en el buen sentido, como después de un duro día de trabajo en el rancho, cuando todos los músculos estaban agotados y se desplomaba en la cama. Dos orgasmos alucinantes en manos de Wes habían tenido el mismo efecto en ella.

—¿Cómo te sientes, cariño? —le susurró al oído. Su cálido aliento la hizo estremecerse, y la ligera capa de sudor de su sexo le refrescó la piel.

—Como si hubiera muerto y ascendido al cielo —casi arrastró las palabras por el cansancio, y dejó caer la cabeza sobre su hombro. Era difícil pensar más allá de la sensación de seguridad y el calor de su toque.

—Mantente fuerte un momento más —soltó su cuerpo y Callie se hundió en sus ataduras. El leve zumbido de las cadenas del techo duró unos segundos antes de que se desplomara. Sus fuertes brazos la sujetaron como a una muñeca de trapo. Permitió que la desenganchara y le quitara las esposas. Luego la alzó en brazos y la llevó a la cama extragrande.

Callie utilizó sus últimas energías para meterse bajo las mantas y acurrucarse en la almohada. Todo su cuerpo era sensible al toque de Wes, pero no le quedaba energía para demostrarlo.

—Wes, ¿no me dejarás? —bostezó e intentó abrir los ojos. Cuando consiguió encontrarlo, se estaba quitando la ropa. La visión de su musculoso cuerpo ligeramente bronceado la estremeció. Sus paredes internas se agitaron como el eco de un orgasmo cuando él se metió en la cama a su lado y la rodeó con su cuerpo. Las luces disminuyeron y ella se dejó llevar. Su último recuerdo de esa noche fue el débil y fantasmal murmullo de su respuesta.

—Que Dios me ayude, Callie. Nunca podré dejarte marchar.

TARDÓ SÓLO UNOS MINUTOS EN DORMIRSE EN LOS BRAZOS DE WES. ÉL CONTUVO LA respiración, contando los segundos antes de abandonar la cama y regresar rápidamente con un pequeño frasco de loción. Callie volvió a acurrucarse contra él, y Wes calentó una gota de loción en la palma de su mano antes de deslizarla bajo las sábanas y frotar su espalda en lentos círculos. Eso le ayudaría a suavizar y curar la piel. No era que la hubiera marcado; unas pocas líneas rojas que desaparecerían en un día. Sin ronchas, sin dolor. Eso era lo que ella necesitaba, sólo una pizca de oscuridad, una pizca de algo cercano al límite. Y dárselo había sido eufórico. Callie le había dado lo que ninguna otra mujer había sido capaz de darle antes. Completa confianza y entrega.

Había hecho cosas mucho más duras a otras sumisas en función de sus necesidades, pero nada lo había satisfecho como esta noche con Callie. Esa sombra en su alma, las cicatrices que ocultaba al mundo, parecían arder cada vez que la tocaba. Ella era una luz que brillaba a través de él y eliminaba la oscuridad de la que le había advertido. Eso lo aterrorizaba. Callie tenía el poder de salvarlo. No quería que alguien tuviera esa fuerza sobre él, pero no podía retractarse. Estaba demasiado involucrado. Callie le pertenecía y no renunciaría a ella, aunque eso significara perderse a sí mismo a cambio.

Un suave suspiro golpeó su pecho desnudo mientras sus labios se entreabrían y ella murmuraba su nombre. La sujetó con más fuerza. ¿Estaba soñando con él? La idea hizo que sus labios se curvaran en una sonrisa genuina. Los sueños eran un reino sagrado, y si él la poseía allí, era suya. Para siempre.

CAPÍTULO 22



Callie le había mentido a Wes. Y odiaba eso. Pero algo en su interior le decía que era necesario. Él le había dado acceso al cuadro de Monet y ella, en los dos últimos días, había obedecido sus órdenes y falsificado el cuadro. Pincelada a pincelada. Era perfecto. Incluso ella, que dudaba constantemente de su propia habilidad, tenía que admitir que era una réplica extraordinaria. Había hecho la pieza que Wes necesitaba y sería un cebo para el ladrón de arte. Pero no era eso lo que la ponía tensa de vergüenza.

Su secreto no era técnicamente una mentira, no realmente. El sentimiento de culpa por ocultarle algo era muy fuerte. Si se atrevía a compartirlo con Wes, podría poner en peligro su propio plan para capturar al ladrón. Sabía que Wes estaba haciendo lo que creía mejor, pero Callie tenía instintos de ranchera. Ese presentimiento del próximo estallido de una tormenta, aunque no se viera una nube en kilómetros sobre el terreno. Estaba convencida de que el ladrón seguía un paso por delante de Wes y el FBI, tan segura como de que podía oler la lluvia en el horizonte.

Después de que Thomas Stonecypher la atacara en la biblioteca, Callie se convenció de que él era el ladrón. La había sorprendido y no iba a permitir que volviera a hacerlo. Si él tenía algún plan para robar el Monet, ella iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para detenerlo.

—¿Callie? —Wes estaba en la puerta del estudio, vestido con unos pantalones de montar marrón oscuro y un polo azul marino. Sus botas de montar lucían recién pulidas y parecían nuevas, salvo por los ligeros rasguños en las puntas. Llevaba el cabello peinado hacia atrás sin ningún cuidado, como si lo hubiera hecho con los dedos. El hombre parecía la personificación andante del pecado. ¿Por qué tenía que tener tan buen aspecto? Callie se tragó la culpa y sonrió. Era sólo temporal. Le contaría todo una vez que todo esto terminara.

—¿Ya es hora? —ella miró el pequeño y delicado reloj pulsera con esfera de nácar y correa de cuero marrón en su muñeca izquierda. Wes se lo había comprado en París después de ver su viejo reloj digital. Había perdido la noción del tiempo esta mañana, pero la pintura parecía tener ese efecto en ella. Sus labios se crisparon mientras se acercaba a ella y la alcanzaba—. ¡No! Estoy cubierta de pintura. Arruinarás tu ropa —protestó, pero no pudo escapar cuando Wes la capturó entre sus brazos. Sus suaves labios rozaron su mejilla y todo en su interior se calentó y quiso ronronear como un gato contento. Cada vez que la abrazaba, era como volver a casa, dar el primer paso dentro de su puerta después de un largo día de duro trabajo.

—Hoy preferiría montarte a ti que a cualquier poni de polo, pero es importante que vayamos. El agente Kostova se encargará de que la falsificación llegue a The Gilded Cuff esta noche.

Callie se puso rígida entre sus brazos y levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿No vas a ir con ellos para comprobar que el cuadro está asegurado allí?

Wes negó con la cabeza.

—Jax estará allí para asegurarse de que todo esté en orden, y Stephen Vain dijo que ayudaría. Se enteró de que íbamos a presentar el Monet en la próxima fiesta y, como conservador, su prioridad es la conservación del arte.

—¿El señor Vain? —ella lo recordaba de la gala. Otro dom.

—Sí. Un buen hombre, Vain. Solía estar en la junta de la casa de subastas Camden, pero Camden sufrió algunos cambios en la junta el año pasado y renunció hace dos meses. Lo ayudé a conseguir el puesto de conservador que tiene ahora.

Callie no sabía nada de casas de subastas ni de juntas directivas.

—¿Por qué alguien renunciaría a un puesto en la junta? ¿No se supone que es un buen trabajo?

Wes le rodeó la cintura con un brazo mientras salían del estudio de arte y se dirigían a su habitación, donde podría cambiarse para el partido de polo.

—Él y el recién elegido presidente de la junta, Peter Wells, no estaban de acuerdo en casi nada. Yo nunca se lo diría a Stephen, pero Wells podría ser la mejor opción. Su objetivo es recortar gastos y maximizar la eficacia de las subastas para que Camden pueda vender más piezas al día que en los últimos años. Varios de los actuales miembros de la junta vinieron a verme y me pidieron que incorporara a Wells a la junta, y estuve de acuerdo en que sería una buena elección —Wes apoyó un hombro en el poste de la cama mientras ella rebuscaba entre su ropa en el vestidor, intentando averiguar qué se pondría.

—Entonces, cuando Wells se hizo cargo, ¿cómo hizo renunciar a Vain? —Callie cogió un vestido rojo y rosado con una falda suelta que le llegaba hasta las rodillas, y lo extendió para que Wes pudiera verlo. Su mirada se desvió sobre el vestido y asintió, con una luz de aprobación en sus ojos azules que hizo que ella se sonrojara.

—Por lo que he oído —la voz de Wes se intensificó y Callie se volvió para verlo entrar en el armario con ella—, Wells organizó una especie de campaña contra Vain. La cosa se puso fea. Vain renunció a los pocos meses del inicio de Wells —Wes la observó mientras se desabrochaba la camisa de vestir cubierta de pintura y la dejaba caer al suelo. No intervino para ayudarla a desvestirse, y ella supo por qué. Le encantaba verla desnudarse. Lo había notado en París. Él le daba órdenes con esa voz de dom profundo y ella se quitaba una prenda a la vez, dejando que su mirada la devorara.

Cuando se quitó los pantalones y los arrojó en su dirección, Wes los cogió, los tiró al suelo y se abalanzó sobre ella. Callie chilló y salió corriendo del armario, riendo mientras esquivaba a Wes. El gruñido suave y juguetón que oyó detrás de ella la hizo estremecerse y luego jadear cuando la inmovilizó a un lado de la cama. Se inclinó hacia delante y él la siguió, susurrándole al oído.

—Después del partido de polo, tú y yo tendremos un poco de tiempo para nosotros —le frotó el culo con una palma y le dio una ligera palmada. Sintió calor tras su contacto y dejó escapar un ronroneo gutural.

La erección que le oprimía el trasero era una clara señal de que no era la única afectada por su posición y su reacción.

—Me estás matando, Callie —le besó la mejilla y, con un suspiro reacio, la soltó—. Vístete antes de que cambie de opinión y lleguemos tarde al partido.

Después de mostrarle lo que ella esperaba que fuera una sonrisa pícara, ante la cual él puso los ojos en blanco, corrió al armario y se vistió. Cuando volvió a salir, vio la punta de un lienzo metida debajo de la cama, cerca de las botas de Wes. Se obligó a mirarlo, esperando que no se

percatara del lugar donde sus ojos se habían centrado segundos atrás. La mentira, el engaño, volvieron a corroerle el estómago y rezó para que él no notara que algo iba mal.

—¿Estás lista? —le tendió una mano y ella la cogió, agradecida de tener una razón para tocarlo.

—Lista —sonrió y lo siguió hasta la puerta. No se atrevió a echar un vistazo a la cama y a lo que había escondido debajo. Una mentira. Eso era todo, pero Dios, se sentía enorme. Nunca quiso ocultarle nada a Wes, pero tenía que seguir su instinto.

❧

WES MONTÓ EN SU PONI DE POLO LLAMADO VENGANZA Y TROTÓ DETRÁS DE ROYCE, EMERY Y Fenn. Como equipo de cuatro, eran perfectos para enfrentarse al equipo contrario de cuatro jugadores. Stephen Vain III, Thomas Stonecypher, Gerald Parker y Samuel Cross estaban en el equipo contrario, todos hombres de su edad con los que había crecido. Cuando una organización benéfica necesitaba dinero, el polo era una forma fácil de recaudar apoyos.

Las damas usaban sus mejores galas y se reunían junto al campo, bebiendo mimosas mientras los jugadores libraban una guerra sobre el césped. Los cotilleos corrían como la pólvora entre las carpas, que era justo lo que el FBI necesitaba para que el plan funcionara. La presentación del Monet sería todo un tema para los miembros de The Gilded Cuff que asistirían al partido.

—¿Listo para divertirte? —Royce le dio un codazo en las costillas a Fenn y sus caballos se lanzaron mordidas mientras los dos hombres chocaban los hombros. Fenn soltó una risita y palmeó el cuello de su caballo.

—No he jugado desde los ocho años. ¿Qué te parece? —replicó Fenn.

—Yo creo —dijo Emery mientras se unía a su hermano—, que es como montar en bicicleta. Jugabas bien en esos pequeños ponis de polo que teníamos de niños. Lo harás bien.

Wes sonrió mientras los gemelos Lockwood se lanzaban bromas. Era un espectáculo que no había esperado volver a ver, los cuatro juntos. Algo en su pecho se oprimió dolorosamente, y revisó sus riendas y luego sujetó su mazo. Venganza se agitó inquieto bajo él. Era un poco salvaje para ser un poni de polo, pero Wes asumió el riesgo porque el caballo tenía velocidad.

—Tranquilo, Ven —lo tranquilizó con una palmada. Venganza era un caballo de carreras retirado, un pura sangre de excelente linaje. El sueño de todo jugador de polo: un caballo hecho para la velocidad, la resistencia y la agilidad. Wes había entrenado a Venganza después de que cumpliera tres años, y el caballo podía leer las señales de Wes a través de la más leve presión de sus patas o por señales de peso cada vez que Wes ajustaba su cuerpo. Siempre tenía otras monturas de reserva porque a menudo tenían que cambiar durante cada chukker de siete minutos y medio.

Wes siguió a sus amigos hasta el campo, donde el presentador comentaba las biografías de los jugadores y sus estadísticas. No era algo que él soliera escuchar, pero se preguntó qué tendría que estar pensando Callie de todo esto. Se sentó erguido en su caballo y miró por encima del hombro hacia la gran carpa llena de mesas donde damas y caballeros estaban sentados o paseando. El destello del vestido rosado hizo que Callie saltara en su línea de visión. Estaba en plena conversación con Hayden y Sophie, la prometida de Emery Lockwood. Callie también sonreía y reía, lo que lo hizo sonreír.

—¿Por qué esa sonrisa tonta? —preguntó Emery a Wes. Refrenó su poni y comprobó la correa de la barbilla en su casco.

Wes negó con la cabeza.

—No es asunto tuyo.

Su mejor amigo se echó a reír.

—Si tuviera que adivinar, tiene que ver con la razón por la que mi hermano tiene un ojo morado y el labio partido.

—Tal vez, pero se lo merecía —gruñó Wes. Quizá Fenn era uno de sus mejores amigos, pero no dudaría en golpearle el otro ojo si volvía a mencionar a Callie de una forma que lo enfadara.

—Vale. Tú ganas. No haré más preguntas —Emery levantó la mano para imitar un latigazo —. Nos pasa a los mejores —luego se rio con fuerza y el poni saltó hacia adelante.

Wes estaba demasiado distraído para mostrarse agresivo en su juego. Cada pensamiento parecía estar centrado en Callie. Si conseguía capturar al ladrón de arte, podría llevarla de vuelta a París. Durante el poco tiempo que había pasado allí, sólo había podido vislumbrar la superficie de lo que la ciudad tenía para ofrecer. La idea de todo lo que aún le quedaba por experimentar con ella lo hizo sentirse extrañamente emocionado. Los pequeños temblores en su estómago fueron extraños, pero no inoportunos.

Royce gritó mientras perseguía la pelota de plástico blanco por la línea, que era una trayectoria invisible que seguía la pelota y que definía el desarrollo del juego. Los jugadores estaban limitados por la trayectoria de la pelota. El poni negro de Wes resopló y corrió tras la pelota, pero Stonecypher se acercó a Royce con el mazo en el suelo. Royce, como atacante, tenía el derecho natural de paso, pero Stonecypher podía acercarse por un lado y quitarle la pelota. Wes pateó el costado de Ven y corrió hacia su amigo. Pero Stonecypher cogió la pelota blanca, cambiando el juego.

Stephen Vain pasó a su lado al galope, con una sonrisa torcida mientras agitaba el mazo en un saludo de burla.

—Cabrón —dijo Wes, riendo. El juego comenzó.

Los dos chukkers siguientes transcurrieron con rapidez, y el juego fue brusco. Hubo más de una jugada arriesgada y movimientos casi ilegales por ambas partes. Wes cambió de caballo dos veces, y ahora estaba sentado a horcajadas sobre uno de los ponis alazanes, un castrado llamado Lord Nelson. Nelson no era tan rápido como Venganza, pero sí más ágil. Con una puntuación empatada, un caballo con agilidad era mejor.

Fenn corrió, agitando el mazo para asestar un golpe. De repente, el caballo de Stonecypher se abalanzó sobre Fenn.

—¡Fenn! ¡A tu derecha! —Wes gritó la advertencia, pero no hubo tiempo suficiente para que Fenn reaccionara. Sus caballos estaban en trayectoria de colisión. Wes reaccionó por puro instinto. El niño que llevaba dentro, el que recordaba la ausencia de Fenn durante todos esos años, se apoderó de él. Clavó los talones en los flancos de Nelson y el caballo saltó hacia delante, acortando la distancia, y la montura de Stonecypher golpeó a Nelson hombro con hombro justo cuando Stonecypher blandía su mazo, golpeando a Wes en el plexo solar.

Wes perdió el aire de los pulmones y se quedó sin fuerzas. Nelson chilló y retrocedió sobre sus patas traseras. Cuando sacudió la cabeza, Wes aflojó el débil agarre en las riendas y las tiras de cuero se soltaron de su mano.

Sólo había habido otras tres veces en su vida en las que un caballo lo había tirado, pero esa chispa de pánico en su pecho, la agonía de sus pulmones luchando por respirar y la caída libre sin peso, eran inolvidables. Golpeó el suelo con fuerza, el impacto le arrebató el último aliento de los pulmones antes de que su cabeza se echara hacia atrás y un dolor agudo lo sumiera en la oscuridad.

CAPÍTULO 23



Un grito de pánico y el chirrido de los cascos hicieron que Callie volviera a centrarse en el campo. Fenn tenía la pelota, pero Stonecypher se abalanzaba sobre él con el mazo peligrosamente levantado. Wes estaba sólo un metro por detrás y, en un abrir y cerrar de ojos, él y su caballo quedaron aprisionados entre Fenn y Stonecypher. El mazo se balanceó y Callie se puso en pie de un salto, intentando ver qué había pasado. El caballo de Wes se encabritó, con los músculos relucientes y la boca espumosa, mientras chillaba. Wes resbaló de su lomo y cayó al suelo. Un miedo atroz la envolvió con sus garras. El caballo tropezó y rodó sobre Wes antes de volver a ponerse en pie.

—¡Wes! —gritó Callie y se quitó los talones para poder correr más rápido por el campo. Sólo podía pensar en llegar hasta él. Tenía que hacerlo. Las lágrimas le nublaron los ojos y ahogó los sollozos. Estaba a sólo quince metros y no se movía. Stonecypher, Fenn y los otros jinetes habían desmontado y estaban en el suelo a su lado.

—Te juro, Lockwood, que no pretendía… —el rostro de Stonecypher estaba pálido mientras miraba el cuerpo de Wes.

Callie se lanzó hacia delante, pero cuando estuvo cerca, unos fuertes brazos la cogieron y la retuvieron.

—Eh, niña, espera —la voz de Fenn era distante, casi amortiguada bajo la sangre que rugía en sus oídos.

—¡Suéltame! —forcejeó, agitando los brazos y las piernas contra el cuerpo de Fenn. Una maldición llegó a sus oídos y se liberó. Lo empujó y se dejó caer al lado de Wes. Emery y Stephen Vain lo estaban examinando.

—No parece que se haya roto ningún hueso —observó Vain. Sus ojos se cruzaron con los de ella antes de volver a centrarse en Wes.

Callie cogió y estrujó una de las manos de Wes.

—Wes, por favor, despierta —se sentía muy indefensa, como la niña cuya madre nunca volvería a casa. Algunos recuerdos eran tan profundos que ni siquiera un crío podía olvidarlos.

Sus oscuras pestañas se agitaron y finalmente abrió los ojos. Con un suave gemido, Wes levantó la cabeza, sólo para dejarla caer de nuevo al suelo.

—Tranquilo —Emery le palmeó el hombro y miró a Callie.

—¿Qué ha pasado? —Wes volvió a intentar levantarse y esta vez lo consiguió.

—Te has caído —explicó ella, con la voz quebrada—. Deberíamos llamar a una ambulancia.

Él maldijo.

—No necesito una ambulancia —luchó por levantarse, se tambaleó sólo unos pasos antes de que pareciera recuperar el control, y salió corriendo en la dirección que había seguido su caballo,

que era de regreso a los establos.

Cuando intentó ir tras él y sujetarlo del brazo, Wes le gruñó. Callie retrocedió un paso y todos lo vieron alejarse hacia los establos. Al parecer, el equipo de la ambulancia había estado esperando detrás de las carpas en caso de emergencia y, cuando Emery habló con ellos, les dijo que Wes se dirigía a los establos.

Callie estaba clavada al suelo. Le temblaba todo el cuerpo y estaba un poco mareada, además de dolida por el menosprecio de Wes. Él no quería que ella fuera a ver cómo estaba y eso dolía, un fuerte dolor en el pecho. Frotó la zona sobre su corazón, intentando aliviar un dolor que sabía muy bien que no se calmaría hasta que atendiera a Wes.

—¿Estás bien? —Fenn le rodeó los hombros con el brazo, sacudiéndola un poco. Ella se concentró en él.

—¿Eh? Oh, estoy bien. Sólo un poco conmocionada. Tenía tanto miedo… —su frase murió en un susurro ahogado.

Fenn le cogió la mejilla y se encontró con su mirada.

—Es aterrador ver cómo hieren a alguien a quien amas, ¿no?

—Sí —coincidió. Cuando él soltó una risita, ella frunció el ceño—. ¿Qué?

—Amas a Wes. No lo negaste —las finas líneas alrededor de sus ojos se arrugaron mientras sonreía—. Supongo que valieron la pena unos cuantos golpes para que él admitiera que también te ama.

—No me ama —ella se frotó los ojos, apartando las lágrimas, pero jadeó cuando Fenn la cogió por los hombros.

—Estaba equivocado sobre él, niña. Así que escúchame. Un hombre como Wes no se mete en peleas por una mujer, no a menos que la ame. Demonios, se enfadó cuando le sugerí que sólo sentía deseo por ti. Estaba cabreado. Tal vez no está preparado para confesarte su amor, pero seguro que lo demuestra.

Callie quería llorar. Si él la amara, no se habría marchado después del accidente, y así se lo dijo a Fenn.

Se desabrochó el casco de montar y negó con la cabeza.

—¿Crees que quiere que lo veas herido? A un hombre le gusta ser fuerte y proteger a su mujer, no asustarla haciéndole daño. Su orgullo está herido y probablemente tenga miedo de que pierdas la fe en su capacidad para cuidarte.

—Pero eso es ridículo.

Fenn se echó a reír.

—Si no recuerdo mal, una vez me dijiste que los hombres nunca son sensatos.

Él tenía un punto y ella no pudo discutir.

—Entonces, ¿qué puedo hacer?

Una expresión seria delineó su rostro mientras lo consideraba.

—Necesita recuperar su sentido del poder y la fuerza. Encuentra una forma de que se sienta cómodo de nuevo y estará bien —con una palmadita fraternal en la cabeza, Fenn se alejó.

Callie permaneció en el campo unos minutos más, con la hierba fresca bajo sus pies, mientras observaba cómo se dispersaba la multitud. Una persona llamó su atención.

Corrine Vanderholt estaba de pie junto al borde de la gran carpa de la fiesta, con la atención puesta en los establos a los que Wes había ido. Una sonrisa de suficiencia curvó sus labios cuando miró a su alrededor, y luego se escabulló entre la multitud que desaparecía. Un pequeño escalofrío de terror recorrió la espalda de Callie. ¿Corrine se alegraba de que Wes hubiera resultado herido? ¿Intentaría volver con Wes y se dirigía a buscarlo en este mismo momento?

Los celos la atormentaban, y odiaba admitir que le preocupaba que Wes se sintiera tentado por Corrine.

Las preguntas no tenían respuesta, pero Callie la vigilaría de cerca a partir de ahora. Algo no iba bien. Todos sus instintos le gritaban que a Corrine le había gustado que Wes saliera herido.

Callie recogió sus zapatos y se los puso antes de dirigirse a los establos. Wes aún no había salido, así que podría estar dentro. Cuando llegó a la entrada principal de los establos, dos paramédicos pasaron junto a ella. Emery estaba justo detrás de ellos, con expresión desconcertada.

—¿Dónde está Wes? —preguntó.

Emery hizo un gesto con la mano hacia el largo y oscuro pasillo de los establos.

—Está pensativo, pero bien. Solo tiene un chichón en la cabeza —la seguridad de Emery no la tranquilizó. Necesitaba ver a Wes, asegurarse de que, en efecto, estaba bien.

Los establos estaban llenos de ponis polo que asomaban la cara por los bordes de las puertas para mirarla con curiosidad. El pesado y cálido aroma a heno y grano la hizo sentirse segura. Siempre le recordaría al rancho. En un gran almacén había relucientes sillas de montar de estilo inglés y, detrás de ellas, un estante repleto de grandes trofeos de carreras. Cintas gruesas de una docena de colores colgaban de ganchos en el estante, sus extremos bifurcados brillaban bajo el suave resplandor dorado de las luces del techo.

Wes estaba al final de la hilera de quince establos. Callie vio su silueta oscura a contraluz desde la entrada trasera del establo. Sus piernas altas, delgadas y con botas, sus caderas estrechas, sus hombros anchos, todo su ser concentrado mientras sostenía la cara de un caballo, con la frente pegada a la de la bestia en un dulce gesto de cariño que la conmovió. Era tan sexy, tan lleno de vida, y en este momento ignoraba por completo su presencia.

Lo amaba tanto que dolía. No era lo mismo que había sentido con Fenn. Después de su rechazo, su alma había sufrido un corte superficial. Con Wes, la sensación no se parecía a nada que pudiera haber imaginado. Todo lo que esperaba ser algún día estaba atado a él, como un océano a su orilla. Siempre estrellándose el uno contra el otro, atraídos por una fuerza invisible como la gravedad. Un amor que estaba construido dentro del tejido del universo. No podía explicarse ni ignorarse. Sólo se podía aceptar y apreciar.

Te amaré por el resto de mi vida, Wes Thorne. Aunque me rompas el corazón, será tuyo.

El caballo que estaba acariciando se movió y presionó la nariz contra el pecho de Wes, quien soltó una risita. El sonido era intenso y grave. Hizo que todo el cuerpo de Callie estallara en calientes recuerdos de sus noches en París. Sin decir palabra, se acercó a él y lo rodeó con los brazos, abrazándolo. Si se sobresaltó, ella no lo notó. Ella tenía la cara pegada a su pecho.

—Hola, cariño —le besó la sien y le rodeó el cuerpo con los brazos.

—No vuelvas a apartarme así. *Jamás* —Callie frotó la mejilla contra el suave algodón de su polo. Su olor, mezclado con un poco de sudor y heno, lo hacía tentador e irresistible.

Una mano le acarició la parte baja de la espalda, y la apartó unos centímetros para que sus miradas se encontraran. A su alrededor, los silenciosos testigos equinos resoplaban y golpeaban con las pezuñas la piedra cubierta de heno.

—Sigue persiguiéndome —sus ojos estaban cargados de una solemnidad que ella no había esperado—. No dejes que te excluya. No puedo negarte nada de lo que me pidas. Lo sabes, ¿verdad?

Su corazón se detuvo al tiempo que brotaba la esperanza. ¿Se refería a lo que ella esperaba con todas sus fuerzas? ¿Que le pertenecía igual que ella le pertenecía a él? Estaba demasiado asustada para preguntar si lo decía en serio.

—¿Cómo está tu cabeza? —le tocó suavemente la mejilla.

Una esquina de su boca se levantó en una sonrisa torcida.

—Sólo tengo un pequeño chichón —se llevó la mano a la nuca, pero ella le sujetó la muñeca.

—No lo toques si te duele. ¿Los paramédicos te atendieron?

Asintió.

—¿Esperas curarme de nuevo? —era una broma, pero a Callie no le hizo gracia.

—No quiero hacer de eso un pasatiempo, suturarte de nuevo o vendarte las heridas. Hablo en serio, Wes. Sé cuidadoso por mí.

—¿De verdad estabas preocupada? —sus cejas se arquearon y sus labios se suavizaron en una sonrisa tierna y parcial.

—Claro que lo estaba. Un caballo prácticamente te cayó encima. No te movías… —no pudo terminar el pensamiento.

—Lamento haberte asustado —su seriedad hizo que el nudo de pánico en su pecho se aliviara un poco. La abrazó durante un largo momento, sin que ninguno de los dos se atreviera a hablar —. ¿Estás lista para volver a casa? —preguntó finalmente.

—Sí —ella seguía abrazándolo y echó la cabeza hacia atrás—. Wes, ¿me llevarías al club esta noche? Sé que planeas ir a vigilar la falsificación. Quiero ir contigo.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Quieres ir a The Gilded Cuff conmigo?

Ella asintió.

—No.

—Pero…

—Callie, eso es un club BDSM real. No sabrías qué hacer y eres demasiado tímida. Además, tendría que ponerte un collar delante de todos para evitar que los otros doms se te acercaran.

Callie se mordisqueó el labio inferior, pensando en lo valiente que sería si fuera al club y siguiera sus reglas. Ella no sabía si tendría éxito, pero quería intentarlo.

—Wes, esto es importante para mí. Quiero hacerlo —ir al club formaba parte de la vida de Wes, y ella sabía que si alguna vez quería convencerlo de que podían estar juntos, entonces tenía que demostrar que podía sobrevivir en su oscuro mundo.

—¿Lo del club va en serio? —un parpadeo de consideración en sus ojos mostró que ella podría tener una oportunidad de convencerlo.

—Por favor —suplicó, mirándole fijamente los labios y luego los ojos. Se puso de puntillas y le rodeó la nuca con los dedos para acercarle la cara y besarlo.

Esta vez ella fue la agresora y utilizó sus labios para convencerlo de lo mucho que lo merecía y deseaba complacerlo. Wes gruñó suavemente contra su boca, sus manos rodearon su cintura y tiraron de ella contra él. El beso se intensificó y Callie perdió el control. Aferrada a su cuerpo, suspiró y gimió mientras él asaltaba sus sentidos.

Cuando por fin se separaron, Callie estaba apoyada contra la pared junto al establo de Venganza, y Wes le acariciaba los brazos desnudos, con ojos suaves y pestañas parcialmente mientras miraba atentamente sus labios inflamados por el beso.

—De acuerdo. Puedes venir esta noche, pero tendré que mantenerte cerca para asegurarme de que no enfades a ninguno de los doms. Me encanta tu fuego, pero no a todos los amos les gusta que sus sumisas sean vivaces —hundió los dedos en su pelo y la caricia fue relajante.

—Puedo hacerlo, Wes. Lo prometo —tenía fe en que sería lo suficientemente valiente como para sobrevivir a una noche en uno de los clubes BDSM más exclusivos de la Costa Este.

—Iremos juntos —su seguridad la calentó.

Juntos. Qué diferencia podía hacer una pequeña palabra.

CORRINE VANDERHOLT ESTABA EN EL ALMACÉN, ESCUCHANDO A ESCONDIDAS LA CONVERSACIÓN de Wes con la tontita rubia. Todavía le enfurecía que él hubiera terminado su relación por una chica como esa. Una don nadie pueblerina. Corrine tenía conexiones con los Kennedy, por el amor de Dios. Cualquier hombre debería querer casarse con ella. Por suerte para ella, en realidad no le gustaba Wes. Claro, se hacía la sumisa, porque era la única manera que una mujer tenía de estar con él. Y ese había sido su objetivo. Pasar tiempo con él, conseguir que le propusiera matrimonio.

No tenía ningún interés en su amor o su dinero. Ella quería su arte. Durante los últimos años lo había estado observando mientras él compraba varias obras raras, casi invaluables. El Monet, el Renoir, todos serían suyos. Sólo había un problema. Mantenía estas piezas raras bien escondidas. Su socio había registrado la casa de Wes y no las había encontrado por ninguna parte. Pero Corrine sabía que tenían que estar allí en alguna parte. El paranoico de Wes acababa de esconderlas, y necesitaban una forma de engañarlo para que mostrara la ubicación de los cuadros.

Su socio había desarrollado un plan para robar obras de arte a los amigos y clientes de Wes. Cuando Wes se enterara de los robos, querría implicarse y, tal y como su socio había predicho, Wes utilizaría su propio arte como cebo para atraer al ladrón escurridizo. Una pequeña sonrisa curvó sus labios. Wes se había equivocado. Él era el ratón en este juego y ella el gato.

Menos mal que se le había ocurrido seguirlo hasta el granero. Esa insignificante don nadie vestida de rosa había revelado un giro inesperado. Wes no planeaba colgar al verdadero Monet en el club. Iba a colgar una falsificación. Eso significaba que su plan para robarlo tenía que cambiar. Una perversa sensación de regocijo la invadió. Oh, sería demasiado fácil conseguir que Wes entregara el verdadero Monet y cualquier otra cosa que Corrine deseara.

—Ahí estás —una profunda risita masculina llegó desde la puerta trasera del almacén que conducía a la otra hilera de compartimentos, al otro lado de los establos.

Corrine se giró para ver a su socio. Se hacía llamar el Ilusionista, pero a ella no le importaba el apodo. Sólo le importaba él y el arte que robarían.

—Hola, cariño —ronroneó ella y le rodeó el cuello con los brazos.

Sus ojos marrones la atravesaron. Era el único hombre que la había hecho *sentir* algo. No tenía que actuar de ninguna manera cuando estaba cerca de él. Podía ser ella misma.

—¿Qué trama Thorne? —le colocó las manos en la espalda y tiró de ella.

—Quiere cambiar el juego. Pondrá una falsificación en el club esta tarde. El verdadero Monet sigue escondido.

Su socio frunció el ceño.

—Maldita sea.

Corrine le acarició la nuca con las puntas de los dedos, jugueteando con el borde de su polo.

—No pasa nada. Sé lo que podemos hacer.

—¿Lo sabes? —inclinó la cabeza y la besó hasta dejarla sin aliento.

—Sí —respondió ella. Tenía el plan perfecto. Y le costaría a Wes esa dulce chica de la que se había atrevido a enamorarse.

CAPÍTULO 24



—Recuerda respirar.

Callie tuvo que repetir la sugerencia de Wes varias veces mientras él aparcaba su Hennessey frente a un viejo edificio de almacenes. Le temblaban las manos cuando salió del coche y miró a su alrededor. Eran las ocho, y la escasez de edificios alrededor de este almacén aislado era un poco inquietante en la oscuridad.

—¿Lista? —Wes le tendió la mano y ella la cogió, agradecida de tenerlo a su lado.

Se veía apuesto con su traje de lana negro. Su ropa y su comportamiento gritaban que era un dom poderoso. Ella sólo llevaba jeans, una camiseta y un par de esposas de cuero suave con forro de piel. Cuando le había preguntado qué ropa ponerse, él le había dicho que se vistiera cómodamente porque se cambiaría en el club y él se había encargado de su atuendo, que había guardado en el vestuario de sumisas ese mismo día.

Callie no tenía ni idea de qué esperar. ¿Wes querría hacer una escena pública con ella? Claro, había leído muchas novelas románticas, pero ¿cómo sería en la vida real? Lo que hacía con Wes en privado era maravilloso, explosivo, pero temía no poder hacer algo en público, no algo increíblemente íntimo. ¿Y si él quería que se desnudara delante de sus amigos o de los otros doms? No habían hablado de eso, pero ella sentía ahora mismo que esos podrían estar cerca de sus límites más estrictos.

—Cariño, ¿estás bien? Estás sujetando mi mano con mucha fuerza —Wes la estrujó de manera reconfortante.

—Estoy bien —mintió. Él frunció el ceño, y esa mirada hizo que Callie se arrepintiera al instante de haber mentido.

—Callie, una vez que estemos dentro del club nada de mentiras. Eso es importante. No me enfadaré contigo, aunque me digas que estás aterrorizada. Todo lo que tienes que hacer es usar tus palabras seguras. 'Amarillo' para ir más despacio si te sientes incómoda y 'rojo' para parar inmediatamente.

Ella asintió, sintiéndose aliviada. Wes la protegería. Lo único que tenía que hacer era confiar en él para que la guiara durante la noche.

Siguió a Wes cuando llegaron al almacén. Él abrió la gran puerta de madera que daba al interior del vestíbulo del club. Las escarpadas paredes de roca y los apliques con cálidas luces doradas conferían al castillo un ambiente medieval. Había una puerta pintada de rojo al final del vestíbulo, y un hombre vestido de negro con un brazalete rojo estaba de pie junto a la puerta, comprobando los documentos de identidad de los hombres y mujeres que se dirigían al oscuro interior. Varias personas formaban una fila frente a un mostrador en el que una mujer con un traje sastre y gafas de marco negro comprobaba los nombres de una lista.

Wes guio a Callie hasta el mostrador mientras las últimas personas se alejaban.

—Buenas noches, Aria. He traído a la señorita Callie Taylor. Es mi sumisa esta noche. Te llamé por ella.

La mujer, Aria, era una morena alta, de rasgos poderosos pero encantadores. Con una cálida sonrisa hacia Callie, estrechó la mano que Wes le ofrecía.

—¡Señorita Taylor, bienvenida! Ya era hora de que Wes le pusiera un collar a alguien.

Callie lanzó una mirada a Wes, quien había mencionado que le pondría el collar pero no le había explicado gran cosa sobre hacerlo en el club. Estaba claro que era algo más importante de lo que había contado si se lo estaba revelando a la gente.

—Hola, Aria —dijo Callie, intentando mantener la calma, aunque todo su cuerpo vibraba con una energía nerviosa.

—Llámala Ama Aria —replicó Wes con su voz de dom, pero lo hizo lo bastante suave como para que sólo ella pudiera oírlo.

—Ama Aria —se apresuró a corregir, y luego estrujó la mano de Wes.

Aria le guiñó un ojo a Wes.

—Es linda. Me agrada. Mucho mejor que tu anterior sumisa

Callie tuvo que hacer todo lo posible para no preguntar quién había sido la anterior, pero su instinto le dijo que no lo hiciera.

Corrine. Esa mujer malvada estaba en todas partes.

—Veo que está esposada —observó Aria e hizo un gesto hacia la puerta—. ¿Por qué no la llevas al vestuario de sumisas?

—Gracias —Wes y Callie se acercaron a la gran puerta roja y los ojos del portero la recorrieron antes de hablar con Wes.

—Que tenga una velada encantadora, señor Thorne.

Wes soltó una risita.

—Eso pretendo.

Cuando cruzaron al interior del club, Callie le sujetó la mano con más fuerza. La enorme sala estaba a oscuras, pero ella podía verlo todo con claridad. Los sofás de brocado, la exuberante sensación de una antigua alcoba victoriana en la habitación. Las pesadas cortinas de terciopelo rojo con cordones dorados que ocultaban las habitaciones más pequeñas en un gran círculo alrededor de la sala principal. Había un bar a un lado con dos hombres con pantalones de cuero negro y camisetas negras sirviendo bebidas.

Los sofás y las sillas estaban colocados en varios grupos sobre gruesas alfombras. La música retumbaba en altavoces ocultos y la gente estaba tumbada sin hacer nada, algunos besándose intensamente, otros haciendo mucho más que eso. Callie bajó la cabeza, completamente avergonzada de ver una actividad sexual tan abierta.

—Por aquí —Wes la condujo a una habitación que tenía una puerta con un letrero de madera con las palabras “Recámaras sumisas” pintadas en una fluida escritura dorada. Le entregó una llave dorada con un cordón de satén rojo—. Entra ahí y abre la taquilla número dieciocho. Quítate la ropa y ponte lo que te he dejado dentro. Luego vuelve aquí. Te estaré esperando —su intensa mirada la hizo sentir pequeños escalofríos de pánico y excitación. Reconocía esa mirada, la que la abrasaba como la lujuria ardiente. Él era el dominante esta noche y, sin embargo, no la asustaba.

Tragando saliva y con los nervios a flor de piel, Callie le soltó la mano y empujó la puerta. El vestuario no era en absoluto lo que había esperado. Había bancos de madera oscura y taquillas de madera pulida con números plateados clavados en la parte delantera. Las duchas y los vestuarios

se alineaban en una pared. Había unas diez mujeres dentro charlando animadamente mientras se quitaban la ropa.

—¡Hola! —una vivaz mujer de pelo rubio oscuro se acercó a ella—. Eres Callie, ¿verdad? —dijo mientras terminaba de atar sus ligueros a las medias. Llevaba un conjunto de sujetador y bragas que parecía sacado de un catálogo de Victoria Secret, y tenía un cuerpo perfecto de modelo.

Oh, vaya. Puedo hacer esto.

—Sí, soy Callie Taylor.

La mujer sonrió.

—Soy Katrina. Estoy aquí con Royce esta noche. Me pidió que te ayudara si lo necesitabas. Soy su sumisa, pero dijo que deberías quedarte con nosotros si Wes tiene que dejarte por un tiempo. Esta es tu primera vez en el club, ¿verdad?

—Sí. Esto es bastante intimidante —tenía la boca seca, y tragó saliva. Una cosa era intimar con Wes en privado, pero quizá no estaba preparada para hacer algo tan público con él…

—Estarás bien —le aseguró Katrina y luego le presentó a las otras sumisas, quienes se mostraron amistosas. Callie no sabía si recordaría sus nombres. Todo era abrumador, pero era un alivio saber que estaría aquí con gente agradable.

—¿Wes dijo que debía usar la taquilla dieciocho? —Callie echó un vistazo a los números, y Katrina señaló el que necesitaba.

—Es esa. Vamos a ver qué te ha dejado tu amo. Es noche de lencería —Katrina soltó una risita y rompió la banda de uno de sus ligueros—. A Royce le gustan estas cosas. Mi último amo sólo me dejaba llevar bragas, nada más. Eso no me gustaba mucho. Me alegro de que a Royce le guste dejar parte de mi cuerpo a la imaginación de los otros doms —las otras sumisas se rieron.

Pero Callie no se reía. ¿Y si Wes no le había dejado ropa?

Katrina le quitó la llave y abrió la taquilla, sacando un sujetador de encaje de color negro y crema y unas bragas tipo bikini.

—Elegante, pero sexy —Katrina le entregó las prendas. Callie las cogió, con las manos trémulas. ¿Sólo se iba a poner esto? ¿Nada más? Sus oídos empezaron a zumbar y tuvo problemas para tragar.

No puedo hacerlo.

La idea de que unos desconocidos la vieran así… ¿sólo así? No. Ella no era sexy como Katrina o las otras. No se vería bien en esto, y ciertamente no quería un montón de intimidantes, apuestos dominantes vieran lo patética que era en comparación con las otras mujeres. Una rechoncha chica de un rancho… Sí, destacaría de la peor manera y Wes entraría en razón y se daría cuenta de que no era el tipo de chica con la que querría estar. Se le revolvió el estómago y reprimió una oleada de náuseas.

Cogió la mano de Katrina.

—Trae a Wes, por favor. Está afuera.

Se apoyó en la hilera de taquillas, cogiendo los objetos, con las piernas temblándole lo suficiente como para que las rodillas colisionaran entre sí.

La puerta del vestuario se abrió y Wes entró, con Katrina pisándole los talones.

—¿Qué ocurre? —preguntó, cogiendo la cara de Callie en cuanto la alcanzó. La preocupación oscureció sus ojos mientras estudiaba su rostro. Ella quería refugiarse en él, perderse en su calor y en la protección de sus brazos. En ese momento habría dado cualquier cosa por volver a estar con él en París, los dos solos, o por estar encerrada con él en la habitación oscura. Le gustaba su lado oscuro, pero Callie no quería tener que compartir su ser con nadie

más que con él.

—No puedo llevar esto —suspiró, mostrándole la ropa interior—. Esos otros hombres me verán. Yo no… —se detuvo, incapaz de expresar lo que sentía. Él sería un caballero y no estaría de acuerdo con ella sobre su cuerpo, pero Callie sabía que no era así. No era una supermodelo ni una finísima mujer de la alta sociedad. Tenía curvas, músculos y un poco de grasa.

Wes suspiró con fuerza, sintiendo desaprobación al pronunciar su nombre.

—Callie…

—Por favor, Wes.

Mientras hablaban, Katrina sacó a las otras dos sumisas de la habitación, dejándolos solos.

—De acuerdo. Déjame ir a buscar algo más. Ponte estas cosas y traeré algo extra —le rozó la frente con un beso y se fue.

Con manos trémulas, se quitó la camiseta y los jeans. Luego guardó la ropa en la taquilla y se puso las bragas y el sujetador. Eran preciosos, pero no podía dejar que otros hombres que no conocía la vieran así. Un sabor metálico invadió su boca cuando el pánico volvió a apoderarse de ella.

—Ten —Wes volvió a la habitación y le entregó una camisa blanca grande—. Puedes ponértela encima del atuendo que he elegido, pero es el único privilegio que te permitiré —su tono era oscuro, y Callie sabía que no podía oponerse.

—Gracias —en cuanto se puso la camisa, se relajó. Podía conformarse con esto. Caía hasta la parte superior de sus muslos y disimulaba sus curvas en lugar de exhibirlas.

La palma de su mano le golpeó el culo y ella dio un respingo.

—Gracias, amo —corrigió él—. Ahora ven. Es hora de ponerte el collar.

EL CORAZÓN DE WES LATÍA CON FUERZA. CALLIE TENÍA UN ASPECTO DELICIOSO, TAN PERFECTA con su camisa y nada más. Sus piernas curvilíneas y sus pies descalzos mostraban lo sexy que era. Esta noche iba a ser la envidia de todos los doms del Cuff. Cuando la condujo a la sala principal, todos los doms se centraron en ella. Incluso las sumisas se atrevieron a levantar la mirada con curiosidad. Royce estaba recostado en un sillón, con las manos detrás de la cabeza. Katrina, su sumisa, estaba sentada a sus pies sobre una gran almohada para evitar que se le magullaran las rodillas.

Wes señaló el suelo junto a Royce, quien arrojó una almohada hacia donde señalaba su amigo.

—Arrodíllate, sumisa.

En cuanto pronunció las palabras, los doms se reunieron a su alrededor, con todas sus sumisas arrodilladas. Callie intentó imitar su postura arrodillándose junto a Katrina y manteniendo la cabeza inclinada. El cojín hacía que arrodillarse resultara bastante cómodo.

El orgullo lo invadió al contemplarla. Ella representaba cada una de sus fantasías.

—Esta noche, reclamo a Callie Taylor como mi sumisa. Ella será mi responsabilidad, y yo su amo. Cualquier castigo para ella debe ser realizado a través de mí, ya que ahora me pertenece —sacó el collar del bolsillo de su traje y se inclinó sobre Callie—. Levántate el pelo, sumisa —le ordenó con suavidad.

Ella levantó las manos y se recogió el pelo largo y dorado del cuello. Cuando Wes le puso el collar, un pequeño escalofrío recorrió su piel cuando la tocó. Ver su collar en ella había sido emocionante, pero ahora significaba mucho más. Era suya de la forma más permanente que él

conocía para reclamarla. Normalmente, durante la colocación de un collar, una sumisa sufría un castigo erótico, pero eso dependía de su amo.

—Levántate, Callie.

Obedeció, cruzó las manos esposadas delante de ella y mantuvo la cabeza inclinada en señal de respeto. Para ser una mujer nueva en este estilo de vida, tenía buenos instintos.

Wes le levantó la barbilla y se deleitó viendo la pequeña chispa de sorpresa en sus ojos.

—*Eres mía* —las palabras fueron suaves, pero él supo que ella las había oído por la forma en que un delicado rubor tiñó sus mejillas. La promesa que había hecho ahora era una realidad. Podía ver en sus preciosos ojos que le pertenecía en todos los sentidos.

Ya no pudo resistirse a reclamar lo que quería. Con poco esfuerzo, la levantó del suelo y la llevó a un sofá cercano. Reclinándose, la acomodó en su regazo y le rodeó la cintura con los brazos, sonriendo mientras la besaba para ahogar su chillido de sorpresa. Sus labios se abrieron bajo los suyos y Wes se introdujo en ellos con la lengua. El sabor de Callie era dulce, a fruta y a algo exclusivamente suyo. Ella se derritió contra su cuerpo y él renunció a su control. Se apoderó de su boca y sus manos recorrieron su cuerpo, deslizándose por debajo de la amplia camisa que llevaba, explorando su cuerpo con libertad mientras reclamaba lo que era suyo. Las risas y los silbidos de los otros doms eran distantes. Solo estaba concentrado en Callie y en la forma en que podía impregnar el sabor de su sumisa en su boca.

Sentía una extraña emoción al tener aquí en el club a una mujer que era suya de verdad, que le pertenecía de una forma que nunca antes había experimentado. Era suya, ningún hombre podía tocarla, y él podía demostrar a todos los demás doms qué era lo que se estaban perdiendo. Sus pequeños ronroneos, sus suspiros de gatita y la forma perversa en que aprendió a devolverle los besos hicieron que sus pantalones se tensaran dolorosamente mientras su cuerpo se ponía rígido de necesidad.

—A menos que planees llevártela a una de las habitaciones privadas, será mejor que vayas más despacio —la sonora burla de Royce cortó la bruma de lujuria en el cerebro de Wes.

Joder. ¿Por qué no podía disfrutar de su pequeña sumisa?

—No olvides el plan —murmuró Royce mientras se inclinaba hacia delante en su silla, mirando a Wes con seriedad. Luego desvió la mirada hacia el cuadro de Monet que colgaba de una pared a tres metros de ellos.

Royce tenía razón. Tenía que centrarse en el Monet, no en Callie. Se suponía que ella debía ser su distracción externa ante cualquiera del club que pudiera cuestionarlo sobre el hecho de venir solo.

Con un suspiro de arrepentimiento, se levantó de la silla y dejó a Callie en el sofá junto a Royce. Ella se tocó los labios hinchados por el beso y le sonrió tontamente. Le encantaba eso de ella, la forma en que se entregaba a la pasión y a él con tanta facilidad y apreciaba cada maravilloso segundo de cada beso.

Cuanto antes capture al Ilusionista, antes podremos volver Callie y yo a París.

Le robó un besito más y se aseguró de capturar toda su atención.

—Quédate con Royce. No hables con nadie a menos que te hablen a ti primero. Recuerda dirigirte a los doms como señor. Las sumisas llevan esposas y collares y menos ropa, así que deberías poder distinguirlas. Vuelvo enseguida.

Susurró en voz baja al oído de Royce que la vigilara antes de dirigirse a la oficina trasera.

Jaxon estaba sentado en su escritorio, pero se levantó cuando entró Wes.

—¿Has visto el Monet? —dijo Jaxon mientras le hacía un gesto a Wes para que volviera a la habitación principal del club. Una vez allí, Jax señaló una pared al otro lado de la sala. Iluminada

por una pequeña luz horizontal, la falsificación del Monet era visible para cualquiera que pasara por allí.

—Sí, lo vi cuando entré. Confío en que Vain haya ayudado a transportarlo hasta aquí sin problemas.

Jaxon asintió.

—Sí, él fue de gran ayuda. Lo vigiló todo el tiempo mientras lo trasladábamos y lo instalábamos. He colocado mis cámaras allí. Cualquiera que se acerque a él será vigilado cuidadosamente.

—Bien —se relajó. Era la primera noche. Le darían al ladrón una semana para falsificar el cuadro en un intento de hacer un cambio.

—Espero que esto funcione —gruñó Jaxon—. Quiero recuperar mi cuadro de Sargent y, una vez que encontremos a este ladrón, el FBI me aseguró que llegarían al fondo del asunto y rastrearían los otros cuadros vendidos por este hombre.

—No te preocupes, Jax. Esto es mi prioridad —Wes notó que Stephen Vain se acercaba a Royce, quien se rio de algo que dijo y luego hizo un gesto con la mano a Callie y Katrina. Ambas mujeres se pusieron en pie y caminaron juntas hacia la barra.

Conociendo a Royce, las había mandado a por agua. Era importante mantener a una sumisa bien cuidada. Una sumisa sana era una sumisa feliz, y una sumisa feliz era más agradable en la cama, al menos en su opinión.

Un hombre entró por la puerta de la habitación principal del club y todo el cuerpo de Wes se puso rígido.

Thomas Stonecypher. El hombre simplemente no sabía cuándo mantenerse alejado. Entre el incidente de la gala y el ataque en el partido de polo…

—Wes —advirtió Jaxon, pero Wes ya estaba dando zancadas hacia el otro hombre—. Wes, no —lo sujetó del brazo, obligándolo a detenerse. Se giró para mirar a Jax.

—¿Qué? Debo aplastar la tráquea de ese cabrón.

—Todos aquí son sospechosos. Incluso Stonecypher. Déjalo en paz. Tenemos que vigilarlo a él y a los demás, o asustaremos al ladrón y esto no servirá de nada.

Wes se soltó del agarre de Jax y gruñó.

—Bien.

—Vamos, necesito que me ayudes a vigilar a algunos de los doms más nuevos. Tienes buen ojo. No los conozco tan bien, y podría ser que nuestro ladrón sea un miembro nuevo.

—Muy bien —volvió a mirar hacia la barra, donde Callie estaba de pie con Katrina. Con un vaso de agua en la mano, charlaba con la mujer y sonreía. Con la otra mano se tocaba el collar de vez en cuando, como si quisiera comprobar si seguía allí. Ver eso lo hizo sonreír. Ella se acostumbraría a llevarlo. Él quería verlo con frecuencia alrededor de su cuello.

Sí, cariño. Me perteneces. Saber eso le provocó más placer del que jamás había experimentado cuando había traído a una sumisa al club. Esta noche se la llevaría a casa y se lo demostraría. La desnudaría sin importarle su timidez, ya que la tendría toda para él.

Eres mía.

CAPÍTULO 25



—Vaya, vaya —dijo una mordaz voz femenina, interrumpiendo la conversación de Callie con Katrina.

—Oh-oh, alerta de zorra —murmuró Katrina.

Cuando Callie miró por encima del hombro, se estremeció. Corrine estaba allí de pie, con un impresionante conjunto de lencería de encaje. Sus largas y delgadas piernas se extendían a lo largo de kilómetros, y podría haber sido una supermodelo, de no ser por la expresión amarga de su rostro.

—Piérdete, gatita —le espetó Corrine—. Tengo que hablar con el nuevo juguete de Wes.

La furia encendió la yesca dentro de Callie, pero se contuvo de reaccionar. Era el mundo de Wes y no quería avergonzarlo. Pero aun así tenía que enfrentarse a esa mujer. Su acoso no podía durar para siempre.

—Está bien, Katrina. Por favor, dile a Royce que volveré en un momento.

—De acuerdo —Katrina le tocó el hombro en una silenciosa muestra de apoyo.

Corrine pareció esperar a que Katrina estuviera fuera del alcance del oído antes de comenzar su ataque verbal.

—¿Qué se siente, *Callie*? —enfatizó su nombre como si fuera algo desagradable—. Él te trajo a mi mundo, donde me folló durante meses. ¿Te lo dijo? Me folló en todas las superficies planas de este club. Yo estuve aquí primero. Es mi territorio. Tú sólo eres un triste y lamentable reemplazo —miró a su alrededor con una sonrisa cruel—. Los doms ya están apostando sobre cuánto tardará en cansarse de ti. Apuesto unas semanas. No puedes darle lo que necesita —Corrine apoyó las manos perfectamente cuidadas con uñas rojas como la sangre en sus caderas mientras recorría la habitación con la mirada—. No eres más que una diversión temporal. No has sido la primera criaturita inocente que ha traído aquí y no serás la última.

Callie estaba tan furiosa que actuó antes de pensar. Cogió su vaso de agua y se lo tiró a Corrine a la cara. Lanzó un grito desgarrador y se abalanzó sobre Callie, pero Stephen Vain llegó de inmediato, alejando a Corrine.

—¡Suficiente! —gruñó Vain, empujó a Corrine y levantó una mano en señal de advertencia —. Vuelve con tu amo y dile que te mereces diez latigazos en la cruz de San Andrés.

Corrine siseó como un gato callejero mojado y se alejó, derramando agua tras de sí.

—Oh, Dios —Callie se debatía entre la humillación y el deseo de reír—. No debería haber hecho eso, pero ella es…

—Una zorra loca —la risita áspera de Vain la tranquilizó.

—Sí, exactamente —suspiró aliviada. Quizá eso era lo peor que podía pasar esta noche. Se había enfrentado a Corrine y había sobrevivido.

—¿Te lo estás pasando bien hasta ahora? —preguntó Vain.

Ella asintió.

—Sí. ¡Oh, sí, señor! —se había olvidado por completo de que estaba hablando con un dom.

Él agitó una mano.

—Tranquila. No soy tan estricto. Deja que te traiga otra bebida, algo un poco más fuerte que el agua. La necesitarás si ella decide volver más tarde, cuando yo no esté —se inclinó sobre la barra y cogió una de las botellas de whisky y un vaso vacío.

—Gracias, señor —Callie volvió a centrarse en la habitación, observando con curiosidad a los doms y sums mientras Vain le preparaba una copa.

—Ten, bébetelo —colocó en su mano un vaso con un líquido ámbar.

Callie se lo llevó a los labios y lo bebió todo. Luego tosió. La bebida quemaba como el fuego.

—Tranquila —le palmeó la espalda.

—Lo siento —jadeó y dejó el vaso sobre la encimera.

—Una mujer hermosa nunca debe disculparse —él soltó una risita y se marchó.

Callie abandonó el bar y se dirigió de nuevo hacia Katrina y Royce.

—¿Estás resistiendo, vaquerita? —bromeó Royce. Había puesto a Katrina en su regazo y ella le besaba el cuello y le lamía la oreja. Royce gimió y palmeó el culo de Katrina.

Callie bajó la cabeza, demasiado avergonzada para mirar. Estaba un poco cansada y quería que Wes volviera. Sabía que estaba ocupado vigilando el Monet, la verdadera razón por la que estaban aquí esta noche.

—¿Te sientes cansada? —le preguntó Royce.

—Sí, supongo que ha sido un día largo. ¿Crees que Wes se enfadaría si duermo una breve siesta aquí en el sofá? —subió las rodillas y se acurrucó en los mullidos y cálidos cojines del sofá.

—No, no se enfadará. Adelante, te vigilaré —prometió Royce.

—Gracias —cruzó los brazos sobre el reposabrazos, apoyó la barbilla en los brazos y cerró los ojos. Sólo necesitaba una pequeña siesta…

Lo sintió antes de oírlo. El aliento caliente en su cara y el calor de su cuerpo cuando se inclinó sobre ella. Tuvo dificultades para abrir los ojos. Aún estaba cansada, pero su voz la despertó. La piel le hormigueaba donde él la tocaba, y la palma de su mano le rozó el pelo mientras susurraba su nombre.

—Callie, cariño, es hora de despertar —Wes deslizó una mano por su pelo.

—¿Qué? ¿Cuánto tiempo estuve dormida? —parpadeó rápidamente, intentando enfocar lentamente a Wes. Su estómago experimentó un extraño retortijón, casi como un calambre, y se sintió un poco mareada.

Wes estaba inclinado sobre ella. Se había quitado la chaqueta y tenía las mangas remangadas. Se le secó la garganta y la zona entre sus muslos comenzó a palpitar. Lucía muy sexy, y verlo tan informal sólo le recordaba el placer que sentía en sus brazos. Wes era una adicción que no tenía cura.

—Llevas una hora durmiendo. Royce no quería despertarte. El club cierra pronto.

Apartándose el pelo de la cara, ella suspiró.

—Lo lamento, Wes —cuando se incorporó, el mundo giraba a su alrededor en círculos vertiginosos.

—¿Estás bien? —la levantó del sofá y la puso de pie. Eso sólo empeoró las cosas. Todo giró a su alrededor aún más rápido y una ola de náuseas la hizo doblarse.

—Wes… no me siento muy bien —se sujetó el estómago, gimiendo. Todo parecía dar vueltas y ella no podía recuperar el aliento.

—Has tenido un día estresante. Deja que te lleve a casa —la cogió por detrás de las rodillas y la alzó en brazos.

El movimiento brusco de sus pasos la mareó, así que volvió a cerrar los ojos, con la esperanza de sofocar el repentino malestar. La sangre le latía con fuerza en los oídos, y el mundo entero se balanceaba a su alrededor como si fuera ella la desequilibrada. Era difícil pensar. El pánico la invadió mientras luchaba por mantenerse despierta.

—Descansa —la voz distante de Wes llegó a ella a través de un túnel oscuro y espeso de niebla.

—Wes, no puedo… moverme —la última palabra fue apenas un susurro, uno que ella apenas pudo exhalar. Él no la había oído. Ella se estaba… desvaneciendo en la oscuridad.

LOS NEUMÁTICOS DEL HENNESSEY VENOM GT CHIRRIARON HASTA DETENERSE DENTRO DE SU garaje mientras Wes aparcaba el coche y salía por el lado del conductor. Llamó a gritos a su mayordomo mientras abría de un tirón la puerta del acompañante y se inclinaba sobre Callie. Estaba inconsciente y llevaba así un rato; no estaba seguro de cuánto tiempo. Su agotamiento y desorientación en el club fueron una advertencia que él casi había ignorado. No obstante, cuando se desmayó por completo en el coche y dejó de reaccionar, su inquietud aumentó.

Rodeó su cuerpo inerte con los brazos, la abrazó y volvió a llamar a Bradley, con la voz entrecortada mientras la estrechaba contra sí. Sus piernas se movieron por sí solas hasta que se encontró en la habitación donde habían hecho el amor a principios de semana. La calidez de ese recuerdo quedó anulada por un pánico ciego que no pudo sofocar.

Callie no se movió mientras la llevaba en brazos. Sus suaves labios no emitieron ningún murmullo que le indicara que seguía aquí, que seguía con él; sólo un silencio que fue sepultado por una oleada de puro miedo.

—¡Bradley! —gritó. Su mayordomo no respondió. Eso era inusual. ¿Dónde coño estaba Bradley? Tenía la extraña habilidad de estar siempre presente cuando Wes llegaba a casa, pero esta noche no.

Wes acomodó a Callie en el sofá, colocó una almohada bajo su cabeza y deslizó la mano por su cara. Tenía la frente fría al tacto y una fina capa de sudor cubría su piel. Algo estaba mal con ella … Se dirigió al portero automático y presionó el botón.

—Bradley, estoy en el viejo estudio. Te necesito enseguida. Callie está enferma.

El sudor le cubría las palmas de las manos y la sangre le latía con fuerza en los oídos. Se volvió hacia Callie y sacó el móvil del bolsillo. Iba a llamar a una ambulancia. Podría tener una intoxicación alimentaria o la gripe. Necesitaba atención médica inmediata.

Un chasquido familiar a sus espaldas lo dejó helado. Conocía ese ruido, lo había oído en sus pesadillas.

Una pistola siendo amartillada. Luego sólo quedó ese silencio estruendoso, interrumpido únicamente por la respiración entrecortada que escapaba de sus labios.

—Cuelga el teléfono —le ordenó una voz fría.

Wes bajó lentamente el teléfono, con el corazón acelerado. Cada latido lo golpeaba tan fuerte como un cañón. Lo habían pillado desprevenido. Todas y cada una de las lecciones que Hans le había enseñado ya no importaban. Era demasiado tarde. Hacía veinticinco años que había jurado

que nunca bajaría la guardia, que nunca dejaría que sus enemigos encontraran la forma de llegar hasta él. Pero se había vuelto descuidado. Se había perdido en su obsesión por Callie y no había visto el peligro hasta que fue demasiado tarde. Un sabor metálico invadió su boca mientras luchaba contra el pánico. Callie necesitaba que sobreviviera a esto para poder salvarla.

—Esto es lo que sucederá. Me darás el verdadero Monet y te diré con qué ha sido envenenada para que puedas salvarla.

—¿Envenenada? —la palabra escapó de sus labios entre dientes apretados.

—Sí. Pensé que podrías necesitar la motivación adecuada para cooperar. Echarle algo en la bebida mientras estaba en el club era una solución fácil. ¿Cómo dice el refrán? ¿Sólo los tontos se enamoran? Considérate un tonto.

La confirmación de que Callie había sido envenenada golpeó a Wes en el estómago, y una rápida sacudida de su cuerpo aflojó involuntariamente el agarre del teléfono y éste cayó al suelo con un ruido sordo. No le importaba el teléfono. Lo único que le importaba era Callie; bajó rápidamente la mirada, vio su cuerpo inmóvil en el sofá, y eso lo mató por dentro. Haría cualquier cosa por salvarla.

—Date la vuelta y mírame —la voz, tan muerta y fría, era casi sedosa, como la piel de una serpiente.

Obedeció y se enfrentó al hombre que había amenazado a la única persona que le importaba verdaderamente en la vida.

—¿Eres tú? —no podía creerlo. No se trataba de Thomas Stonecypher. Había pensado que tenía que ser él. Nadie más le guardaba rencor a Wes como él. Nadie, excepto… *Dios, soy un tonto. ¿Cómo no vi lo que estaba delante de mí?*

Stephen Vain III estaba de pie en la puerta y sostenía una Beretta, apuntando al pecho de Wes. Vestía todo de negro y tenía las manos enguantadas.

—Hola, Wes —esbozó una sonrisa torcida y se apoyó en el marco de la puerta, relajándose ahora que Wes estaba frente a él.

—Vain, ¿qué estás haciendo?

—Vengándome —se encogió de hombros—. Perdí el puesto en la junta de Camden por tu culpa. La casa de subastas era perfecta para lavar el dinero; después de todo, ¿quién sospecharía que una casa de subastas de categoría mundial traficaba con bienes robados? Después de que recomendaras a Peter Wells para la junta, consiguió el puesto y convenció a los demás miembros para que yo renunciara. No podía mantener el estilo de vida al que me había acostumbrado, no cuando el tráfico del arte se volvió mucho más difícil. Perdí mi ventaja, y eso significa que perdí mucho dinero. Alguien tiene que pagar por ello. Qué pena que tuvieras que volverte muy cercano a ella, ¿eh? —agitó la pistola hacia el cuerpo tendido de Callie, y su actitud engreída despertó todos los instintos violentos de Wes, pero se contuvo. Salvar a Callie era su prioridad, y no podía hacerlo si no sabía qué le había dado Vain—. Pero si no hubiera sido ella, habría sido otra persona importante para ti, como esa hermana tuya.

Wes cerró los puños contra sus costados.

—Dime qué veneno le diste a Callie.

Vain lo ignoró y, de repente, miró hacia el pasillo.

—Estoy aquí —habló con alguien fuera del estudio.

Wes se tensó, preparado para otro hombre armado. Pero era Corrine. Se unió a Vain y le besó la mejilla antes de mirar a Wes.

—¿Qué? No me digas que te sorprende —ella sonrió con satisfacción, y la frialdad de sus ojos lo caló hasta los huesos—. En realidad nunca te quise. Sólo se trató de tu arte. Hablando de

eso, ¿dónde está el Monet, Wes?

—En el club —cerró las manos en puños, temeroso de moverse. Lanzó una mirada a Callie en el sofá—. Volved al Cuff y cogedlo. Me da igual. Ahora decidme qué le habéis dado a Callie.

—No le queda mucho tiempo —añadió alegremente Corrine mientras estudiaba su reloj—. Ahora deja de mentirnos. Hoy te he oído hablar en el granero. Sé que el verdadero Monet no es el que enviaste al club.

—El tiempo corre, Wes. La pintura o tu mujer. Sólo puedes salvar a una —Vain apuntó a Callie con el cañón de su pistola.

¿Sólo a una? La única obra de arte que protegería a toda costa. Era una elección fácil. Callie era la única obra de arte que le importaba. Podía deshacerse de todo lo demás que poseía en un instante, siempre y cuando Callie siguiera siendo suya, y siguiera viva. Necesitarla por encima de todo era más profundo que un instinto, más profundo que cualquier impulso básico de tenerla. Ahora lo comprendía, como una luz que brillaba a través de los nubarrones. Ella no existía para completar su alma, para convertirlo en un mejor hombre. No, él existía para completarla a ella, para darle todo en su vida y hacer realidad sus sueños. Ese era su verdadero propósito, la dirección que su vida debía seguir, y Vain no le robaría a Callie su futuro.

Iba a matar a Vain y a Corrine si le sucedía algo.

—Tengo que llevaros al Monet —buscó lentamente las llaves en el bolsillo de su abrigo y señaló al otro lado del pasillo donde estaba la habitación oscura—. Está ahí —pasó junto a ellos y sacó las llaves. Sus manos se mantuvieron extrañamente firmes mientras apartaba el cuadro del río y accionaba la cerradura oculta. Si les conseguía rápidamente el cuadro, podría llamar a una ambulancia. Cuando abrió la puerta de la habitación oscura y los condujo al interior, Vain se mantuvo cerca, pero no demasiado como para que Wes pudiera arrebatarle la pistola. Por supuesto, no se habría arriesgado a hacerlo. Necesitaba saber qué veneno había utilizado—. Ahí está. Cogedlo —señaló el Monet—. El verdadero.

Vain le entregó el arma a Corrine y ella apuntó a Wes mientras se acercaba al cuadro y lo estudiaba detenidamente.

Los colores, antes sutiles y brillantes, habían sido un arrullo visual para él, aliviando un dolor en su interior que nunca había sabido cómo curar. Eso fue antes de conocer a Callie. Desde el momento en que la vio, fue como despertar de un sueño y ver la realidad tal y como era. Sonrisas brillantes, besos tiernos, cuerpos cálidos acurrucados junto al fuego invernal. Y amor. Tanto amor que dolía imaginar un segundo de vida sin ella. Un Monet no podía compararse a eso.

—Él tiene razón. Es el auténtico —Vain levantó el Monet del gancho de la pared y se dirigió a la puerta—. Corrine, nos vemos en el coche en dos minutos. Cuéntale lo del veneno cuando yo haya salido.

Cuando Vain se marchó, Corrine no apartó la mirada de su reloj. Dos minutos después, empezó a salir de la habitación.

—¡Corrine! —gritó Wes, con la voz rota—. Dime qué le ha dado —dio un paso adelante, el miedo lo ahogaba. Callie estaba al otro lado del pasillo. *Muriéndose*. Porque había sido un tonto al subestimar al ladrón.

Corrine se detuvo en el umbral de la puerta, y sus ojos fríos se ablandaron sólo un segundo.

—Realmente te preocupas por ella. El poderoso e impenetrable corazón de Wesley Thorne puede romperse después de todo —se rio. El frío gélido le hirió los oídos.

—Por favor —se pondría de rodillas si fuera necesario. Haría cualquier cosa por Callie—. La amo más que a cualquier otra cosa en toda mi vida —las palabras salieron y no se arrepintió de ellas. Tuvo que perderla para darse cuenta. La *amaba*. No sólo eso, sino que él le pertenecía. Le

pertenecía tanto como él a ella. Nunca podría darle su corazón a otra mujer.

—Estramonio. Eso es lo que él puso en su bebida. Necesitará Valium si empieza a convulsionar. Que los médicos le den un purgante como sulfato de magnesio —Corrine retrocedió hasta el pasillo y luego salió corriendo hasta perderse de vista.

Wes corrió directamente al estudio y cogió su teléfono. Llamó al 911 y le pidió a la operadora que el hospital le enviara un helicóptero de auxilio. Luego envolvió a Callie con una manta y la sacó del estudio. Se cruzó con Bradley al llegar a la puerta principal. Su mayordomo se estaba levantando lentamente del suelo.

—¿Señor? —dijo, con voz temblorosa—. Creo… que hay alguien en la casa. Alguien se me acercó por detrás y me dejó inconsciente… no lo recuerdo.

—Bradley, ven conmigo. Callie ha sido envenenada. El hospital enviará un helicóptero para recogernos. Quiero que te revisen a ti también.

Bradley abrió las puertas para que Wes pudiera sacar a Callie. El lejano rugido de un helicóptero le dio un atisbo de esperanza.

Las pestañas de Callie se agitaron y él vio momentáneamente sus ojos, con pupilas dilatadas.

—Wes —levantó una mano como si fuera a tocarle la mejilla, pero cayó débilmente sobre su regazo y su cabeza rodó hacia atrás.

—No, cariño, resiste, por favor —las lágrimas le cortaron los ojos como cuchillos mientras se aferraba a ella. Todo esto era culpa suya—. Callie, escúchame. No puedo vivir sin ti. ¿Me oyes? —su voz se quebró mientras la sujetaba con más fuerza. Un helicóptero se elevó por encima de los árboles y descendió lentamente.

Wes, con Callie en brazos, corrió hacia los paramédicos, quienes abrieron las puertas y sacaron una camilla. Bradley dio un paso atrás mientras los médicos se ponían manos a la obra para atar a Callie antes de subirla al helicóptero. Después, Wes y Bradley subieron al helicóptero.

Los paramédicos empezaron a trabajar en ella y Wes gritó por encima del rugido de las hélices el tipo de veneno utilizado en Callie. Vio cómo le insertaban una vía intravenosa en el brazo para administrarle líquidos.

—Señor —Bradley le tendió el teléfono a Wes—. Será mejor que llame al padre de la chica. Deberían traerlo de Colorado inmediatamente, por si acaso…

Las lágrimas mancharon la visión de Wes, dificultando la visualización de los números en su teléfono. Finalmente marcó. Era difícil oír, pero colocó una mano sobre la otra oreja.

—¿Diga? —Jim Taylor contestó al segundo timbrazo.

—Jim, soy Wes. Ha habido un incidente…

¿Cómo podía decirle al hombre que quizá iba a perder a su hija igual que había perdido a su mujer?

—¿Callie? —la voz de Jim salió como un jadeo, como si el shock lo hubiera golpeado con fuerza—. ¿Qué ocurre?

—Jim, tienes que ir al aeropuerto. Pagaré un chárter privado para que te recoja en veinte minutos.

—Maldita sea —la voz del hombre mayor se quebró—. ¿Qué le ha pasado a mi niña?

Durante un largo segundo, Wes luchó por encontrar las palabras.

—Es una larga historia, Jim. No puedo contártela ahora. Ha sido envenenada. Estamos en un vuelo de emergencia al hospital —incapaz de seguir hablando, empujó el teléfono hacia Bradley, quien continuó hablando con Jim.

Wes cogió la mano izquierda de Callie y entrelazó sus dedos con los de ella, estrujándolos.

—Por favor, mantente fuerte, Callie. Te necesito. No puedes enseñarme a amar y luego

abandonarme —se pasó una mano por la cara y se humedeció con las lágrimas. Él había tenido una vida de ensueño, con todo a su alcance.

Todo menos el amor.

El amor lo había encontrado a él, y ahora lo perdería.

CAPÍTULO 26



En la oscuridad, una luz dorada floreció ante los ojos de Callie. Pasó de ser una pequeña mancha a convertirse en un horizonte en expansión de glorioso color. Una forma se alzaba delante. Una esfinge. La cálida piedra estaba tallada con símbolos familiares. Alargó la mano para tocarla. Unos dedos invisibles cubrieron los suyos, estrujándolos ligeramente y luego con más fuerza. Una brisa le acarició la cara, recordándole las suaves plumas de un pájaro.

—*No puedo vivir sin ti* —las palabras fueron pronunciadas con mucha desesperación, y fueron maravillosas.

—No puedo vivir sin ti —repitió ella, sonriendo en su interior. ¿Por qué le gustaban esas palabras? ¿Quién las había dicho? Extrañas preguntas rebotaron en su mente, como una docena de brillantes pelotas de tenis… rebotando… La cancha verde bajo ellas cambió, se hizo más profunda y se convirtió en un bosque, y las pelotas de tenis se redujeron a luciérnagas parpadeantes. El espeso aroma del verano llenó sus pulmones. Respiró hondo y miró a su alrededor. Otra pálida luz amarilla verdosa brilló en la penumbra.

Era un farol.

Cuatro chicos estaban sentados alrededor del farol. Detrás de ellos se habían levantado pequeñas tiendas de campaña. Reían y cantaban, quemando malvaviscos sobre un pequeño fuego chisporroteante.

—¡Os conozco! —gritó emocionada. Los recuerdos estaban tan cerca que casi podía tocarlos. Corrió hacia ellos, pero cuando los alcanzó, las sombras los habían consumido. Las pequeñas llamas que acariciaban los troncos chisporrotearon y crepitaron antes de apagarse. Un humo gris se elevó en espirales serpenteantes antes de desaparecer.

Un rugido fuerte, muy fuerte. La esfinge estaba enfadada. Sacudió la cabeza y clavó las patas en las arenas del desierto. Intentó encontrarla, pero había desaparecido, y el horizonte dorado también. Aún podía sentir esa presión invisible en la mano mientras todo amenazaba con desvanecerse de nuevo en la oscuridad.

—*No puedes enseñarme a amar y luego abandonarme.*

Esa voz. Oscura, intensa, seductora, pero llena de angustia.

Callie conocía esa voz. La invadió por completo, golpeando una parte de ella que despertó ante ese sonido. Esa voz pertenecía a un hombre, un hombre al que ella pertenecía.

—¡Por favor, encuéntrame! —gritó, esperando que él pudiera oírla. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no podía encontrarla?—. Por favor —suplicó—. No quiero irme.

Irme. Sintió un extraño tirón dentro de ella, algo que intentaba llevarla a una oscuridad más profunda, en la que ya no habría luz.

Se concentró en la oscuridad que la rodeaba y luego en su mano. La presión seguía ahí. No se

había ido. Puso toda su fuerza en ella y respondió con un apretón. La presión invisible estrujó su mano a su vez. Las vibraciones la recorrieron, como notas profundas de violonchelos que vibraban y se apagan, y luego vuelven a sonar.

—Está respondiendo —dijo una nueva voz—. *Señor, por favor, suéltele la mano. Necesitamos…*

—*No. No voy a soltarla.*

—No la sueltes nunca —intentó decir ella, pero su lengua pesaba y no se movía. El mundo a su alrededor era de un gris borroso, como si una espesa niebla hubiera descendido de las montañas junto a su hogar.

Su hogar. Echaba de menos las montañas, los abedules plateados con hojas amarillas cada otoño. Las hojas estallaban ante ella, arremolinándose en círculos, atrapadas por el viento y convirtiéndose en un remolino de fuego a su alrededor. El aire fresco le irritaba los ojos y la nariz mientras cabalgaba por senderos sinuosos.

—*Callie, abre los ojos.*

Era él. Su salvavidas. El único al que pertenecía. La luz brilló en sus párpados, los cuales se agitaron débilmente. Necesitaba verlo, al hombre que poseía su corazón.

Una luz brillante se abrió paso cuando por fin consiguió abrir los ojos, gimiendo mientras todo su cuerpo se estremecía y luego se quedaba muy quieto por la debilidad.

Un rostro se inclinó sobre ella, borrando las luces fluorescentes superiores.

Wes. Por fin recordó el nombre y, cuando la miró con expresión triste, ella frunció el ceño. Los destellos de otro Wes, uno risueño, sonriente, seductor, tan lleno de fuego y vida, casi dolían al recordarlo. El hombre que la miraba estaba demacrado, con los ojos delineados por el cansancio y una ligera sombra de barba que le teñía la mandíbula de un tono marrón rojizo.

—¿Qué pasa? —las palabras apenas superaron el susurro, pero él exhaló aliviado y le acarició la mejilla con el dorso de la mano. Ella quería que sonriera, que viera al hombre del que se había enamorado y no a ese fantasma de rostro pálido.

—Gracias a Dios —las lágrimas cubrieron las puntas de sus pestañas.

—Wes —repitió, un poco más fuerte. La noche del club invadió su memoria con fragmentos, pero todo lo que había sucedido después de su pelea con Corrine era una aterradora pizarra en blanco.

—Shh, solo descansa. Has pasado por mucho, cariño —el agarre de la mano de Wes sobre la suya tembló débilmente.

—¿Qué ha pasado? El Monet…

Él se inclinó para darle un beso en la frente.

—Fue Stephen Vain. Era el ladrón. Él y Corrine eran socios. Te envenenó con estramonio en el club y esperó a que te trajera a casa. Luego me chantajeó para que le entregara al verdadero Monet en la habitación oscuro antes de decirme qué veneno te había dado.

Callie tuvo que concentrarse en lo que decía, pero una vez que lo procesó todo, ella volvió a estrujarle la mano. ¿Ella había sido un peón para que Corrine y Vain consiguieran el Monet?

—¿Él se escapó con el Monet de la habitación oscura?

Wes asintió.

—El FBI está trabajando con la Interpol para localizarlo a él y a Corrine. Sé que es cuestión de tiempo que los encuentren, pero no hay garantías de que recuperemos ninguno de los cuadros.

A pesar de su debilidad, Callie se rio un poco y luego hizo una mueca de dolor.

—¿Qué pasa? —Wes le apartó el pelo de la cara. Pareció pensar que ella sentía dolor.

—Está bien, Wes —consiguió sonreírle—. El verdadero Monet está a salvo —gracias a Dios,

por fin podía contarle el secreto que había estado ocultando los últimos días. Su plan había funcionado y había engañado al ladrón. Aunque ella se había equivocado sobre Thomas Stonecypher, había acertado sobre cómo el ladrón había estado un paso por delante de ellos.

Wes empezó a sacudir la cabeza.

—Pinté una segunda falsificación del Monet. Royce me dio una llave de repuesto del cuarto oscuro. Cambié el verdadera y coloqué la segunda falsificación allí.

Sus labios se separaron y sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué? ¿Dónde está el cuadro auténtico?

Callie soltó una risita, pero entrecortada.

—El verdadero está debajo de la cama en mi estudio. No pensé que a alguien se le ocurriría revisar todas las camas de tu mansión.

—¡Callie, Dios mío! —los puños de Wes se cerraron y parecía que quería golpear una pared.

—¿Estás enfadado?

—¿Enfadado? Enfadado no es una palabra lo bastante fuerte para lo que siento ahora mismo —gruñó mientras apartaba la silla de la cama del hospital y se ponía en pie para caminar—. ¿Y si Vain hubiera notado que el otro también era falso? Yo no habría sabido dónde encontrar el auténtico. Estabas inconsciente y pude haberte perdido, ya que no sabía que los habías cambiado.

—Por favor, Wes. Lo lamento. Pensé que estaba haciendo lo correcto. Sólo quería proteger el Monet. Sé lo mucho que lo amabas —derramó lágrimas calientes y rodaron por sus mejillas.

Cuando las notó, se acercó de nuevo a ella y se inclinó para abrazarla. Sus labios eran suaves contra su oreja.

—Eres lo único que me importa, Callie. Nada tiene el valor de tu vida. ¿Lo entiendes? *Eres* lo único que amo —levantó la cabeza para que sus rostros estuvieran a centímetros de distancia, con sus ojos unidos.

—¿Me amas? —su labio inferior tembló y no pudo controlarlo. Se lo mordió para no llorar. Ella era muy feliz. ¿Cómo era posible contener todo lo que sentía?

—Ya tendré tiempo de decirte lo mucho que te adoro más tarde. Ahora quiero que descanses. Tu padre llegará dentro de unas horas. Quiero que descanses para que estés lo suficientemente bien como para que no quiera matarme.

—¿Él viene en camino?

—Sí, va a llevarte a casa, a Colorado. Tengo que arreglar algunas cosas aquí mientras te recuperas —Wes le acarició el dorso de la mano con el pulgar.

—Pero no quiero volver a Colorado sin ti.

Una pequeña sonrisa curvó los labios de Wes.

—¿Estás diciendo que no puedes estar unas semanas sin mí?

¿Unas semanas? Callie no quería estar ni cinco minutos sin él. Sacudió la cabeza y el movimiento le provocó dolor.

—Voy a hacer otra apuesta contigo, cariño. Consigue, digamos, tres semanas sin mí y te prometo que serás recompensada.

—No, te quiero a ti. Ahora. No te atrevas a dejarme, Wes —ella le estrujó la mano.

—No voy a dejarte, pero necesito enviarte a casa porque es el mejor lugar para que te recuperes mientras me encargo de cosas pendientes aquí. ¿Puedes intentar ser valiente por mí y darme algo de tiempo? ¿Puedes hacerlo?

Ella asintió, pero no le soltó la mano.

—No me sueltes.

Tenía miedo de que volviera la oscuridad. Si él la sujetaba, ella no se alejaría.

Wes se acomodó en la silla junto a la cama y le sujetó la mano.

—Nunca. Tú eres mía. Prometí quedarme contigo.

Cuando sus pestañas cayeron, Callie por fin se relajó.

—Tú también eres mío —susurró, y luego se alejó en sueños.

TRES SEMANAS. PARECÍA QUE CONTABA LOS DÍAS CADA VEZ QUE CALLIE NO ESTABA CON ÉL. POR supuesto, este infierno era obra suya. La había enviado a casa, a Walnut Springs, con su padre, en cuanto salió del hospital. El veneno había debilitado su cuerpo y los médicos la habían instado a descansar en un lugar donde se sintiera más cómoda con el menor estrés. Ese no era su hogar en Weston. La mansión estaba llena de actividad mientras él cambiaba todo lo que se le ocurría de la casa para dejarla lista para Callie. Terminó sus solicitudes para la escuela de arte, habló con los que pronto serían sus profesores, organizó la construcción de un verdadero estudio para ella junto al jardín de Invierno.

Todo iba a ser perfecto.

Pero eso no cambiaba el hecho de que la echaba de menos. Era casi como si ella lo persiguiera, un fantasma en vida, con su voz atormentando sus oídos hasta que él se volvía, pensando que ella estaría allí, sólo para recordar que la había enviado lejos. La mirada de traición y dolor en sus ojos cansados lo había herido, pero ella había estado demasiado agotada y medicada cuando Jim había cogido el avión de Wes para llevarla a casa.

Jim había dejado claro que si Wes iba a por Callie, más le valía estar preparado para pedir su mano en matrimonio. Wes estuvo de acuerdo. Si eso era lo que hacía falta para tener a Callie en su vida, un anillo y una ceremonia, lo haría. Es más… *quería* hacerlo.

Wes estaba de pie en el viejo dormitorio que había sido el estudio temporal de Callie, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón mientras contemplaba los caballetes llenos de obras de arte. Estaba impaciente por verla mañana. Ella no lo sabía, así que sería una sorpresa. Una maravillosa sorpresa, él esperaba.

Un ligero golpe con los nudillos lo hizo volverse hacia la puerta. Royce estaba apoyado en el marco, sonriendo.

—Así que amas a la vaquerita, ¿verdad? —puso los ojos en blanco.

Wes se encogió de hombros.

—No tiene sentido negarlo.

Royce se apartó del marco de la puerta, se acercó a la cama y se arrodilló.

—Me alegro de oírlo, porque hice una pequeña apuesta amistosa con Callie sobre si la amabas de verdad. Gané, ya ves, porque sabía que la amabas. Ella no me creyó.

Wes se puso rígido.

—¿Una apuesta con Callie? —conocía demasiado bien a Royce, y sus apuestas a menudo tenían pagos poco convencionales—. ¿Cuáles fueron las condiciones?

Su amigo sacó algo de debajo de la cama, un lienzo cubierto de tela. Lo llevó hasta un caballete y lo colocó.

—Como yo gané, se suponía que ella te daría esto. Supuse que se le había olvidado, con su incidente y todo eso —Royce se rio, pero no había humor en su tono.

—¿Qué es? —Wes se unió a él mientras miraba de frente el lienzo cubierto.

—Echa un vistazo —Royce asintió con la cabeza.

Con una mano, Wes dejó caer con cuidado la tela blanca y luego jadeó.

Su alma estaba allí, en el bosque verde oscuro, bañada en el color amarillo linterna que siempre había sido para él un canto de sirena. Cuatro niños pequeños… acampando. Cuatro rostros de hombres, como dioses oscuros vigilando a sus encarnaciones más jóvenes. Callie conocía ahora sus secretos más profundos, los había pintado en este lienzo. La pérdida de su inocencia. Ella le había demostrado que comprendía aquello por lo que lloraba y que no podía recuperar, pero ella también le recordó que él ya no tenía cicatrices, no del modo en que había creído todos estos años. Ella había pintado una luz para mostrarle la salida de la oscuridad, para mostrarle el camino a casa.

—Una mujer así… vale la pena conservarla —observó Royce en un tono pensativo, casi silencioso.

A Wes se le formó un nudo en la garganta y tardó un segundo más en contestar.

—Una mujer así merece ser amada.

❧

CALLIE ESTABA APOYADA CONTRA UNA VIGA DE MADERA DEL PORCHE DELANTERO DEL RANCHO The Broken Spur, observando cómo caía la nieve. Los copos eran gruesos y grandes, flotando en la ligera brisa, atrapados en remolinos mientras el viento danzaba desde las montañas. Unos cuantos caballos valientes habían abandonado el cobijo del establo para recorrer la nieve cada vez más espesa; sus respiraciones entrecortadas y sus suaves relinchos eran un consuelo que Callie había echado mucho de menos.

Por fin estaba aquí. Había llegado el invierno. El olor a leña de las cabañas recién construidas cerca de la casa era agradable. Se estremeció y se ciñó su abrigo de franela. Habían pasado tres largas semanas desde que Wes insistió en que volara a Colorado con su padre. Había estado demasiado cansada y todavía se estaba recuperando del estramonio como para discutir con Wes cuando la subió a su avión y la envió a casa. Él había intentado que todo girara en torno a otra estúpida apuesta. ¿Podría resistir tres semanas sin él? Sí, pero no quería pasar ni un día más sin él. Si no tuviera tanto miedo de que hubiera cambiado de opinión sobre ella, le habría pedido a su padre el dinero para ir a verlo. Pero esa pequeña y profunda parte de su ser seguía dudando de que él la amaba, al menos lo suficiente como para que algo entre ellos durara.

Casi había empezado a temer que su tiempo con Wes no hubiera sido más que un extraño y maravilloso sueño. Si no hubiera sido por sus agapornis, los que había traído a Colorado, que piaban cada mañana y cada noche antes de irse a dormir, habría pensado que París era un sueño. Sólo tenía que mirarlos para recordar cada detalle de París, y la sensación de estar enamorada de Wes. Una gran aventura que ahora había terminado. Si tan sólo pudiera aceptarlo.

Los días pasaban sin que él la llamara y Callie había perdido la esperanza de que lo que había dicho en el hospital sobre amarla fuera cierto. Le había prometido que nunca la dejaría marchar. Pero lo había hecho. Ella le había dado todo y no había sido suficiente.

Una puerta se abrió detrás de ella y su padre salió al porche. Parecía contento.

—¿Por qué estás tan contento?

—Por fin viene ese maldito niño —Jim se frotó las manos y observó el lejano camino que conducía a la autopista.

La esperanza surgió en su interior, pero la enterró. Su corazón no era lo bastante fuerte para sobrevivir a más esperanzas.

—¿Qué niño? —miró fijamente a su padre, temerosa de su respuesta.

Jim levantó el móvil.

—Wes. Está entrando en nuestro camino y debería llegar al rancho en unos minutos. Acaba de llamar.

—¿Qué? —su corazón se estremeció y sintió florecer esa débil pizca de esperanza—. ¿Por qué viene ahora? —sabía que su padre no tenía una explicación.

—Prometió explicarlo cuando llegue.

Un Range Rover negro salió del bosque y crujió sobre la nieve que caía mientras se dirigía hacia ellos. Callie estaba extrañamente nerviosa. Llevaba tantos días sin hablar con él que le parecían años.

El todoterreno aparcó delante de la casa y Wes salió de él. Lucía… sexy. Llevaba jeans, un abrigo negro de lana hasta las rodillas y un jersey color carbón. Llevaba el cabello peinado hacia atrás.

Conteniendo la respiración, lo observó. Cerró la puerta del coche y caminó por la nieve hasta los escalones del porche. Callie necesitó todas sus fuerzas para no correr hacia él y arrojarse a sus brazos. Él la miró, una mirada demasiado rápida antes de centrarse en Jim.

—Jim —dijo, saludando a su padre con una inclinación de cabeza.

Jim se aclaró la garganta.

—Recuerda lo que te dije. Será mejor que te vea sobre una rodilla o puede que no te dé una segunda oportunidad —su padre se dio la vuelta y volvió a entrar, cerrando bruscamente la puerta mosquitera tras de sí.

Wes subió los escalones hasta que estuvieron frente a frente. Sus miradas se cruzaron durante un largo momento. Callie contuvo la respiración, cada músculo estaba tenso, todo su cuerpo ansiaba su calor y su toque. Él le tendió la mano, pero ella se estremeció, temerosa de hacer algo estúpido, como rogarle que la besara. Sus ojos se oscurecieron y sus labios se separaron en una suave exhalación antes de hablar.

—Dios, te he echado de menos —su voz era áspera y grave.

—¿Por qué me enviaste lejos? ¡Prometiste quedarte conmigo, Wes! ¡Pero me enviaste lejos y no te he visto ni he sabido de ti en tres semanas! ¡Tú y tus estúpidas apuestas! —golpeó su pecho con los puños cerrados y un sollozo quedó atrapado en su garganta, delatando lo dolida que se había sentido por su abandono.

Los ojos de Wes se ablandaron.

—Mi amor, mi dulce amor —murmuró y la estrechó entre sus brazos, besándola con rudeza como si estuviera hambriento de ella. Callie se perdió durante un largo y maravilloso instante en ese beso que pareció durar años. La estaba degustando como lo haría con un fino coñac o un chocolate negro puro, disfrutando de su sabor, y ella hacía lo mismo con él. Pasar demasiado tiempo sin Wes había sido un infierno sin su dulce adicción a sus besos.

—Lamento no haberte llamado. No pensé que lo verías como un abandono. Quería que descansaras y te recuperaras. Eso no podía pasar si yo estaba aquí. Perdería el control y te llevaría a la cama y eso podría herirte estando demasiado débil. Estuviste a punto de morir… —se detuvo, respiró hondo y apoyó la frente en la de ella. Podía sentir las manos trémulas de Wes mientras le cogían la cara.

—¿Y? —insistió ella.

—Callie. Te amo. Nunca he amado a ninguna mujer. Estoy seguro de que estoy haciendo todo esto mal. Quería darte una sorpresa y llevarte a casa, a Long Island, donde lo he dejado todo perfecto para el resto de nuestra vida juntos. Las últimas tres semanas he estado haciendo cambios en mis casas, tanto en Weston como en París, para que tuvieras todo lo que pudieras desear o necesitar. Quería que fuera una sorpresa.

—Wes, no necesito que nada sea perfecto. Te necesito a ti —le rodeó el cuello con los brazos y le rozó el pelo de la nuca con las puntas de los dedos. Las pestañas descendieron parcialmente —. Quiero estar contigo. Quedarme donde estés, en el rancho o en la mansión de Weston.

—Eso es bueno. Porque he hablado con tu padre y una cabaña del rancho es toda nuestra para las vacaciones de invierno, con una condición —metió la mano en el bolsillo y se arrodilló—. Callie, eres el centro de mi mundo. Una vida sin ti no es vida. Siempre tuviste razón. Nunca he estado enamorado. No podría haber imaginado lo que eso significaba, no hasta que tú llegaste. Te necesito en mi vida. ¿Lo entiendes? No habrá marcha atrás. Eres mía y yo soy tuyo. Para siempre. Haré lo que sea, te daré lo que sea, sólo para hacerte feliz. Te lo suplico. Cásate conmigo.

Era el hombre más poderoso y dominante que había conocido y, sin embargo, estaba de rodillas rogándole que se casara con él. El calor floreció en su pecho y empezó a asentir, con lágrimas empañándole los ojos. Un futuro con Wes, lleno de vida, amor, arte, aventura y, algún día, incluso hijos. Era un futuro por el que lucharía cada día del resto de su vida.

—Sí —jadeó—. Sí —no pudo pronunciar ninguna otra palabra, pero no importaba. Volvía a estar entre sus brazos y él la envolvía con su calor.

—Nunca había soñado antes de conocerte —su áspero susurro en su oído hizo que su corazón se estrujara. Sus ojos azules eran tan brillantes que ella vio el brillo del amor en sus profundidades—. *Tú* eres mi sueño. Haré todo lo que esté en mi poder para hacerte feliz.

Callie presionó un dedo contra sus labios.

—Sólo tienes que amarme. Es lo único que quiero. Amarte y ser amada a cambio —se apartó el cuello del abrigo y le mostró el collar de cadena. Su collar.

La dulce sonrisa de Wes se volvió maravillosamente malvada.

—Entonces serás la mujer más amada del mundo —bajó la voz hasta un susurro—. Cuando estemos solos, te demostraré lo mucho que puedo darte.

—¿Solos?

Señaló con la cabeza algo detrás de ella. Cuando se volvió, encontró a su padre en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, pero parecía satisfecho.

—Así está bien, muchacho. Tienes mi bendición. Bienvenido a la familia.

—Gracias, Jim.

—¿Por qué no entráis los dos y os calentáis? —Jim sostuvo la puerta abierta.

Callie se volvió hacia Wes, esperando que no le molestara estar cerca de su padre. Su rostro se llenó de emoción y abrazó a Callie.

—¿En qué estás pensando? —susurró ella.

Él le sonrió.

—Estoy pensando que soy el hombre más afortunado del mundo. Tengo una mujer que amo y una familia real. Pensé que tenía todo lo que quería. Y entonces te conocí —le acarició la mejilla con la nariz y le besó los labios con ternura, y ella sintió su corazón latiendo al compás del suyo—. Estás incrustada en mi alma, Callie —cogió su mano y la colocó arriba de su corazón.

Se inclinó hacia él, abrazándolo.

—Desde el momento en que te conocí, siempre has estado en el mío. Incluso antes de saber que te amaba, mi corazón lo hacía. Sólo prométeme una cosa, no más apuestas. No creo que sobreviva a otra apuesta —esta vez ella lo besó, empujándolo contra la viga de madera del porche. Wes soltó una risita contra sus labios.

—No más apuestas —prometió.

—Bien. Ahora ven aquí y hazme sonrojar —ella tiró de las solapas de su abrigo.

—Tranquila, pequeña sumisa, te debo muchos azotes —murmuró seductoramente.

—Mmm, suena tentador. Pero quizá más tarde. Ahora quiero que me beses, maldita sea.

—¿Por ti? —levantó una ceja y deslizó una mano por su espalda—. Cualquier cosa.

Sus labios se fundieron y sus corazones se unieron. Callie nunca había imaginado que besar a alguien pudiera sentirse así, como si sus dos almas se estuvieran tocando. Sin embargo, desde el momento en que había conocido a Wes Thorne, habían estado conectados por algo más profundo, más puro de lo que ella podría haber imaginado, y un solo beso no era más que una hermosa gota en un vasto mar. Este beso era su propia obra de arte.

Una verdadera obra maestra.

EPÍLOGO



Royce Devereaux estaba apoyado contra la barra, sonriendo perezosamente, mientras Katrina Evans le lanzaba un beso de despedida. Se alejó con esos impresionantes tacones y lencería negra de encaje. Él seguía completamente vestido con sus jeans y una camiseta negra. Sólo habían hecho una escena de poca intensidad esta noche, unos ligeros azotes y nada más. Había estado demasiado distraído para involucrarse, no cuando estaban solos. Parte de la excitación consistía en llevar a una mujer a niveles increíbles de placer, sabiendo que los demás podían verla derrumbarse mientras gritaba su nombre.

Eso no había ocurrido esta noche. Había sido una noche agradable. Agradable. Hizo una mueca. Sus noches solían ser explosivas, alucinantes, pero nunca *agradables.* Había nacido para ser malo, para ser perverso, y aún no había encontrado a una mujer que pudiera estar a su altura.

Estudió a los otros doms de The Gilded Cuff. Muchos de ellos estaban ocupados con sus propias sumisas, ajenos a su escrutinio. Estaban inmersos en sus propias aventuras amorosas, con cuerpos entrelazados. Royce sintió un ataque momentáneo de nostalgia que no supo identificar, provocándole un suspiro atípico. Esto solía ser divertido. Él, Emery y Wes domando a nuevas sumisas con juegos y utilizando juguetes sexuales perversos. Su mundo había parecido ilimitado. Hasta ahora.

Ahora solo estoy yo. La aguda punzada de ira y celos lo atravesó, dejándole un sabor amargo en la boca.

Su teléfono vibró en el bolsillo de sus jeans y, cuando miró la pantalla, vio un mensaje de Wes.

—Ella ha dicho que sí.

Eso fue todo. Royce gruñó suavemente, estrujando el teléfono antes de volver a guardarlo en el bolsillo. Wes había volado a Colorado ese día para pedirle matrimonio a Callie Taylor.

Royce se giró hacia la barra y se inclinó para coger una botella de bourbon y un vaso de chupito. Hoy no era su noche. Estaba totalmente solo desde la partida de Kat, y ahora estaba completamente jodido y no de la forma que él quería, porque el último de sus mejores amigos acababa de comprometerse.

Por Wes y Callie, pensó, mientras bebía el primero de lo que prometía ser una serie de chupitos. El líquido le quemó la garganta y lo saboreó, inclinando la cabeza hacia el techo y dejando que lo atravesara.

—¿Royce? —Aria Lexington, la dominatriz más importante de The Gilded Cuff y la encargada de registrar a los miembros, se acercó a él. Llevaba su habitual traje oscuro, gafas negras y el pelo recogido en un elegante pero sexy moño; era la perfecta fantasía de una bibliotecaria para cualquier hombre. Pero no la suya… A él le gustaban las mujeres sumisas en la

cama, a las que pudiera azotar, no a las que prefirieran azotarlo a él.

—¿Qué quieres? —respondió mientras se giraba para mirarla, llenando su vaso de bourbon mientras se encontraba con su mirada.

—Hay una joven en el vestíbulo. Dice que tiene que hablar contigo. Se llama Mackenzie Martin.

Royce se paralizó, el bourbon se derramó por los bordes del vaso y le cayó en los dedos, antes de recuperarse y dejar apresuradamente la botella sobre la barra. Golpeó con fuerza la superficie de madera y llamó la atención del bartender, quien enarcó una ceja en señal de preocupación.

—Iba a rechazarla, conforme a nuestra política de privacidad, pero parecía seria y no está vestida para el club, si me entiendes. En realidad parece un poco asustada y bueno... parece que alguien le ha dado una paliza.

¿Kenzie estaba aquí? Por un momento, el cerebro de Royce sufrió un cortocircuito. ¿Su ayudante de cátedra estaba en el vestíbulo de *su* club? El club que ella no debía conocer. Y estaba golpeada. Alguien la había herido…

—Déjala entrar. Es una de mis estudiantes graduadas. Mi ayudante.

Aria se enderezó las gafas y parpadeó.

—¿Está seguro? Hemos prohibido la entrada a todos los estudiantes de la universidad a petición tuya.

—Aria —gruñó suavemente Royce. Aunque la mujer era una dominatriz, respondió a su dominio alfa y bajó la cabeza unos centímetros.

—Muy bien. Deberías venir conmigo. Luce un poco inquieta e insistió en no hablar con nadie más que contigo.

Todos los músculos del cuerpo de Royce se tensaron. ¿Qué le había pasado a su asistente? Rara vez compartían una palabra amable, y que ella lo buscara era… anormal. Además, lo que había dicho Aria sobre su actitud inquieta no era nada bueno.

Aria guio a Royce a través de la planta principal del club. Cuando abrió la puerta que daba al vestíbulo, uno de los vigilantes del club, Bruce, estaba de pie justo afuera observando algo en la esquina de la sala, lejos de él.

—¿Dónde está ella? —le preguntó Royce, echando un vistazo al vestíbulo poco iluminado.

Bruce hizo un pequeño gesto con la cabeza indicando un banco en la pared más alejada, junto a la puerta. Allí, empapada, con los ojos muy abiertos y las manos cerradas en puños, estaba Kenzie Martin. Royce observó en su postura, en la forma en que tenía los brazos enroscados alrededor del pecho y el jersey de punto trenzado colgando flácidamente sobre su cuerpo. Parecía una gatita parcialmente ahogada. Sus jeans estaban oscurecidos por el agua y machados de barro por un lado, como si se hubiera caído. Un pequeño rasgón en la prenda a la altura de una rodilla llamó su atención por la brillante mancha de sangre carmesí. Un moratón le marcaba la mejilla izquierda. Tenía la cabeza inclinada, como si estuviera cansada e intentara ocultarse o parecer más pequeña. Eran las acciones de una criatura que había sido atacada recientemente.

Se llenó de ira y cerró los puños. Había sido herida, y él iba a matar a quienquiera que la hubiera tocado.

—¿Doctor Devereaux? —ella se incorporó cuando lo vio, sus ojos marrones chocolate se desviaron de él a Aria y luego a Bruce.

—Kenzie, ¿qué ha pasado? —dejó a Aria y a Bruce mientras se acercaba a ella y se arrodillaba para quedar a su altura. Le cogió las mejillas y le giró la cara, inspeccionando los daños. Sus largas pestañas se agitaron y una sola lágrima se deslizó por su mejilla magullada.

Brilló bajo la tenue luz de los apliques de la pared y él la apartó con la punta del pulgar.

—¿Puedo hablar con usted en privado? —susurró, con la mirada fija en Bruce y Aria, quienes seguían en el vestíbulo, observándolos atentamente.

—Vale, claro. Hay una habitación en el club donde podemos tener algo de privacidad —le tendió la mano.

Normalmente evitaba tocarla porque era muy tentadora. Había demasiado fuego en ella, demasiado descaro, y quería dominarla hasta llevarla a su cama… sacarle el descaro con azotes hasta que le rogara que la reclamara. Pero ella era prohibida. Nunca se había acostado con una estudiante de su universidad y nunca lo haría. Era una línea que no cruzaría. Y Kenzie había dejado claro lo que pensaba de él románticamente; es decir, nada. En lugar de sonrojarse por sus comentarios ligeramente inapropiados, que a veces se le escapaban mientras trabajaban hasta tarde en la corrección de trabajos, ella se limitaba a responderle con algún comentario que lo ponía en su lugar. Es decir, como su profesor y no como un posible amante. Justo ahora, cuando su mirada asustada y sus labios trémulos despertaron en él el instinto de protegerla, ella estaba más fuera de su alcance que nunca.

Deslizó su mano en la de él sin preguntarle nada. La condujo junto a Aria y Bruce hasta el interior del club. La mayoría de las sumisas y doms se estaban levantando para irse, pero algunas parejas que aún permanecían en el club los miraron con interés. Kenzie se acercó más a él, un movimiento casi inconsciente, mientras la llevaba a una de las habitaciones privadas.

Lo siguió al interior, pero se detuvo en seco al ver la enorme cama en el centro de la habitación. Sus ojos con forma de almendras se abrieron de par en par.

—¿Qué…?

—Relájate, Kenzie. Es sólo una cama. Siéntate y cuéntame qué ha pasado —la guio y la empujó suavemente por los hombros hasta que se sentó. Luego se acercó a una cómoda y abrió el cajón superior. Todas las habitaciones privadas tenían un botiquín por si el juego se ponía un poco rudo. Abrió el estuche y rebuscó en su contenido hasta encontrar unas toallitas antisépticas y un par de tiritas. Abrió el envoltorio, se acercó a ella y levantó una de sus piernas sobre la cama para que fuera más fácil alcanzarla. Tenía la rodilla raspada, el corte no era profundo, pero sangraba.

—Esto puede escocer —le advirtió en voz baja. El paño frío limpió la suciedad y la sangre mientras frotaba suavemente el corte.

Kenzie se mordió el labio, pero no emitió sonido alguno. Después de limpiar el corte y cubrirlo con una tirita, él se encargó de las manos raspadas de la misma manera. Una vez hecho esto, le cogió la barbilla y le inclinó la cabeza para que lo mirara.

—Cuéntame qué ha pasado.

Ella tragó duro y asintió.

—Estaba en su despacho terminando de meter las notas de los exámenes en su base de datos —hizo una pausa, se lamió el labio inferior agrietado y partido, y luego continuó—. Tres hombres entraron mientras yo estaba allí.

La sangre de Royce empezó a latir a un ritmo rápido y constante en lo más profundo de su cabeza. Fragmentos del pasado, de viejos miedos, amenazaron con resurgir. No, esto no fue hace veinticinco años. No era un niño cuyos amigos habían sido secuestrados por enmascarados.

—¿Y? —preguntó, enterrando los oscuros pensamientos de su pasado.

—Lo estaban buscando, doctor Devereaux. Me atacaron antes de que pudiera actuar. Uno me golpeó varias veces —ella se tocó la mejilla y luego se encontró con su mirada. Sus ojos brillaban con fuego y coraje.

Maldita sea, qué mujer era Kenzie.

—Fingí estar inconsciente y los oí hablar con alguien por teléfono. Cuando no estaban mirando, salté por la ventana del despacho situada detrás de la mesa.

—¿Qué? ¡Es una ventana de un segundo piso!

La risita de respuesta de Kenzie estaba llena de dolor.

—Sí. Una gran caída. Por eso me hice tanto daño. Escalé por el tubo de desagüe hasta que se rompió. Menos mal que llevaba las llaves del coche en los jeans y no en el bolso. Conduje directamente hasta aquí.

—¿Por qué no fuiste a la policía o a casa?

Dos manchas rojas colorearon sus mejillas.

—Pensé que revisarían mi cartera. En ella está mi carnet de conducir con la dirección de mi apartamento.

—Debiste haber ido a la policía —le dio la espalda mientras se acercaba a una papelera para tirar las toallitas limpiadoras y los envoltorios de las tiritas.

—Dijeron algo por teléfono que me preocupó y me hizo dudar sobre si debía involucrar a la policía o no. Creo que tienen una conexión interna con el departamento de policía de aquí. Y parecía que querían hablar con usted sobre tráfico ilegal. Yo no quería involucrarlo a usted en algo… —se detuvo y él comprendió lo que quería decir. Ella pensaba que él estaba involucrado en algo ilícito y no quería llevarlo a la policía. Eso sí que era lealtad de una asistente de cátedra.

Royce volvió a mirarla y pensó en todo lo que ella le había dicho. Hasta donde sabía, no tenía enemigos. No debía dinero, y desde luego no se había enfrentado a nadie hasta el punto de que contrataran matones para irrumpir en su oficina.

—Tráfico ilegal… —reflexionó en voz alta—. No tengo ni idea de lo que están hablando —esperaba que eso la tranquilizara, pero no parecía muy convencida.

—Doctor Devereaux, tengo miedo de volver a mi apartamento.

Sabía que, para Kenzie, admitir su miedo a algo significaba que era grave. Él era responsable de sus heridas y tenía que protegerla. Para ello, tenía que averiguar qué demonios estaba pasando.

—Te llevaré a un lugar seguro esta noche —sabía dónde llevarla.

Kenzie apartó la pierna vendada de la cama.

—¿Dónde?

—A mi casa.

Ella separó los labios, pero él la silenció con una de sus muecas de dom, la cual ya había intimidado a muchas sumisas rebeldes en el club.

—Hasta que averigüe qué está pasando, te quiero cerca de mí. Permíteme protegerte. ¿Entendido?

Ella asintió, con los ojos muy abiertos.

—Bien. Ahora, salgamos de aquí. Cuanto antes resolvamos esto, mejor.

Si no resolvía este asunto pronto, él se metería en un buen lío. Kenzie bajo su techo iba a volverlo loco de lujuria. Sabía que en el momento en que su descaro natural regresara, estaría tentado a inclinarla sobre la superficie plana más cercana, azotarla y luego follarla hasta que ambos no pudieran caminar. Y eso era malo. Realmente malo.

Si no podía mantener el control, ella acabaría en su cama, y su regla más importante se rompería.

¡Gracias por leer *Entrégate al Éxtasis*! ¡Pasa la página para leer el primer capítulo del siguiente libro de la serie. ***Deseo Prohibido* sobre Royce!**

DESEO PROHIBIDO

Long Island, la Costa de Oro

MacKenzie Martin se frotó los ojos, los cuales se habían nublado de tanto mirar la pantalla del ordenador. El reloj antiguo que colgaba detrás de su escritorio seguía sonando y ella podía ver los números reflejados en el monitor. Faltaban diez minutos para las once. Había sido un día muy largo y sólo quería terminar su trabajo.

La lluvia golpeaba suavemente la ventana. Kenzie no podía ver nada del campus de la Universidad de Hampstead a través del cristal oscurecido. Hacía un calor inusual para ser mediados de diciembre, tanto que había tenido que caminar a través de la lluvia helada en lugar de la nieve para llegar a las oficinas del campus. Normalmente, el campus estaría cubierto de bancos de nieve, algo típico en Long Island en esta época del año. Lo único que quería era llegar a casa, darse un baño caliente, escuchar música y acostarse. Pero tenía que terminar lo que había venido a hacer.

Se concentró en la pantalla e introdujo las notas finales en el software de calificación en línea de la universidad. Como estudiante de posgrado y asistente de cátedra del doctor Devereaux en el departamento de paleontología, tenía la «afortunada» tarea de introducir sus notas del semestre. El doctor Devereaux detestaba registrar las notas en el sistema de la universidad, y él se ponía rígido cada vez que ella lo mencionaba para luego soltar una docena de excusas sobre las cosas que tenía que hacer en su lugar. Luego desaparecía tan rápido que los papeles aún estaban en movimiento.

No debería haberse sorprendido. No era el tipo de hombre que se sentaba ociosamente detrás de un escritorio a leer cientos de ensayos.

Kenzie sonrió. Royce Devereaux era *cualquier cosa* menos ocioso. Era un dios del sexo , alto, moreno y de ojos marrones. Con unos músculos que hacían que se le revolviera el estómago cada vez que los veía y un culo hecho para ser estrujado durante el sexo caliente y salvaje, Royce era como hierba gatera mezclada con éxtasis. Durante la entrevista de trabajo en persona, ella había tenido que volver a aprender a hablar porque él había quemado todos sus circuitos cuando le había mostrado esa sonrisa sexy de *«te follaré duro, nena»*.

Por supuesto, él no se le había insinuado durante la entrevista. Había sido un caballero perfecto, pero demasiado tentador, mientras hablaban de sus deberes como asistente de cátedra y de los posibles proyectos de investigación en los que trabajarían juntos.

Los protoceratops eran su especialidad, y ella se había centrado en eso una y otra vez en su cabeza en lugar de pensar en su futuro jefe apartando todo de su escritorio para poder inclinarla sobre él y follarla hasta que gritara. Se mordió el labio, intentando borrar esa fantasía en

particular. Era un sueño recurrente que tenía todas las noches cuando Royce y ella trabajaban hasta tarde.

Pero los sábados por la noche estaban prohibidos. Él nunca trabajaba ese día de la semana, y ella sabía por qué. Cuando no estaba inmerso en una excavación en las tierras baldías de Dakota del Sur, solía salir con la mujer del momento. No era que ella lo supiera con certeza; sólo había oído las risitas susurradas y el acuerdo de encontrarse para beber algo en algún club de Long Island.

Más de una vez se había imaginado como la afortunada mujer aferrada al brazo de Royce. Había algo en la intensidad salvaje de sus ojos cuando la miraba que la hacía estar segura de que sería explosivo en la cama. Casi le asustaba mirarlo a los ojos porque temía que él viera reflejados sus deseos más oscuros, que viera lo que ella quería que un hombre le hiciera.

¿La ataría con esas manos ásperas? ¿La azotaría una mano fuerte en el culo para castigarla? Su piel bronceada deslizándose sobre una piel más pálida y suave mientras follaba a su mujer hasta dejarla inconsciente… Un escalofrío de excitación prohibida la recorrió velozmente.

No debería fantasear con mi profesor.

Se sintió culpable de haber tenido tales pensamientos. Estaba lejos de la profesionalidad que quería proyectar. Pero deseaba tanto experimentar esa oscuridad que su cuerpo se estremecía y palpitaba hasta el punto de sentir dolor.

Estoy jodida. Debería estar contenta con los chicos con los que he salido y con el buen sexo que he tenido.

Bueno. Así calificaba su vida sexual pasada. Y más que nada describía el problema.

Era una batalla que libraba cada día. Su pequeño escritorio estaba frente al de él, al otro lado de un gran despacho. Más de una vez había levantado la mirada y lo había visto recostado en su silla, con unos jeans desteñidos, las botas de motociclista apoyadas en la esquina del escritorio mientras garabateaba apuntes de clase, con la tapa del bolígrafo colgando entre sus labios. Golpeaba el escritorio con dos dedos siguiendo un ritmo ligero e irreconocible, y su cabello castaño chocolate le caía sobre los ojos. Royce acababa aburriéndose y jugueteaba con la garra de tiranosaurio que tenía sobre el escritorio, un pequeño trofeo de una excavación en Montana.

Nunca la había pillado observándolo. Sería vergonzoso que alguna vez descubriera que estaba loca por él. Además, no podía tener una relación con el profesor con el que trabajaba de manera directa. Si quería salir con cualquier otro profesor, tendría que presentar una solicitud al departamento, pero si salía con Royce, tendría que dejar de trabajar con él.

Aun sabiendo lo prohibido que era, ella se aferraba a sus fantasías. A pesar de que ambos eran adultos —ella tenía veintiocho años y él treinta y tres—, existía un código de conducta profesional que los profesores y los estudiantes de posgrado debían mantener. En sólo cinco meses estaría terminando su programa y tendría su propio doctorado. Entonces serían iguales, al menos en la profesión.

Kenzie había trabajado con él durante un año entero, a menudo hasta altas horas de la noche, y había llegado a conocer muchas cosas sobre el tristemente célebre doctor Royce Devereaux. Cuando era estudiante, se había quedado embelesada por el sexy profesor que conducía una motocicleta Harley Davidson Cosmic Starship, única en su clase y valorada en un millón de dólares, y que parecía un modelo de Armani. Ahora trabajaba a su lado y le fascinaba aún más.

Quizá era totalmente normal fantasear con un hombre con el que pasaba la mayor parte del tiempo. Quizá solo estaba aburrida. Hasta ahora, su vida sexual había sido mediocre, en el mejor de los casos. La única vez que se ponía cachonda era cuando pensaba en el doctor Devereaux. A veces, sólo pensar en el doctor sexy era demasiado real para Kenzie, y tenía que obligarse a dar

un paso atrás.

—Dios, si no me voy ahora nunca llegaré a casa —sabía que no debía hablar sola, pero lo hacía a menudo cuando trabajaba hasta tarde sin compañía. A veces el campus le daba escalofríos a altas horas de la noche.

Cerró el programa de su ordenador y, tan pronto como lo apagó, oyó un estruendo lejano, como el estallido de un cristal. Se quedó paralizada, con los oídos atentos para capturar cualquier sonido.

Se produjo un silencio inquietante antes de que un siseo de suaves susurros recorriera el pasillo en dirección al despacho del doctor Devereaux. Un conserje no susurraría ni hablaría con nadie, ¿verdad? Kenzie intentó levantarse de la silla del escritorio, pero ésta crujió y se estremeció al oír el fuerte sonido. La lámpara de la esquina de su escritorio seguía encendida, llamando como un faro a quienquiera que estuviera al final del pasillo.

Mierda.

Unas pisadas resonaron en el suelo de piedra del exterior, y Kenzie no tuvo más opción que esconderse y rezar para que no estuvieran interesados en irrumpir en *este* despacho. Echó la silla hacia atrás y se escondió debajo del escritorio. Un instante después, oyó voces en el exterior.

—Está cerrado —gruñó una voz—. Creía que habías visto a alguien aquí.

—Claro que está cerrada, imbécil. Solo rompe el vidrio, Monte.

—Se supone que usamos nombres en clave. Así que cierra la puta boca, *Gary* —espetó el segundo hombre.

—¡Oh por el amor de Dios, sólo hazlo!

Oh mierda… oh mierda…

Ella contuvo la respiración, pero su corazón latía como un tambor.

La ventana de la oficina se hizo añicos. El cristal esmerilado se esparció por el suelo, deteniéndose justo en el borde del escritorio donde estaba escondida. Kenzie se quedó mirando los trozos, a centímetros de sus manos, fragmentos del nombre de Royce esparcidos en un salvaje caos. Cerró los ojos, jadeando mientras su corazón se aceleraba.

Se oyeron más maldiciones amortiguadas, el chasquido de un cerrojo al desbloquearse y luego un crujido cuando la puerta del despacho finalmente se abrió.

—Él está aquí. Sé que está aquí. Vi la luz desde fuera —dijo Gary.

—No veo a nadie —murmuró Monte.

Unas botas negras aparecieron junto al borde de su escritorio. Kenzie se tragó el repentino nudo en su garganta e intentó contener la respiración.

—La luz sigue encendida —el hombre se inclinó sobre su mesa—. El ordenador también está caliente.

Kenzie no podía pensar. Todos sus instintos le decían que corriera, pero no podía.

Tal vez se vayan si me quedo callada.

Un hombre saltó al otro lado de su escritorio y se acuclilló, como un gato saltando delante de su presa. Ella se levantó bruscamente, golpeándose la cabeza con la parte inferior del escritorio. Su rostro mostraba una sonrisa maligna.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí? —la sujetó del brazo y la sacó.

—¡Suéltame! —cerró el puño y golpeó al hombre en la mandíbula.

—¡Pequeña zorra! —bramó él, y la golpeó en la cara. Ella se desplomó contra el escritorio, sujetándose la cara. El hombre seguía aferrado a su brazo, ahora magullado.

—¿Quién coño es? —exigió Gary.

Monte sacudió bruscamente a Kenzie por el brazo.

—¿Cómo coño voy a saberlo?

Gary se acercó más a ella.

—¿Quién eres y dónde está Devereaux?

¿Están buscando a Royce, aquí, en mitad de la noche? ¿En qué demonios se había metido su profesor?

—Soy su asistente de cátedra. No sé dónde está. Lo juro.

Los ojos de Monte recorrieron su cuerpo por completo, y la mirada depredadora le erizó la piel.

—Si nos mientes, te cortaremos en pedacitos y te tiraremos al mar, ¿me entiendes? Después de divertirnos un rato, claro —se rio, y su amigo se mofó.

Kenzie intentó pensar rápido. ¿Qué se suponía que debía hacer alguien en una situación con rehenes? ¿Negociar? ¿Obedecer? ¿Resistir? Ahora mismo tenía ganas de vomitar y llorar, pero eso no iba a salvarle la vida.

—Por favor, no sé dónde está. Solo dejadme ir. No le diré a nadie que estáis aquí.

—¿Dónde está tu teléfono? —exigió Gary.

Ella no contestó, pero no pudo evitar que su mirada se desviara hacia el bolso de cuero marrón que había en el sofá junto a la puerta. Monte sacudió la cabeza y Gary cogió el bolso y vació su contenido en el suelo. Cuando vio su teléfono, lo cogió y lo encendió.

—¿Cuál es su número? —preguntó Gary.

Kenzie lo miró fijamente, con los labios fruncidos en silencio mientras contenía la respiración. Él recorrió sus contactos hasta encontrar el número de Royce. Luego sacó una pistola y apuntó a la cabeza de Kenzie. Ella clavó la mirada en el cañón, fija en el diminuto agujero negro que podía acabar con su vida en un instante.

—Dile que necesitas que se reúna contigo aquí —dijo Gary—. Inventa alguna excusa. Si no viene, te dispararemos y lo encontraremos de otra manera.

—¿Y si viene? —susurró ella.

—Entonces conseguimos que nos ayude. No tenemos intención de hacerle daño. Una vez que lo tengamos, seguiremos nuestro camino.

—¿Ayudaros con qué? —ella no podía imaginar a Royce teniendo alguna conexión con hombres como estos. Era adinerado y tenía el mundo a su alcance. Lo único que le gustaba era ese club. Sin embargo, matones como estos no eran parte del público de The Gilded Cuff. Entonces, ¿quiénes eran?

—Devereaux tiene experiencia en un área del último negocio de nuestro jefe —explicó Gary.

¿Contrabandistas? Fue lo único en lo que pensó. Kenzie tragó duro. ¿Por qué querrían los contrabandistas a Royce? También pensó que, cuando los criminales contaban sus planes a alguien, no solían dejarlo con vida para que hablara de ellos.

Monte seguía cogiéndola del brazo cuando su teléfono sonó. Miró entre ella y Gary mientras contestaba.

—¿Sí? Quédate abajo junto a la furgoneta. Tenemos un plan para hacer que él venga a nosotros. Mantente alerta y llama si lo ves —luego colgó.

Kenzie se concentró en los detalles, intentando calmarse. Tres hombres. Monte, Gary y un tercero desconocido. Gary era bajo, musculoso y calvo, con fríos ojos negros. Monte era alto y delgado, de labios duros y ojos azules como el hielo. Intentó memorizar sus caras y sus voces para poder identificarlos más tarde.

Suponiendo que no la mataran.

Gary marcó a Royce y presionó el botón del altavoz. Luego todos esperaron, escuchando

cómo sonaba. La habitación estaba tan silenciosa que ella juró que todos podían oír los latidos de su corazón.

Al final, se oyó el contestador automático.

—Soy Royce. Deja un mensaje.

Gary asintió con la cabeza en su dirección.

Kenzie se lamió los labios.

—Hola, doctor Devereaux. Soy Kenzie. Estoy en el despacho. Sé que es tarde, pero tiene que venir enseguida. Es muy importante y no puede esperar hasta mañana.

Cuando terminó, Gary puso fin a la llamada y bajó el arma.

—Joder. Tal vez no revise su teléfono. Deberíamos haber que nuestro hombre en la policía emita una orden de búsqueda de su coche —se volvió hacia ella—. Parece que, después de todo, puede que no te necesitemos —dejó la pistola en el suelo y miró a Monte, quien esbozó una sonrisa repentina. Kenzie sintió una oleada de terror e intentó pensar con rapidez.

—É-Él podría estar en la sala de profesores. Tienen un sofá en el que duerme cuando trabaja hasta tarde. Está al final del pasillo. Lamento no haber pensado en ello antes.

Monte entrecerró los ojos.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Porque me estáis apuntando con una pistola y estoy jodidamente asustado.

Una corriente de aire frío se filtró por la ventana agrietada entre su escritorio y el de Royce. Aunque permanecía cerrada en invierno, siempre entraba un poco de frío. Tuvo una idea descabellada y completamente loca. Si conseguía que Monte y Gary la dejaran sola un segundo, podría salir por esa ventana. Había un tubo de desagüe por donde podía deslizarse, y era sólo un piso. Si se caía, quizá no le dolería tanto, y su coche estaba a sólo quince metros, en el aparcamiento de estudiantes. Si lograba escapar, podría no morir esta noche.

—Gary, ve a ver.

—Es la quinta puerta a la izquierda. Quizá él se ha encerrado dentro —si él rompía la ventana, ella lo oiría y sabría que estaba ocupado revisando la habitación. Eso la dejaría a solas con Monte, dándole una oportunidad rápida de intentar escapar.

Los dedos de Monte se aflojaron en su brazo mientras se apoyaba en el escritorio. Allí había un teléfono, uno antiguo de los años noventa, grande y pesado. Podía usarlo para dejarlo inconsciente, al menos el tiempo suficiente para llegar a la ventana.

Extendió la mano libre hacia el teléfono mientras Monte vigilaba la puerta. En cuanto oyó el cristal romperse en el pasillo, cogió el teléfono del escritorio y se lo lanzó a Monte a la cabeza. Éste empezó a darse la vuelta, pero ya era demasiado tarde. El teléfono le golpeó la sien con un fuerte crujido.

Monte le soltó el brazo y ella cogió el teléfono y las llaves del suelo y se los metió en los bolsillos. Luego corrió hacia la ventana, la cual crujió cuando la forzó hasta la mitad.

Monte se sujetó la cabeza mientras se tambaleaba hacia ella.

—¡Maldito pedazo de mierda!

¡Joder, joder, joder! Pateó la ventana aún abierta. El cristal se hizo añicos y el alféizar se derrumbó, pero dejó un espacio lo bastante grande como para que ella pudiera pasar. Se escabulló por la ventana, pero justo cuando sus manos se cerraron en torno al tubo de desagüe, Monte la sujetó por los pies y empezó a tirar de ella hacia el interior.

—¡No! —gritó y lanzó patadas salvajes, todos sus instintos la impulsaron a huir. Sus botas golpearon algo que crujió y Monte aulló de dolor. Su agarre del tubo de desagüe se aflojó. El frío metal le raspó las palmas de las manos mientras resbalaba y caía cuatro metros al suelo. Los

arbustos crujieron cuando aterrizó sobre ellos, y sus ramas la pincharon mientras sus pulmones se quedaban sin aliento.

Necesitó toda su fuerza de voluntad para levantarse y correr. Todo le dolía y temblaba tanto que apenas podía caminar y mucho menos correr. Le escocía una rodilla, y sintió que algo caliente se deslizaba por su pierna. *Sangre.*

Kenzie corrió hacia su Mazda gris en el aparcamiento para estudiantes doblando la esquina. Al llegar al coche, se apresuró a sacar las llaves del bolsillo. Creía que Monte o Gary la detendrían en cualquier momento, pero en menos de un minuto ya estaba saliendo a toda velocidad del aparcamiento. Al mirar por el retrovisor, se sintió aliviada al ver la carretera vacía a sus espaldas. Nadie la seguía.

Llevó la mano al móvil para llamar a la policía. Necesitó dos intentos antes de marcar el 911.

—Novecientos once, ¿cuál es su emergencia? —preguntó una fría voz femenina.

—Me llamo Kenzie Martin y… —se quedó helada, recordando lo que uno de los hombres había dicho sobre su colega en el departamento de policía local—. Ha habido un disturbio en la universidad. Alguien ha irrumpido en las oficinas del campus.

Colgó el teléfono, maldiciendo. Luego volvió a llamar a Royce. Esta vez contestó él, y su voz ronca le produjo el deseo de llorar de alivio.

—Kenzie, ya conoces mi política sobre los sábados. Más vale que sea una emergencia.

—Lo es —jadeó, con los ojos empañados por las lágrimas—. Por favor, estoy muy asustada, yo…

El tono de Royce cambió por completo.

—¿Qué sucede? Dime qué ha pasado y dónde estás.

—Estoy conduciendo. ¿Dónde estás?

—Kenzie, detente a un lado de la carretera y respira hondo.

—No puedo —jadeó—. Unos hombres irrumpieron en tu oficina, Royce. Apenas pude escapar. No puedo parar.

Hubo un segundo de silencio, y luego Royce volvió a tener el control.

—Sigue estas indicaciones al pie de la letra, ¿me entiendes? Es un lugar seguro. Vas a conducir hasta The Gilded Cuff. Es un club nocturno en un viejo almacén. Pregunta por mí en recepción.

Kenzie anotó las indicaciones mientras conducía y, cuando sintió que podía hacerlo, colgó. Le temblaban las manos, pero sujetó el volante con fuerza, negándose a dejarse llevar por el pánico más allá de lo ya existente. Iba a ver a Royce y a un lugar seguro. Todo iba a salir bien. Pronto su respiración se calmó y pudo pensar con un poco más de claridad.

Mantuvo las luces del coche apagadas mientras conducía, y sólo las volvió a encender cuando llegó a la curva de la carretera que Royce le había indicado. Sabía que no era probable que hubiera policías en este camino. Nunca había pensado que tendría miedo de la policía, pero si uno de ellos estaba involucrado con Gary y Monte, ¿en quién podía confiar realmente?

El club nocturno estaba escondido justo al lado de una pequeña carretera, y el club en sí ocupaba un enorme almacén antiguo. Él había descrito exactamente cómo llegar por teléfono.

Sin duda estaría cabreado por haberle arruinado la noche del sábado.

Pero a ella no le importaba. Le habían puesto una pistola en la cara y dos hombres habían amenazado con matarla. Por culpa de él. Kenzie sabía que, en algún momento, iba a entrar en shock por lo que había vivido. Pero, por ahora, tenía que luchar contra eso y concentrarse en el siguiente paso, luego en el siguiente, y en todos los que fueran necesarios para volver a sentirse segura. Estuvo a punto de no ver la señal que conducía al club nocturno. Aparcó justo enfrente,

sin importarle que el cartel del sitio que había cogido dijera «Reservado».

El cuerpo le escocía y le dolía mientras caminaba hacia la puerta del club. La lluvia le empapaba la ropa y la hacía temblar. La puerta principal era de roble pesado, así que empleó sus últimas fuerzas para abrirla. Su respiración resonó con fuerza en las escarpadas paredes y suelos de piedra del vestíbulo. Durante un segundo, Kenzie se quedó allí de pie, escuchando el sonido de su propia respiración rebotándole desde todos los ángulos.

Has llegado hasta aquí; puedes seguir. No le gustaban los clubes nocturnos en general, pero no iba a dejarse asustar por un ambiente nuevo y extraño, no después de todo lo que había vivido esta noche. En todo caso, se sentiría más segura entre la multitud.

Al fondo del vestíbulo, cerca de otra puerta, había un elegante mostrador antiguo. La mujer que estaba detrás estudiaba la pantalla de un elegante monitor de ordenador. Llevaba una falda lápiz y una chaqueta entallada, y el pelo recogido en un moño a la moda, como una especie de bibliotecaria sexy. Detrás de ella había un hombre con traje negro, cuya expresión adusta mostró un breve destello de sorpresa ante el estado desaliñado de Kenzie.

—Ama Aria —el sonido fue un suave murmullo, pero Kenzie lo oyó debido a la acústica de la sala.

La mujer del mostrador miró a Kenzie, ahora de pie frente al costoso y antiguo escritorio.

—Disculpe, ¿podría decirle a Royce Devereaux que alguien ha venido a verlo? —preguntó, temblando.

—No he recibido instrucciones de que estuviera esperando a ningún invitado, lo que significa que no se le permite entrar a verlo —Aria miró al hombre detrás de ella antes de encontrarse con la mirada de Kenzie. Había cierta sensación de poder y control en la mujer.

Ama Aria. ¿Por qué el hombre la había llamado «Ama»? Era una palabra muy anticuada que no encajaba en un club nocturno. Aria le recordaba a Royce, con esa actitud indiferente y autoritaria. Nunca admitiría ante nadie que se excitaba un poco cuando él se ponía así.

A veces la provocaba, diciéndole tonterías que le encendían el cuerpo, como *«Pequeña Mac, será mejor que prepares esa clase o te recordaré quién manda»*. Él le sonreía como si estuviera pensando en algo especialmente perverso y maravilloso. Sin embargo, nunca había dicho nada tan malo como para meter a ninguno de los dos en problemas. Él sabía cómo caminar por la línea entre lo aceptable y lo que no lo era. Y Dios, ella deseaba con todas sus fuerzas que él cruzara esa línea e hiciera lo que sus ojos parecían prometer.

—Conozco a todos los integrantes del club, lo que significa que sé que tú no formas parte. No puedo dar ninguna información sobre nuestros miembros a los que no lo son, y no te permitiré entrar en el club para hablar con ellos. Tampoco estamos abiertos a nuevas afiliaciones en este momento, así que, por favor, no intentes pedir un recorrido.

Kenzie negó con la cabeza.

—Eso no me importa. *Necesito* hablar con Royce Devereaux. Es una emergencia. Soy su asistente de cátedra en la universidad. Me dijo que viniera aquí. Sólo vaya y pregúntale. *Por favor.*

Hizo una pausa, recordando cómo se había dirigido a ella el hombre del mostrador. Tal vez obtendría más favores si hacía lo mismo.

—*Ama Aria* —bajó la cabeza, haciendo todo lo posible por parecer miserable, algo que no era difícil considerando el dolor que sentía y lo asustada que estaba. Si Aria no la dejaba hablar con Royce, iba a volver a llamarlo.

La mujer guardó silencio un momento. Kenzie no se atrevió a levantar la mirada para ver si su comportamiento había tenido algún efecto.

—Muy bien. ¿Cómo te llamas, pequeña? —preguntó Aria.

—MacKenzie Martin.

Aria se levantó, haciendo un gesto con la cabeza al hombre que estaba detrás de ella.

—Quédate aquí con ella, Bruce —se acercó a la puerta del fondo y desapareció tras ella.

—Por favor, siéntese, señorita Martin —Bruce acompañó a Kenzie hasta un banco junto a la pared. Se sentó y se rodeó el pecho con los brazos, temblando de frío. El agua que caía de su pelo se deslizaba sobre el banco y se acumulaba a sus pies. El corazón aún le latía con fuerza. La puerta se abrió, y levantó los ojos.

Cuando vio a Royce Devereaux, su corazón se detuvo. Llevaba jeans y una camiseta negra que le ceñía el torso lo suficiente como para llenarle el estómago de mariposas.

—¿Doctor Devereaux?

Él se acercó y se colocó sobre una rodilla, le cogió la mejilla y le giró el rostro hacia el suyo.

—Kenzie, ¿qué ha pasado?

De pronto, fue consciente de su propio aspecto y cerró los ojos, parpadeando mientras las lágrimas corrían por su rostro. Royce le apartó una lágrima con la punta del pulgar.

Se sentía segura ahora que estaba cerca de él. Tenía ese efecto sobre ella. Royce proyectaba fuerza, y tenía una forma de hacerle sentir que se interpondría entre ella y el mundo si lo necesitaba.

—¿Puedo hablar con usted en privado? —susurró. Bruce y Aria seguían allí, mirándolos.

Royce entrecerró los ojos.

—De acuerdo, claro. Hay una habitación en el club donde podemos tener algo de privacidad. Pero tengo que advertirte que esto no es un club nocturno normal. The Gilded Cuff es… bueno, es un club BDSM. Quédate cerca de mí. Puede que te asustes un poco por lo que veas. Nadie te hará daño.

Le tendió una mano y ella no dudó en cogerla. Necesitaba que la tocara, que la apoyara para no sentir que iba a desmoronarse. Era la única forma de dejar de temblar.

Pero, ¿un club BDSM? ¿Hablaba en serio? Sabía lo que significaban las letras: bondage, disciplina, sadismo y masoquismo. Pero nunca pensó que llegaría a ver un club en la vida real donde la gente participara en un estilo de vida alternativo. Iba a tener que confiar en que él la mantendría a salvo. Lo siguió hacia la puerta que conducía al interior del club, abrazando su costado.

Respiró hondo cuando entró en The Gilded Cuff y vio por primera vez el mundo secreto de Royce.

Si quieres saber qué ocurre a continuación, ¡consigue el libro AQUÍ!

ACERCA DEL AUTOR

Lauren Smith es una abogada estadounidense de día y autora de noche que escribe romances osados y provocativos bajo la luz de la aplicación de la linterna de su teléfono inteligente. Supo que estaba destinada a ser escritora de novelas románticas cuando intentó reescribir toda la película *Titanic* solo para salvar a Jack de ahogarse. Su pasión es conectar con los lectores a través de la escritura de romances emotivos, realistas y sensuales, independientemente de la época. Ha ganado múltiples premios en varios subgéneros románticos.

Para conectar con Lauren, visítala en
www.laurensmithbooks.com
lauren@laurensmithbooks.com

